

¿Y si somos compatibles?

AMANDA COLLINS

Mi mayor
riesgo eres tú.

LAUREN DAVIES

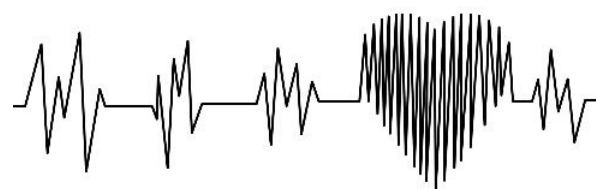


DOS HISTORIAS. DOS AUTORES. TE ENAMORARÁS.

**MI
MAYOR RIESGO
ERES TÚ**

Lauren Davies.

*Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sucesos son producto de la imaginación del autor. *



Capítulo 1

“Ring ring
Freestyler
Rock the microphone
Ring Ring
Straight from the top of my dome
Freestyler
Ring Ring
Rock the microphone
Carry on with the freestyler
Ring Ring”

Pufff, ya no sé qué melodía ponerle a esta mierda de invento llamado despertador. Sí, usos despertadores y no sólo uno, sino tres; todo eso sin contar las alarmas que pongo en el móvil. Las melodías tienen que ser fuertes para que lleguen a despertarme, así que esa canción es la ideal si quiero enterarme entere de ellas.

El primer despertador está configurado una hora antes, pero, o se apaga mágicamente o se ha dado por vencido, nunca lo escucho y he comprobado que funciona. El segundo ya sí que lo escucho, pero lo apago involuntariamente, mi mano lo apaga sin que yo sea consciente de ello. Entre medio de estos están las alarmas del móvil, las cuales apago mientras les susurro: un poquito más. Al fin, cuando suena el tercer despertador, soy consciente de que o me levanto, o me veo debajo de un puente por perder mi trabajo.

Por si no lo habíais deducido, no sólo peco de sueño profundo, sino que, además, vivo sola y no tengo quién me despierte. A todo el que intenta despertarme, le advierto que elija entre: hacerlo a gritos o tirándome cubos de agua a la cabeza. Si os soy sincera, mi arduo despertar es el único motivo que

tengo para volver a casa de mi madre.

Es hora de levantarse para empezar el día y hacer algo productivo. Mi cuerpo no responde, pero no se va a salir con la suya, no me da la gana, no quiso ser esbelto y como no hace que me gane la vida de modelo, que se joda y se ponga en movimiento a la de ya.

Estira, estira, estira y bosteza, más fuerte... Mmm, qué gustito da hacer esta tontería todas las mañanas. Ahora toca enfrentarse a lo peor, salir de la cama y convertirse en iceberg. Da igual las mantas y batas que te pongas, en esta casa el señor frío te espera, al borde de la cama para darte un gélido abrazo de amor que dura hasta que sales por la puerta.

Muerta en vida me dirijo hacia la cocina para prepararme algo calentito, hoy café y quedarme mirando sicóticamente la pared. Mientras bebo sorbitos para ir espabilándome. Es el único momento del día en el que mi mente está en blanco, es relajante, ya que el resto del tiempo la cabrona esta no deja de darle vueltas a las cosas y de maquinarse. Las 07:22, aún puedo estar en stand by durante 8 minutos más. Ahora a asearnos, vestarnos, peinarnos... Dios mío, qué pereza más grande.

Espejito, espejito, ¿qué es eso que veo en ti? Qué carita mañanera más poco apetecible para cualquier machote que pueda aparecer. En general me gusta mi cara, no está mal, pero me levanto con unas ojeras que ni un panda. Pero bueno, también tengo mis virtudes, como mi queridísimo y sedoso pelo, manejable como él sólo. Cola alta, labios melocotón, antiojeras y ¡a por todas!

De camino al trabajo, me pongo mis cascos para ir escuchando música, de esta manera los 38 minutos andando se me hacen muy amenos. Llevo poco tiempo trabajando, así que ni hablemos de tener coche por ahora. Tampoco soporto el transporte público ni nada que tenga ruedas e implique no perder el equilibrio. Supongo que el destino quiso que hiciese algo de ejercicio, el cual nunca viene mal. Pensareis que llegaré sudada y maloliente al trabajo, pero tengo mis trucos: desodorante y colonia en el bolso, almohadillas de algodón en las axilas y pasar un poco de frío para evitar que mi cuerpo exude.

Como comentaba, he llegado al trabajo fresca como una rosa.

—Buenos días, Catherine, el jefe quiere hablar con usted antes de que empiece su jornada.

Oh my God, esta mujer siempre te saluda con su estúpida sonrisa de persona feliz que echa polvos a todas horas; así es imposible saber si es una buena o mala noticia. A estas alturas creo que sobra que aclare que estoy peleada con el mundo. Y encima ahora mismo estoy cagada de miedo, me contrataron por seis meses y lo mismo mi independencia se joroba.

—Gracias, Verónica, muy amable —Catherine, tú puedes, aguanta esta falsa sonrisa.

No sé si andar rápido y acabar con esto cuanto antes, o andar lento y retrasar más lo que me tenga que decir ese señor. Hablamos de un hombre bajito, canoso, con cara de pocos amigos, pero muy guasón.

A la mierda, cuanto antes llegue, antes dejaré de sufrir, así que... ¡Allá vamos!

—Toc, toc —digo mientras golpeo la puerta, acabo de quedar como una estúpida, no sé por qué me sale hacer estas cosas involuntarias.

—¿Catherine...? —pregunta mi jefe extrañado por lo que acaba de escuchar.

—Sí, señor Márquez, soy yo.

—Pase, pase, tenemos un asunto que tratar.

—¿Hice algo malo? No haría nada malo voluntariamente.

—Jajaja —se ríe mientras me mira con cara de “estás bromeando, ¿no?”—. Sí, hiciste algo, estar en el momento y lugar oportunos.

—Disculpe, pero... No le sigo.

—Resulta que la chica que estaba de baja nos entregó documentación médica falsificada, por lo que no volverá a la empresa —se me queda mirando fijamente con las cejas levantadas, esperando una reacción.

—Y eso significa que... —digo pareciendo que me hago la tonta, pero realmente no sé qué tiene que ver eso conmigo.

—Pues que consideramos que serías la candidata perfecta para el puesto —

sonríe ampliamente, consciente de que acaba de alegrarme el día, la semana, el año y el resto de mi vida.

—¡Aaah! ¡Gracias muchaaas! —sí, la dislexia se apodera de mí, pero no tengo la cabeza para corregirme —En serio, me acabas de dar la mejor noticia del mundo.

—Anda, tira, que tienes mucho trabajo que hacer.

Salgo de espaldas mirándolo feliz y, cómo no, me doy en la espalda con el pomo de la puerta... Disimulo, me giro y salgo directa al baño a limpiarme las lágrimas. Ahora puedo pavonearme por el edificio, soy la nueva directora de marketing.

Estoy dispuesta a darlo todo en mi nuevo puesto, aunque, ya en mi primer día, he acabado agotada. No sabía que había que estar atenta a tantas cosas y mover una gran cantidad de papeles. Me he llevado toda la tarde organizando mi trabajo de la semana. No quiero tener problemas y decepcionar a mi jefe.

Es el día que menos he tardado en llegar a casa. Estaba deseando hacer mi ritual de todas las tardes: convierto mi cola en un moño, botón del pantalón desabrochado y me tiro en el sofá. Ahora lo único que se me ocurre es llamar a mi madre para ponerle los dientes largos.

—Hola, mamá, ¿qué tal? —digo con voz de desinterés.

—Bien, tirando para adelante, lo de siempre ¿y tú? —responde de la misma manera.

—Genial, me han ascendido a directora de marketing.

—Ah, qué bien, me alegro.

—Sí y yo. Bueno, te dejo que me voy a duchar, chao.

—Venga, cuando te dignes vienes a verme. Chao.

¡Zas! Os preguntareis por qué nos hablamos tan secamente, la razón es muy simple. Mi madre y mi padre estaban felizmente casados hasta que llegué yo, metí la pata ya aún sin saber ni lo que era eso. Resulta que mi padre se volcó al cien por cien en mí, todo era para su niñita, su tiempo, su amor, sus detalles e incluso una parte de su sueldo. No es que me diera dinero, sino que guardaba un

treinta por ciento para mis futuros estudios universitarios.

Mi madre, con el tiempo, empezó a sentirse sola y a tratarme como si fuera un estorbo, aunque lo peor aún no había llegado. Cuando tenía ocho años, mi padre sufrió un accidente de avión de camino a Polonia, donde iba a cerrar unos negocios bancarios. Es por ello por lo que ella es así conmigo, me culpa de haberle quitado la atención y dedicación de mi padre los últimos años de su vida. Los celos la volvieron algo cruel en ese sentido. Yo, por mi parte, siempre intenté buscar en ella un apoyo que nunca me dio.

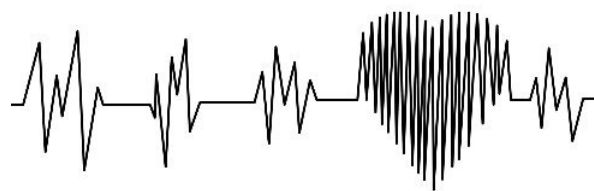
No quiero sentirme triste, hablemos de cosas alegres, mi padre siempre sonreía.

He llegado a pensar que necesito cambiar de vida o incluir, a la que ya tengo, aventuras, retos, no sé, algo más acorde con una mujer de éxito que va a tener un buen sueldo. Y ya, de paso, si hay maromos, mejor.

Enciendo el portátil para que me ayude en el proceso del cambio. Internet de mi corazón, ayúdame a dar con algo interesante. La búsqueda ideal sería la que combinase deportes más hombres, a ver que encuentro. Madre mía, yo lo siento, pero me da mucha pereza todo, se ve que se necesita mucha constancia. ¿Y si busco deportes de riesgo?, creo que se pueden practicar más intermitentemente y, quién sabe, algún monitor en condiciones habrá.

Voy apuntando números de teléfonos para pedir cita para barranquismo. Me ha llamado muchísimo la atención ese deporte y no sé exactamente por qué. Llamaré mañana nada más que tenga un rato libre, no vaya a ser que cambie de opinión si tardo un día más. Me he demorado tanto buscando información que se me ha hecho tarde y no me he duchado.

Me dispongo a ponerme el pijama roñoso, que me encanta y a la cama mientras veo videos de barranquismo en YouTube.



Capítulo 2

Esta mañana tuve otro de mis despertares felices. Necesitaba más horas de sueño, me quedé hasta tarde viendo los vídeos como si de películas de terror se tratasen. No sé si voy a tener cuerpo para practicar barranquismo, pero, quién no arriesga no gana, ya basta de quedarme estancada en mi zona de confort. Mi falta de sueño fue sólo el comienzo. Llevo un día de pena, se nota mucho cuando no duermo en condiciones, pues los dioses se las arreglan para darme una lección de alguna manera.

Resulta que llegué a la oficina y tenía que firmar el nuevo contrato, por lo que fui al despacho del señor Márquez. Por el camino, iba en mi mundo tarareando canciones Disney cuando de repente, al cruzar la esquina, me choqué con un hombre. Cuando lo miré me quedé atontada, qué mirada más penetrante, esos ojos caramelo me quitaron el sentido. Reaccioné ante su actitud de prepotencia.

—Estas becarias nunca miran por dónde van —dijo con superioridad.

—¿Perdona? ¿Becaria? No sabes con quién te estás metiendo —dije enojada.

—Baja los humos y procura no cruzarte más en mi camino —protestó mientras se iba.

Estúpido, idiota, subnormal... Me quedé con las ganas de decirle de todo a semejante ser. Pero debía asegurarme mi nuevo puesto firmando el contrato, así que seguí mi camino. Todo salió bien, mi jefe estaba muy contento de que aceptase el puesto y, tras firmar, me mandó a mi nuevo despacho a atender a mi primer cliente. Iba a ser la encargada de dirigir la promoción de su producto. Iba andando feliz hasta que crucé la puerta y, ¿sabéis qué?, mi cliente era el gilipollas de antes.

—¿Tú, en serio? —no podía quitar mi cara de asco.

—¡Ah! Así que eres la becaria de marketing —dijo con desgana —¿Cuánto va a tardar en llegar tu jefa?

—¡Ja! En marketing no hay becarias, yo soy la jefa y de mí depende ahora tu producto —dije con orgullo mientras me engrandecía con mis palabras.

—Aún me puedo ir a otro lado, tú verás lo que haces —las risas de maldad me hacían cogerle más asco.

—No, no, disculpa, dejemos a un lado lo ocurrido y hablemos del negocio. Sólo te pido que me hables como lo harías con cualquier otra directora de marketing, ¿de acuerdo? Olvidemos lo ocurrido.

—De acuerdo, ante todo, soy un profesional.

Durante la reunión, estuvimos debatiendo sobre el plan de marketing que íbamos a seguir. Después de llegar a un acuerdo, como adultos que somos, él se fue y yo seguí con mis labores.

Espero que el día vaya cuesta arriba a partir de ahora. Al menos, debido a mi capacidad organizativa, hoy he salido más temprano de trabajar. Gracias a eso, voy a tener tiempo de hacer todas esas llamadas que tanto temo, las de mi nuevo deporte. Pero bueno, ya me preocuparé más tarde de ello, ahora he de ir a casa.

Voy por la mitad del camino y empieza a llover. Tenía tantas ganas de llegar a casa para ducharme que ni siquiera me percaté de que el cielo estaba nublado. En parte he tenido suerte ya que, en esta ciudad, puede que no haya muchas cosas, pero sobran cafeterías. Cruzó la esquina y ya puedo avistar una, me siento en el interior y así puedo al menos resguardarme un poco de la lluvia. No sé cuándo despejará, pero la lluvia cae muy intensamente y no quiero coger frío y enfermar.

Me ha dado tiempo a tomarme dos refrescos, parece que nunca va a parar de llover. No me quiero quedar aquí toda la tarde. Parece ser que no me queda otra, necesito que alguien me eche un cable. Cojo el móvil y llamo a mi tía.

—¿Sí? —pregunta con tono de preocupación, no suelo llamarla para tonterías.

—Hola, tita, perdona que te moleste... —le digo nerviosa —Iba de camino a casa y ha empezado a llover... No sé cuándo escampará... ¿Podrías...?

—¿Acercarte? —interrumpe con asombro.

—Sí, tita.

—¿Pero tú eres tonta? ¡A mí no tienes que pedírmelo con ese pudor! —me regaña —Ahora mismo voy en tu busca, mándame tu ubicación por WhatsApp.

Ha colgado, es una mujer con carácter. Mi tía es la persona en la que más confío, hace lo que haga falta por mí, pero no entiende que me da cosa pedir favores. Si no fuera por mi tía, mi vida al lado de mi madre hubiera sido una tortura. Cuando era pequeña, me iba a su casa con la excusa de jugar con mis primos, allí todos me miraban con buenos ojos.

Voy a enviarle mi ubicación antes de llevarme otra bronca, según me cuentan, es tan dispuesta como lo era su hermano, mi padre. No puedo recordar con claridad todos los aspectos de él, pero sé que tenía un gran corazón. Mi padre y mi tía son hermanos gemelos, su pérdida fue muy dura para ella, siempre he pensado que me tiene ese cariño tan especial porque lo ve reflejado en mí. Aunque pienso que esto último es mutuo.

Menos mal que ya se prejubiló y tiene tiempo libre para aprender a usar las nuevas tecnologías, se sabe todos los trucos posibles del móvil. Voy a pagar ya, la conozco demasiado bien, no sé siquiera si me va a dar tiempo a ir al servicio.

Tal y como lo había pensado, siete minutos ha tardado. No sé cómo lo hace, vive en la otra punta de la ciudad. Me pita mientras me hace señas con la mano para que me apresure a montarme en el coche.

—Catherine, ya te vale —dice con cara de no me toques las narices—. La próxima vez que me pidas cosas como si me estuvieras molestando, te cojo de los pelos y te doy dos buenas tortas.

—Lo siento, sabes que me gusta valerme por mí misma —le digo cabizbaja.

—¿Y sigues? Dame un beso, que me tienes contenta.

Le doy un beso y partimos al ritmo de las baladas que tanto le gustan. Mientras conduce, la miro y es indudable de quién he sacado mis rasgos y, sobre todo, mi pelo.

—¿Qué tal te va todo, mi niña? —me pregunta después de cantar un par de

canciones.

—Pues muy bien. Quería esperar a contártelo cuando también estuvieran mis primos, pero ya que estamos... ¡Me han ascendido a directora de marketing! Hoy he firmado el contrato.

—¿En serio? ¡Eso es una gran noticia! Tú padre estaría pregonándolo por las esquinas —puedo ver cómo se emociona.

—Lo sé. Sé que está muy orgulloso de mí allá donde se encuentre. Y bueno, sé que de ti también lo está, no hay nadie mejor para cuidar de su hija —le sonrío cálidamente a pesar de que no puede mirarme porque sigue conduciendo.

—No me hagas llorar. ¿Y qué tal tu primer día? —cambia el rumbo de la conversación para no distraerse al volante, es un tema que nunca le ha dejado de doler.

—Pues he tenido que reunirme con mi primer cliente y no me ha caído nada bien.

Justo cuando iba a empezar a contarle mi percance, hemos llegado a mi casa.

—Bueno, cariño, ya hemos llegado. Espero que cuando vengas a casa me termines de contar. Ahora tengo mucha prisa.

—Te debo una, eres genial, muchas...

—¡Ni se te ocurra acabar esa frase! Dame un beso y arreando que es gerundio. Espero que vengas a comer a casa en estos días, se te echa de menos.

—A comer no creo que pueda, ahora como en el ascenso me cambiaron el horario, pero lo intentaré.

—Te tomo la palabra. Me voy, mi niña, hasta pronto.

—Nos vemos, tita.

Cierro la puerta y no tarda ni un segundo en arrancar, siempre parece que va con prisas a los sitios. Como podéis ver, ella es todo lo contrario a mi madre en lo que a mí respecta. Mi tía me escucha, se alegra por mí, se preocupa... Hace todo lo que una madre debería hacer.

Ahora que ya he subido a casa, es hora de avanzar con mi nuevo proyecto

de vida, los deportes de riesgo.

Tras siete llamadas preguntando dudas, tengo que pensarme muy bien a qué club ir. ¿Apuesto por algo económico o caro?, ¿por cercanía o lejanía? o ¿por barranquismo sobre agua o sin agua? El más caro, lejano y con agua es el elegido, sin duda. Ni hay que escatimar en gastos en estas cosas, ni quiero encontrarme a los chicos de siempre y si tengo la posibilidad de salvarme nadando, mejor que mejor; aunque no es el caso porque el más parecido a mis opciones sólo tiene riachuelos, poco voy a nadar ahí. Me dispongo a llamar y a coger cita para este fin de semana.

—Hola, buenas tardes, club de barranquismo “La acrofobia es para débiles”. ¿En qué podemos servirle?

—Buenas tardes. Quería coger cita para aprender a hacer barranquismo.

—¿Sería tu primera vez practicando este deporte?

—Sí.

—Le comento... Una vez al mes damos un curso para principiantes en el que enseñamos lo básico, prestamos equipamiento y seguimos una ruta específica. Este sábado tenemos uno y tres plazas libres. ¿Le interesaría venir?

—¡Sí! Me encantaría que me reservase una plaza —me siento como una niña pequeña la primera vez que va al circo —¿Cuánto cuesta?

—Regalamos la primera sesión, la mayoría siempre vuelve. Le voy a tomar los datos si no le importa.

—Por supuesto, ¿qué necesita?

—Nombre, primer apellido y DNI, por favor.

Me ha tomado todos los datos. Listo, en dos días estoy subiendo y bajando por barrancos, atada con cuerdas claro. ¿Conoceré a alguien? Los nervios me comen por dentro. Sé que pensáis que estoy desesperada, que lo estoy, pero el amor no me ha tratado muy bien y se me va a pasar el arroz.

Mi primer amor era un chico muy dulce, tanto que ya había más de una hincándole el diente; el segundo era el fan número uno de mi culo, pero no era el único culo que admiraba, sólo que el mío sí que era de mujer; y al último lo dejé

por idiota, tenía que ir vestida de etiqueta a todos lados para no tener que aguantarlo de mal humor y si ya hablo de las cenas familiares...

Sé que existen los chicos normales, o al menos eso me gusta creer. No tengo un prototipo físico, ni miro su situación económica, lo único que pido es que no sea ni picaflor, ni gay, ni idiota. ¿Es eso tan difícil de encontrar?

Sé que aparecerá, pero no va a llamar a mi puerta, así como así. Tengo que salir y conocer gente nueva, no quiero perder ni un minuto más, me siento muy sola en esta casa.

Últimamente no salgo mucho, mis amigos más cercanos tuvieron que salir a trabajar fuera e hicieron allí sus vidas; además, me es complicado hacer amigos nuevos, la timidez se apodera de mí. A veces me pregunto cómo he conseguido tener amigos a pesar de todo, tantos años de estudio me hizo cruzarme con gente maravillosa y muy afín a mí.

Mi mejor amiga, Virginia, volverá pronto para ver a su familia y, por supuesto, a mí, es la única persona capaz de hacer que me desmelene. Conocí a Virginia en unos cursos de marketing por Internet, nos pusieron juntas para hacer un trabajo y, desde entonces, hemos sido uña y carne. Aunque, sinceramente, debería de prepararme para cambiar mis expectativas sobre su regreso, ya que no viene sola, viene con su bebé y no creo que tenga mucho tiempo para mí.



Capítulo 3

—¡Ahhh! ¡Bájame de aquí, idiota!

Ni yo misma sé cómo he llegado a esta situación, no sé qué hago colgada de un barranco con un idiota. Os voy a explicar qué hago aquí y por qué estoy asustada. Para ello, tengo que contaros todo lo que me ha pasado días atrás.

Como sabéis, tenía una reserva para aprender a hacer barranquismo. Y puedo decir orgullosa que me atreví a ir.

Cuando llegué al club, un par de monitores nos estuvieron explicando las medidas de seguridad y las normas para que saliésemos ilesos en cualquier situación. Nos hicieron ponernos un traje, unos guantes y escaupines de neopreno; un casco, e incluso, unos zapatos especializados. No quiero ni saber por cuantos pies más habrían pasado estos.

Lo primero que teníamos que hacer era descender por un barranco. Iban bajándolo de uno en uno con un monitor. Mientras, el otro se quedaba vigilando a los que esperábamos arriba.

Cuando llegó mi turno, me dio un dolor de barriga de los nervios, la ansiedad se apoderaba de mí. Me pusieron bien el arnés, mi vida dependía de unos fuertes mosquetones, unas cuerdas gruesas y de otros materiales de los que ni recuerdo el nombre ya. El monitor estaba agarrado a mí, aunque no era la sensación que me esperaba ya que de atractivo tenía más bien poco.

A la hora de bajar, no quería ni mirar hacia abajo, había unos diez metros de altura. Me agarraba a las piedras como si de un gatito asustado se tratase, me daba tal pánico bajar que prefería quedarme en un punto inmóvil, para siempre. Tras cada respiración profunda, bajaba un pie, luego el otro, luego una mano y por último la otra. El monitor me iba indicando a qué piedras debía irme sujetando para que no resultase peligroso y por qué. Era un circuito ya programado y cada piedra tenía un color dependiendo de si eran aptas o no para apoyarte. Se me hizo una eternidad, pero al fin llegué abajo y no hubo peligro

ninguno.

El sitio era precioso, todos los barrancos por los que cogíamos terminaban rodeados de riachuelos de aguas cristalinas, estaba limpio y conservaba el color natural de sus piedras, plantas y tierra. Jamás había estado en un sitio tan natural y eso que estaba preparado para actividades humanas. Esos tonos marrones, grises, rojizos y adornados con las pinceladas del verde de la vegetación... Me quedaba embobada, como si fuese la primera vez en mi vida que hubiese pisado la naturaleza más pura.

Después de descender, nos propusieron ascender. El ascenso me resultó más ameno, me veía más capaz de llegar arriba sin problemas que de bajar sin caerme. Estuvimos bajando y subiendo barrancos con distintas características, aunque también andamos bastante para llegar de unos barrancos a otros.

Ya casi al terminar, estaba agotada, era mucho ejercicio para una chica tan poco deportista como yo. Lo bueno es que, al bajar el último barranco, llegábamos directamente a las instalaciones de club para poder descansar. Así que me dije: a por todas, campeona.

Durante mi última bajada, el monitor me advirtió de algo.

—Va a pasar un barranquista por al lado tuya, aún está arriba preparándose, no te asustes. Los que ya tienen experiencias van por libre —me explicó el monitor con amabilidad mientras me sujetaba con más fuerza.

Iba más o menos por la mitad cuando escuché que, efectivamente, alguien se acercaba. Miré hacia arriba y vi unos zapatos que iban bajando muy cerca de mí, por la derecha. No tardó mucho en caerme arena en los ojos y no pude contener mi rabia.

—¿Qué haces? ¡Ten más cuidado!

Mientras se acercaba a mí, se “disculpó” conmigo.

—Disculpa, ha sido sin querer, aunque deberías de estar más atenta a lo tuyo, en lugar de mirar a los demás —me dijo con tono educado, que eso no quita que me sentase mal.

De un salto se puso a mi altura y me miró, esa cara de estúpido ya la

conocía de antes. Se empezó a reír mientras le ponía cara de asesina. ¿Adivináis de quién os hablo?

—¡No puede ser, la becaria! —dijo entre risas. Sí, era mi simpatiquísimo primer cliente.

—Becaria, mis cojones, desaparece de mi vista porque te juro que estando aquí, peligras —mi voz sonaba demasiado agresiva.

—¿Habéis terminado ya? El resto está esperando —interrumpió el monitor con ganas de salir de esa situación incómoda.

—Sí, sí, bajemos. Hoy no tengo ganas de mancharme de sangre.

El idiota empezó a bajar rapidísimo mientras se reía fuertemente, para que lo oyese y me llamaba tortuga. Me tuve que tragar mis palabras, no quería que mi cara apareciera en el tablón del club acompañada de: No dejar pasar.

Al llegar al suelo, no lo conseguí ver por las instalaciones, así que preferí olvidarme de él e ir al vestuario a cambiarme de ropa. Fue muy aliviador de todo fue quitarme ese incómodo traje, así como todo el equipamiento. Después, me senté en la cafetería a tomar un café calentito. Al poco rato, mi cuerpo se sentía realizado y el café que me acababa de tomar, me recompuso por completo.

Cuando me estaba levantando para irme, la estupidez con patas entraba por la puerta. Después de cómo se había comportado, o corre o no lo cuenta.

—¡Ey, amiga mía! —me saludó mientras se iba acercando con alegría.

—No soy ni tu amiga ni nada, simplemente tu publicista, recuérdalo —mi tono sonaba borde, no entendía a qué venía ese cambio de actitud.

—Bueno, ¿me permitiría mi señora publicista invitarla a un refresco?

—Señorita, gracias —no supe qué más responder porque no entendía su cambio de actitud en ese momento.

—Me alegra oír eso —me guiñó un ojo mientras una seductora sonrisa invadía su rostro.

En ese momento me quedé algo pillada, dije lo primero que me salió del alma.

—¿Vamos a tomar el refresco o nos vamos a quedar aquí, de pie, diciendo

tonterías? —mi contestación no iba acorde con lo que pensaba de él, me llevó a su terreno sin darme ni cuenta. Me sentí idiota.

—¡Voy ahora mismo por ellos! La verdad es que me sorprende que aceptes.

—A mí también me ha sorprendido mi respuesta —recité mi pensamiento en voz alta.

—Jajaja, y bien, ¿qué quieres tomar? —usaba un tono muy amable, así daba gusto hablar con él.

—Una Coca-Cola, por favor.

—¡Marchando!

Me senté en una mesa mientras él pedía los refrescos en la barra. ¿Qué estaba haciendo? Ni yo misma me entendía, pero es lo que me apetecía hacer, subconscientemente, en ese momento. Apenas me dio tiempo a pensar sobre qué íbamos a hablar, no tardó mucho en llegar con las bebidas.

—¿Qué te trae por aquí? —me preguntó interesado.

—He querido probar a hacer algo nuevo. Mi rutina me aburría. Tenía la necesidad de aprovechar que me iban bien las cosas para cambiar algunos aspectos de mi vida.

—Ya me dijo tu jefe que eras nueva en tu puesto. Me lo advirtió para que no me extrañase si se te veía algo perdida.

—¿En serio? ¡Qué vergüenza! ¿Por qué va diciendo eso de mí?

—Jajaja, lo hizo para ayudarte. Quería que te sintieras bien en tu primer día.

—Supongo, se preocupa mucho por sus empleados. Por cierto, ¿llevas mucho tiempo practicando el barranquismo?

—Sí, llevo once años. Tengo mucha experiencia. Solía ir a otro club que me cogía más cerca de dónde vivía antes. Este es el mejor que he encontrado por esta zona y he decidido venir hoy a explorar el terreno.

—Bueno, ¿y cómo sabías que yo iba a estar hoy por aquí? —le bromeé.

—Jajaja, tranquila, no era mi intención cruzarme contigo —no me sonó mucho a broma, no entendía su humor.

—¿Siempre que hablas sube el pan? —arqueé una ceja y le miré

atentamente.

—Te pones muy guapa cuando te enfadas, por eso me gusta chincharte.

En ese momento me dejó de piedra, soltaba cosas así que me descolocaban. No sabía si estaba intentando hacerme enfadar más, picarme o ligar conmigo. Cuando reaccioné, a los pocos segundos, no puede hacer más que sonrojarme y disimular mientras bebía. Seguimos bromeando por un buen rato a la vez que nos echábamos cosas en cara.

—Ahora va a resultar que eres tímida y todo.

—Es complicado tener otra reacción cuando no sé si quieres ser mi amigo o mi enemigo.

—Amigo, por supuesto. No siempre invito a mis enemigos a refrescos.

—No me extrañaría que lo hicieras, tu actitud se ve cambiante.

—No me gusta llevarme mal con la gente, soy simpático, solo que mi sinceridad a veces puede asustar un poco.

—Yo diría más bien que la soberbia te puede.

—Jajaja, ¿cómo puedes afirmar cosas de personas a las que apenas conoces?

—Porque yo no voy por ahí insultando a personas y llamándolas becarias como si fuese algo despectivo.

—No es despectivo, las becarias suelen ser jóvenes y atractivas.

—No me comas la oreja, fuiste directo a atacarme para quitarte de encima tu parte de culpa.

—A ver si la que tiene soberbia eres tú. Lo único que pasa es que eres la primera chica no becaria que se choca conmigo en una oficina, de ahí mi comparación. Pero me parece a mí que con un sólo refresco no se te va a quitar esa imagen de mí.

—No soy rencorosa, no te preocupes por eso. Si te he dejado invitarme es precisamente porque no me das muy mala espina, aún.

—Sólo espero que hoy el muy desaparezca y que con una cena se te quite por completo la “mala espina”.

—Deberías de darme las gracias por haber aceptado tu refresco, no esperes que acepte también una cena. Y si me estás haciendo la pelota porque te preocupa tu producto, relájate, ante todo soy muy profesional.

—El producto es lo de menos ahora mismo, no estamos hablando de negocios. Y tranquila, conseguiré esa cena, cueste lo que cueste.

Siempre he sido de las que se creen que, cuando los hombres te bromea, quieren algo contigo, pero la experiencia me ha demostrado que no. ¿Quién entiende a los hombres? Al pensar en esto último, me entró un poquito de bajón y me puse seria.

—Lo siento mucho, mi bus de vuelta sale en unos minutos, tengo que irme.

—Yo podría acercarte a casa si quieres. He venido en coche.

—Ya pagué por ella y no me gusta montarme en coches de desconocidos, pero igualmente, muchas gracias.

—De desconocidos nada, ¡vas a promocionar mi creación!

—¿Acaso me has dicho tu nombre? Lo sé por los papeles que me entregaste, no porque tú me lo hayas dicho.

—Me llamo Hugo, encantado, Catherine. Yo no soy tan tiquismiquis esperando a que tú me lo digas —dijo bromeando con tono de niño chico.

—Encantada, Hugo, es todo un placer.

—Cuando tengamos más confianza, podríamos venir juntos y disfrutar.

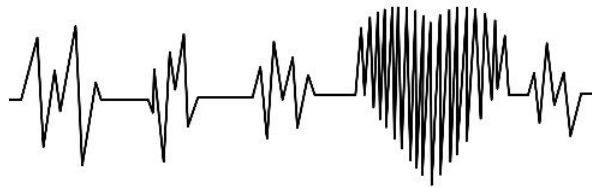
—No te hagas ilusiones, no sé aún si volveré. Me voy, no quiero perder el bus.

—Ciao, becaria.

Salí escopetada de allí, no sabía muy bien cómo manejar la situación, mi cara de quinceañera ilusionada era demasiado evidente. El problema es que mi mente me decía que no tenía que emocionarme, que sólo estaba intentando ser amable y divertido, no mi príncipe azul.

No pude dejar de pensar en su estúpida sonrisa. Tenía los cascos puestos y sólo quería escuchar canciones románticas durante todo el trayecto. Yo, como siempre, creando ilusiones en mi mente que nunca tienen un final feliz.

En casa intenté compensar mis emociones viendo películas de terror. Lo único que conseguí con eso fue dormir toda la noche con la luz encendida. Bueno, mejor digamos “dormir” porque me costó conseguir coger el sueño entre una cosa y otra. En realidad, elegí la mejor noche, al día siguiente no tenía que ir a trabajar y pude dormir hasta tarde.



Capítulo 4

Los días en la oficina se me hacían cortísimos, no paraba de trabajar, sin embargo, en casa me la pasaba inventando cosas que hacer porque todo me aburría ya.

No os impacientéis, tengo mucho que contaros antes de llegar a donde estoy ahora. Os aseguro que merece la pena conocerlo todo.

El sábado siguiente a mi encuentro con el idiota, pensé en hacer la locura de presentarme por allí, a ver si me lo encontraba. A pesar de todo, me gustaban nuestros piques y quería salir de dudas sobre sus intenciones. Hugo me encanta físicamente, pero necesitaba conocer su carácter más a fondo; así que cogí mis cosas y salí de camino al club.

Antes de salir por la puerta del portal, recibí una llamada que cambiaría mis planes por completo.

—Hola, buenos días, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

Qué educada yo, ¿no? Resulta que en las tarjetas de la empresa puse, sin querer, mi número personal. Lo correcto hubiese sido esperar a que me dieran un número nuevo para encargar las tarjetas; pero como nunca hago lo correcto, la emoción se apoderó de mí y las encargué. Una vez llegaron, me puse como loca a repartirlas a todo el que venía a consultarme las condiciones de marketing de nuestra empresa. Es por ello por lo que cuando me llama un número desconocido, contesto de esa manera.

—¿Catherine, me estás tomando el pelo? —me respondió una voz muy familiar, demasiado familiar.

—¡Virginia, eres tú! ¡No me lo puedo creer! ¿Estás por aquí? ¡Dime que sí! —le dije eufórica a mi mejor amiga.

—Jajaja, ya sé que me quieres, pero tampoco es para tanto, mujer.

—Tú tan fría como siempre, menos mal que te conozco y sé que en el fondo sientes lo mismo.

—Posiblemente... Voy al grano, que prefiero contártelo todo en persona, ¿cuándo nos podemos ver? Yo ya estoy instalada y lista para hacer mil planes.

—Por mí, ahora mismito, quedamos en la rotonda de al lado de la casa de mi tía, en una hora y desayunamos juntas, ¿te parece bien?

—¡Genial! Allí nos vemos.

Vivo a 35 minutos de casa de mi tía, pero, como conozco a la loca esta, sé que va a ir muy coqueta; yo no me quería ver más fea. Subí a maquillarme un poco y a cambiar mi calzado, iba preparada para el deporte, pero no podía ir así a tomar algo con ella. Tenía muchas ganas de ver a Hugo ese día, como bien sabéis, pero no iba negarme a ver a mi amiga cuando sólo estaba de paso.

Llegando al punto de encuentro, vi a Virginia de espaldas, iba directa a abrazarla. Le toqué el hombro y, al girarse, pude ver que no estaba sola, tenía un hermoso bebé de siete meses en sus brazos. Fue entonces cuando me acordé de que había sido mamá y entendí que a su lado hubiese un carrito. El bebé era bien gordote, me entraban ganas de estrujarle esos mofletotes colorados y morderle los rollitos de grasa que tenía en las piernas. Me dejó cargarlo por el camino, mientras le hacía bobadas para que riese y lo intentaba convencer para que me llamase tita. No dijo nada porque apenas sabía decir mamá y papá.

En la dulcería donde nos sentamos a desayunar, empezamos a recordar todo tipo de historias de todo lo que habíamos vivido juntas. La más divertida de todas, fue la noche que Virginia apareció con un peluquín enganchado en su chaqueta de cuero y pinchos.

Todo ocurrió una noche de hace 4 años. Fuimos a una discoteca que nos recomendaron por poner las canciones heavies, incluidas aquellas que a mi amiga tanto le gustaban. Para ir acorde con su vestimenta, tuvo que dejarme ropa, pues era algo más fina vistiendo que ella. Íbamos con mallas negras rasgadas, camisas de Megadeth y chaquetas de pinchos. Pues bien, en la discoteca estuvimos bailando como locas con todo el mundo, sin mirar siquiera el sexo, la edad, la apariencia... Después de un par de horas, necesitaba ir al servicio y le dije a Virginia que no quería ir sola, que me acompañase. Al salir de

la multitud, vi algo peludo en su hombro, me acerqué a ver qué era y empecé a reír a carcajadas. No podía parar, se me escapó un poco de orina, pero no sé si existe otra reacción al encontrarse un peluquín en la chaqueta de tu mejor amiga. Lo más gracioso de la historia fue que, mientras hacíamos cola, salió del baño un chico con una capucha. No tardó en ver el peluquín en mi cabeza. Me lo había puesto de broma. El chico se acercó y nos ofreció dinero por él, se le veía muy agobiado. No le aceptamos el dinero, evidentemente, se lo dimos sin más; pero inevitablemente nos dio otro ataque de risa cuando entró de nuevo al baño a ponérselo.

Decidimos dejar las anécdotas a un lado y ponernos al día sobre nuestras vidas.

—En fin, Catherine, hablemos de algo más actual ya que nuestras vidas han cambiado tanto.

—Pues lo único que no te he contado ha sido que... ¡Me han ascendido a directora de marketing!

—¡Me hace muy feliz saber eso! Pero al igual que me lo has ido contando todo por chat, me lo podías haber comentado —dijo algo molesta.

—Quería dejar algo para nuestro encuentro. ¿Qué tal te va con Bryan? —cambié de tema al instante, cuando se le pase el mosqueo, le contaré más cositas del nuevo puesto.

—Con Bryan... Bien... No sé qué decirte, la verdad, un bebé cambia mucho las cosas.

—Siempre os habéis entendido muy bien, no me seas tonta. Seguro que vuestras nuevas vidas de papás se adaptan perfectamente a vosotros.

—Tiempo al tiempo, no quiero pensar en esas cosas ahora. Sabes que echo fuera de mi mente lo negativo. Aunque hablando de chicos, no me estarás ocultando ninguno, ¿no? Si eres capaz de ocultarme tus logros laborales, un chico no va a ser menos.

—¿Chicos? ¿Qué es eso? ¿Se venden?

—¿Seguro que no te estás haciendo la tonta? —me miró con cara de

perversión.

—No hay chicos. Creo que un cliente nuevo me ha estado tirando los tejos, pero sabes que siempre me ilusiono con nada.

—Catherine... No sabes la lástima que me da no poder estar a tu lado y traducirte el lenguaje masculino. No puedo opinar hasta que no lo vea, pero ándate con ojo, no eres muy hábil encontrando buenos chicos, —me dijo con lástima —todos se piensan que, por tener una cara tan dulce, pueden jugar contigo.

Conforme seguía la conversación, Virginia se mostraba muy madura, no sabía si era la misma de siempre. Me empezó a hablar de todas las quedadas de mamás que hacía. Conoció a un grupo de mujeres en los cursos de preparación al parto y se habían hecho muy amigas. Me contó que quedaban en grupo para comprarle ropita a los bebés, hacer juegos sensitivos para estimularlos, darles el pecho o las papillas, pasearlos por parques, etc.... Me sentía fuera de lugar. Su vida ahora era la de su bebé, casi ni hablaba de su marido. Cada dos por tres me lanzaba lo bonito que era ser madre para que yo me animase.

Virginia hablaba y hablaba y yo me hacía la atenta cuando, en realidad, estaba asintiendo a todo y riéndome cuando la veía reírse. No es que no me alegre de su vida ideal, pero yo prefiero hablar de cosas que al menos he vivido.

Me atreví, incluso, a contarle lo del barranquismo y lo único que me soltó fue: te noto un poco perdida. No entiendo qué conclusión es esa, no entiendo por qué querer hacer algo divertido es estar perdida. Soy muy joven, sólo tengo veintisiete años y ya parece que se me ve mayor para hacer “locuras”. Me revienta ese pensamiento, ni tu mejor amiga conserva su versión divertida a estas edades ya, ¿estamos locos o qué?

Aligeré un poco la conversación, no me apetecía verla mucho más, la verdad, me estaba tratando como si mi vida estuviera desordenada. De aquí a que se vaya, le hablaré para despedirme y poco más. Sé que suena feo, pero para aguantar críticas sobre mi vida y conversaciones amargantes y aburridas, me quedo hablando con mi madre, es la experta en quitarme las sonrisas.

La conversación que tuvimos me dio mucho en lo que pensar el resto del día. ¿Llevo una vida encauzada? ¿Necesitaría centrarme en buscar a alguien, casarme y tener hijos? Sinceramente, no envidio la vida que lleva Virginia. Me gusta ser libre, no busco un chico con el que atarme, sólo alguien con quien compartir mi cariño. Me hago estas preguntas porque parece que todos esperan eso de ti para considerar que eres feliz. Considero que mi vida va por buen camino, que he conseguido muchísimo por mí misma y no he parado de seguir mis metas hasta que las he alcanzado. Soy una triunfadora, para quien lo quiera entender y no voy a cambiar lo que me sale de dentro por lo que piensen las personas que me rodean. No sé qué pensareis vosotros después de conocerme un poquito más.

Me apenó haber cambiado un posible encuentro con Hugo por una conversación amargante. No lo conocía de mucho, pero, incluso picándonos, sabía que podía pasármelo mejor con él que con la cambiadísima Virginia.



Capítulo 5

Al día siguiente, estaba en casa comiendo patatas de paquete y viendo la tele. Aún era domingo, no tenía que ir a trabajar. De un momento a otro recibí una llamada que acabó con mi tranquilidad.

—Hola, buenas tardes, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Buenas, Catherine, soy Hugo. ¿Estás muy ocupada?

—No, ¿qué ocurre? —le respondí nerviosísima.

—Necesito alguien con quien hablar, ¿podemos vernos? —la voz le temblaba.

—Hugo, ¿cómo tienes mi número? —le pregunté mientras pensaba que lo mismo estaba teniendo contacto con un acosador.

—Lo ponía en la tarjeta que me diste cuando fui a tu oficina.

—Es verdad. Disculpa el malentendido.

—Si no tuviera la necesidad de molestarte, no lo haría. Si quieres nos vemos en un sitio público, donde sea imposible que pueda hacerte algo, pero, por favor, te ruego que quedes conmigo.

—Está bien. ¿Tú dónde estás?

—Estoy llegando a la ciudad. ¿Conoces el parque que está en la antigua fábrica del centro? Suele estar muy transitado a estas horas.

—Creo que sé cuál es, sí.

—Pues si te parece bien, nos vemos allí en un rato. Esperaré lo que haga falta.

—Vale, hasta ahora.

No entendía nada, es cierto que consiguió mi número en la tarjeta del trabajo, lo raro es que acudiese a mí para algo. Me fui a preparar rapidísimo y salí en su encuentro. Quizás fui muy confiada, pero deseaba verlo desde hace días y, como el día anterior no pude, fue una alegría que me hubiese llamado.

El parque estaba repleto de gente. Eso me dio fuerzas para entrar y quitarme

el miedo a que me hiciese algo. No es que pensara que me fuese hacer daño, pero quién sabía. Anduve unos metros y lo vi enseguida, estaba sentado en un banco mirando muy atento su móvil. Me acerqué y me senté a su lado. Me miró con ojos triste, pero sonriendo y, de repente, me dio un abrazo muy fuerte.

—Gracias, Catherine, necesitaba una amiga —¿de dónde saca que somos amigos? Me gusta la confianza que se toma conmigo.

—Se ve que no estás nada bien, no voy a presionarte. Cuando te encuentres con fuerzas, puedes desahogarte—. mí no me gusta que me presionen cuando estoy mal.

—No sé por dónde empezar a contarte, ahora estoy muy descolocado.

—No hay prisa, tengo toda la tarde para ti.

Hugo respiró fuerte y se levantó. Me ofreció caminar un poco para desestresarse.

Estuvimos un rato paseando y hablando de cosas triviales, se podía ver que era un buen chico. Se iba animando poco a poco, pero estaba anocheciendo y el frío iba llegando. Fue entonces cuando le ofrecí ir a casa a resguardarnos y poder hablar más relajados. Hugo aceptó, por fin le hice sonreír. Cómo aún no confiaba demasiado en él, me mandé un correo a mí misma por si me pasaba algo: “Si no aparezco, busquen a Hugo Velasco”. En caso de que desapareciese, la policía daría con el correo e iría a por él.

—Ahora que tenemos más confianza puedes montarte en mi coche, ¿no? —bromeó.

—Me voy a montar porque me muero de frío, lo de la confianza aún hay que trabajarlo.

Hugo se rio. Pilló al vuelo que, pese a mi seriedad, era una broma. Además, con el mensaje me quedé más tranquila.

Su coche se veía muy amplio, de color gris intenso y con tantas funcionalidades que yo me volvería loca. Lo primero que hizo nada más montarse fue activar la calefacción de los asientos. Mi trasero estaba tan calentito... La radio fue la única que emitió sonidos a lo largo de todo el

trayecto, estaba muy callado. Seguramente tenía la cabeza en aquello que lo había entristecido tanto. Le indiqué cómo llegar a mi casa. Encontró aparcamiento cerca, a unos metros del portal. Seguía sin decir ni una sola palabra, sólo me seguía hasta casa.

Cuando abrí la puerta de casa, le hice pasar primero. Tenía que ser precavida.

—Bienvenido a mi dulce hogar. Siento si hay algo por medio, pero salí a toda prisa cuando me llamaste.

—Lo entiendo. Yo lo veo genial.

Le enseñé toda la casa y lo invité a sentarse en el sofá mientras yo preparaba un par de cafés. Le preparé la mesa con algunos dulces y me senté a su lado. Tuve que romper ese silencio tan incómodo.

—Y bien, ¿vas a articular palabras o pongo la tele?

—Jajaja, me encuentro mejor, voy a contarte lo que me ha pasado.

Hizo una pausa, respiró y se puso a contármelo todo con seriedad.

—Antes de mudarme aquí, estaba con una chica en mi antigua ciudad, llevaba seis años con ella. Ayer cogí el coche para pasar tiempo juntos. Todo iba perfectamente hasta que hace un rato, me ha soltado que no quiere estar conmigo. Yo estaba en shock, no entendía nada. Le insistí en que, si había hecho algo, lo arreglaría, que no era la solución. Pero entre lágrimas me confesó que había conocido a otro chico, por lo visto llevaba ya un tiempo quedando con él.

—Para, necesito asimilar las cosas poco a poco. ¿Tenías novia? —lo que yo tenía era cara de ofendida.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué insististe en ir a comer conmigo? ¿Por qué me tonteabas tanto?

—Catherine, en ningún momento quise tontear contigo. Te conocí en la oficina y cuando te vi haciendo barranquismo, pensé que podríamos ser amigos ya que compartimos aficiones. Siento si te hice pensar algo que no era, sólo bromeaba para que te lo pasaras bien.

—Pues yo pensaba que te gustaba...

—No he dicho que no me gustes, ¿a quién no le gustarías? Eres muy guapa e interesante.

A pesar de estar un poco dolida, me sonrojé.

—Perdóname por hacerte vivir esta situación tan incómoda, nunca acierto con los chicos.

—No tienes que pedir perdón, ahora que lo pienso, parecía que tonteaba, sí. Entiende que he llegado nuevo a la ciudad y sólo quería integrarme un poco.

—No pasa nada, lo entiendo. Si quieres podemos poner una película y así olvidar este malentendido. ¿O quieres hablar un poco más del tema?

—No, no me apetece darle más vueltas. Me apetece que veamos una peli.

Elegimos una comedia para quitar el amargor que se saboreaba en el ambiente.

Me sentí como una tonta. La mayoría de los hombres solamente quieren ligar conmigo y desaparecer. De ahí que no me fie de todos, pero Hugo no tenía cara de picaflor; y ahora sé que era porque ya tenía a su amor. Tampoco estoy acostumbrada a que los hombres me cojan de amiga, pero, en fin, siempre hay una primera vez para todo.

Al terminar la película, no veía a Hugo del todo bien y quise darle otro abrazo.

—Anímate, sé que no es un gran consuelo ni es fácil hacerlo, pero no vas a solucionar nada estando así.

—Lo sé, ahora mismo no me apetece ni volver a casa.

—Como has visto, vivo sola, tienes una cama libre en la que dormir.

—Si no te importa, ¿me podría quedar?

—¡Claro!, te lo estoy ofreciendo.

—Estoy muy cansado y mañana tengo trabajo, me voy a acostar ya.

—¿No quieres comer nada?

—No me apetece, tengo el estómago cerrado.

—Vale, yo también debería de acostarme ya.

Unas horas atrás no confiaba mucho en él y, en ese momento, me apeteció invitarlo a dormir. Me dio mucha pena entonces, pero, ahora que lo pienso, fui un poco inconsciente. La conexión que sentía con él era demasiado intensa, me costaba negarme a ayudarlo.

Recogí la mesa y fui al baño a cepillarme los dientes. Ya sólo me quedaba ponerme el pijama. Fui a la habitación a por la ropa, cuando me encontré a Hugo tumbado en mi cama.

—¿Te importa que duerma a tu lado? No quiero dormir solo.

—Cla...Claro que no, cabemos los dos de sobra.

Cogí mi pijama y me metí de nuevo en el baño a cambiarme. Me miré fijamente en el espejo. ¿Y si quería algo más que dormir? ¿Qué haría si me metiese mano? Me regañé para dejar de fantasear y me dispuse a ir a la cama.

Me metí con cuidado en la cama. Me sentía incómoda, no sabía que postura coger para no incordiar. Aunque Hugo tenía los ojos cerrados, sabía que aún estaba despierto. Aproveché que vi que se acostó con la misma ropa para empezar una conversación

—¿Quieres que te preste un pijama? —le dije entre risas.

—Pues no sería mala idea, pero no me caben, seguro.

—Inténtalo, seguro que estiran un poco.

—Ahora que descanse unos minutos y pueda levantarme.

Le noté la voz muy apagada y preferí dejarlo descansar. Me di la vuelta poniéndome de espaldas a él y cerré los ojos.

A la mañana siguiente, me desperté antes de que sonara el despertador. Su brazo estaba rodeando mi cintura y su cuerpo, pegado al mío. Disfruté cada segundo de ese momento, llevaba mucho tiempo despertándome sola; echaba de menos esa sensación. Al poco tiempo, empezó mi popurrí de despertadores y Hugo pegó un bote en la cama.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hora es?

—Son las 6, disculpa por el ruido, sigue durmiendo si quieres —le dije mientras tapaba mi cara con la sábana.

—Muchas gracias, tenía que despertarme a esta hora y, justo antes de dormir, puse el móvil en silencio. Suerte que ayer estaba arreglado y puedo ir así a trabajar.

Recién levantado está más guapo que nunca, yo no me atreví a enseñar mi cara. Se levantó y fue al servicio a prepararse. Después, iba de un lado a otro de la casa, no sé qué haría, pero tardó un buen rato, se escuchó hasta el sonido del secador.

Abrió la puerta de la habitación y estaba reluciente. Su ropa no tenía ni una arruga, su pelo estaba perfecto y su cara brillaba por sí sola.

—Siento decirte que tengo que irme, becaria.

—Fíjate tú qué pena me da, voy a llorar —le dije irónicamente.

Se acercó a la cama y me dio un beso en la frente.

—Gracias por tu hospitalidad. Te lo recompensaré.

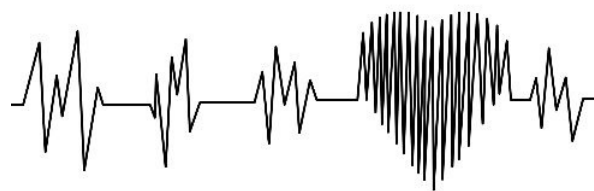
—No hace falta, para eso estamos los amigos, ¿no?

—Bueno, tengo que salir ya. Hasta pronto, amiga mía —me dijo acompañado de un guiño de ojo.

Escuché cómo se cerraba la puerta. Ya podía levantarme de la cama y empezar a prepararme yo.

En ese momento pensé que tenía que empezar a verlo como un buen amigo, aún no me había dado tiempo a ilusionarme con estar con él; pero es demasiado atractivo y me iba a costar mucho no sentirme atraída.

En mi cabeza no dejaba de retumbar una frase: No he dicho que no me gustes, ¿a quién no le gustarías? Lo único que sabía es que le podría llegar a gustar, algún día.



Capítulo 6

Después de la noche que pasé Hugo, estaba bastante desilusionada. Necesitaba a alguien con quien hablar, así que no dudé en llamar a mi tía con la excusa de ir a su casa a comer. No hice mi descanso para el almuerzo en el trabajo, preferí adelantar y salir un poco antes. Mi jefe te exige unas tareas mínimas al día y, una vez realizadas, puedes irte a casa.

Aun así, cuando llegué a casa de mi tía, ya habían terminado de comer y tuve que hacerlo sola.

—Mi niña preciosa, ya era hora de que te pasaras por aquí.

—Sabes que estoy muy liada, tita.

—¿Las 24 horas?

—Tú me entiendes, casi todo el día hasta la tarde. Cuando llego, lo que me apetece es descansar.

—¡Dónde vas a descansar mejor que aquí! —me insistía mi tía —Siéntate que ahora te sirvo la comida. Disculpa por no esperarte, teníamos mucha hambre y no sabíamos a qué hora ibas a llegar.

—No hay de qué preocuparse. Sólo quiero comer, ya sea sola o acompañada, también ando con bastante hambre.

Mi tía acarició mi mejilla. Me sonrió y fue a por mi plato.

Siempre que voy, me prepara canelones rellenos de espinacas y setas. Cuando hacíamos una comida familiar, mi padre era el que los preparaba. Aún recuerdo el rico sabor con el que a todos enamoraba, era todo un maestro de la cocina. Aunque mi tía intenta que les salgan igual, sabe que eso es muy complicado. Se puede copiar una receta, pero el toque es único en cada persona. Mi padre siempre me servía los canelones con un poco de queso fundido al lado, a parte del que ya tenían por encima y cebolla en trocitos porque así se los comía él. Solía imitarlo siempre en todo.

—Espero que los disfrutes. Ahí tienes picos, por si quieres.

Los probé y estaba en la gloria... Nunca me casaré de ese sabor celestial. No puedo evitar soltar las lagrimillas cada vez que los como, es como mi ritual. Parecerá una tontería, pero un simple plato de comida me hace sentirme arropada.

—Tita, los preparas genial. Están riquísimos.

—¿Te llegó a contar tu padre cuando fue la primera vez que los hizo?

—Creo que no, o al menos no lo recuerdo.

—A tu padre le encantaba cocinar desde que era muy jovencito. Cuando se enteró de que iba a ser papá, quiso sorprender a todos haciendo una cena para dar la buena noticia; estaba muy emocionado. Quería hacer un plato principal que ninguno olvidásemos, así que estuvo yendo a ratitos, durante toda la semana, a la biblioteca a leer libros de recetas. El día anterior a la cena, descubrió estos maravillosos canelones y, a pesar de no haberlos practicados, los cocinó para nosotros. Se podría decir que los preparaba especialmente por ti —contó orgullosa.

—¿De verdad? Si mi padre me hubiese contado eso, no lo hubiese olvidado en mi vida.

—Seguro que lo guardaba para contarlo en una ocasión especial.

Nos pasamos toda la comida recordando anécdotas divertidas de papá. Era un hombre astuto, calculador, con carácter y hábil en los negocios; mientras que en casa era divertido, despistado y muy cariñoso. Cuando pienso en el chico de mis sueños, desearía que tuviese cosas en común con él, que se le pareciese en algo. En realidad, pese a gustarme que así fuese, lo veo tan imposible que nunca es lo que he ido buscando. A partir de ahora, lo tendré en cuenta para que no me salgan tan ranas.

En el momento en el que mi tía me ofreció tomar café, supe que era la oportunidad perfecta para contarle cómo me sentía con respecto a Hugo.

—Uno de los motivos por los que he venido ha sido para hablar sobre un chico. Siento haber tardado tanto en sacar el tema. La verdad es que no tengo mucho que contar, pero necesito que alguien me ayude a aclarar mis ideas.

Los ojos se le abrieron como platos, nunca le hablaba de chicos tan directamente.

—¿Tienes novio? ¿Desde cuándo? —se le veía emocionada.

—No, tita, no es mi novio, es un chico que la verdad es que me gusta bastante.

—¿Y qué le pasa a ese chico? ¿Tiene tan mal gusto que ni te mira? —preguntó enfadada.

—Pues resulta que pensé que también se había fijado en mí; hasta que un día me enteré de que tenía novia y que sólo quería ser mi amigo.

—¿Desde cuándo lo conoces? Lo mismo no le ha dado tiempo a descubrir todo lo que tienes que dar.

—Desde hace poco más de dos semanas.

—¿De qué lo conoces?

—¿Te acuerdas de que te dije que mi primer cliente me cayó un poco mal?

—Sí, justo antes de dejarte en casa. Que, por cierto, me tienes que terminar de contar cómo te fue.

—Pues de quién quiero hablarte es de él —mis mejillas se sonrojaron al momento.

Esta mujer iba para policía, no había quién la parara cuando estaba muy interesada en algo. Le conté todo lo que sabéis sobre Hugo y parecía encantadísima con él.

—Ese chico me parece muy interesante, puedes llevar una buena vida a su lado.

—No necesito que nadie me solucione la vida —le contesté molesta y mirándola de reojo.

—A ver, sé que eres independiente y eso me gusta, pero, cuanto más te pueda aportar una persona, mejor lo veré yo para ti. Suena feo, sí, no obstante, es lo que pienso —dijo mientras alzaba su cabeza con dignidad.

—¿Y qué piensas de su actitud conmigo?

—¿Qué actitud, Catherine? Se molestó porque no miraste por dónde ibas,

bromeó contigo cuando te vio y contó con tu apoyo cuando más lo necesitaba. Yo no lo veo mal chico, es sólo que a ti te gustan las cosas más simples y fáciles de entender.

—¿Crees que le puedo llegar a gustar? —pregunté con miedo a escuchar la respuesta.

—Y me lo preguntas a mí... A tu principal enamorada... Catherine, no te ilusiones ni te preocupes tan rápido, ni siquiera lo conoces. Disfruta del momento a su lado, lo mismo resulta ser un buen amigo, no un buen amante.

—Tienes razón. ¿Qué harías tú?

—Ya te lo he dicho, deja las tonterías a un lado y si tan obsesionada estás, llámalo y deja de preguntarte las cosas mil veces. ¡Coge el teléfono y marca su número! —me dijo mientras me acercaba mi bolso.

Seguí el consejo de mi tía y lo llamé. No podía aguantarme más las ganas de sentirlo cerca. Para una vez que me atrevía a hacerlo, el teléfono estaba comunicando.

—No ha habido suerte...

—Lo intentas más tarde, ¡no te empieces ya a montar películas, que nos conocemos!

—Seguro que ha vuelto con su ex, ni un mensaje me ha escrito... —comenté triste.

—Ese chico tiene una vida, a ti aún solo te ha abierto un poquito la puerta. Ten paciencia que te dejará entrar poco a poco.

Sonreí a mi tía y como si los dioses me hubiesen escuchado, recibí un mensaje.

“No podía atenderte, ¿estás bien?”

No tardé en responderle.

“Estoy bien, sólo quería que quedásemos para ir a cenar juntos.”

Esa vez sí se cenaría, en casa no quiso ni probar bocado de nada. Su respuesta fue inmediata y afirmativa.

“Cuando acabe, paso por tu casa a buscarte.”

“No estoy en casa, te mando mi ubicación.”

“Genial. No tardaré mucho. Te daré un toque cuando esté fuera.”

Mi tía insistía en conocerlo.

—Tita, ¡qué vergüenza!

—Si quiere ser tu amigo, o algo más, debe integrarse en la familia. Es ley de vida.

—¡Si apenas me ha visto a mí!

—No sales de aquí hasta que entre él a buscarte.

—Como eres... —suspiré.

Mi tía era capaz de ponerse en la puerta y aplacarme si intentaba salir. Me avergonzaba pensar en Hugo observando esa escena tan surrealista.

Mientras él llegaba, mi tía me estuvo poniendo al día sobre mis primos. A Julio, el mayor, le ha ido muy bien en la Universidad. Se gradúa este año, en medicina y le han asegurado ya una plaza en un hospital privado. Por otro lado, está Alberto con sus dificultades académicas, pero tiene una gran habilidad con los deportes. Alberto, a pesar de que le cueste estudiar, ha entrado en la carrera de educación física y se está esforzando mucho por terminarla.

Sobre las 8 y media, Hugo llegó y me dio un toque al móvil para avisarme. Salí a saludarlo, tras prometerle a mi tía que lo haría pasar.

—Hugo, me da vergüenza pedirte una cosa, pero... Mi tía quiere conocerte... ¿Podrías entrar a saludarla? —mi tono era muy bajo, no era algo que quisiese pedirle.

—¿No vas demasiado rápido? —bromeó con cara de aguantarse la risa.

—¡No seas bobo! Venga, porfi, no me dejará irme hasta que lo hagas —le puse mi cara de perrito abandonado para ver si le daba pena.

—¡Hombre, Hugo, es todo un honor! Soy Lidia —interrumpió mi tía con aires de diva y fue directa a darle dos besos.

—Tita...

—No te preocupes, cari, tengo que conocer a tu familia —respondió Hugo sonriendo mientras me guiñaba un ojo. ¿Cari? Le encanta hacerme enfadar.

—¿Qué dices de cari? ¡No inventes!

—Deja al muchacho, acaba de ganar puntos conmigo. Venga, Hugo, entra que te pongo un café.

—Sin ánimo de parecer irrespetuoso, prefiero ir a un sitio bonito con tu sobrina y así tomar el aire —dijo educadamente Hugo.

Mi tía se quedó de piedra. Los ojos le brillaban. Me miró boquiabierta y no dudó en dejarnos ir.

—¡Iros a pasear ya, no perdáis más el tiempo! Volved cuando queráis, esta es vuestra casa.

Una cosa tiene ellos en común, sea como sea, consiguen lo que quieren. Ella no ha parado hasta que lo ha conocido y besado. Él, por su parte, utiliza sus encantos para ir de caballero y escaquearse. ¡Qué dos! Aunque esta batalla la ha ganado Hugo. Pudo con la mujer más insistente del mundo. Yo estaba flipando, este chico tiene una capacidad enorme para convencer a los demás. Gracias a él, pudimos irnos en su coche, lejos del drama con patas.

Estuve hablándole a Hugo un poco sobre mi tía, le había caído bien. Yo hablaba y él reía, no le gusta distraerse mucho al volante, según me advirtió. Ni siquiera me comentó teníamos un destino para cenar, pero al parecer, Hugo sabía muy bien dónde me llevaba.

A la media hora, paró el coche y me abrió la puerta para salir de él. Un aparcacoches se acercó, él le dio sus llaves del coche para que se lo aparcase en el parking privado del restaurante. Me había llevado a cenar a un sitio que, por lo que ya había oído antes, era bastante caro. Resultó que había reservado una mesa para los dos antes de venir a buscarme. Era todo muy especial, aun así, no podía dejar de pensar en que no era más que su amiga.

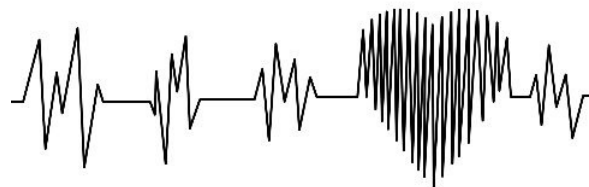
El restaurante estaba ambientado en la antigua Roma. Tenía columnas al estilo de los templos romanos e imitaciones de famosas esculturas. Nuestra mesa estaba al lado de la estatua de “Augusto de Prima Porta”, pero mi escultura

preferida, sin duda, fue la de “Brutus Barberini”. El sitio era de lo más pijo, no había un mantel con la mínima arruguita ni, mucho menos, una silla mal colocada,

El resto de la noche fue un auténtico asco. Estuvo toda la cena contándome cómo estaba por lo de su exnovia, qué cosas echaba de menos de estar con ella, en qué le había beneficiado el fin de su relación, qué actividades hacía con ella... Un puto coñazo todo. Yo le intentaba cambiar de tema, pero, por algún motivo, su ex tenía algún tipo de relación con todas las cosas de este planeta. Fue tan agobiante que no me apetece mucho recordar esa cena, así que no haré mucho hincapié en ella.

No pude ni saborear la comida, mi estómago se iba cerrando cada vez más. No recuerdo ni cómo se llamaba lo que pedimos, sólo sé que era una especie de risotto y un poco de puré de patatas.

Esperé a ver que terminaba de comer para decirle que no me encontraba muy bien. Insistió en llevarme a urgencias, pero le convencí de que no era nada grave y me acercó a casa. Me daba lástima pensar que gastó dinero en vano, no tenía culpa de que no me agradara el tema. En esos momentos me di por vencida con él. No es que hubiese luchado mucho, pero sabía que era una batalla muy complicada de ganar. No sabía si iba a poder soportar a una persona que basaba su existencia en su vivencia con otra.



Capítulo 7

Llevaba algún tiempo evitando a Hugo. Estaba muy molesta por lo de la cena, se llevó todo el tiempo hablando de su ex. Le colgué todas las veces que me llamó al móvil, pensé incluso en llamar a la compañía para restringir sus llamadas.

En la oficina, pude ocupar mi mente en otras cosas y dejar de pensar en lo ocurrido con Hugo. Aunque mi tranquilidad no duró mucho, mi jefe acabó con ella.

—Catherine, recuerda que hoy tiene reunión con el señor Velasco.

—¿Un nuevo cliente? —se me había pasado ver que tenía ese día en mi agenda.

—No, ¿dónde tienes la cabeza? Hugo Velasco —su tono se vio bastante molesto.

—Ah sí, perdona, lo que pasa es que insistió en que le llamase Hugo solamente —acompañé mis palabras con una sonrisa.

Pude salir de esa situación tan tensa con la aclaración. Aunque me parecía más tenso el pensar en encontrarme con él de frente y tenerle que dar explicaciones. Era consciente de que no podía librarme de él para siempre, era uno de mis clientes.

Me llevé toda la mañana inquieta sin saber cómo iba a pasar de él, ya que no iba a poder mirarlo sin más. ¿Por qué le daba tanta importancia a una simple amistad? Si al menos hubiera pasado algo entre nosotros, lo habría entendido. A pesar de todo eso, tuve que ir a la reunión y afrontar el problema cara a cara. Los negocios van antes que mis paranoias.

—Buenos días, señor Velasco —usé un tono serio y puse cara de mujer de negocios.

—Hola, becaria. Me alegra mucho saber que estás viva —estaba un poco molesto.

—No creo que deba darle explicaciones a un cliente. Sabrás que estoy viva o muerta una vez pises esta oficina. Y, por cierto, no me digas becaria, me debes un mínimo de respeto.

—No seas injusta conmigo, Catherine, necesito saber, al menos, qué te he hecho. No entiendo nada —me rogó.

—Mira, Hugo, me parece muy bien tener amigos tan buenos como tú, pero no voy a aguantar una amistad basada en personas ajenas a nosotros.

—No te entiendo, no hay nadie más entre nosotros.

—¿Te parece normal invitarme a cenar y llevarte toda la cena hablando de tu ex? Es que no había tema en el que no la sacases. Me parece que la broma tuvo su límite.

—¿De verdad hice eso? Joder, soy un idiota. Está todo tan reciente que ni me doy cuenta.

—Yo lo siento, pero eso ya fue demasiado para mí. Si lo haces sin darte cuenta, ¿quién me asegura que todas nuestras quedadas no serán iguales?

—Sé que no me porté del todo bien, pero acabo de romper con mi novia de hace seis años, es normal que hable de eso con mis amigos. Me pasé haciéndolo toda la cena, aun así, ¿no crees que estás exagerando un poco?

En ese momento me quedé un poco pillada. Lo estaba tratando como si de un nuevo novio se tratase y, en realidad, no estábamos más que empezando una amistad.

—Catherine, ¿estás bien? Te has quedado muy callada.

—Sí, disculpa. Supongo que yo con mis amistades soy un poco intensa. Mejor no le demos más importancia —después de mi reflexión, me pareció lo más correcto.

—¿En serio? No sabes la alegría que me das —expresó con una sonrisa encantadora.

—Dejemos por ahora esto a un lado, pero sin olvidar que me debes una cena en condiciones. Y ahora, hablemos de tu producto.

—Jajaja, genial.

La reunión fue maravillosamente bien, llegamos a muchos acuerdos para la promoción de su producto. Seguramente ganaría muchísimo dinero con él y, si conseguía eso, me aseguraría mi puesto fijo aquí durante una gran cantidad de años. Una de las cosas que me gustan de Hugo es su seriedad cuando habla de negocios. A mí me cuesta un poco más olvidarme de que lo conozco personalmente, pero él sabe muy bien cómo comportarse.

Al finalizar la reunión, se despidió con un fuerte apretón de manos y se fue de mi despacho. Yo, por mi parte, recogí la oficina.

Una vez recogida, no aguantaba más, necesitaba ir al servicio, me iba a orinar encima. No puedo evitar beber mucha agua en este tipo de reuniones, se habla muchísimo y el beber tanto después pasa factura.

Entré en el servicio y no había nadie, lo tenía para mí solita. El retrete está siempre muy limpio. La sorpresa me la llevé cuando, al salir de este, vi a Hugo esperándome en el lavabo.

—¿Qué haces aquí? No puedes estar aquí dentro —dije tembloroso.

Lo primero que hizo Hugo fue acercarse a la puerta y poner el cerrojo. No articuló palabra alguna mientras lo hacía. Después de comerme tantas películas de miedo, llegué a pensar que era un sicópata. ¿Quién se mete en el cuarto de baño de mujeres si no es para matarlas o torturarlas? Sólo las propias mujeres y, a veces, ni nosotras mismas nos dejamos íntegras. Me temblaban las piernas.

—Necesitaba aclarar la situación de antes. Me raya pensar que estuvieras celosa de mi ex.

—¿Celosa? ¿Desde cuándo las amigas se ponen celosas de eso?

Se empezó a acercar poco a poco a mí, entretanto, yo iba retrocediendo. Llegué a un punto en el que choqué con la pared y empecé a rezar en mi interior, por alguna razón, supe que ese iba a ser mi fin. No fui capaz ni de mirarlo a la cara. Podría haberme encerrado en el retrete, pero mi cabeza no dio para más en ese momento de tensión.

—¡No me hagas daño! ¡Haré todo lo que tú quieras! —mis lágrimas estaban a punto de brotar.

—No te voy a hacer daño, pero me gusta eso de que harás todo lo que yo quiera —ese tono seductor era nuevo en él.

—¡No me tortures, por favor, si vas a hacerme algo, que sea rápido!

—¿Es para ti una tortura que te bese?

Fue entonces cuando lo miré fijamente a los ojos y vi que había estado exagerando, como siempre. Su mirada mataba, pero no en el sentido en el que me había imaginado. Apoyó su frente en la mía y me agarró de la cintura. Su cuerpo cada vez estaba más cerca y mi inquietud era cada vez mayor. Su respiración era muy intensa. Pegó su nariz a la mía sin dejar de mirarme fijamente a los ojos y, cuando terminó de acercar su cuerpo, me besó rápida y apasionadamente.

Estaba en las nubes, sus labios eran suaves y carnosos. Podría llevarme años besándolos sin parar.

—¿Te gusta tu tortura? —me susurró al oído mientras me mordía la oreja.

—Me encanta. Me podrías torturar a diario.

—Por mí, encantado.

Nos fundíamos en besos apasionados. No tardé mucho en comprobar que estaba muy excitado y que la cosa iba subiendo de tono. Le gustaba ir de mi boca a mi cuello, mordiendo este último. Sus manos estaban dentro de mi ropa. Una de ella estaba por dentro de mi pantalón, tocando mi trasero; y la otra, por dentro de mi blusa recorriendo el lateral de mi abdomen.

Todo era genial hasta que nos interrumpieron llamando a la puerta.

—Hugo, para. Están llamando a la puerta —le dije cual adolescente que iba a ser pillada en los lavabos de un instituto.

—Tendrán que esperar, ya se nos ocurrirá algo luego.

Era incapaz de calmarse, parecía que la situación le ponía aún más. Me hubiese gustado ir más de malota, pero mi empleo estaba en juego si nos pillaban.

—Hugo, por favor, podría meterme en problemas —le rogué.

—Está bien, pero me has dejado muy malito, esto hay que acabarlo.

—Ya hablaremos de ello, ahora ayúdame a salir de esta situación. Podrías esconderte en el inodoro mientras yo entretengo a quien vaya a entrar, después tú sales.

—Suenas divertido.

—No hagas ruido, por favor.

—No lo haré. Confía en mí.

Fue de esa manera como lo hicimos. Fui a abrir mientras que él estaba escondido tras la puerta del retrete. Había una chica esperando.

—Disculpa, me sentía muy mal y sólo quería estar sola.

—¿Necesitas ayuda?

Me puse a hablar con la chica que entró sobre lo duro que era el trabajo y cosas así. Tenía que magnificar de manera negativa mi situación laboral para que colase. La chica me dedicaba palabras con las que intentaba subirme el ánimo.

Ya llevábamos un rato hablando e hice un ruido con la garganta para que Hugo saliese. Aunque no nos resultó tan sencillo como en las películas. Cuando Hugo fue a abrir para salir del inodoro, la mirada de la chica se fue hacia donde él estaba. Por lo tanto, no me quedó más remedio que abrazarla girándola hacia mí y fingir que lloraba.

—No me dejes sola, por favor, te lo ruego —le dije entre lamentos.

—Tranquila, no pasa nada, todo tiene solución.

—No creo que mi problema la tenga, es demasiado fuerte.

—Si estás tan mal, puedo acompañarte a que te tomes algo y te tranquilices. Creo que el baño no va a hacer que mejores, necesitas ir a un lugar más alegre.

Hugo salió escopetado y respiré aliviada. ¿Cómo iba ahora a irme sin más? Iba a quedar como una loca, pero no iba a hacer ese papel durante horas.

—Gracias por el abrazo, ya estoy mejor. Voy a volver al trabajo para despejarme. Estoy por la oficina si necesitas algo. Hasta luego.

Le sonreí y me fui corriendo de allí, me moría de vergüenza. Iba a ser yo quién matara a Hugo, ya que él no lo había hecho.

Salí en busca de Hugo, pero no lo vi más por allí. No estaba físicamente,

aunque no dejó de meterse en mis pensamientos. No me podía creer aún que hubiese ocurrido eso entre nosotros. Quizás parece exagerado que un simple beso me diese tanto en qué pensar, pero no me esperaba para nada que Hugo tuviera ningún interés en mí, como algo más que su amiga. Sólo espero que él no busque tener simplemente un rollo, yo ya no estaba para esas niñerías.



Capítulo 8

Y llegó el gran día, os vais a enterar que hago colgada de un barranco. Desde ese primer beso, Hugo y yo nos estuvimos enviando mensajes. El problema es que nuestros horarios, entre semana, no encajan muy bien. No pasábamos más allá del “Hola, qué tal”. Al menos sabíamos que el otro estaba bien.

No me pude aguantar mucho más tiempo sin saber realmente qué iba a pasar, no tengo paciencia para estos temas. Hoy, nada más me levanté, lo llamé.

—Buenísimos días —contestó con voz de recién levantado.

—¿Te he despertado? Jo, lo siento.

—Me iba a levantar ya mismo, no hay problema. Bueno, dime, ¿para qué me has llamado?

—Me preguntaba si te apetecía que hiciéramos algo juntos hoy.

—Yo ya tenía planes para hoy.

—Ah, entonces otro día será.

—Puedes venir conmigo si quieres. Sabes que me encantaría.

—¿Ir dónde?

—Pues a hacer barranquismo, me he levantado con muchas ganas de ir al club.

—¿Tú y yo? ¿Estás seguro? Yo apenas sé lo básico.

—Yo soy un experto, seré quién te termine de enseñar.

—Genial. ¿Dónde quedamos?

—En una hora me acerco por allí y te recojo.

—De acuerdo, hasta ahora.

Hugo haciendo de monitor... No sabía qué actitud esperar de él. Cada momento que paso a su lado me sorprende más. Aún no le termino de descifrar muy bien. Cómo os podréis imaginar, hoy iba a conocer más facetas de él.

Había pasado justo una hora desde que colgamos y, efectivamente, estaba

ya abajo esperándome. A mí aún me quedaban unos diez minutos para terminar, que espere. No es que yo sea impuntual, es que este chico es demasiado puntual.

Al entrar en el coche, pude ver mejor su look deportivo. Estaba para comérselo entero y no dejar ni los huesos. La mirada se me fue directa para su zona íntima, quién se embarcara en esa odisea.

—¿No me vas a dar dos besos? O uno, como prefieras —me miró intensamente.

—Sí, con dos ya vas bien servido —qué malvada soy.

Le di dos besos, uno en cada mejilla. Tenía ganas de jugar un ratito con él. Se le vio en la cara que se lo había tomado como una broma, o al menos, eso pensaba yo. El caso es que soltó una risita y no tardó en arrancar el coche.

Cuando conduce no solemos hablar mucho. Hugo prefiere estar atento a la carretera. Yo me entretengo observando el paisaje y, además, me gusta encargarme de ir cambiando las emisoras de la radio.

El camino se me hizo más ameno que cuando fui en autobús. No hay duda de que la compañía y la comodidad pueden hacer que un viaje sea mucho más agradable.

Cuando llegamos, caí en algo muy importante que debía de comentarle a Hugo.

—Ahora que lo pienso, no traigo equipamiento para practicar barranquismo —si quiere seguir siendo mi amigo, debe acostumbrarse a mis despistes.

—Supuse que no tendrías, así que traje equipamiento de sobra para los dos. No te vas a librar, de todas maneras, aquí se puede alquilar.

—No pensaba librarme, listo.

—¡Qué razón tienes! Ni pensabas en eso ni piensas en nada —se reía creyéndose malote.

Le pegué en el brazo para que se enterará con quién se estaba metiendo. Tras la agresión, nos fuimos a los vestuarios a cambiarnos. Su equipamiento me quedaba muy bien, el problema eran los zapatos. Mis pies son más pequeños que los suyos y su calzado me volaba bastante. En el curso de principiante nos

dijeron que era muy importante que el calzado nos quedara bien y nos apretase los tobillos.

Fui al coche a dejar mi ropa y a comentarle lo de los zapatos a Hugo. Él ya había terminado desde hace rato y estaba esperándome allí.

—Necesito ir a alquilar unos zapatos, los tuyos me quedan grandes.

—Me lo imaginé. Ve tú a eso que yo mientras estaré en la cafetería pidiendo el desayuno. Tenemos que coger muchas fuerzas para rendir en condiciones.

El alquiler del calzado es bastante caro. Pero bueno, todo sea por pasar un día genial con él.

Llegué a la cafetería y me quedé asombrada al ver tanta comida sobre la mesa, no sé qué tanto deporte quería que hiciésemos hoy. No pude comer casi nada, no estoy acostumbrada a desayunar fuerte y era demasiado para mí. Me tomé un croissant con jamón york y queso, un plátano y un café. Hugo comió el doble o, incluso, el triple más que yo, no sé cómo mantiene la línea.

Fue terminar de comer y salir a por todas. Es el día perfecto, el sol no pega mucho y no hace nada de viento. Es importante también que no hubiese llovido en los días anteriores, así las piedras se mantenían secas.

Hugo iba guiándome. Me prometió que no cogeríamos una ruta muy complicada para mí, aunque también me advirtió que iba a ser más pesada que la de principiantes. Me estuvo enseñando trucos que se van aprendiendo con la experiencia. También me estuvo describiendo los barrancos para que tuviese criterio propio a la hora de elegir uno. Se notaba que entendía demasiado sobre el tema y a mí se me caía la baba sólo de escucharlo.

Nos dispusimos a subir el primer barranco que él había elegido y, para mi sorpresa, me dejó hacerlo sola. Él iba detrás de mí. Aprovechó cada momento para ayudarme empujando de mí, empujando mi trasero. Este se cree que soy tonta o algo, pero, en el fondo, me gusta porque lo está haciendo él. Se llevó toda la mañana aprovechando para agarrarme de la cintura y pegarse a mí. Se notaba que quería tocar, a lo tonto, todo mi cuerpo.

Me hubiese gustado que me besara, tanto acercamiento y tan poco cariño. A mí no me gustan las relaciones tan frías, necesito que me aclare lo que siente por mí.

Conforme iba pasando el día, iba recuperando su humor de idiota. Estaba bien que supiese tanto y estuviese tan atento, pero a veces se pasaba de enterado. Me decía cosas tipo:

—¿Qué es una piedra colgada de un barranco?

—No lo sé, ¿qué es?

—Tú jajaja.

—¡Qué dices, idiota! ¿por qué una piedra?

—Porque tiene la misma habilidad que tú, jajaja.

Sé que no soy la más hábil en este deporte, pero se había pasado tres pueblos. Se pasó contando ese tipo de chistes entre barranco y barranco. La verdad es que me estaba cabreando bastante. La cara me iba cambiando por momentos, cada vez se me veía más cabreada. El subnormal este no se daba ni cuenta. Necesitaba decírselo.

—Mira, Hugo, me estoy cansando de tu actitud —le dije con un tono brusco.

—¿Qué ocurre? Pensé que lo estábamos pasando bien —dijo extrañado.

—Te lo estás pasando bien tú solito riéndote de mí. No haces otra cosa que echarme en cara que no tengo experiencia en esto.

—Sólo intento que te piques un poco, es mi forma de animar a la gente.

—Tu forma de animarme está pudiendo hoy conmigo.

—Me cuesta creer que unas bromillas de nada te afecten tanto. Eres una chica lista.

—No son en sí las bromas, que también, pero llevas todo el día pegándote a mí. Veo muchos tocamientos y ni una muestra de cariño. Lo único que haces son chistes despectivos.

—Catherine, relájate, si no he tenido muestras de cariño ha sido porque esta mañana, en el coche, te has mostrado distante dándome solo dos besos. Pensé

que no querías que se repitiese lo del baño.

—Lo de esta mañana era una broma, eso sí que se considera broma. Lo tuyo ya está a otro nivel.

—Eso que dices no es justo. ¿Qué pasa, quieres que te bese?

—No, ya no. Y menos si encima tienes la cara de pedírmelo, como si eso se tuviera que pedir.

—Pues ya no te lo doy. Te aguantas.

—Esto es ridículo. Mejor volvamos a casa.

—¡Qué tonta eres! Ven aquí.

Me cogió del brazo y me acercó hacia él. Acarició mi mejilla izquierda y se quedó un rato mirándome a los ojos. Empezó a susurrarme.

—Si quieres que me calle, no hablaré, pero no me quites la oportunidad de tenerte cerca todo el día.

—Me conformo con que no cuentes esos chistes. Yo también quiero terminar el día a tu lado.

Sonrió y me besó suavemente. No cerraba los ojos para poder observar su rostro mientras lo hacía. Era digno de ser grabado: en lo alto de un magnífico barranco y con el día tan estupendo que hacía, los dos besándonos como si sólo existiéramos nosotros.

No sé cuánto tiempo pasó, estaba tan sumergida en el beso que ni me percaté de ello. Volví al mundo real cuando paró de besarme.

—Te voy a llevar al barranco más bonito de todos, al que me gusta ir cuando no tengo un buen día.

Caminamos unos veinte minutos, cogidos de la mano, mientras nos íbamos acercando al borde de un precipicio.

—¿Preparada para el descenso más alucinante de tu vida?

—Supongo que sí, no creo que dejes que me pase nada.

—No, aún no me he aprovechado lo suficiente de ti.

—Nadie te lo impide.

—Pues entonces, agárrate fuerte y verás.

Me bajó con él, me llevaba agarrada como lo hacía el monitor.

Las vistas eran inimaginables, mágicas. El único inconveniente era que estaba demasiado alto y me estaba dando muchísimo vértigo. Me dejé manejar por él. No me hubiese atrevido a bajar sola, pero Hugo me da mucha confianza.

Para mi sorpresa, no tardó mucho en hacer de las suyas.

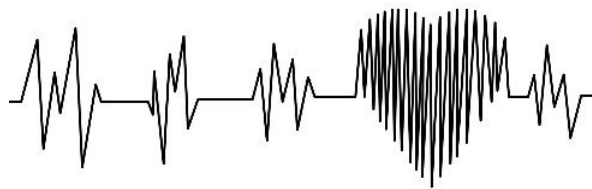
Nos faltaban aún unos cuantos metros para llegar al suelo, cuando se pegó contra mi espalda y empezó a besarme el cuello. No era el mejor momento para bajar la guardia y que nos flaquease el cuerpo. Entretanto, me pasaba la mano por el pecho, recorriendo todo mi torso. Tenía una sensación agridulce, me estaba poniendo cachonda, pero, a la vez, tenía mucho miedo.

Y aquí es dónde llega lo interesante, pues de los nervios se me ha resbalado un pie y he perdido la calma. Es ahora cuando me encuentro colgada de un barranco con un idiota.

—¡Ahhh! ¡Bájame de aquí, idiota!

—Relájate y disfruta. Tenemos pendiente lo que no llegamos a terminar en el baño.

Me está agarrando bien para recolocarme. En estos momentos, no siento nada de miedo.



Capítulo 9

Siento muchos calores en mis zonas íntimas. Deseo que nos quitemos todo el equipamiento y así poder disfrutar de su cuerpo. La altura ahora mismo me da igual, solo quiero follar con él. Su forma de hablar es demasiado sensual.

—No me dejes así, necesito más.

Mi respiración cada vez es más intensa. No puedo negarme a semejante hombre.

—Déjame disfrutar de ti mientras estés indefensa. Sé mi becaria, mi inocente becaria.

—Bajemos. ¡Quítamelo todo!

—No hables tan fuerte o nos pueden pillar.

—Me gusta el peligro, ¿a ti no? —yo misma me sorprendo de lo que digo

—Me encanta, pero más me gusta tu cuerpo.

Le estoy cogiendo el gusto a sentir el peligro de estar a metros del suelo y de que nos puedan pillar. Hace que mi culote esté cada vez más empapado.

Hugo no deja de manosearme, parece que tiene experiencia en meter mano sin que las cuerdas le estorben. Pasa su mano por encima del arnés, por delante, por dónde está mi vagina. Se para y aprieta fuerte para que sienta que está tocando por ahí. Tengo ahora mismo tanta sensibilidad en la zona que cualquier mínimo movimiento me hace gozar.

Está cambiando su mano juguetona de sitio. Ahora está sobre uno de mis pechos y le gusta apretarlo bien fuerte. Esta sensación de dolor placentera no la había sentido antes.

—El traje de neopreno pegado a tu cuerpo hace que tenga más ganas de follarte.

—No aguanto, dame más.

—Está bien, te voy a hacer disfrutar como nunca lo han hecho.

Estamos bajando juntos y es incapaz de alejarse mucho de mí, a pesar de su

experiencia. Aprovecha para estar un poco más abajo, para y mete su mano entre mis piernas.

—Me encantan tus muslos, se ven bien ricos.

Llega abajo y a mí aún me quedan unos centímetros. Me coge en brazos en posición vertical, frente a él y empieza a bajarme. Cuando mis pechos están a la altura de su boca, para. Su boca se acerca a mis pechos y empieza a mordisquearlos.

—Debes darme de esto todos los días, hasta con ropa da gusto tenerlos en la boca.

—Son todos tuyos, a ellos también les gusta tu boquita.

Parece que decirle eso le ha encendido un poco más la llama de la pasión. Ha empezado a subir su boca por todo mi cuello y está besándome salvajemente.

Se para a quitarme las cuerdas y el arnés. Ahora, se quita lo suyo. Me muestra las cuerdas mientras me mira con picardía y se muerde el labio.

—¿Quieres que las usemos?

—Muéstrame tus habilidades con ellas.

Acerca su pelvis a la mía. Con estos trajes, se nota y se siente todo. Lo único que tengo claro es que tiene una buena polla.

—¿Te has metido una boa en los pantalones o es tu polla?

—Es toda mía, ¿te apetece conocerla?

—Sería todo un placer.

Empieza a quitarse el traje, ni en mis mejores sueños me hubiese imaginado que estuviese tan bueno. Ya el traje le marcaba bien todo, pero sin él mejora muchísimo. Su enorme polla empuja la tela de su bóxer.

—Ayúdame a desnudarme.

—No hay cosa que más desee ahora mismo.

Me siento libre en estos momentos, pero quiero que me posea.

Empiezo a tocarle el torso fascinada y cada vez más caliente. Su polla roza mi vagina y siento un cosquilleo tentador.

—Es hora de usar las cuerdas.

Me da media vuelta, me empuja hacia delante y me azota en el trasero. No deja de subir de tono la situación. La excitación se apodera de mí, necesito su polla dentro.

—Mi coño está vacío, ¿no quieres rellenarlo?

—Tengo el candidato perfecto para ello.

Me vuelve a girar y me tumba en el suelo, sobre un terreno liso. Me pasa la cuerda por detrás de la cabeza. Se quita la ropa interior y se queda observándome mientras se masturba.

—No te muevas, estás perfecta así.

—Me estás haciendo sufrir, estás siendo muy malo conmigo. ¿Te tengo que castigar?

—Hoy castigo yo, necesito poseerte.

—Poséeme ya, por favor.

Me terminó de desnudar quitándome el culote. Lo estruja con la mano y lo huele profundamente.

—Has mojado mucho las bragas, tienes que tenerlo tan húmedo que no puedo esperar más. Pero antes, me aseguraré de que no haces ruido.

Ha hecho un nudo con la cuerda en mi boca después de abrírmela.

—Así no gritarás del placer que vas a sentir.

Está abriendo mis piernas, más de lo que ya lo estaban. Me acerca las rodillas al torso, mientras se va incorporando poco a poco entre ellas. Me sube los gemelos a sus hombros y agarra mis muslos con fuerza. Por fin, me mete la polla con intensidad. Se nota muy apretadita entre mis paredes vaginales. Se le ve muy sexy mordiendo esos labios carnositos mientras va haciendo movimientos circulares con su pelvis.

Le hago señas con las manos para que se acerque. Se inclina hacia mí y empieza a meterla con energía y a sacarla lentamente. Me llega hasta el fondo, choca con mi interior.

Su ritmo va aumentando. Mis gemidos son cada vez más intensos.

—Te gusta, eh.

Asiento con la cabeza mientras me la mete cada vez más rápido.

—Córrete para mí. No pararé hasta que te corras.

Esas palabras han aumentado mi temperatura corporal. Los sudores son la prueba de nuestra ardiente pasión.

Siento que estoy a punto de llegar al orgasmo. Una sensación de cosquilleo empieza a ser cada vez más intensa. Sigue dándome enérgicamente. Me agarro con fuerza a su cuello. Cuanto más y aprieto el cuello, más fuerte me da.

¡Dios! Un calambre placentero se apodera de mí y mi vagina se contrae.

Relajo el cuerpo mientras que Hugo me la saca de dentro.

—Muy bien, así me gusta.

Me quita la cuerda de la boca. Respiro con más facilidad.

—Me toca a mí correrme. ¿Dónde te gustaría?

—Córrete en mi boca. Te la chuparé.

—Ven aquí, mi polla necesita que la bañen en saliva.

Apenas haber recuperado el aliento, pero necesito saborearla.

Está sentado de rodillas en el suelo con las piernas un poco abiertas. Me acerco gateando hacia su polla. No tardo en metérmela en la boca. Es tan grande que no me cabe entera.

Mientras le hago la felación, voy recorriendo su polla de arriba a abajo con las manos. Sabe deliciosa.

—Sigue así, becaria.

Me coge la cabeza y empieza a marcar el ritmo. Me pone escuchar cómo disfruta y no puedo parar de chupársela.

De repente, empieza a gemir fuerte. Un líquido calentito entra en mi boca mientras lo veo temblar. No dudo en tragármelo, me encanta.

—Has estado genial —me dice mientras me besa la frente.

—Tú también, Hugo.

—Me gustaría quedarme aquí relajado contigo, no tengo fuerzas; pero deberíamos vestarnos antes de que nos vea alguien, si es que no nos han visto ya.

Nos empezamos a vestir. Nos va a costar volver estando tan cansados, así

que nos hemos sentado a las orillas de un riachuelo. No sé si es el momento, pero necesito saber qué quiere de mí.

—¿Aún quieres ser mi amigo?

—Claro que sí, ¿por qué?

—Porque a mí me gustaría ser algo más.

—A mí también, la verdad, pero eso no quita que seamos amigos.

Me pasa el brazo por detrás de la espalda y me pega hacia él.

—No tenía claras tus intenciones, lo del beso me descolocó un poco. Además, al principio dejaste bien claro que sólo buscabas una amiga en mí.

—Eso buscaba, tenía pareja y justo cuando me dijiste que pensabas que tonteaba contigo, mi ruptura estaba muy reciente. Aun así, te dije que sí me gustabas.

—Pues la verdad es que llegué a pensar que no ibas a intentar algo conmigo nunca. Ni por despecho me buscaste aquella noche.

—Yo no soy así, si me acuesto con alguien es porque siento que voy a llegar a algo más con esa persona. Cuando beso, es por el mismo motivo.

Sonríó y le miro directamente a los ojos.

—Me siento muy conectado contigo, sería una pena que no intentásemos algo más serio. No nos conocemos demasiado, pero tampoco perdemos nada intentándolo. Si no sale bien sería una auténtica pena, aunque si sale bien sería genial. Es un riesgo que me gustaría asumir.

—Yo pienso lo mismo. Me alegra saber que hasta en esto estamos de acuerdo.

—Sólo decirte que cuando estoy con una persona, tiene que tener claras tres cosas: siempre voy a apoyarte, siempre voy a estar en las buenas y en las malas y nunca voy a hacerte daño queriendo.

—Tenlo tú también claro, yo haré lo mismo.

Os dije que merecía la pena que os contara todo lo que pasó antes de este día tan especial. He venido con un gran amigo y me voy con, espero, un gran

amor.



Capítulo 10

No todos los días pueden ser mágicos, la rutina forma parte de nuestras vidas.

Acabo de llegar a la oficina y mi jefe me ha pedido que vaya a su despacho. Temo que sea algo malo, pero creo que no he hecho nada. Estoy parada en su puerta preparándome para entrar con buena cara. Espero que no me tiemble la voz.

Golpeo suavemente la puerta.

—¿Se puede?

—Sí, pase, por favor.

Abro la puerta y entro en su despacho. Tomo asiento.

—¿Qué necesita, señor Márquez?

—Catherine, voy a ser claro contigo. Ha llegado a mis oídos que te estás viendo con el señor Velasco fuera del horario de oficina. ¿Es eso cierto?

—Sí, somos amigos. ¿No puedo tener amistades con los clientes?

—Si sólo sois amigos, no pasa nada, pero en esta empresa tenemos que cuidar nuestra imagen. No me parecería correcto que, nada más ocupar un puesto importante, ya mantuvieses relaciones sentimentales con nuestros clientes.

—Con todos mis respetos, ¿en qué perjudican los temas personales a la empresa?

—Me sorprendes mucho, deberías de informarte sobre la política de la empresa. Tienes suerte de ser impecable en tu trabajo, si no me replantearía dejarte en el puesto que estás ocupando.

—Disculpa, apenas he tenido tiempo para ello.

—Tienes la obligación de leértela. Cuando termines, vienes y me preguntas las dudas.

Me encuentro bastante angustiada. Mi jefe se veía muy molesto conmigo. Además, necesito leerme toda la política de empresa para saber cómo lo voy a

hacer con Hugo. Espero que mi jefe se equivoque, no me gustaría tener problemas ahora mismo. ¿Quién me puede pasar el documento? Voy a preguntarle a Verónica, ella siempre está dispuesta a ayudar a los demás.

—Verónica, ¿tienes, por casualidad, la política de la empresa?

—Claro que sí, Catherine. ¿Te la paso al correo?

—Sí, por favor, me harías un gran favor.

—Un segundo... —empezó a teclear durante un par de minutos —Listo, ya está enviado.

—Mil gracias, te debo una.

—No hay de qué, en el trabajo estamos para ayudarnos.

Me apresuro a mi despacho a meterme en mi correo electrónico. Efectivamente, he recibido un correo de Verónica. Abro el documento adjunto que me ha pasado. Ha terminado de cargar y es larguísimo. Suerte que mi empresa es muy organizada, tiene un índice que te manda directamente a la página donde está el tema que selecciones.

Política de control interna no, de derechos humanos no, ni de seguridad... ¡Aquí está! Política de relaciones laborales con los clientes. Leamos pues.

Política de relaciones laborales con los clientes.

“Pubact se compromete a tratar a sus clientes dándoles el mejor trato y la mayor garantía que cualquier otra empresa pueda ofrecer. Para llevar a cabo nuestro compromiso, se fijarán las fechas de reuniones en los horarios que los clientes deseen, siempre y cuando coincida con el horario activo de nuestra empresa. De no ser así, se podrá llegar a un acuerdo si la incompatibilidad de horarios está justificada por parte del cliente...”

Blablabla... Voy a leer hoy más que en toda mi vida. Blablabla... Creo que lo he encontrado.

“Para asegurar una buena relación entre empleado y cliente, se prohibirá totalmente cualquier relación fruto del negocio pactado entre ambos. De no ser

así, podrían surgir situaciones subjetivas entre los miembros de dicha relación, las cuales podrían perjudicar el resultado del negocio en juego”.

Me miraré ahora un poquito más por encima la política para poder preguntarle más cosas a mi jefe e impresionarlo. Tampoco quiero acumular muchas dudas, no vaya a ser que se piense que soy tonta y que no entiendo las cosas.

Voy a apresurarme al despacho de este señor, no quiero que se me vaya toda la mañana en esto. No me gusta ir acumulando trabajo.

Tiene la puerta abierta, está dentro. Voy a asomar un poco la cabeza a ver si me deja entrar.

—Pase, pase.

—Tengo algunas dudas sobre la política de esta empresa.

—Dudo que te la hayas leído entera, eso te llevaría horas.

—Desde luego que no, pero al menos me he mirado lo que me estuviste comentando. En estos días vendré con más dudas.

—Dale, sorpréndeme.

—No entiendo aún que tipo de situaciones subjetivas pueden perjudicar en promocionar un producto. El producto tiene que vender y nosotros debemos de ser capaces de hacer eso posible.

—Imagínate que es cierto que estás con el señor Velasco.

—Sí. No, no, no estoy, pero sí me lo imagino.

—Pues bien, un día te deja y no os queréis ver más. ¿Cómo vais a conseguir llegar a acuerdos comunes sobre este? ¿Crees que él seguiría queriendo que su inversión esté en tus manos? ¿Crees que no temerá que por despecho tú le puedas fastidiar aquello en lo que tanto ha trabajado? ¿Tendrás tú ganas de esforzarte en que le vaya la vida súper bien mientras tú lloras y sufres cada noche?

—Pensándolo así...

—Y si lo dejases tú, ¿crees en qué confiará en la persona que le ha roto el corazón?

—Está bien pensar en las pérdidas. ¿Qué cree que pasaría si nos fuese bien?

—Distracciones, dedicación de las reuniones en vuestro romance, preferencias hacia un solo cliente... ¿Sigo o ha quedado lo suficientemente claro?

—Le entiendo, señor Márquez, pero soy de las que pienso que el amor no se puede controlar. Tengamos una relación o no, todo eso puede pasar si una de las dos partes se ilusiona. ¿Cree que si él se enamora de mí y le digo que no puedo estar con él, estaría anímicamente bien?

—Te considero una chica madura, encontrarás la manera de explicarles a los clientes que te molesten cómo funcionan aquí las cosas. Díselo de manera que no parezca que le cierras las puertas, ni mucho menos que se las abres. Ten en cuenta que, una vez terminado el plan de promoción, podrás comunicarles que el producto ya no está en tus manos directamente, sino que otros se harán cargo de realizar sus tareas sin tu intervención. Ahí es cuando puedes hacer lo que quieras con tu vida privada.

—¿Y si ya somos pareja de antes? ¿Y si nos hicimos pareja después de terminar el plan de promoción y vuelve con otro producto?

—No nos mareamos tanto la cabeza a escribir la política, tendré que considerar ese caso y añadirlo al documento. Pero pensándolo sobre la marcha, indicaré que la responsabilidad del producto recaerá directamente sobre el empleado. La empresa no se hará responsable ya que la relación se formó fuera de esta.

—Gracias, señor Márquez, revisaré la política más a fondo para poder cumplirla de aquí en adelante.

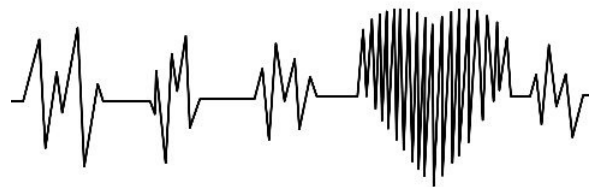
—Cuenta conmigo para todo lo que haga evolucionar a Publact y a sus empleados.

Debo de tener cuidado con Hugo. Alguien ha debido vernos juntos en algún lado y ha ido corriendo a contárselo al jefe. Como me entere de quién ha sido, va a conocer lo que es el infierno. Me parece muy fuerte que, por ir de pelotas, vayan corriendo a contarle cotillos a este hombre. Podrían haber venido a

avisarme, pero no, han preferido que me lleve la bronca. ¿Y si el que nos ha visto ha sido él? Ya no sé ni qué pensar, voy a tener que andarme con ojo. No quiero tampoco revisar los sitios en los que voy a entrar ni ir camuflada, pero no quiero alejarme de Hugo.

Debo hablarlo con él, he de buscar la manera de decírselo. En principio, en estos días, voy a intentar guardarme las ganas de estar con él. Le escribiré mensajes y le tendré que esquivar sus propuestas de quedadas hasta que encuentre la manera de que lo pueda entender. No me gustaría que alguna de las situaciones que me ha comentado el señor Márquez, sucediese. Me estoy jugando mi puesto de trabajo y, francamente, dudo que me diese más empleo si descubre que le he mentado.

Tengo que ser fuerte, llevo años sin él y no me ha pasado nada. Soy consciente de que me va a costar bastante dejar parada la relación tan especial que estamos creando; no va a pasar tampoco nada porque vayamos más lento ahora mismo. Él me comentó que estaría a mi lado pasase lo que pasase y espero que cumpla su palabra.



Capítulo 11

He pasado unos días un poco agobiada, ya que he tenido que luchar contra mis sentimientos. Mañana tengo reunión con Hugo para seguir planificando la promoción de su producto; no sé cómo va a reaccionar, solo espero, que, ante todo, sea profesional.

No he querido contarle nada, sólo le he pedido que confíe en mí. Espero que me crea, temo que se canse rápido y busque a otra persona. Aún no lo conozco bien, no sé cómo va a actuar en persona. De todas maneras, hemos estado hablando bien, sólo he pasado de quedar con él unos días. No creo que sea para tanto.

El lunes me envió un mensaje y preferí no contestar, acababa de hablar con mi jefe y no me apetecía enfrentarme a eso ese mismo día.

“Buenas tardes, becaria. Espero que hayas tenido un buen día.”

A la noche insistió un poco más, pero me mantuve firme en mi decisión.

“¿Acaso has tenido un mal día? Sabes que de ser así puedo intentar alegrarte.”

“Me preocupas, pero si no me respondes es porque tienes un motivo y no quiero agobiarte. Ya sabes que cuentas conmigo para todo, preciosa.”

¿Veis? Es tan mono... Incluso cuando acabamos de empezar y hay más temores de que no cuaje del todo la relación, confía en mí y es comprensivo.

Al día siguiente pensé que lo mejor sería decirle algo. No se merece que a la primera de cambio coja yo y pase de él; y menos cuando no ha tenido culpa ni ha actuado de mala manera.

“Hola. No te comas la cabeza, yo estoy bien, lo único que pasa es que ando bastante liada con el trabajo.”

Después de leerme, me di cuenta de lo seca que había sido con él. Lo que

menos me gustó fue mentirle. Siempre he pensado que, si una relación empieza con mentiras, acaba con mentiras. ¿Quién soy yo para pedirle confianza a alguien a quién estoy engañando? No me siento nada bien conmigo misma.

“Ah vale. Eso es lo que importa, estar bien y ser eficiente en tu trabajo. He pensado en pasarme a la noche por tu casa para cenar juntos, ¿te viene bien?”

Su respuesta me puso aún más nerviosa, no sabía cómo decirle que no viniese a mi casa. No sé dónde nos vieron juntos. ¿Y si un vecino mío trabaja en la empresa y no sé ni que es mi vecino? Hasta que no descubra qué ha pasado, prefiero no arriesgarme.

“Estoy muy cansada, me acostaré pronto y cenaré cualquier cosa rápida. Otro día yo te aviso y vienes, ¿vale?”

“Me parece una buena idea. Descansa.”

Fui amable, me expresé bien y no levanté sospechas. Pude respirar profundo y relajarme. El martes acabó bastante bien.

Ayer volvió a enviarme un mensaje para quedar. Empecé a dudar entre si es que era una persona muy insistente, muy acaparadora o, simplemente, notaba algo raro en mí.

“Hola. Me preguntaba si querías ir conmigo al cine esta tarde, ponen una película que llevo años esperando que se estrenase. Si puede ser, respóndeme hoy y antes de que llegue la tarde.”

“Buenas. Pues resulta que hoy no puedo quedar, tengo que quedarme hasta tarde en la oficina terminando de hacer unas cosas que he dejado atrasadas. Siento no poderte acompañar al estreno.”

“Me apetece ir al estreno contigo, pero, si no puede ser, no iré al estreno; veré la película otro día de los que esté en cartelera, siempre y que sea contigo.”

“¿Cuánto tiempo va a estar en cartelera?”

“Solamente dos semanas. Espero que tengas un par de horas para mí en esos días.”

“Haré todo lo posible por ir contigo. Te voy avisando.”

No podía seguir así durante mucho tiempo. En primer lugar, no creo que aguante dos semanas detrás de una persona que le da largas y, en segundo lugar, me sentiría super angustiada si no viese esa película por esperarme hasta el último día y minuto que estuviese en el cine. La única solución a todo esto es conseguir que quiera ir solo y aguantar el mes que me queda para terminar mi trabajo con su producto.

Hoy, Hugo me confesó que sabía que le había mentido.

“Catherine, llevo desde el día del barranquismo con miedo de que no te gustase que fuera tan rápido o los sentimientos que te mostré. El domingo pensé que lo mejor era dejarte ese día para ti sola y así no te llegases a agobiar. Intenté hablarte en estos días y no has dejado de darme largas. Ya te dije que a mí me gusta que todo quede claro en una relación. Si te has arrepentido de haber aceptado ser mi novia, lo mejor sería decirlo cuanto antes.”

“Hugo, no exageres. Me encantó que acordásemos empezar una relación juntos, estoy muy feliz por ello. Lo que ocurrió el sábado, lo repetiría mil veces, fue muy especial. De verdad, lo último que quiero que pienses es que me arrepiento de haber tenido sexo contigo. Estoy ocupadísima estos días y no hay que sacar las cosas de quicio.”

“Si te estoy diciendo todo esto es porque ayer quise darte una sorpresa después del trabajo, pero, cuando entré en la oficina, tus compañeros me dijeron que te habías ido a la hora de siempre. No entiendo la necesidad que has tenido de mentirme, me gustaría que me lo aclarases.”

Me quedé paralizada, la angustia recorría mi cuerpo y no sabía qué responderle. Le dijera lo que le dijese, ¿por qué iba a creerme? Se está portando de lujo conmigo y yo no estoy siendo sincera con él. Necesitaba contestarle algo

neutro y esperar que fuese suficiente.

“Siento haberte mentado. Ya sé que es complicado creermelo, pero necesito que confíes en mí. Tenemos que mantenernos alejados por lo menos un mes. Después de eso, podremos estar juntos todos los días si quieres, pero ahora mismo no es posible. No puedo darte más explicaciones y te ruego que no me las pidas. Tú haz lo que te digo y todo saldrá bien.”

“De acuerdo, te voy a dar todo el tiempo que necesites. Has invadido tanto mi cabeza que, por estar contigo para siempre, haría todo lo necesario. ¿Tienes algún inconveniente en que de vez en cuando hablemos por aquí y nos preguntemos por nosotros?”

“Creo que eso sólo complicaría las cosas. Si puedes dejarlo como último recurso y no hacer de ello algo rutinario, no hay problema ninguno. No quiero que lo estés pasando mal y no puedas ni hablarlo conmigo. Te dije que estaría a tu lado apoyándote siempre, y eso es lo que haré.”

“Entonces, ¿sólo puedo escribirte cuando me sienta triste? Te aviso que eso puede ser a diario.”

“No seas bobo. Puedes escribirme cuando, a pesar de tu tristeza, de verdad lo necesites.”

“¿Sería mucho pedir que me enviaras una foto sonriendo? Al menos así sé que estás bien y puedo mirar esa foto cuando lo necesite.”

Justamente ese mensaje me hizo sonreír, aproveché pues para hacerme la foto y enviársela.

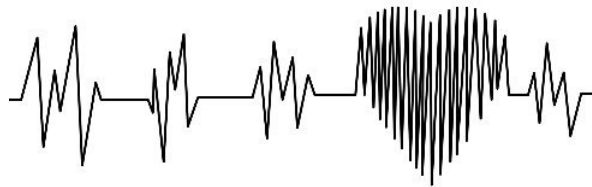
“Eres más bonita que un millón de rosas. Hasta luego, bella flor.”

“Si hay algo que tenemos en común es la belleza. Hasta pronto.”

Me contestó con una sonrisa y la conversación llegó a su fin. Es muy lindo conmigo, las maripositas de mi estómago se murieron de amor al leer lo que me

dijo. Además, estaba aliviada después de ver que llegamos a un entendimiento sin tener que darle mucha información.

Ya por la noche, miré en mi agenda que me tocaba mañana y fue cuando me di cuenta de que nos veríamos las caras. Se me da muy mal mentir en persona, se me nota demasiado.



Capítulo 12

No me gusta hacer temblar mi pierna, es un gesto que no me ha gustado nunca de los demás; pero hoy es inevitable hacerlo, no puedo parar ni de hacer eso ni de clicar mi bolígrafo. Mi amor está a punto de llegar.

Escucho cómo llaman a la puerta. Ya está aquí.

—Pasa —le digo en voz alta.

Abre la puerta, la cierra rápidamente y se sienta sin quitarme la mirada de encima.

—Deja de temblar, voy a respetar tu decisión.

—Gracias, necesitaba oír eso.

—Cuéntame, ¿ha habido cambios en la publicidad?

—Sí, hemos conseguido una oferta de una plataforma web que vende productos electrónicos a grandes empresas. Nos han ofrecido mantener tu producto como uno de los más vendidos desde su lanzamiento a cambio de un 20% de las ganancias.

—¿Habría que darles algo de fianza?

—En principio no, les ha parecido que era muy innovador y útil. Se han llegado a plantear pagarte una buena cantidad de dinero por él y hacerlo suyo.

—De ninguna manera, tengo tanta fe en su éxito, que no creo que puedan pagarme lo suficiente comparado con lo que puedo llegar a sacar.

—En esta empresa nos encargamos de promocionar productos, no de venderlos. Eso sí, consideramos oportuno comentarles a nuestros clientes todas las posibilidades que se nos comuniquen.

—Pues, si no es mucho pedir, me gustaría que dejaseis claro desde un principio mi negativa hacia ese tipo de acuerdos.

Hemos estado una hora y media negociando, a través de llamadas telefónicas, con las diferentes empresas de ventas y de publicidad; y poniendo en marcha lo ya establecido. Está teniendo mucho éxito, se pelean por venderlo y

publicitarlo ya que se prevé unas ventas colosales. En algunas empresas, con las que ya se ha cerrado el trato, tienen reservas de miles de personas, las cuales no se quieren quedar sin él por el agotamiento de las unidades. Es imposible que tenga quejas sobre mi trabajo.

—Señor Velasco, eso es todo por hoy. Tal y como van las cosas, nos quedan pocas reuniones. Una vez cerrado el plan de ventas y publicidad, ya queda libre de mí y está en manos de mis compañeros.

—No me trates de usted, se puede ser profesionales sin llegar a eso...

Su cara ha entristecido de repente. No puedo evitar querer abrazarlo.

Me levanto y camino hacia la puerta. Me asomo para ver si hay gente cerca del pasillo. Está libre, puedo abrazarlo sin temer nada.

—Ven aquí, no estés triste.

Estamos fundidos en un abrazo. No quiero soltarlo. Le acaricio la cabeza mientras él la apoya en mi pecho. Cada vez me abraza más fuerte.

—Me siento tan bien contigo... No te alejes de mí —la voz le tiembla.

—No pienses ahora en eso, disfruta del momento —le digo para tranquilizarlo.

Se separa de mí y me pone la mano en la cara, con suavidad mientras que me la acaricia.

—¿Te avergüenza que nos vean juntos?

—¡No! Eso nunca.

—¿Por qué te has percatado entonces de que no hubiese nadie cerca?

—Preferiría no responder a eso.

—Ayer no tuve muy en cuenta que me mintieras, creo que me merezco que seas sincera conmigo.

—Está bien, es mejor que te lo aclare ya. Necesito que me prometas que vas a tomártelo con calma.

—No puedo prometerte eso sin saber lo que está ocurriendo, pero sí te prometo que lo intentaré.

—Con eso me vale. A ver, resulta que, según la política de la empresa,

tengo prohibido mantener una relación sentimental contigo mientras trabajemos juntos.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo es así?

—Por lo visto, desde siempre. El problema es que yo no me había leído nunca la política pues no pensé que hubiese normas que incumpliría.

—Entiendo. Pero si nadie sabe nada de lo nuestro prácticamente, de cara a la empresa, no lo estás incumpliendo.

—Mi jefe lo sabe, Hugo.

—¿Se lo has contado?

—No, ni aún sin saber de estas normas se lo hubiese contado, no tenemos esas confianzas. El lunes me mandó a llamar para decirme que lo sabía. Alguien de la empresa nos ha visto juntos y se lo ha contado.

—Niégaselo y tendremos más cuidado.

—Ya se lo negué, le dije que éramos amigos, pero tengo el aviso dado. Además, también se molestó al saber que no me conocía la política de la empresa.

—¿Y qué podemos hacer?

—Ir con cuidado y esperar a que todo pase.

—¿Has pensado en cómo se tomará tu jefe nuestra relación cuando acabemos nuestro trabajo juntos? Es decir, tú le has asegurado que no estamos juntos y él confía en ti, ¿no?

—Sí.

—Si después descubre que de repente somos pareja, sabrá que le mentiste.

—Le diremos que nos enamoramos de repente, no sé.

—No creo que se lo crea. Es mejor que me cambie de empresa antes de que te pueda llegar a perjudicar.

—¡Ni se te ocurra! Eso sería peor, se enfadaría por haber perdido a mi primer cliente como directora de marketing. Parece ser que haga lo que haga, mi empleo tiene las mismas posibilidades de irse a pique.

—Yo hablaré con tu jefe, me parecería injusto que por querer a alguien haya

que renunciar al amor.

—No la lées más, por favor —le ruego con los ojos llorosos.

Me ha vuelto a abrazar, esta vez era yo la que necesitaba apoyo.

Me lleva un rato susurrando que todo está bien, que no me preocupe. Mi mente ahora está en blanco, no necesito pensar en nada, sólo quiero tranquilizarme. Hugo cada vez me demuestra más sensibilidad y empatía, no puedo permitirme perderlo. No quiero.

—Si es lo que crees correcto, aléjate físicamente de mí. No es menester que dejemos de enviarnos mensajes o, incluso, podríamos vernos por videollamada y así sentirnos más cerca el uno del otro. Somos un equipo, recuerda. No dejemos que los negocios venzan al amor.

—Tienes razón, soy una tonta. Llevaba tanto tiempo sin conocer a alguien como tú. Realmente, nunca he conocido a un chico que me transmitiese tanto.

—Yo tampoco pensé en cruzarme con alguien como tú. Haré todo lo que esté en mi mano para que seamos felices los dos. Para ello, tenemos que querer estar juntos.

Me acerca la cabeza y empieza a besarme. Me olvido de dónde estoy. No me doy cuenta de que acaban de abrir la puerta.

—Catherine, ¿podrías...? Lo siento, perdón —Verónica salió apurada de mi despacho.

Nos acaban de pillar. Me separo bruscamente de Hugo y corro a alcanzar a Verónica. Tengo que pedirle que no le diga nada a nadie.

—Verónica, espera.

—Siento no haber llamado a la puerta —se disculpa abochornada.

—Ya está hecho, no pasa nada. Tengo que pedirte algo.

—Sí, dime.

—No digas nada a nadie de lo que acabas de ver. Lo último que necesito son problemas con el señor Márquez.

—Catherine, yo ya sabía lo vuestro. Os vi cenar juntos una noche. Sabes que no está bien lo que estás haciendo.

—¿Tú fuiste la que se lo comentaste al jefe?

—Sí, no me quedó más remedio. No puedes poner a la empresa en riesgos cuando a ti te plazca.

—¡No he puesto nada en riesgo! Me he enamorado, es lo único que he hecho.

—Lo siento, Catherine, no puedo callármelo.

—Te juro que como cuentas algo te voy a hacer la vida imposible. Si cuentas algo me quedaré sin trabajo y con mucho tiempo de joderte la vida.

—¿Me estás amenazando? ¿Crees que así vas a conseguir que haga la vista gorda sobre tus irresponsabilidades?

—Haz lo que quieras. Te advierto que cumplo mi palabra.

—Me lo pensaré, pero no por tu amenaza.

—Me queda poco tiempo de negociar con él, no creo que seas tan mala persona.

Verónica se va alejando de mí con su cabeza bien alta. Voy a ir a ver cómo se encuentra Hugo, me he separado de él de mala manera.

—Hugo, Verónica fue la que lo contó todo. Ella nos vio cenar juntos. Le he rogado para que no diga nada, bueno, amenazado más bien.

—Jajaja, eres demasiado. Déjala, ella sabrá lo que hace. No quería ofrecértelo para que no te pensaras que te quería atar a mí tan pronto. Pero si te ves sin trabajo, puedo conseguirte uno en mi empresa.

—Pero yo no sabría hacer nada allí.

—¿Eres directora de marketing, ¿no? Me ahorraría venir aquí si tuviera quién promoviera mis productos directamente desde mi empresa.

—Me gusta ser independiente, si esto va a peor, podríamos llegar a un acuerdo. Te lo agradezco mucho, eres un amor.

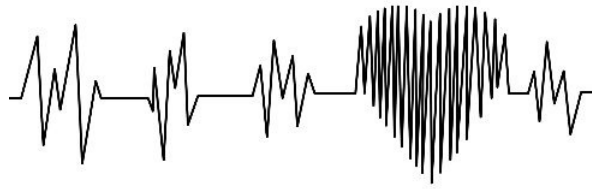
Me da igual ya quién nos vea, voy a besarlo porque se lo ha ganado. La arpía de Verónica es la única capaz de chivarle esto al jefe, debí imaginarlo.

—No hagas planes para este fin de semana, tengo una sorpresa.

—¿Y si ya los he hecho? —me burlo de él.

—Te raptó para que sólo puedas venir conmigo.

Me quedo más relajada viendo cómo Hugo se va con su sonrisa de siempre en la cara y no es para menos, cada beso que nos damos es más bonito e intenso que el anterior.



Capítulo 13

Estoy preparando las maletas para irme de viaje. No sé aún dónde vamos a ir, mi idiota dice que es una sorpresa; y sabe que me incomodan las sorpresas. Supongo que me da miedo no saber con qué me voy a encontrar, por ejemplo, no sabía ni qué tipo de ropa meter en la maleta. He optado por llevarme un par de jeggins y tres camisas de media manga. Hugo sólo me ha dicho esto:

“No te lleves mucha ropa.”

Me queda un fin de semana salvaje por lo que veo.

Creo que no me olvidé nada. Voy a bajar a toda prisa porque Hugo me dijo que íbamos justos de tiempo. Se le ha ocurrido nada más levantarse, ha sido una decisión de última hora. Me tendré que acostumbrar a su impulsividad.

Me monto en su coche. Él, como buen caballero, se encarga de meter mi maleta en el maletero. Con lo fuerte que está, puedo ver que no le cuesta nada de trabajo.

Se está montando en el coche y, mientras se prepara, aprovecha para reírse de mí.

—Jajaja. ¿No te he dicho que llevases poca ropa?

—Sí, lo que pesa no es la ropa. Cómo no sé dónde vamos, llevo el secador y la plancha del pelo. Ah bueno, también llevo mis cremas, gel de baño, champú... No sé, todo lo que uso a diario.

—Pues siento decirte que, con todo el dolor de mi corazón, no te voy a dejar subir tantas tonterías al avión. ¡No las vas a necesitar allá donde vamos!

—¿Avión? No puedo montar en avión...

—¿Por qué? ¿No me dijiste que tenías pasaporte?

—Sí, pero pensé que, si íbamos a volar en avión, me lo hubieses dicho... — cada vez mi voz se va apagando más y más.

—¿Qué te pasa con los aviones?

—Mi padre murió en un accidente de avión cuando yo era pequeña.

—¡Qué idiota soy! Perdóname, Catherine, no sabía nada. Me siento fatal por haber metido la pata con el viaje.

—No has metido la pata. Me parece que has tenido un gesto muy bonito conmigo. No le des más importancia.

—Lo siento mucho, es que no sueles hablar de tus padres.

—Bueno, lo he hecho ahora que ha surgido el tema... —ya casi no me salen las palabras.

—Ey, preciosa, escúchame. Voy a estar en todo momento a tu lado. Va a ser el mejor viaje que hayas hecho nunca. Confía en que todo va a salir bien.

—Me cuesta enfrentarme a esa situación...

—Si lo que te preocupa es que te pase lo mismo, las probabilidades son muy bajas. No te enfades, pero los accidentes pasan a diario y muy pocos son de avión, no tiene por qué pasarte a ti —dice muy seguro, intentado que sea optimista.

—Eso ya lo sé, pero no puedo evitar montarme en uno y acordarme de él.

—¡Eso es genial! Quiero decir, ¿sabes lo feliz que tiene que estar sabiendo que te acuerdas de él? ¿Que siempre estás dispuesta a recordarlo, tanto en sus mejores como peores momentos?

—Sí, él siempre ocupará mis pensamientos —mi voz va cogiendo forma.

—¡Pues piensa más en lo positivo que en lo negativo!

Sus palabras me hacen llorar de felicidad. Soy capaz de reírme mientras algunas lágrimas caen de mis ojos.

—Tienes razón. Cuando me monte en el avión, intentaré pensar en todos los momentos bonitos que pasé a su lado. Era pequeña, pero me acuerdo de muchísimos.

Me siento afortunada de tener a una persona como Hugo al lado. A mi padre le hubiese encantado tener un yerno así. Mi padre, mi tía y él hubiesen sido un trío muy peculiar y divertido. Sé que es pronto para imaginarlo dentro de mi familia, pues aún estamos en proceso de ser uno. Para ello tenemos que

procurar conocernos bien, poco a poco; lo más importante es ir siempre cuesta arriba. Aun así, hemos avanzado muchísimo en nuestra relación en poco tiempo y, aunque aún sea pronto para decirlo, creo que me estoy enamorando de verdad.

Hemos llegado al aeropuerto y he vaciado mi maleta en el coche; me he quedado justo con lo necesario. Hugo ha insistido en comprarme todo lo que me hiciese falta una vez llegados a nuestro misterioso destino. Por una vez en mi vida, me voy a dejar mimar un poco.

Ya hemos pasado los controles del aeropuerto. Mientras esperamos que salga el vuelo, nos hemos sentado en una cafetería a tomar un café. Sigo sin saber el destino, pero, tras ser muy pesada, me ha dicho que estamos a una hora de embarcar. No puedo evitar hacer de detective. Me acerco a los monitores, en los que se pueden leer la información de los vuelos, a ver si adivino qué avión sale en una hora y dónde va. Si no me equivoco, parece ser que vamos a Barcelona.

—Pasajeros con destino a Mallorca, vamos a empezar el abordaje del vuelo A67. Por favor, pasad por la puerta de embarque con la documentación en mano —se escucha decir por los altavoces.

—Vamos, es nuestro vuelo —dice mientras se levanta del asiento.

—¿No faltaba una hora?

—Jajaja Si te lo decía, ibas a descubrir la sorpresa por ti misma.

—No sé si algún día me acostumbraré a tus bromas.

—Verás que las acabarás viendo hasta adorables.

El gracioso este no se ha separado de mí desde que salimos de la cafetería, le gusta llevarme agarrada del hombro, quiere que me sienta protegida cuando entre en el avión. Se interesa mucho por mis estados de ánimo, tiene el cielo ganado. El avión en sí no me da miedo, así que seguiré los consejos de Hugo: pensar en los buenos momentos que pasé con mi padre.

He entrado sin problemas. Pienso en lo contento que estaría mi padre si viese que no pierdo oportunidades en la vida y más si no son a causa de las desgracias ajenas. En este caso, de la suya propia. Hugo me ha soltado ahora

mismo, cuando hemos llegado al asiento del avión. Ha intentado cogerme la mano, pero he hecho como la que iba a apagar el móvil. Me agobia un poco que esté tan pegado a mí, me pasa con todo el mundo.

—¿Estás preparada?

—Lo esté o no, ya no me queda de otra.

—Siento mucho no haberte avisado antes de reservar los billetes. Así podrías haberme advertido de que lo podías pasar mal.

—Estoy mejor de lo que esperaba. Algún día tenía que hacerlo y estoy feliz por la compañía que me haces. Tu apoyo me ha hecho cambiar de idea sobre montar en avión.

No pueden faltar los besos después de las cosas bonitas que nos soltamos.

—Ya que ha salido antes el tema de tus padres. ¿Podrías contarme un poco sobre ellos? Si quieres, claro. Quiero saberlo todo sobre ti y me parece un tema importante.

—Si hay alguien a quién me gustaría contárselo, es a ti. Así te será más fácil entenderme.

Le he contado por qué mi madre es así conmigo, la dedicación que me mostraba mi padre, cómo me resguardaba en mi tía... En definitiva, todo lo que ya sabéis. Parece muy interesado en conocer los detalles del accidente.

—¿Qué le pasó al avión? ¿Por qué se estrelló?

—Hubo una tormenta muy fuerte y los controles empezaron a fallar. Los pilotos no veían nada, ni se dieron cuenta de que el avión estaba cayendo. Cuando se percataron de ello, era demasiado tarde y el avión se estampó contra el suelo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y cómo te enteraste de lo sucedido? —se queda impactado.

—Mi madre se puso a llorar cuando la llamaron. Estaba histérica y no dejaba de mirar al techo. Repetía una y otra vez, en voz alta, que le devolviese a su marido. Se lo estaba rogando al cielo. Le pregunté qué estaba pasando y me lo dijo sin más. La pobre no tenía la cabeza para pensar en tener tacto.

—Debió ser horrible para ti que te dieran esa noticia —me coge de la mano con fuerza.

—Ambas nos queríamos morir. No sabía qué hacer, así que cogí el teléfono y llamé a mi tía. Ella no sabía nada y vino corriendo a buscarme, estaba segura de que mi madre no iba a ser capaz de tranquilizarme.

—Tienes mucha suerte de tener a una persona como tu tía en tu vida.

—Sí, es una mujer extraordinaria. Pero ahora tengo a dos personas muy especiales, os tengo a ambos.

No seremos la pareja más ñoña del mundo, pero sabemos cómo demostrarnos el amor que nos tenemos con una sonrisa.

Le estoy contando anécdotas que he vivido con mi padre. Se le ve muy interesado en el tema.

—Un día, le dije que quería aprender a montar en bicicleta y me prometió que me enseñaría. A los dos días llegó con una bici nueva que tenía dos ruedas traseras. Las tardes que no trabajaba, aprovechaba para llevarme a una plazoleta para practicar. No recuerdo cuánto tiempo pasó, era pequeña, pero un día decidió quitarme una de las ruedas. Seguimos con el mismo método de aprendizaje, hasta que me vio preparada para dejarme sin ruedas. Bueno, pues resulta que no era capaz de montarme porque perdía el equilibrio al intentar poner los pies sobre los pedales. Me dijo que no me frustrase, él me iba a ayudar. Se ofreció a aguantarme durante un rato para después soltarme. Para ello, se puso a un lado de la bici aguantando con una mano un manillar y con la otra el sillín; se puso a correr a mi lado para que la bicicleta cogiera velocidad. Noté que me soltó e iba feliz diciendo: ¡papá, papá, lo he conseguido! Mi padre no respondía. Paré para buscarlo con la cabeza y, cuando lo vi, estaba sacudiéndose los pantalones. ¡Se había caído corriendo y por eso me había soltado! Pero, lo más gracioso, es que se había llenado la parte de abajo de los pantalones de caca de perro. Jajaja, fuimos rápido a casa a que se cambiase.

—¡Pobre! Encima te ríes de él.

—Jajaja. Mi padre ese día estaba muerto de risa y de vergüenza. Cualquier

cosa en la vida tenía para él un lado positivo, se reía de los problemas. Disfrutó cada segundo de su vida, mucho más de los que llevan más años vivos.

—Me hubiera encantado conocerlo.

—Seguro que os hubieseis entendido la perfección, hubiese sido genial.

Ya estamos llegando, el viaje se me ha hecho cortísimo porque no he parado de hablar. Si no lo asusto con mis charlas interminables, puedo afirmar que me quiere de verdad.

Estoy muy emocionada. Nunca he estado en Mallorca, pero no me vendría mal tomar un poco el Sol y disfrutar del clima balear.



Capítulo 14

El avión ha aterrizado. Hugo y yo vamos a por las maletas. Estamos descansados, hemos podido dormir la última media hora que faltaba para llegar.

Llevamos un buen rato esperando a que aparezcan las maletas por la cinta. Mientras tanto, nos ponemos a jugar con su Tablet. Al fin, después de veinte interminables minutos, las vemos venir y las cogemos.

Hay un taxi esperándonos fuera, a este chico no se le pasa ni una. Fuera del taxi, hay un hombre con un cartel que pone “Señor Velasco”. No le hemos tenido ni que decir dónde nos tenía que llevar, el taxista ya lo sabía. Por la ventanilla puedo ver la playa, se ve hermosa. El sol se refleja en el agua. Estoy deseando verla más de cerca.

Hemos tardado poco en llegar al hotel, el cual está en plena playa. Tiene una apariencia muy clásica, pero se nota que está muy cuidado. Entramos al interior y es demasiado lujoso para mí, pero, estando con él, tendré que acostumbrarme. Hay un largo pasillo que termina en un rellano enorme, dónde, si alzas la mirada, se pueden ver todas las escaleras que llevan a las habitaciones. Por las paredes del hotel hay colgados cuadros de estilo surrealista que, curiosamente, le dan un estilo muy elegante; jamás se me habría ocurrido esas pinturas con lámparas tan clásicas.

Me quedo empanada mirando cada detalle. Un señor se está acercando a nosotros.

—Buenos días, ¿les llevo las maletas a vuestra habitación? —dice amablemente.

—Sí, por favor —responde Hugo educadamente.

—Si sois tan amables, ¿me podéis decir el nombre al que está la reserva o el número de habitación?

—Está a nombre del señor Velasco y es la habitación 502.

—De acuerdo señores, tengan un buen día.

Se han llevado nuestro equipaje. Me muero por explorar más el hotel y disfrutarlo. Antes de ello, vamos a recepción para preguntar dónde hay tiendas cerca. Nos indican que ellos disponen de tiendas internas para la comodidad de sus huéspedes.

Salimos del edificio y vemos una piscina circular de unos diez metros de diámetro. A su alrededor, hay tumbonas con mesas y sombrillas de paja. Cerca de la piscina hay un chiringuito. En uno de los laterales, vemos un restaurante muy pijo; mientras que, en el otro, hay unas cuantas tiendas con todo lo necesario para disfrutar de las vacaciones.

—Catherine, ¿necesitas comprar muchas cosas? No me gusta ir de tiendas.

—No me he traído ropa de verano, voy a pasar calor con lo que he traído. ¡Ah! y no creía que necesitaría un bikini. También necesitaría unas chanclas, crema solar, una gorra para no quemarme la cara...

—Hemos venido a relajarnos —interrumpe seriamente—. vamos a intentar que todo fluya y no pensar en las cosas que nos faltan, si no en las que tenemos. Si tienes que ir sin bikini, no pasa nada, luce tu cuerpo sin ropa.

—¡Eso es lo que tú quisieras! Déjate de tonterías y compremos cuanto antes, hay que aprovechar el día.

—Jajaja, como quieras, jefa.

Entramos en la tienda. Las cosas cuestan un ojo de la cara.

—Están muy caras las cosas aquí dentro.

—Eso no es un problema para mí —dice mientras se sacude el hombro.

—¡Uy! Disculpa, Christian Grey.

—Algún día, Catherine, algún día lo seré.

—Anda, calla, bobo, vamos a por las cosas.

Visitamos varias tiendas para comprar todo lo necesario. No iba directa a por lo que quería, iba cogiendo las cosas cuando me las iba encontrando. Quiero relajar mi mente, son sólo dos días.

— ¿Ya lo tienes todo? —dice desesperado.

—Creo que sí.

—Voy a pagar entonces.

Parecerá que soy una aprovechada, pero es su sorpresa y él se ha ofrecido. Si lo ha hecho es porque puede permitírselo. Además, él fue el que no me avisó de que iba a una zona de playa.

Aún no hemos visto nuestra habitación, las maletas nos esperan allí. No puedo esperar a ver cómo son por dentro, ya que el resto del hotel es una pasada.

Entramos en la habitación. Se nota que invierten en limpieza, no se veía ni una pelusa en un suelo tan brillante. Todo en la habitación se ve blanco y confortable. Lo que más me ha gustado ha sido encontrarme una cama de matrimonio, eso me hace ver que quiere que la compartamos. El baño es otro mundo. Tiene una bañera con opciones de hidromasaje, dos lavabos y una sauna. Los azulejos tienen un color blanco navajo y en el techo hay una claraboya. Podremos ver las estrellas desde la bañera.

Desde el balcón se puede ver el mar, es precioso. Hugo se acerca a mí y me acompaña.

—Hugo, ¿por qué elegiste la playa? —le pregunto a Hugo mientras observamos el mar.

—Porque me gusta disfrutar de todo tipo de naturaleza.

—Bueno... Todo esto se puede definir más bien como artificial.

—El mar me aporta paz y lo artificial, comodidad.

— ¡No eres listo tú! —pongo los ojos en blanco y suspiro.

—Demasiado. Es hora de ponernos en marcha. ¿Qué es lo primero que te apetece hacer?

—Hay que aprovechar las horas de sol para estar en la playa, ¿no crees?

—Primero habrá que cambiarse.

He preferido decirle de ir a la playa porque en la piscina me siento menos libre.

Cada uno se pone su bañador y prepara una talega con las cosas que

podemos necesitar; para algo se han comprado. Nos echamos la crema en todo el cuerpo para evitar quemarnos, aunque no me echo en la espalda para que después lo haga él. Me gusta pedir esas chuminadas. Una vez listos, bajamos a la playa.

La playa tiene arena blanca, no encuentras ni una chapa de botella por el suelo. Por estar alojados en el hotel, tenemos la posibilidad de sentarnos en unas tumbonas acompañadas de sombrillas como las de la piscina; todo eso sin necesidad de alquilarlo a parte. Hay un señor que se encarga de vigilar las cosas mientras nos bañamos o salimos a dar un paseo. Aprovechamos para picar y beber algo.

Llega la escena más bonita del día: Hugo se quita la camisa mientras los rayos del Sol le iluminan. Mi mente lo está procesando con tanta dificultad que lo estoy viendo a cámara lenta. Qué rico torso, qué espalda más ancha, qué brazos tan tersos... Con este chico estoy desatada a todas horas, mis hormonas montan fiestas de pijamas.

—Hugo, ¿me puedes echar crema en la espalda?

—Sí, se me da muy bien expandirla. ¿Te hago un masaje mientras?

—Tú sí que sabes complacer a una chica.

Siento sus manos fuertes, cubiertas de crema, esparciéndola por toda mi espalda. Cada vez aprieta más fuerte, me está empezando a doler.

— ¡Ah! ¿Qué haces?

—Tienes un nudo aquí, te lo estoy quitando.

—¡Lo único que quiero es no quemarme, no que me quites nudos!

—¿Tú no querías un masaje? No sé qué esperabas.

—Algo sensual de telenovelas, no algo que te haría el bruto del pueblo.

—Jajaja, pues ya estás terminada, entonces. Mejor vamos a darnos un baño.

Lo miro con cara de mala hostia. Voy a ir con él al agua a ver si me puedo vengar.

De cerca, se puede apreciar el color turquesa que moja la arena. El idiota se mete en el agua sin pensárselo dos veces; mientras, yo acerco un pie al agua para

ver si me puedo meter con facilidad. Puede que este tonto no se haya puesto a temblar por orgullo. El agua está calentita, es hora de hacerme la valiente yo también. Corro hasta que siento que tengo la suficiente profundidad para sumergirme y mojarme entera. Buceo un poco hasta estar cerca de él.

— ¡Oh! ¿Estoy viendo una sirena? —bromea mientras me mira con cara de payaso asombrado.

—Con eso no vas a arreglar lo de antes. Más te vale correr.

—¡Será nadar!

—Ja ja ja, huye a la de ya.

Intento alcanzarlo con la intención de hacerle una ahogadilla. Empieza a echarme agua en la cara.

— ¡Como te coja, vas a ver! —le advierto.

Se sumerge en el agua y lo pierdo de vista. No lo consigo ver por ningún lado. De repente, siento que algo sale de detrás de mi espalda y me agarra con fuerza.

— ¿Y ahora qué vas a hacer? —me susurra en el oído.

Me tiene agarrada fuertemente por la cintura.

— ¡Suéltame y verás de lo que soy capaz! —le digo en voz alta mientras intento que me suelte.

—Yo llevo el control en este momento, no te pongas rebelde.

Me besa por debajo de la oreja y me gira el cuerpo para tenerme de frente.

— ¿Te está gustando mi sorpresa? —me pregunta mirándome fijamente a los ojos.

—Si no fueras tan tonto, me gustaría más de lo que ya lo hace.

—Jajaja, eres muy graciosa.

—Pretendo ser dura, no graciosa.

—Pues se te da fatal.

—A ti también se te mal hacerte el gracioso.

—¿Sabes qué se me da bien?

—¿El qué?

—Hacer que disfrutes conmigo y más si es en sitios públicos.

—No vayas por ahí, hay mucha gente que nos puede ver. Además, hoy elijo yo y no va a ser de esa manera.

Nunca me canso de que me bese. No ha insistido, parece que hoy quiere ser él el que se acote a mis normas. Pasamos un rato más en el agua haciendo carreras nadando y disfrutando de abrazos marinos.

Después de un buen rato sin parar, estamos agotados y decidimos ir a tumbarnos un rato mientras tomamos algo fresquito. Disfrutamos de las vistas y de la paz de la playa. De camino, vamos a coger un colorcito que la vamos a petar cuando volvamos. Quiero que Verónica me vea con mi bronceado mientras se muere de envidia por dentro, la paliducha esa. Ese es el recuerdo que le quiero llevar de nuestro viaje. Barato y complaciente para mí.

Ha sido un día bastante divertido y relajante. Será mejor que volvamos a darnos una ducha antes de que anochezca y cojamos frío.

—Vamos a ir a ducharnos ya, ¿no? —digo con desgana.

—Nos duchamos más tranquilos después de cenar. Vayamos a cambiarnos y ponernos guapos. Te debo una cena en condiciones.

Hemos subido a la habitación a alistarnos. Me he aseado un poco porque tampoco quiero ir oliendo a mar. A ver si esta cena merece más la pena que la anterior.

En el restaurante pijo del hotel, pedimos unas sardinas ahumadas y unas merluzas a la marinera. También picamos unos mejillones al vapor. Acompañamos la comida con un vino blanco, que he podido comprobar en la carta lo caro que es.

—Todo esto está delicioso —le comento a Hugo con la boca medio llena.

—Se nota que saben trabajar con los productos del mar.

—Por el momento, tienes un ocho en la cena.

—¿Sólo un ocho?

—Falta aún el postre, ¿qué vas a pedirte? Yo quiero tiramisú con helado de café, llámame clásica.

—Pido si quieres yo uno diferente y compartimos.

—Bueno... Según lo que elijas.

—¿Qué te parece el tartar de piña con sopa de fresones y crujiente de pistachos?

—Cada día eres más pijo.

—Jajaja, será que cada día me conoces más.

Nos repartimos los postres y estaban realmente deliciosos, cada uno tenía su toque especial.

—Hoy he estado callado y obediente. Habré ganado puntos, ¿no?

—Unos pocos, sí. No te voy a negar que las cenas son más agradables cuando me dejas disfrutar de la comida —bromeo con él mientras le miro con cara de vacileo.

—En el fondo somos igual de graciosos por lo que veo.

—Te queda mucho que mejorar.

Terminamos de cenar. Estamos deseando llegar y bañarnos. Al menos es lo que quiero yo.

Llegamos a la habitación. Mi idea es disfrutar de un baño relajante, en el cual poder hacer maldades con Hugo. A ver si es verdad que es tan listo y pillas mis indirectas.

— ¡Qué ganas tengo de bañarme!

—Pues hazlo tú primero y luego me meto yo —ha de estar bromeando.

—¿Podré frotarme la espalda sola?

—Pfff. ¡Qué pereza! Después de la que me has dado con lo de la crema solar, ni me atrevo a ayudarte —ahhh, respira, Catherine, respira.

—Voy a meterme en la bañera, desnuda y mojadita. Qué pena que vaya a pasar frío.

—Lléнала de agua muy caliente. Ya verás que no pasas frío —no lo intento más, paso de él.

—¡Quiero que te bañes conmigo, idiota! —le alzo la voz muy molesta.

Me voy al baño, enciendo el grifo de la bañera y empiezo a desnudarme.

Hugo se queda riéndose en la cama.

—¡Tranquila, lo había pillado! —se ajusta a mi tono.

—¡Pues métete ya! No me hagas cambiar de idea.

—¡Voy!

Cuando llega, estoy completamente desnuda. Se me queda mirando.

—No puedo verte desnuda sin querer poseerte. No vayas a dejarme con las ganas —me dice desde la puerta.

—Si quieres disfrutar, ven a por mí.

Se acerca lentamente mientras me mira de arriba abajo, una y otra vez.

Me agarra la cabeza con fuerza y se muerde el labio.

— ¿Dónde quieres que te lo haga?

—En la bañera. Está preparadita para nosotros.

Metó los pies en la bañera y me quedo de pie. Me agacho a coger agua con la mano para derramármela por encima.

—Si tenías tantas ganas de mí, ¿qué haces aún vestido?

—Me he entretenido observándote, pero no sufras más, me sé desnudar muy rápido.

Se está quitando la ropa sin quitarme el ojo de encima. Su pene vuelve a sorprenderme, nunca los vi tan grandes.

Se mete en la bañera y se pone frente a mí. Me agarra cada cachete del culo con una mano y empieza a apretar fuerte. Mientras, refriega su polla contra mi clítoris y su pecho contra el mío. Su cabeza está apoyada en mi hombro.

— ¿Cómo quieres que te folle? —me pregunta en voz baja.

—Vamos a hacerlo sumergidos en el agua.

Empieza a sentarse.

—Ven, siéntate encima de mí. Verás qué asiento más comfortable te espera.

Le obedezco y empiezo a agacharme de espaldas encima de él. Cuando aún me quedan unos cuantos centímetros, su polla empieza a introducirse en mi vagina. Qué sensación tan placentera.

— ¿Te gusta tu nuevo asiento?

—Ni las burbujas del hidromasaje dan tanto gustito. Es ideal.

—¿Sabes que el asiento se pone más feliz cuando botas?

—Me encantaría comprobarlo.

Empiezo a botar agarrándome a los bordes de la bañera. He llenado tanto la bañera que el agua se está bosando. Sus manos están sobre los laterales de mi culo, ayudándome a subir y bajar. Mi respiración está entrecortada de la excitación.

— ¿Estás cómoda o quieres que cambiemos? —se ha pensado que respiro así por cansancio, aprovecharé para cambiar de postura.

—Prefiero que intentemos más cosas.

Termino de acomodar mi espalda sobre él. Su polla sigue en mi interior, gracias al tamaño de su miembro, no se ha salido. Está dando golpecitos de pelvis contra la mía. Parece que le encanta ir metiéndomela, aunque sea sólo la punta. Posa su mano sobre mi clítoris y empieza a masturbarme con un suave masaje. Su otra mano está aguantando mi abdomen con fuerza.

Después de un buen rato, necesito más caña.

—Necesito que me des más fuerte —le ruego.

—Te vas a enterar de lo que es bueno —me dice con masculinidad.

Me echa para adelante con delicadeza.

—Levántate y no te gires.

Nos empezamos a levantar. Una vez de pie, empuja mi cuerpo contra la pared. Me coge las caderas para ponérmelas a la altura de su pelvis. Sin decirme nada, me la mete intensamente. Empieza a follarme con mucha energía. Creo que esta vez me voy a correr más rápido que la anterior.

Estoy gozando tanto que necesito masturbarme. Quiero correrme cuando antes.

— ¡Ahhh! —me he corrido más placenteramente que la otra vez.

Cuando me oye chillar, se acelera más.

— ¡Sí! ¡Ufff! Joder.

Hemos acabado casi a la vez. Menos mal que no ha durado mucho más

porque yo estoy agotada.

Nos hemos vuelto a tumbar en la bañera para ver las estrellas a través de la claraboya. Aprovechamos para ir lavándonos un poco el cuerpo y el pelo.

Nos salimos de la ducha con las toallas puestas para secarnos. Nada más salir del baño, no puedo evitar tumbarme en la cama. Estoy exhausta. Hugo se acuesta a mi lado.

—No tengo fuerzas ni para vestirme —le digo medio dormida.

—No hace falta que lo hagas. Si tienes frío, puedes taparte o acurrucarte junto mí.

Nos quitamos las toallas. Destapamos la cama y nos metemos dentro. Apoyo mi cabeza en su pecho. Es hora de descansar.



Capítulo 15

Abro los ojos y veo que no hay nadie a mi lado. ¿Dónde está Hugo? Me levanto y me asomo al baño, pero no está. Aprovecho para lavarme la cara.

De repente, escucho cómo se rompe un cristal.

—¡Mierda! —escucho la voz de Hugo de fondo.

—¿Hugo? —le digo mientras me voy acercando al balcón.

Por fin lo encuentro, efectivamente, está en el balcón. Me ha preparado una mesa adornada con mantel y rosas, en esta hay un de café y tres tostadas. Miro al suelo y me veo una taza rota y café derramado.

Hugo se acerca esquivando el desastre y me besa en la frente.

—Ya era hora, preciosa. ¿Cómo estás? —me pregunta con ternura.

—Después de todo lo que hicimos, me sorprende que esté en pie —acompañó mis palabras con un bostezo.

—Pues yo he dormido muy bien. Si quieres puedes tomarte tú el único café que queda —suspira.

—¿Qué ha pasado?

—He tirado la taza al poner las flores en la mesa. Me estás pegando tu torpeza —me mira fijamente con las cejas levantadas y una sonrisa.

—Pues si no quieres que te pegue más cosas, regrésate ya que yo me quedo aquí disfrutando de las vacaciones —le bromeo.

—Me lo voy a pensar.

Se ríe. Mi cara es un poema, pero ha tenido gracia y me hace reír a mí también.

—Llama al servicio de habitaciones y pide otro café, así podemos desayunar juntos. No puedo tomarme yo uno y dejarte mirando.

—Mejor. Les pediré también que recojan esto.

Hugo está llamando para pedir su café. Voy a ir vistiéndome para que el servicio de habitaciones no me vea desnuda. Ahora que me percaté, he estado

desnuda en el balcón. ¡Qué vergüenza! Espero que no me haya visto nadie. Me voy a poner un mono de flores que me compré ayer, no pude evitar enamorarme al verlo.

Han tardado muy poco tiempo en venir y limpiarlo todo. Al fin podemos desayunar tranquilamente. Mi café se ha quedado un poco frío, pero Hugo ha insistido en que me tomase yo el que acaban de traer. Aunque sé que es un caballero, creo que también lo hace porque se siente culpable por lo sucedido; además, se lo merece por no haberme avisado de que estaba exhibiendo mi cuerpo desnudo en el balcón.

Tomar el desayuno con un clima agradable, unas vistas de ensueño y un hombre tan encantador es algo mágico. El sol está pegando en la playa, pero nuestro toldo nos da sombra. Apenas nos quedan unas horas para irnos, sin embargo, me quedaría aquí de por vida.

—¿Qué me tienes preparado hoy?

—Pues no sé si dejarte elegir mejor a ti porque nada de lo que planeé puede superar lo que me diste anoche —se hace el enfadado.

—Hugo... —me sonrojo.

—Es verdad.

—No me hagas sonrojar y responde mi pregunta.

—Precisamente, lo de hoy quiero que sea una sorpresa.

—Cómo te odio a veces —refunfuño.

—Jajaja. Más me vas a odiar cuando descubras a dónde vamos.

Me he quedado pensativa. ¿Qué más cosas se pueden hacer aquí que ir a la playa? Seguro que es una de sus bromas para asustarme, no creo que vayamos a hacer algo que sepa que no me gusta.

Nos terminamos de preparar y salimos a dar un paseo por la isla. Se nota que es una ciudad muy turística ya que los paseos de la zona están muy bien cuidados, además, te vas encontrando a personas de países muy diferentes. Estamos disfrutando tanto del paseo que ni hablamos.

—¿Te apetece visitar la catedral? —Hugo rompe el silencio.

—¡Sí! Me encantaría conocerlo todo sobre la ciudad —le respondo emocionada.

Después de una caminata de una hora, veo la catedral y es hermosa. Hugo me cuenta que es de estilo gótico. No entiendo mucho de arte, pero he de admitir que impone mucho. En su interior, lo que más me ha llamado la atención son sus coloridas vidrieras. El rosetón, al que también llaman Ojo del gótico, tiene las vidrieras más bonitas y es enorme. Se ve hermoso el reflejo de las vidrieras en las columnas.

La hemos visitado rápidamente, pero, sin duda, me llevo conmigo la majestuosidad de la Capilla Real y la peculiaridad de la Capilla de Barceló. Ahora, queremos adentrarnos un poco en la ciudad.

Nos encontramos en la cerca de la Plaza Mayor mirando tiendas. He comprado unos llaveros para mis tíos y mis primos, menos mal que son sólo cuatro y no tengo que comerme la cabeza con cuales elegir. Nos hemos sentado a comer en el primer restaurante en el que hemos visto que había hueco.

—Nos quedan poco tiempo por aquí, es una pena no haber visto más cosas.

—Ya volveremos a visitarla en condiciones. Sólo tenía la intención de que nos relajásemos con este viaje.

—¡Qué te crees tú que voy a volver contigo! —intento hacerme la seria para que se pique.

—¿Y con quién vas a venir? ¿Con el buenorro de tu jefe? —qué golpe más bajo me acaba de dar el idiota este.

—¿Perdona? Yo tengo muchos pretendientes, aunque tú no te lo creas —le digo ofendida, pero sin dejar de tomármelo a broma.

—No lo dudo, pero aún no he visto ninguno, puede que sean invisibles —lo peor de todo es que tiene razón.

—Tan presumido que eres tú, yo tampoco he visto ninguna chica rondándote. ¿Será que no estás tan bueno? —eso le ha tenido que joder.

—Me las quito de encima para que cuando me veas, sigas creyendo que eres única.

—Claro que sí, idiota.

—Jajaja. Bueno, es hora de que te lleve a donde estaba deseando ir.

—¿Dónde?

—Shhh, no seas impaciente. Vamos a ir al Hotel a por nuestras cosas y luego te llevo a ese sitio.

Hasta ahora he aguantado todas las facetas de él, pero el misterio que le da a las cosas... Me da mucha rabia. Por lo que me ha dicho, si hay que recoger ya las cosas del hotel, no creo que hagamos nada que nos haga sudar. ¿Os imagináis a los pobrecitos pasajeros del avión asfixiados con nuestro sudor? Seguramente sea algo tranquilo.

Ya estamos cargando las maletas en el taxi. Hemos tardado poquísimo en recoger las cosas ya que teníamos poco equipaje. Me impacienta imaginar qué haremos. Espero que no sea una de sus bromas y me esté llevando ya al aeropuerto. De ser así, lo mato y lo tiro al mar.

El taxi ha parado. Estamos en una zona rocosa y nos dirigimos hacia una especie de local a unos metros de la costa. Puedo leer “Club de buceo” ... ¡Cómo! Ni siquiera he terminado de leer el cartel de encima de la puerta.

—¡Para! ¿Por qué nos dirigimos a un sitio que pone club de buceo? —digo muy nerviosa.

—¡Sorpresa! ¡Vamos a aprender a hacer submarinismo! —le brillan los ojos.

—No, no, no y no. Me niego a hacer buceo.

—¿Por qué? —pregunta como si fuera raro que me asustase.

—Porque me da miedo encontrarme con un tiburón.

—Jajaja. No tienes de lo que preocuparte, saben lo que hacen.

—Que no Hugo, que paso de arriesgar mi vida.

—¿Me lo dice la que quería aventuras y se fue de barranquismo? —ahí me ha dado fuerte.

—Eso es diferente. Allí no había animales con dientes enormes que me pudiesen comer.

—Catherine, relájate y acepta mi sorpresa. Por favor, no me dejes hacerlo

solo —la tranquilidad en su tono me hace animarme un poco.

—En principio, sólo voy a entrar a escuchar lo que nos tengan que decir. Después veo que hago.

—¡Gracias, preciosa!

Entramos en el local. Allí nos espera un chico bastante joven. Por lo visto, Hugo había pagado una sesión de buceo para nosotros solos y el hijo del dueño nos iba a guiar.

Nos estamos vistiendo, este deporte tiene más equipamiento que el barranquismo. La botella de oxígeno y las aletas son lo más incómodo de llevar fuera del agua, al menos para mí. Realmente, tengo tanto miedo a encontrarme un tiburón que ni he echado cuenta a lo que me decían. Hugo es el que ha estado ayudándome a vestirme y es quién se ha enterado de qué es cada cosa y para qué sirve. Como siempre, tendré que fiarme de él.

Me coge de la mano y seguimos al monitor, no lo voy a soltar en todo el rato. Salimos del local, por la puerta trasera, y nos hace sentarnos en un bordillo. Nos hace una seña, es hora de sumergirnos. Le estamos siguiendo sin dejar de mover las aletas. Yo, mientras, voy rezando para que no se aleje mucho.

El mar por dentro es precioso. Aunque no lo parezca, el Sol se refleja en este y le da cierta luminosidad; pero por si acaso llevamos unas linternas. Acabo de ver un banco de peces cerca de mí, se ven nadar más bonito que a través de un cristal. La flora marina tiene mejor aspecto que la terrestre ya que está más cuidada y sus colores son más intensos. Esto parece de otro planeta.

Siento mucha paz mientras buceo, los ruidos del exterior han desaparecido por completo. Fuera estrés y preocupaciones. El traje que llevo mantiene mi temperatura corporal. Todos esos factores unidos a la sensación de volar que sientes hacen de esta experiencia la mejor de todas las que he tenido practicando un deporte.

El monitor nos ha guiado por un tour que tienen preparado para los novatos como nosotros. Intenta recrear la búsqueda del tesoro y me parece una idea muy divertida. Tienen hasta una maqueta de un barco hundido que recrea un

naufragio. Se pueden ver patas de palo, una bandera pirata medio rota, un cofre del tesoro, unas espadas... Todo muy de cuentos de piratas. Estoy muy contenta por haberme animado y haberlo pasado de lujo al lado de Hugo.

Después de un rato observando el barco, el monitor nos regresa a tierra. La verdad es que ha estado todo tan entretenido que ni he pensado en los tiburones.

Ya en tierra, nos cambiamos de ropa. Agradecemos al monitor su labor y nos dirigimos al taxi contándonos cómo nos hemos sentido. Ambos queremos repetir, nos ha encantado la experiencia. Espero que ahora cojamos de verdad el vuelo para volver a casa.



Capítulo 16

Si me estáis leyendo es porque todo salió bien. Nos volvimos durmiendo todo el trayecto de avión para estar descansados y que, así, Hugo pudiese conducir. Llegamos agotados de un viaje de relax, pero mereció mucho la pena.

He estado muy animada en el trabajo desde entonces. Mi jefe no me ha vuelto a nombrar a Hugo, así que supongo que la víbora de Verónica ha mantenido la boca cerrada. A mí desde luego que me ha estado saludando muy falsa y amablemente estos días. El colorcito que he cogido en la playa ha tenido que hacer que se reconcoma de envidia por dentro.

Han pasado más de tres días desde que volvimos del viaje y ya hoy tengo una reunión con mi idiota. Antes de eso, tengo que atender a una nueva cliente. Estoy dejando el despacho preparado con todo lo que tengo que explicarle sobre cómo trabajamos. Cuando hablo de dejar el despacho listo, me refiero a sacar toda la documentación que voy a necesitar para llegar a acuerdos con los clientes. Una vez listo el despacho, la esperaré fuera para que se sienta más acogida por la empresa.

A lo lejos, veo aproximarse a una chica muy atractiva. Está andando directa hacia mí, debe de ser mi nueva cliente. Es una mujer con cabello largo y oscuro, un vestido precioso de color coral y unos tacones negros de aguja. Sus piernas son de escándalos, quién las tuviera tan largas y esbeltas.

—Buenos días, señora Villamor —le digo mientras le tiendo mi mano en busca de un apretón.

—Buenos días, ¿Catherine? —mi jefe tiene la costumbre de dar los nombres de los empleados a los clientes, le parece más cálido que dar el apellido.

—Sí, esa soy yo. Pase, por favor.

Pasamos al interior y tomamos asiento. Mientras se va acomodando, puedo fijarme en sus enormes ojos verdes. Es un bombón en toda regla.

—Cuénteme primero qué quiere promocionar.

—He creado una nueva gama de cosméticos y quiero que esta vez mi público se amplíe.

—¿A qué se refiere?

—Mis cosméticos siempre han llamado la atención de mujeres mayores y elegantes. No tengo quejas de ello porque mis ventas son altas, pero no me quiero estancar en eso.

—Entonces, quiere que sus productos lleguen también a llamar la atención entre la gente joven, ¿no?

—Más o menos, quiero que también los hombres se sientan identificados con mi marca.

—¿Hombres?

—Sí, hombres. Hay muchos hombres que se maquillan para disimular sus imperfecciones o, simplemente, verse más guapos; además, hay muchos Drag Queens que ya han usado mis productos y les han encantado.

—Me parece una muy buena idea. Con esas expectativas llegará muy lejos.

—Muchas gracias, es usted muy amable —me sonrío por primera vez.

La reunión ha estado muy interesante. Me parece un reto que, si supero, puede abrirme muchas puertas. Es la oportunidad perfecta para que mi jefe se enorgullezca de mí y me haga más conocida en el mundo del marketing.

La señora Villamor es encantadora. Al principio ha estado muy seria, pero se ha ido soltando a lo largo de la reunión. Ojalá que todos mis clientes sean como Hugo y ella porque así jamás me cansaré de mi trabajo. A pesar de lo amable que ha sido, prefiero que se vaya ya para poder reunirme con Hugo.

—Ha sido todo un placer señora Villamor. En la próxima reunión le enseñaré varias propuestas de marketing, las cuales espero que le gusten.

—Gracias por todo. Por lo que hemos estado hablando, no tengo duda de que su trabajo será impecable.

Ya se ha ido. Tengo que dejar el despacho preparado para recibir a Hugo, no me agunto las ganas de verlo.

De un momento a otro, empiezo a escuchar unas voces un poco subidas de tono. Parece que vienen desde el final del pasillo. No tengo dudas de que una de ellas es la de Hugo. Tengo que ir corriendo a ver qué está pasando. Me asomo por la puerta y puedo oírlo todo.

—¿Y qué pasa con tu hijo? ¿Te has olvidado de que existe? —es la voz de la señora Villamor.

Me salgo por completo del despacho y, en ciertamente, el hombre que está frente a ella es Hugo. ¿Por qué le reclama que pasa de su hijo? Me cuesta creer que sea padre y no me lo haya dicho. Estoy confusa ante la situación.

—No he pasado de nuestro hijo. Es sólo que desde que me dejaste, no me he atrevido ni a llamar ni a ir a verlo —se excusa Hugo.

La discusión me está dando ansiedad. No puedo meterme en medio ya que toda la oficina se enteraría de nuestra relación. Lo único que puedo hacer es respirar profundamente y acercarme a poner un poco de paz. Voy a ir a ver si puedo hacer que se calmen, aunque sea yo la que, probablemente, lo esté pasando peor.

—¿Qué está ocurriendo aquí? No podéis armar estos jaleos en la oficina —les regaña con la intención de enterarme de algo más.

—Lo siento mucho. Este impresentable es mi ex y no he podido aguantarme las ganas de dejarle claras un par de cosas —me aclara ella.

—No te creas sus mentiras, Catherine. Sólo busca hundirme.

—No me metáis en vuestras discusiones. Yo sólo soy quién va a ayudaros a promocionar vuestros productos, no tengo que posicionarme. Así que, si sois tan amables, que cada uno tome su camino. Ya quedaréis para hablar de vuestros problemas personales.

Al decir eso, ambos han agachado sus cabezas y han seguido su rumbo. Me he tenido que mantener muy diplomática porque, si es por Hugo, ya se habrían dado cuenta de que nuestra relación es más que profesional. ¿A quién se le ocurre decirme delante de todos que no me crea las posibles mentiras de ella? Más le vale tener una buena explicación para todo esto.

He dejado que Hugo se adelante y me espere en el despacho. Necesitaba unos segundos de desventaja para poder tranquilizarme por el camino, estoy de los nervios.

Entro en el despacho y lo miro, se le ve algo decaído.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto mientras me siento.

—Me he cruzado con mi ex y se ha puesto a liarla —suspira, su tono refleja su agobio.

—Si lo de tu hijo es verdad, no me extraña —le recrimino.

—No es cierto, no me ha dado tiempo a pasar de él. Me dejó hace relativamente poco y estaba recobrando fuerzas para enfrentarlo todo —me mira con cara de inocencia.

—Entonces, ¿es cierto que eres padre?

—Sí, soy padre de un niño de 4 años.

—Ah, muy bien. Y yo no tenía derecho a saber eso.

—Catherine, sabes que lo he pasado muy mal y la verdad es que no quería que eso te asustase.

—¿Qué clase de monstruo te crees que soy para no verme capaz de aceptar a un niño pequeño?

—No lo sé. Sé que no eres mala persona, pero tampoco es nada raro que el verse con un niño asuste.

—Pues no, no soy así. Yo te aceptaría con un millón de niños si hiciera falta. Lo que no puedo aceptar es a un hombre que me oculta las cosas y, además, no se hace cargo de su hijo.

—No me digas eso, te juro que he pensado mucho en él. He estado mandándole a mi madre todo lo que ha ido necesitando. Ella ha estado cuidándolo algunos días y me ha estado informando; pero no me he visto con fuerzas de hablar directamente con él —al oír eso, me calmo un poco.

—Si es verdad lo que dices, no creo que hayas actuado tan mal. Ya sabes que lo correcto es que lo llames porque es muy pequeño y no tiene la culpa de lo que hagan sus padres.

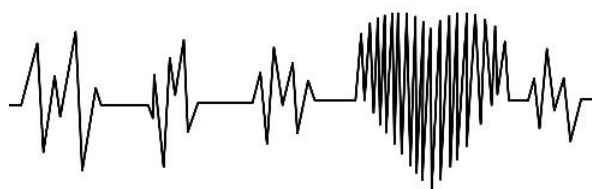
—Eso voy a hacer nada más salga de aquí. Te lo prometo.

—Espero que así sea. Vamos a empezar ya la reunión para acabar cuanto antes.

Se nota la frialdad entre nosotros. Después de lo sucedido, no tengo gana ninguna de estar cariñosa con él. No me gusta que me haya ocultado algo tan importante como eso. Entiendo sus motivos, pero no me parecen suficientes.

Tras la reunión, invito a Hugo a irse. Por el momento, necesito espacio. Se acerca para besarme, pero le quito la cara y, sin insistir, se va. Me duele hacerle este tipo de cosas, pero no me sale actuar de otra manera.

Mi cabeza es un rebujo de emociones cuando pienso en Hugo. No sé ya si confiar en él o no hacerlo, si preguntarle cómo está o ignorarlo, si seguir con él o dejarlo ir... No me aclaro. ¿Qué hace conmigo después de estar con semejante mujer? Si arreglan las cosas, ¿se irá con ella? ¿Cómo me recibirá su hijo si decido ser su madrastra? Tengo demasiadas preguntas, pero hay una que me ronda más que las demás: ¿cómo le sentará todo esto al señor Márquez? No quiero perder mi trabajo tampoco.



Capítulo 17

He estado dándole muchas vueltas a lo ocurrido y he decidido no pensar en nada. Antes de Hugo, mi vida era tan aburrida que estaba amargada; pero todo lo vivido últimamente me ha sacado de la rutina. No es que haya cambiado radicalmente mis pensamientos, sino que he decidido dejar que la vida fluya. Aunque esto último no quita el seguir queriendo estar con Hugo o no, no podré seguir con él si resulta no ser una buena persona con su hijo.

Voy a coger el toro por los cuernos y llamarlo para hablar más tranquilamente de nuestro futuro juntos.

—¡Oh, Catherine! Necesitaba saber de ti —me dice ilusionado.

—Hugo... No han pasado ni cuatro días. No me seas exagerado.

—Después de cómo estábamos la última vez, para mí ha sido una eternidad —me gustaría creérmelo más.

—Pues ya ha terminado tu eternidad. Necesito que hablemos en persona, ¿cuándo puedes quedar?

—Ya, ahora mismo.

—Vale. Yo estoy saliendo del trabajo, si quieres te espero en la peluquería de enfrente.

—Sí, claro. Estoy allí en unos minutos.

Parece que está muy preocupado por lo nuestro. Tendrá que ir demostrándome que es un buen padre para poder seguir con él. Un hijo debería de ser la persona más importante del mundo para un padre, quiero ver que para él no es mucho menos que eso.

Ya está aquí, se está acercando. Le voy haciendo señas para que se espere dónde está, no quiero que alguien de la oficina nos vea. Por el momento, mi jefe está tranquilo y no me ha llamado para nada. Por más que intente ser optimista, los miedos no se van tan rápidamente. Espero que todo se aclare y no tener esta tensión constante.

Me acerco hacia Hugo y le doy dos besos en la cara.

—Buenas, ¿podemos ir a tomar algo? —le ofrezco a Hugo.

—Por supuesto. Conozco un sitio cerca de aquí en el que ponen unos capuchinos muy ricos.

—Vale, vayamos pues.

El silencio se apodera de nosotros en este tipo de situaciones, nunca sabemos muy bien qué decir. La verdad es que lo prefiero así, no quiero que acabemos peleando antes de sentarnos a hablar.

No tardamos mucho en llegar a la cafetería y se ve muy chic. Tiene un estilo británico muy marcado. Si por mí hubiese sido, acabaríamos en una muy simple y con mesas de plástico con los logos de Pepsi. ¿Cuánto costará el capuchino aquí? Más le vale invitar a él que es quién ha elegido venir aquí.

Nada más cruzar la puerta se nos acerca una chica joven muy agradable, la cual nos lleva a una mesa y nos facilita la carta. Se queda esperando a nuestro lado. Le devolvemos la carta.

—Y bien, ¿ya se han decidido? —pregunta cordialmente.

—Sí, a mí póngame una tila y un trozo de brownie —le pide Hugo.

—Póngame lo mismo, gracias.

—Enseguida.

La camarera se va a por nuestras cosas.

—¿Una tila? —le pregunto a Hugo con curiosidad.

—Sí, es para prevenir. Si lo que me tienes que decir es malo, al menos me tranquilizará y el brownie es para quitar el amargor si algo sale mal.

—Jajaja. Eres demasiado previsor —no puedo evitar reírme ante sus peculiaridades.

—Si te extraña lo que pido, ¿para qué me imitas? —no puede evitar picarme.

—Porque sé que tienes buen gusto y como no conozco el sitio, pensé que elegías las especialidades de la casa.

—Sin duda tengo el mejor gusto de todos, me fijé en ti —su mirada es

demasiado tierna como para soltarle una bordería.

—No me intentes ganar con esas jugadas, listillo. Es mejor que empecemos la conversación seria cuanto antes.

—Esperemos a que llegue lo que hemos pedido, ¿no?

—Vale. ¿Qué hacemos mientras?

—Antes de que me digas nada, quiero contarte lo que estuve haciendo el jueves y el viernes.

—De acuerdo, dime.

—Cuando me fui de tu oficina, pensé en lo mal que me había portado con Huguito. Es un niño encantador y he pagado mi malestar emocional con él.

—Espera. ¿Tú hijo se llama como tú? —interrumpo.

—Sí, así es.

—Sólo quería asegurarme. Continúa.

—Pues eso. Me aterraba volver a mi ciudad después de todo lo sucedido, ya que eso me iba a traer nostalgias. El no querer ir para allá conllevaba no ver a mi hijo, pero también temía una cosa de él, no quería oír que tenía un nuevo “papá”. Sé que he tomado malas decisiones, pero mis sentimientos también cuentan. Llámame egoísta si quieres, yo sólo pensaba en no encontrarme con situaciones que me hiciesen hundirme más —hace una pausa respirar tranquilamente.

Nos sirven lo que pedimos.

—Si todo eso lo entiendo. Lo que quiero saber es hasta qué punto ibas a llevar tu egoísmo.

—No mucho más lejos. Estaba esperando a estar mucho mejor contigo y pedirte que me ayudaras a enfrentarlo. Aunque, por desgracia, todo ha estallado antes de lo esperado.

—Ahora que he salido en la conversación, ¿también estabas anímicamente mal conmigo? Porque, sinceramente, no lo parecía.

—Catherine, no te lo tomes a lo personal. Si no he caído en una depresión ha sido gracias a ti, eras mi único motivo para sonreír —me coge de la mano que tengo apoyada en la mesa.

—Hugo... He tenido tantos palos que la verdad es que me cuesta confiar en una persona que me oculta algo tan importante.

—Sé que no es fácil créeme ahora, por eso te quería contar lo que he hecho.

—Deja el misterio y suéltalo ya.

—Cuando me fui de la oficina, llamé a mi madre. Supuse que ella tendrá a Huguito ya que Patricia, mi ex, estaba fuera de la ciudad. Mi madre me confirmó que estaba con él hasta el día siguiente, se lo iba a quedar a dormir. Fue entonces cuando, sin pensármelo dos veces, conduje hasta allí. No puedo describir la felicidad tan enorme que sentí al ver a mi hijo, rompí a llorar nada más abrazarlo. No me quería soltar y me dijo que me había echado mucho de menos —le da un sorbo al té para calmar su emoción al contarle.

—Me alegra mucho oír eso. ¿Qué más pasó?

—Pues que decidí pasar toda la tarde jugando con él. Fuimos al parque y disfrutamos mucho. Por la noche, fui incapaz de irme así que decidí quedarme a dormir. Aproveché todo el tiempo que pude para estar con mi hijo. Una hora antes de que Patricia fuese a buscarlo, me despedí de él y, con mucha tristeza, me volví. Y aquí estoy, muy contento y con ganas de repetir.

—Has hecho lo correcto. Estoy muy orgullosa de ti.

—Sabes que no soy mala persona ni hago las cosas para hacer daño, no dudes de mí. Sé que en el fondo crees en mí y que no me has dejado aún por ese mismo motivo. Te necesito a mi lado para que mi felicidad sea completa, no te vayas —me ruega.

—No me quiero ir de tu lado, sólo necesito ir conociéndote un poco más. Entiende que aún pueda llegar a desconfiar.

—Tranquila, sé a lo que te refieres. Si necesitas conocerme mejor, te prometo que voy a ir enseñándote algo nuevo de mí cada día. No habrá cita en la que no conozcas una cara nueva del idiota este. Si lo hacemos así, llegará el día en el que repita las mismas acciones y comportamientos una y otra vez. Ese día podrás decir que me conoces por completo. ¿Te parece bien?

—Está bien, así lo haremos.

Volvemos a sonreírnos como antes. Es el momento perfecto para besarnos. Levanto el cuerpo de la silla, me lanzo a sus labios y le planto un beso. He caído me taza de té en la mesa menos mal que, mientras Hugo hablaba y hablaba, me había tomado toda la tila y la taza estaba vacía.

—Jajaja. ¡Qué torpe que eres!

—Idiota.

—¿Sabes lo más curioso?

—No, dime.

—Cuando me has besado, me ha parecido ver el reflejo de un flash. ¿Serán los dioses iluminando tan lindo beso? —me lo tomo a broma al ver que me guiña un ojo.

—Seguramente —no sé si dejaré de sonrojarme alguna vez por ese tipo de frases que me suelta.

El té terminado, la situación arreglada y yo con ganas de ir a casa a descansar. Me he quedado mucho más tranquila con respecto a Hugo, ahora puedo relajarme.

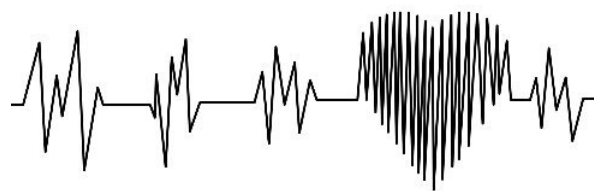
—Hugo, me encantaría quedarme más rato, pero me apetece estar en casa.

—Sí, claro. Yo también debería irme, ¿vienes conmigo?

—¡Sí!

Salimos súper contentos, abrazados y riendo; evitando, además, los besos en público. El beso que nos dimos antes fue inevitable para mí.

Me ha traído a casa y me ha dicho que tiene una sorpresa para mí. Este sábado sabré de qué se trata, estaré impaciente hasta entonces. La espera se me va a hacer más feliz al ver que Hugo era cómo me pensaba en un principio. La quedada de hoy me ha animado mucho.



Capítulo 18

¡Hoy he estado de excursión! Bueno, no ha sido tan divertido como suena. Mi jefe me llamó anoche para que fuese antes a la oficina y recogiera unos papeles. Cómo mi trabajo va tan adelantado y él no tiene tiempo, me he encargado de llevar el papeleo de la empresa a dónde me había dejado indicado por escrito. Todo puede resumir en correr de un lado a otro, esperar largas colas y entregar papeles con miedo a qué me pregunten sobre ellos; ya que no sabía ni lo que estaba entregando.

Ahora mismo, me encuentro en una cafetería esperando a Patricia, la ex de Hugo. Esta, me llamó esta mañana para decirme que tenía que hablar conmigo. En un principio me negué, pero me rogó lo suficiente como para hacerme pensar que era importante. Además, creo que me conviene llevarme bien con ella, eso evitaría muchos problemas futuros entre ellos.

La he citado en la cafetería dónde, a veces, vengo a comer. Hoy no tengo que volver a la oficina después del almuerzo ya que, con la mañana tan loca que tuve, mi jefe me ha dicho que me fuera pronto. Como he quedado con ella un poco más tarde, aprovecho para mirar cosas en el móvil y tomarme una Pepsi tranquilita.

Estoy de espaldas a la puerta y puedo sentir cuando entra a gente. Creo que acabo de escuchar a voz de Verónica, prefiero ni girarme para que no me vea y me hable falsamente. Parece que no ha venido sola. Se han debido sentar cerca ya que puedo oír lo que están diciendo.

—Has quedado con la estúpida esa después, ¿no? —se ve que no soy la única que le cae mal.

—Sí, se le van a quitar las ganas de cruzarse en mi camino —¿es esa la voz de la señora Villamor?

—Jajaja. ¿Ya sabes qué le vas a contar? —tiene risa de bruja.

—Tengo preparada una historia llena infidelidades y sufrimiento. Te puedo

asegurar que con eso se le van a quitar las ganas de estar con Hugo —¡están hablando de mí!

—Esa chica es tan tonta que se lo va a tragar todo.

—Eso espero. Necesito que Hugo sólo tenga dinero para mí y mientras siga creyendo que es el padre de Huguito, no dejará que pase penurias —tiene que haber una cámara oculta por aquí cerca, esto es demasiado fuerte para ser verdad.

—Fue muy inteligente de tu parte el ponerles el mismo nombre a ambos. ¿Sabe Guillermo que es su padre verdadero?

—No, no puedo hacer eso. Él gana menos que Hugo y sería perder dinero a lo tonto. Una necesita cubrir sus caprichos —me está entrando hasta fatiga escuchar lo que están diciendo. —Debo darte las gracias por haberme avisado de que Hugo andaba por aquí.

—No hay de qué. Ya te dije en su día que era una buena idea que nunca me conociese, así era imposible que me pillase.

—Cinco años evitando presentaros, ha dado sus frutos. Seguramente piense que te ponía de excusa para quedar con Guillermo y que ni siquiera existes. Lo más divertido de todo es que la mitad de las veces era eso lo que hacía. Jajaja.

No puedo aguantar escuchando durante más tiempo a estas víboras. Me voy a levantar para decirle un par de cosas.

—¡Ya está bien! ¡Dejad en paz a Hugo! —les grito mientras me acerco su mesa.

Patricia se ha puesto blanca mientras que Verónica ni se ha inmutado.

—Mira, Catherine, no sé qué habrás oído, pero te aseguro que será mejor que lo olvides —me advierte Verónica con cara de triunfadora.

—No, no voy a olvidar nada. Ahora mismo pienso ir a contárselo todo a Hugo —le digo muy enfadada.

—No vas a ir. No te conviene contar nada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tengo una foto de Hugo y tuya besándoos en una cafetería —

acabo de acordarme del flash que Hugo me dijo que sintió.

—¿Y qué pasa con esa foto?

—Que, como abras la boca, la foto caerá en manos del jefe y te irás de la empresa.

—Prefiero buscar otro trabajo a estar chantajeada por ti cada dos por tres. No me voy a dejar ningunear por una tiparraca como tú.

—¿Crees que Hugo va a permitir que le digas que su hijo no es suyo? Si haces eso, se va a enfadar muchísimo contigo —interrumpe Patricia.

—No intentéis engañarme con vuestras patrañas. No voy a dejar que os salgáis con la vuestra.

Tras decirles eso, he salido a toda prisa de allí. Cada vez me sorprende más la verdadera Verónica. Me llegué a creer que le chivó mi romance con Hugo al jefe por hacerle un bien a la empresa. Qué ingenua que soy a veces. Lo peor de todo es que a quién quería joder, en realidad, era a Hugo.

Tengo que ir a un lugar más tranquilo para llamar a Hugo y contarle toda la verdad, se lo tome como se lo tome. Me voy a sentar en una plazoleta, la cual está entre la cafetería y la oficina, para hablar con él.

—Buenas tardes, preciosa.

—Hola... ¿Puedes venir a mi casa esta tarde? —me desanima mucho el pensar en lo que le tengo que contar.

—Tendría que ser a partir de las 8, antes no puedo. ¿Es urgente?

—No, no. A esa hora me viene bien.

—¿Llevo algo para picar?

—No hace falta. De camino a casa me pasaré por una tienda a comprar algo para después.

—Entonces, luego nos vemos. No puedo hablar mucho más tiempo contigo, tengo que seguir trabajando.

—Ya iba a colgar, no te apures. Hasta esta noche, un beso.

—¡Un beso enorme! Nos vemos luego.

Ya he dado el primer paso: quedar con Hugo en un lugar más íntimo.

Ahora, cuando llegue a casa, me daré una ducha relajante para poder desconectar un poco de esta locura. A veces pienso que todo esto es un sueño y sólo tengo que despertarme para volver al día en el que me ascendieron; pero parece ser que esto es la realidad.



Capítulo 19

He estado andando tan lento, pensando en todo, que he tardado más que nunca en llegar a casa; y si Verónica cumple su amenaza de enseñarle la foto a mi jefe, será de las últimas veces que haga ese camino. Ni siquiera me acordé de comprar, pero por suerte siempre tengo porquerías en casa. Voy a bañarme ya para que no se me haga más tarde.

El baño de agua caliente que me acabo de dar me ha venido muy bien. Estoy recogiendo todo para recibirlo. Está a punto de llegar y mis nervios van en aumento.

Ha sonado el portero, lo cojo y, como era de esperar, es él. Ha llegado la hora. Espero detrás de la puerta para abrirla cuando llame.

¡Rin, rin!

Ya está aquí. Abro la puerta y viene vestido con un traje azul. Está muy guapo. Me quedo hipnotizada ante semejante galán. Empieza a sacar algo que tiene escondido en su espalda. ¡Es un ramo de rosas!

—¡Son preciosas!

—Como tú.

—Qué tonto eres. Pasa, anda —entra al interior. —¿A qué se debe este regalo?

—Como ya que te dije, voy a enseñarte todas mis facetas y hoy tocaba la romántica —me besa.

—Pues, aunque te lo agradezco de corazón y estoy muy feliz con el detalle; siento decirte que has elegido un mal momento.

—¿Por qué?

—Porque tengo que contarte algo. Ya sabes que no me ando con rodeos así que toma asiento y prepárate para una muy mala noticia —tomo aire mientras nos sentamos en el sofá del salón.

—Catherine, me estás asustando. Dilo y ya.

—Hugo, tu ex te ha estado engañando. Huguito no es tu hijo —lo he dicho tan rápido que no sé si se me ha entendido.

—¿Por qué dices eso? Me parece una broma de muy mal gusto —me parece que está algo molesto.

—Escuché cómo se lo decía tu ex a Verónica.

—¿Qué tiene que ver Verónica con mi ex? No entiendo nada.

Le he estado contando a Hugo cómo llegué a escucharlas hablar y sobre qué hablaban. Ha estado muy callado. Se nota que le está costando creerme.

—¿Y cómo sé yo que esto es cierto? ¿Tienes alguna prueba? —cada vez está más enfadado.

—Amor... No te mentiría jamás con un tema así.

—Quizás sea porque te da miedo ser madre al estar conmigo.

—¡Jamás! Me estoy sintiendo muy ofendida. Mira, si quieres que te tomen el pelo para sacarte el dinero, vale; pero el día que descubras que yo tenía razón, ni se te ocurra volver a llamarme.

—Lo siento, no quería ofenderte. Entiende que, si alguien te dice que tu hijo no es tu hijo, te duele escucharlo. Tampoco sé de qué manera descubrir que eso es verdad.

—Hugo, deberías de llamar a Guillermo y poneros de acuerdo para pedir pruebas de ADN. Habla con tu abogado, si Patricia se niega y seguro que consigue que se apruebe en un juicio.

—No quiero dejar de ser el padre de Huguito... —sus lágrimas están a punto de caer.

—Escúchame, seguro que consigues de una manera u otra que te permitan verlo. Pero el niño tiene derecho a saber la verdad al igual que su verdadero padre. Eso no quita que sigas cuidando de él o regalándole cosas. Tú haz lo correcto que ya iremos solucionando los problemas que se nos vayan presentando.

—Tienes razón. Voy a llamar a Guillermo para explicarle todo esto. Y que

sepas que, si hago esto, es porque creo en ti —pellizca mi mejilla.

—Gracias por hacerlo —le sonrío orgullosa.

Hugo se ha ido a mi habitación a hablar con Guillermo. Mientras, me quedaré aquí viendo la televisión hasta que termine y me cuente.

De repente, me suena el teléfono. Es el señor Márquez. Creo que se masca la tragedia.

—Buenas noches, señor Márquez, ¿qué se le ofrece?

—Perdona por llamar tan tarde pero no quería que hablásemos con prisas.

—No se preocupe por la hora. ¿Qué quería decirme?

—Quería que me contara toda la verdad sobre su relación con Hugo.

—Es muy simple. Hugo y yo nos hicimos novios mientras promocionaba su producto. Estoy enamorada de él y no pienso dejarlo —le digo claramente.

—Sigas con él o no, supongo que entenderás que no puedes seguir en nuestra empresa. En la política lo pone bien claro: “Si incumples las normas, dejas de pertenecer a la empresa” —su tono se ve muy relajado como si despidiera gente todos los días.

—Estoy de acuerdo. ¿Me puedo acercar mañana por mis cosas?

—Sí. Pásese también por mi despacho a por la carta de recomendación que le he escrito y a fijar las condiciones del despido. Hasta mañana.

—Allí estaré a primera hora. Hasta mañana.

Sabía que Verónica lo había hecho, seguro que se acercó a darle la foto después de lo sucedido en la cafetería. Lo estuve asumiendo a lo largo del día y eso ha hecho que no me afectase mucho. Sé que el señor Márquez quería hablar más, ya que me tiene mucho cariño, pero seguramente no se atrevió a decir más cosas debido a mis contestaciones. No le guardo rencor es sólo que quiero acabar cuanto antes con todo aquello que me haga estresarme.

Al cabo de un rato, Hugo vuelve al salón. Se le ven los ojos algo rojos.

—¿Estás bien? Parece que has llorado.

—Sí, hemos estado hablando de Huguito y me he puesto muy mal. No todos los días tengo que llamas a otro hombre para decirle que es el padre de mi

hijo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Él lo sospechaba así que, entre ambos, vamos a pedir esa prueba de paternidad —se le cae una lágrima más.

—Tranquilo, tumbate encima de mí y relájate. —se tumba en el sofá apoyando su cabeza sobre mis piernas. —Huguito te lo agradecerá el día de mañana. Te lo prometo.

—Lo sé. Gracias por contarme la verdad.

—Para eso están las parejas, las parejas de verdad —le beso la frente.

Llevo un rato acariciándole la cabeza, se le ve muy a gusto. No quiero atosigarlo con mis problemas, pero quiero contarle lo de mi trabajo.

—Hugo, ¿puedo contarte algo? —le hago esa pregunta para comprobar si está despierto.

—Sí, claro. Lo que quieras.

—Mi jefe me ha llamado mientras hablabas con Guillermo. Me ha despedido —le digo con desinterés.

—Perfecto. Ya podrás ser parte de mi empresa —suelta una risa malvada.

—Bueno, bueno, ya negociaremos las condiciones. Lo mismo no me interesa tu oferta de trabajo —le vacilo.

—Disfrutas sexualmente del jefe, qué más quieres —su risa de ahora es algo pícara.

Intento besarlo sensualmente pero no me sigue el juego.

—Hoy no estoy para esas cosas, lo siento —me dice con lástima.

—Entiendo. Qué tonta he sido al malinterpretar tu broma —suspiro.

—Bueno, pues con tu permiso, me voy a ir yendo ya. Necesito madrugar para terminar de preparar la sorpresa que le estoy haciendo a una chica muy guapa. Me queda muy poco tiempo —le brillan los ojos, no sé qué será.

—¡No pierdas más el tiempo! Seguro que a esa chica le encantan tus sorpresas —le empiezo a empujar hasta la puerta.

Abro la puerta y lo empujo para afuera.

—¡Espero que merezca la pena!

Salto para besarle y cierro la puerta.

Necesitaba romper con la situación tan incómoda de antes. ¿A quién se le ocurre intentar tener sexo con él después de semejante noticia? Solamente a mí. Lo bueno es que sé que no me lo va a tener en cuenta, es muy comprensivo.

La verdad es que también me intriga mucho lo de su sorpresa. ¿Qué tipo de sorpresa necesita tantos días de preparación?



Capítulo 20

Estoy vistiéndome a toda prisa. Mi tía me ha llamado para que baje corriendo porque me necesita urgentemente. Al oír eso, me he asustado mucho pues parecía que se trataba de algo malo; pero me ha aclarado que no era así. Me ha dicho literalmente “cómo se me escape por tu culpa, en mi casa no vuelves a entrar”. Aunque sé que es incapaz de cumplirlo, le preferí dejar de preguntar.

No puedo evitar pensar que hoy, precisamente, he quedado con Hugo; es el día en el que me daba su sorpresa. Espero tardar poco con mi tía porque tengo muchas ganas de saber qué es lo que tiene para mí.

Nada más termino de peinarme, bajo a toda prisa. Esta mujer no ha dejado de llamar al portero para que me apresurara y he tardado muy poco en prepararme.

—¡Menos mal! Métete en el coche que tenemos que salir cuanto antes —da una palmada para que lo haga rápido

—Pero ¿dónde vamos? —le pregunto desesperadamente.

—Confía en mí. Ya te dije que no puedo decírtelo.

Nos metemos en el coche y arranca enseguida. Es raro que ni se haya acordado de darme un beso ni un abrazo. Ya sabéis que es una mujer muy cariñosa.

Durante el trayecto, no contesta a ninguna de mis preguntas; parece que soy invisible e insonora para ella. No quiere decirme ni a dónde vamos, ni qué pasa, ni si es algo relacionado con mis primos... Nada. No consigo que pie así que dejo de intentarlo pronto porque sé que es una batalla perdida. Si esta mujer se empeña en no hablar, os aseguro que no habla.

El camino cada vez se me va hace más familiar, por este mismo se llega al club de barranquismo. ¿Os imagináis a esta mujer allí? Sería un buen show. No creo que sea su destino, pero no sé a qué otros lugares se pueden llegar cogiendo

esta ruta.

Ha cogido el mismo desvío que hay para ir al club.

—Tita, por casualidad no estás yendo a mi club de barranquismo, ¿no?

—Sí, voy allí pero no te diré más nada —dice con la cabeza alta.

Su respuesta me sorprende un poco. No entiendo qué hacemos aquí porque esta señora ha hecho voto de silencio. Me huele a que Hugo ha tenido mucho que ver en esto ya que es la única persona cercana que ambas conocemos de los que vienen por aquí. Dudo que mi tía quiera aprender algo sobre barranquismo y, cómo sé que se cayeron tan bien, seguro que él ha sido capaz de hacer que venga. Es demasiado obvio. Ciertamente, me alivia un poco saber que no me voy a perder la sorpresa de Hugo por estar en otro lado.

Y, efectivamente, ha aparcado en el club. Pronto, se acercan un monitor a nosotras.

—Ven conmigo, Catherine.

Miro a mi tía desconcertada. ¿Qué quiere este hombre de mí?

—¡Ve! Tú obedece a estos señores.

Me facilita un equipamiento de barranquismo para que me lo ponga. Lo hago y me pide que le siga. Al poco tiempo, para delante de un árbol en el que parece que hay una tarjeta rosa.

—Sigue el camino de las tarjetas —me indica.

—¿Para qué?

No responde a mi pregunta. Se va alejando de mí. Le voy a obedecer porque mi tía me lo ha pedido y confío en ella. Me ha hecho un poco de gracia la situación ya que ha sido todo muy místico. Me acerco a leer la primera tarjeta.

“Lee el rastro de mensajes hasta el final y hallarás tu sorpresa.”

Sabía que se trataba de Hugo. Por el momento, se ve que se lo ha ido currando.

Veo que hay unos cuantos árboles seguidos con tarjetas colgadas. Estoy en una zona muy poblada de estos. Decido ir leyéndolas en orden para ver hasta

dónde me conducen.

“Nos conocimos con un tropiezo, pero eso no nos impidió iniciar nuestra historia...”

“...Al principio, parecía que no íbamos a llevarnos bien nunca, pero puedo decir, orgullosamente, que hoy en día no hay persona con la que mejor me entienda...”

“...Me has demostrado ser la compañera ideal para atreverme a probar y realizar cualquier actividad...”

“...Has sido capaz de demostrar al mundo entero que se puede realizar un trabajo con amor de por medio; sin que este influya negativamente...”

“...Eres capaz de hacerme reír o calmar mis lágrimas sea cual sea la circunstancia...”

“...Sé que puedo confiar en ti para todo y eso me hace sentirme muy seguro a tu lado...”

“...No tienes miedo a nada y eres capaz de salir a comerte el mundo...”

“...Al igual que yo, estoy seguro de que piensas que esto es sólo el principio...”

“...Nos queda mucha historia que escribir, pero aún nos faltan palabras claves para empezar los mejores capítulos...”

“...Me gustaría que nuestra historia continuase con palabras que siento y nunca dije...”

“...Catherine, te quiero.”

Estoy como en una nube, no se puede ser tan tierno. Me hace muy feliz saber que tiene esa visión de nosotros, pero lo que más me ha emocionado ha

sido leer el “te quiero”. Es un sentimiento que a ambos hemos exteriorizado pero que nos ha costado decir con palabras. Estoy deseando verlo para decirle que siento lo mismo que él.

Los árboles se van acabando, estoy llegando a una zona más despejada. A unos quince metros, puedo ver a Hugo. Está parado mirando hacia dónde estoy yo. Lleva puesto el equipamiento de barranquismo. Me dispongo a leer la última tarjeta.

“Seguramente ya me estés viendo. Ven hacia mí y descubre tu sorpresa.”

Voy corriendo hacia él, estoy muy intrigada.

—¡Hugo! —le voy saludando con la mano.

Se mantiene quieto, pero no puede evitar reírse.

—Jajaja. Pareces una niña de cinco años que se encuentra a un amigo del cole —me dice cuando estoy cerca.

—¡No te cargues este momento con tus bromas! A ver si ahora, el beso que te has ganado con lo de las tarjetas se va a convertir en una hostia —le amenazo bromeando.

—No, no, mejor no nos carguemos el momento.

Se acerca a mí y me agarra de la cintura. Apoya su frente en la mía.

—¿Quieres ver ya tu sorpresa?

—Estoy deseándolo. No me hagas esperar más —le ruego.

Me acaricia la mejilla y me besa suavemente.

—Vamos a bajar un poco este barranco, por eso, te he hecho ponerte el equipamiento. En el barranco de enfrente está tu sorpresa. No puedes mirar hasta que te diga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le digo emocionada.

¿Qué sorpresa puede haber en un barranco? A simple vista se puede ver que ambos barrancos están muy cerca así que tampoco tiene porque ser una cosa muy grande.

Me puse de espaldas dejándome guiar por él pues me tenía que llevar hasta

el borde del barranco. Una vez en el filo, comenzamos a bajar. Él iba por debajo de mí y cuando se parase, me debía poner a su altura y esperar a que me dejase mirar.

Por fin, Hugo se ha parado. Sólo tengo que descender unos centímetros más para descubrir mi sorpresa.

Estoy a la altura de Hugo. Estoy tan nerviosa que no sé si voy a aguantar mucho sin girarme.

—¿Estás preparada?

—¡Sí!

—Puedes girarte.

Me coge de la mano mientras giro la cabeza. Me quedo atónita. No puedo creer lo que me está pasando.

En el barranco de enfrente un conjunto de cuerdas que forma una frase. No sé muy bien como ha sujetado las cuerdas porque no se ve, pero eso es lo de menos. No sé ni que decir, es demasiado mágico este momento para mí. ¿Cómo reaccionarías al leer un “¿Te quieres casar conmigo?” escrito de esa manera? Estoy eufórica.

—¡Sí! ¡Sí, quiero! —grito super fuerte mientras miro a Hugo.

—¿Estás segura? —pregunta nervioso.

—¡Que sí, idiota!

—Ya te queda poco para dejar de ser mi becaria en el amor y convertirte en mi esposa.

Se acerca con la sonrisa más amplia que he visto jamás en su cara. Me abraza como buenamente puede buscando la manera de no perder el equilibrio. Me besa.

Si ya antes os he contado lo bonitos que son nuestros besos, sin duda, este es el que más sabe a felicidad y amor de todos. Me acabo de comprometer con el hombre de mis sueños y me va a costar mucho creérmelo. Sea un sueño o una realidad, pienso disfrutar a cada segundo de una relación tan mágica como la nuestra. Sé que todo va a salir a pedir de boca.

He pasado de tener una vida aburrida y sola, a vivir experiencias y momentos muy emocionantes al lado del chico más guapo, comprensivo, atrevido, divertido... Y todo lo bueno que se os ocurra, que jamás he conocido. Sé que a partir de hoy voy a ser la persona más feliz del mundo.

FIN

¿Y si somos compatibles?

Amanda Collins.

*Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. *

Capítulo 1: 24 de Septiembre.

Aún recuerdo aquella fiesta como si fuera ayer, a partir de ahí, mi vida tomó un nuevo rumbo.

La música retumbaba, todos bailaban y yo disfrutaba de mi mojito. Recuerdo a Ámbar, mi mejor amiga, dándolo todo en medio del salón de la casa donde estábamos. Me reía mucho con sus patéticos pasos de baile, los cuales todos imitaban. Imaginaros a un grupo de treintañeros en un salón bailando como robots... El alcohol y sus efectos.

Yo me encontraba sentada en el sofá intentando mantener una conversación con un chico bastante interesante.

—Supongo que sí, aunque no sé si tendrán las mismas tecnologías que nosotros. El universo es todo un misterio, aún queda mucho por explorar y descubrir —me respondió tras hablar de la posible existencia otras formas de vida en el universo.

—Al menos en nuestra galaxia no hay vida, pero ¿quién sabe qué hay más allá?

—Yo pienso que el universo en sí tiene vida propia o, incluso, está regido por alguien. La gente renuncia a las religiones sin hacerse muchas de las preguntas que estas plantean.

—Siempre prefiero no entrar en debates religiosos porque generan demasiada polémica —le dije con un tono algo serio pues me gusta debatir, pero evitando los conflictos.

—Jajaja. Tienes razón, será mejor que hablemos de temas más neutrales. ¿Qué te parece hablar de las vacas abducidas por los ovnis? —sonrió.

—Pues me parece muy mal, ¡pobres vacas! —intentaba poner cara de indignación, pero se me acabó escapando la risa.

Empezamos a reír como tontos. Cuando nos calmamos, le planteé un tema que me encanta y está relacionado con el universo.

—Has dicho que piensas que el universo tiene vida propia, ¿crees que se puede comunicar con nosotros?

—¿Comunicar?

—Sí, por ejemplo, a través del mensaje que transmiten las constelaciones.

—Y un tema de creencias como ese, ¿no genera polémicas?

—No tiene por qué. Si crees en Dios dirás que se trata de él, pero, en cambio, si no crees en él pues no las relacionas y ya. Por ello, prefiero hablar del efecto que tiene dicha comunicación sin nombrar su origen.

—Bueno, la verdad es que no soy muy fan del horóscopo y esos temas tan esotéricos.

—¿No? Yo sí soy la mayor fan pues te puedo describir a una persona sin conocerla. Sólo con saber que signo es, soy capaz de saber mucho sobre su forma de ser.

Muchos de los que me estéis leyendo pensareis que creo en tonterías sin sentido y no querréis continuar leyendo. Ciertamente, os entiendo, pero, desde mi punto de vista, hay bastante relación entre nuestras personalidades y nuestros signos de zodiaco.

No puedo prometeros que lo que os voy a contar sea lo más interesante que conozcáis, lo que sí sé es que os va a gustar escuchar mi historia. Es por ello por lo que os pido que, aunque no creáis en nada de lo que creo yo, escuchéis atentamente un nuevo punto de vista aplicado a mi historia con él. ¿Quién es él? Quedaros para descubrirlo.

Por el momento, os voy a ocultar que signo soy yo para ver si lo adivináis. Dicho esto, os voy a seguir relatando lo que he estado viviendo desde aquella noche.

Nada más que le hablé un poco más del tema, se le notaba en la cara que empezaba a perder el interés por la conversación. Por lo poco que sabía de él, me arriesgaba a decir que era Cáncer pues, entre otras cosas, era un chico con un rostro bastante expresivo. Me encanta la jovialidad de Cáncer y su extravagante risa lunar, pero temo sus cambios de humor. Indudablemente el cangrejo está

regido por la Luna pues es un lunático tanto positiva como negativamente. Creedme que lo último que quería es que se llegase a ofender ante mi insistencia. Es por ello por lo que preferí hacer más ameno el tema sorprendiéndole con mi intuición al reconocer los signos.

—Me voy a arriesgar, eres cáncer —soltó una risita al escucharme.

—Dime en qué te basas y te diré si has acertado o no —si no me equivoco, quiere analizar mi forma de expresarme para concluir si lo dije aleatoriamente.

—Pues prefieres estar aquí sentado hablando conmigo de temas fantasiosos a ser el alma de la fiesta; a pesar de eso, eres muy divertido y amable. Tu rostro es tan expresivo que, aunque te esfuerces en escucharme, se refleja en él tu incredulidad en el tema. Y bueno, ahora mismo me estás analizando —le dije muy segura de mis argumentos.

—Jajaja. Al final me vas a convencer y todo. Sí, soy cáncer. Te he visto bastante elocuente al decirlo.

—Lo tengo que ser para persuadiros, ¿no cre...

Una llamada interrumpió nuestra conversación.

—Tengo que cogerlo, disculpa —me dijo con apuro.

Se fue a atender su llamada y, mientras hablaba por el móvil, aproveché para bailar con Ámbar y hacer un rato las payasas.

Este chico se llamaba César y os puedo asegurar que, por muy bien que nos hubiésemos caído, sería muy complicada nuestra compatibilidad. Cáncer es muy planificador para lo inesperada que soy yo, duraríamos más bien poco si la paciencia no nos acompaña. Nada más terminar de hablar, se acercó a mí y me dijo que lo sentía pero que tenía que ir un momento a recoger a su novia. ¿Cómo va a desaprovechar Cáncer el pasar tiempo con su pareja? Es una pena, pero, aunque por más que lo hubiese intentado, ya estaba pillado. Al menos sabía que había conocido a una persona con buen corazón.

Continué la noche divirtiéndome y, haciendo lo que más me gusta, conocer gente nueva. No conocía muchas de las canciones que habían puesto, pero las bailé igualmente; no suelo seguir modas así que la música no iba a ser menos.

La fiesta en la que estábamos la organizó un “amigo” de Ámbar, el cual nos ofreció quedarnos a dormir con sus amigos más cercanos. Digo “amigo” porque tenían más que una amistad, por decirlo de alguna manera.

Cuando la gente empezó a irse, los que nos íbamos a quedar allí nos sentamos en la alfombra para hablar un rato; necesitábamos descansar después de tanto trote. La verdad es que me sentí bastante cómoda hablando con todos hasta que Ámbar me propuso hacer una cosa.

—Agnes, ¿por qué no nos echas las cartas? —me sorprendió que me pidiera echarle el tarot a gente que me acababa de conocer.

—Ámbar... No creo que sea lo más adecuado ahora mismo —me ruboricé.

—¡Échalas! Quiero reírme un poco —busqué con la mirada al chico que se atrevió a reírse de las cartas, mis queridas cartas.

Giré la cabeza hacia la puerta del salón, el chico que lo había dicho acababa de llegar acompañado del anfitrión; este había ido por hielo. Mi enojo se calmó al ver a semejante hombre. Sus ojos eran azules y su mirada, penetrante. Tenía un bonito tupé despeinado y ondulado de un color rubio rojizo. Era muy ancho de hombros y se notaba que, debajo de esa camisa, ocultaba una buena tableta. ¿De dónde había salido semejante galán? Tenía que limpiarme la baba y hablarle cuanto antes.

—¿No será que temes escuchar lo que las cartas tienen que decir sobre ti? —le reté con ganas de llamar su atención.

—¿Miedo? ¿yo? Me ofrezco como cabeza de turco si nadie más se atreve. Venga, dale —su cara mostraba despreocupación.

—¡Uuuh! —dijeron todos al unísono para aumentar la tensión en el ambiente. Claramente, de broma.

Fui por mi baraja, siempre la llevaba en el bolso. Cuando regresé al comedor, todos estaban cuchicheando sobre el tema.

—¿Hay alguna vela blanca por la casa? —pedí amablemente.

—No que yo sepa, ¿es necesaria? —me respondió Gonzalo, nuestro anfitrión.

—No te preocupes. La verdad es que ayuda mucho a concentrarte si sigues tu ritual habitual. Ayuda mucho al flujo de energías, pero también puedo echarlas sin las velas. Lo que sí necesito es saber un poco sobre ti, chico incrédulo —lo miré con picardía.

—Me llamo Leonardo, tengo treinta y cinco años y... ¡soy la polla! —todos rieron, se ve que le gusta ser el centro de atención —¿necesitas saber algo más?

—Mejor que no... —puse los ojos en blanco —¿qué quieres preguntarles a las cartas?

—Pregunta por mi brillante futuro amoroso —arqueaba sus cejas repetitivamente al decirlo.

Empecé a barajar un poco las cartas. A continuación, las puse sobre la alfombra para moverlas en el sentido contrario de las agujas de reloj. Al hacer el giro, las cartas van tomando distintas posiciones. No sé si sabéis que una carta al derecho no significa lo mismo que al revés. ¡Ah! una aclaración: que estén del revés no significa que te digan algo peor que al derecho. Por último, las puse todas derechas, barajé un poco más, se las puse en medio de la alfombra y le pedí que cortase.

—¿Cómo corto? —encogió sus brazos mientras ponía las manos con las palmas hacia arriba.

—Coge más o menos la mitad de la baraja, ponla en un lado y pon la otra mitad encima.

Leonardo lo hizo con cautela a pesar de lo valiente que se quiso mostrar.

Cogí el mazo y le eché una tirada general. Mis tiradas generales consisten en poner la primera carta, empezando por debajo, sola y arriba de las demás. Luego, pongo debajo las primeras quince cartas, empezando por arriba, de izquierda a derecha.

Me quedé unos minutos intentando interpretarlas. Nadie hizo ni el mínimo ruido.

—Lo tengo. ¿Estás preparado?

—Por supuesto.

—Pues dice que tus relaciones no te han estado yendo muy bien porque eres algo celoso. Me sale que has conocido a una chica con la cual vas a tener algunos conflictos pero que, con el tiempo, va a llegar a ser un gran amor —en esos momentos me preguntaba si el “has conocido” servía para hacía cinco minutos.

— Aunque no se lo has preguntado, las cartas dicen que te andes con cuidado en tus negocios pues hay quien quiere arrebatarte el puesto.

—¿Algo más?

—Sí, que mires por dónde vas porque puedes hacerte un esguince o romperte un pie.

—Jajaja. Si no creo en esas bobadas, seguro que no me pasa nada —se burló haciéndose el macho.

—Yo solo te comunico lo que ellas tienen que decirte, tú sabrás lo que te quieres creer —le dije ofendida. —Disculpad que las guarde ya, me siento cansada.

—¡Normal! Después del fiestón... —aclaró Ámbar.

—Bueno, chicos, que cada uno haga lo que quiera. Yo me voy a dormir porque mi cuerpo no aguanta más —dijo Gonzalo mientras bostezaba.

Fuimos a las habitaciones donde, antes de la fiesta, habíamos dejado nuestras cosas. En ella había dos camas y, entre estas, un colchón en el suelo. Ámbar y yo habíamos cogido una cama cada una y que queríamos dormir juntas.

—Chicas —apareció Gonzalo de repente. —Leo no tiene cama. ¿Os importa que duerma en el colchón del suelo?

—No, para nada —no pude evitar contestar rápidamente.

Puede que estuviese un poco molesta por lo del tarot, pero iba a dormir al lado de un tío bueno. ¿Cómo me iba a negar? Ya con sólo tenerlo cerca, seguro que soñaría cosas prohibidas.

Leo entró en el cuarto riéndose mientras movía la cabeza de lado a lado. No parecía que a él le hiciese mucha gracia tener que compartir espacio conmigo.

—Espero que no me eches una maldición, brujita —sonreía a la vez que me

guiñaba un ojo.

—No me provoques, me gusta probar cosas nuevas —le dije con tono de amenaza.

—¡Tíaaa! ¿Qué se va a pensar el muchacho de ti? No lo conoces y ya le haces proposiciones indecentes. Jajaja —Leo no tardó en unirse a las risas de Ámbar.

—¡Nooo! ¡Estaba amenazando! —les intentaba aclarar mientras ellos se partían de la risa.

No hubo manera, ellos estaban a lo suyo. Suspiré, cogí mi pijama bruscamente y salí a buscar un sitio sin público para cambiarme; suerte que el baño estaba desocupado.

Cuando volví, estaban ojeando sus móviles. Tosí sutilmente esperando que me pidieran una disculpa, pero pasaron de mí. No me quedó otra que hacer lo mismo con ellos y acostarme.

Siente decir que no pasó mucho más, estábamos tan cansadas que caímos rendidas. Leo no estaba tan cansado, pero dijo que tenía que madrugar y que lo sentía por no poderme molestar un ratito más. Su propia aclaración le sirvió para picarme por última vez en esa noche.

Capítulo 2: 15 de Octubre.

Desde la mañana siguiente a aquella noche, no supe nada de los amigos de Ámbar. Cuando me desperté Leo se había ido porque tenía asuntos que atender, según comentaron mientras desayunábamos.

Mis días habían sido, cómo no, demasiado rutinarios. Mi rutina consistía en ir a trabajar y continuar mis estudios a distancia. En cuanto a mi trabajo, era guía turístico en un museo de arte. Sé que os esperabais escuchar un empleo más bien relacionado con adivinar el futuro, pero eso es algo que me gusta más como un hobby. Y, en cuanto al tema de los estudios, estaba preparándome para poder ampliar mis conocimientos sobre arte y así poder conseguir un puesto en algún museo más importante.

No dudo en que sois lo bastante perspicaces como para daros cuenta de cuando uso el pasado. Quizás así os spoileo mucho, aunque no lo suficiente como para que podáis deducir el final.

Como os contaba, trabajaba en un museo. La verdad es que suena mejor de lo que parece, pero me gustaba mucho. No os imaginéis el típico museo con obras reales y costosas de artistas famosos, sino que más bien era un museo de exposiciones amateurs. A pesar de eso, era grandecito y contaba con varias salas dedicadas a diferentes proyectos. Por ejemplo, si un colegio quería hacer una exposición de pinturas de sus alumnos, pedían una de las salas durante los días que quisieran pagando un pequeño alquiler; la mayoría de las veces tenían subvenciones para ello. En muchas ocasiones me pasaban la descripción de sus pinturas para que otros cursos o colegios pudieran ir a visitarlas y disfrutar de ellas.

Aunque no lo parezca, lo ganaba bien pues éramos pocas guías y nos solían alquilar todas las salas casi a diario. Del precio de las entradas no sacábamos mucho debido a que el mayor porcentaje de lo vendido se lo llevaban nuestros alquilerados. Es por ello por lo que teníamos muchos alquileres en busca de

recaudamiento benéfico para distintas causas.

Sólo podía decir cosas bonitas de mi trabajo, me lo pasaba muy bien. Me encanta el trato con la gente y más si son grupos de personas tan diversos. Teníamos poco casos de personas problemáticas por lo que era muy agradable el ambiente. Sin embargo, soñaba con alcanzar metas mayores y poder un día hablarle a la gente sobre obras más profesionales.

Esa mañana habíamos tenido una exposición de cerámica, la cual hubieron preparado los ancianitos de una residencia de la ciudad. Fue muy emocionante ver a esas personas mayores con los ojos brillantes enorgulleciéndose de lo que habías creado; sus obras estaban llenas de amor. Se creó una atmósfera de ternura en el momento en el que la sala se empezó a llenar de los familiares de estas maravillosas personas. Si bien no todos tenían familiares, pero no dudamos ni un segundo en dedicarles tiempo y cariño para que no se sintieran solos.

Pero no todo era ternura pues también había alguna que otra discusión; muchos de ellos no se acordaban de que es lo que habían creado. Recuerdo la disputa entre dos de ellos porque no sé cómo no acabaron pegándose. Yo los estaba oyendo muerta de risa, aunque sin quitarles el ojo por si hubiese que intervenir.

—Mira, Luis. Me quedó bien el jarrón, ¿verdad? —dijo felizmente uno de ellos.

—¿Qué estás hablando tú? ¡Ese jarrón lo hice yo! —le respondió el otro bastante molesto.

—¿¡Cómo!? A ti cada vez se te olvidan más las cosas. ¡Si tú hiciste un plato!

—¡Qué plato ni qué plata! Yo tengo la cabeza muy bien, es la tuya la que está ya caduca.

—¡Eh! Cuidadito con lo que dices que las manos aún las tengo muy sanas —el anciano hizo el afán de levantarse de la silla donde estaba descansando.

—¿Pero a ti no te da vergüenza amenazar a la gente con lo viejo que eres ya?

—¿¡Viejo!? —cogió el bastón y lo levantó con la intención de darle al otro.

El otro anciano pegó un bote de su silla y nosotros nos acercamos a mediar entre ellos. Os puedo asegurar que ni los niños eran tan conflictivos e infantiles como los abuelos. Realmente, me gustó mucho que me tocara estar pendientes a ellos por todos los instantes bonitos que pude vivir.

Cuando acabé mi jornada laboral fui a casa a comer. Nada más terminé, aproveché para ir adelantando un trabajo que nos habían mandado sobre el arte gótico. Quizás os suene raro, pero disfrutaba mucho estudiando porque me encanta demasiado el arte.

El curso en el que estaba inscrita era semipresencial y tenía como finalidad especializarnos en lienzos. Había semanas en las que nos mandaban trabajos de investigación, los cuales nos teníamos que encargarnos de desarrollar durante una semana y sin necesidad de asistir a clase. Una vez acabada la semana, teníamos que exponer ante nuestros compañeros la parte de la investigación que nos había tocado; solíamos hablar profundamente del tema y describir detalladamente las obras que nos habían asignado.

Esa semana me había tocado explorar el arte ítalo—gótico y, más específicamente, las pinturas de Giunta Pisano.

Iba tan adelantada con mi trabajo que le escribí a Ámbar para salir esa noche a tomar algo.

“Loquilla, ¿te apetece salir más tarde a cenar?”

“Si claro, ¿paso a las ocho a por ti?”

“Vale. Aquí estaré esperándote.”

Como era de esperar, cuando bajé, Ámbar ya estaba abajo esperándome. Ella es una chica muy puntual así que no le hice esperar más de quince minutos. En ese tiempo, no le daba tiempo a perder la paciencia.

—Y ahora, ¿qué te pasó? —Dijo suspirando pues sabía que, si siempre me pasaba algo que me impedía estar a punto, o antes.

—Nada... Sólo que me he tenido que cambiar de ropa. No es buena idea tomarte un zumo justo antes de salir, se te puede caer encima —intenté darle la

menor importancia mientras lo contaba.

—¡En tu cumpleaños te compro un babero! —bromeó.

—Jajaja. Queda muchos meses aún, ¿por qué esperar tanto?

—Tienes razón. ¡Tomemos rumbo hacia la tienda de bebés!

Arrancó el coche y, ciertamente, no sabía si me podía tomar muy a broma lo que había dicho; es capaz de eso y más. Tenía que preguntárselo antes de verme eligiendo babero.

—No iremos de verdad a la tienda de bebés, ¿no? —pregunté dudosa.

—Jajaja. No, vamos a un restaurante que me han recomendado.

Sus palabras me medio aliviaron. No sé quién es la persona que le recomienda los sitios, pero no suele acertar y a una le gusta comer bien. Una vez nos gastamos, un pastón en un restaurante para no comer de nada y acabar yendo a una hamburguesería de barrio. ¡Ah, bueno! Al menos vino estaba delicioso.

Llegamos a un local muy bonito que se llamaba “El rincón de la locura”. Había personas muy bien vestidas en el exterior saludándose y charlando.

—Ámbar, ¿qué es este lugar?

—Es el local de Leo. Llamé a Gonzalo por si se apuntaba con sus amigos a la cena y así no cenásemos solas. Él me comentó que Leo prepararía una cena esta noche para celebrar que ha firmado una alianza con una empresa. No te molesta que no te haya avisado antes, ¿no? Era una sorpresa —se me iluminaron los ojos nada más escuché el nombre de Leo.

—¡No! Me parece genial que vengamos a una cena llena de hombres de negocios —sólo me interesaba Leo pero lo mismo me cruzaba con otro chico igual de interesante.

—Entonces, ¡démoslo todo! —Ámbar estaba emocionada.

Entre tanta gente vestida de gala, yo era la zarrapastrosa. Mi vestido era de las rebajas de una tienda que ya de por sí era barata. ¿Cómo iba a impresionar a Leo? No podía hacer más que al menos demostrar que sabía cómo comportarme.

Entramos en el local y estaba perfectamente decorado. El sonido del Jazz

inundaba toda la sala, la música la daban en directo. Las mesas y las sillas estaban decoradas como si de una boda se tratase. Había camareros por toda la sala con bandejas de canapés, tostas y copas de champán. Yo, que vengo de una familia humilde, sólo he estado en celebraciones tan formales cuando he ido a comuniones o bodas, pero, aun así, nunca de este nivel.

Al fondo a la derecha, pude ver a Leo hablando con una pareja. En la fiesta no se le veía con tanta planta como en ese momento. Lucía un esmoquin azul marino, una camisa blanca y una corbata azul con rayas negras, se le veía muy atractivo. Ámbar no tardó en avistarlo y me dio golpecitos con el codo.

—Ahí está Leo, vamos a saludarlo.

Me agarró de la mano y la seguí. En cuanto llegamos hacia donde estaba él, se despidió de la pareja con la que hablaba para saludarnos a nosotros.

—¡Qué alegría veros, chicas! —se acercó a darnos un par de besos a cada una. —¿Os gusta el local?

—¡Es una pasada! Por poco no nos invitas —Ámbar tan directa como siempre.

—Jajaja. Es una fiesta de negocios, no os lo toméis a lo personal —aclaró Leo.

—¡Disculpa! No sabía nada. Pensé que era una celebración más abierta —miré a mi amiga esperando que me diera una explicación.

—No me mires así, Agnes. Gonzalo no nombró nada de que la fiesta fuese tan privada —me acarició el hombro en señal de disculpa. —Por cierto, Leo, ¿dónde está Gonzalo?

—Me ha dicho que llegaría más tarde por un imprevisto familiar.

—¿Es grave? —le preguntó con preocupación.

—No, a la hermana le falló la niñera y está cuidando de su sobrino.

—Qué mono... —se le caía la baba.

—Bueno, chicas, ya que estáis aquí intentad disfrutar de todo. Os dejo que tengo que seguir atendiendo al resto de invitados.

Leo desapareció entre una multitud cada vez mayor. A penas me hizo caso,

espero que no fuese por mi poco glamour.

Aprovechamos para ir fichando posibles ligues ya que los que nos gustaban estaban con sus cosas. Ninguna de las dos teníamos que darle explicaciones a nadie pues ni yo tenía pareja ni lo de mi amiga era serio. ¿Y si nos cruzábamos con alguien mejor? Lo que no tenía tan claro es si alguno de ellos se iba a interesar por nosotras.

—Mira, Angeles. Ese chico no para de mirarte.

—¡Lo mismo te mira a ti! —me puse colorada.

—No, he comprobado que es a ti a quien te mira. Es guapo así que ve a hablar con él —la seriedad en sus palabras me asustaron.

—Si eso es verdad, que venga él a por mí.

—Toma, ponte a beber mientras le pones ojitos —me acercó una copa de champán. —Lo he visto en las películas y siempre funciona.

Seguí sus consejos, aunque me sentía muy ridícula. Por increíble que parezca, vino hacia mí.

—Buenas noches, señora. ¿Nos conocemos de algo?

—¿¡Señora!? —me salía humo por las orejas. —¿Acaso parezco una señora mayor?

—Disculpe, no quería ofenderla. Simplemente me parecía descortés llamarla señorita y, a su edad, tendría mucha suerte que no tuviese ya pareja —me sonrió.

—¿A mi edad? ¿De qué vas? —no sabía si había venido a conocerme o a meterse conmigo.

—Me siento idiota, a veces soy tan metepatas que espanto a las chicas —se le veía bastante arrepentido por sus palabras.

—No te apures más, tampoco ha sido para tanto. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Sergio. ¿Usted es?

—Yo soy Agnes y, si quieres que olvide lo de antes, empieza por tutearme.

—¿Dejaré algún día de cagarla? —comenzamos a reírnos.

La música se paró de repente seguida del apagón de las luces. Los focos del

escenario, dónde estaban los músicos, se encendieron. Leo se subió al escenario a decir unas palabras para iniciar un brindis y que empezara la cena.

Nos agradeció la asistencia a todos los presentes y brindó por el crecimiento indiscutible de su empresa. Yo aún no sabía ni lo que hacía en ella, aun así, me alegra saber que a la gente le va bien. Quizás eran imaginaciones mías, pero no dejó de mirarme ni un instante mientras pronunciaba su discurso; incluso me atrevería a decir que no le gustó que tuviese compañía. Nada más terminar, cada uno buscamos la mesa donde hubiese una etiqueta con nuestro nombre.

—¡Aquí estamos, Agnes! —me avisó desde lejos. Si de por sí no éramos las más elegantes, que se pusiera en plan verdulera no ayudaba mucho.

Agaché la cabeza y me dirigí hacia mi sitio. Al llegar y leer mi etiqueta, quise matar a Leo o al que hubiese escrito “Brujilla” en vez de Agnes. Esperaba al menos una buena compañía y eso es lo que tuve. A pesar de las vidas tan diferentes que llevábamos con nuestros acompañantes, nos pudimos echar unas risas hablando de una serie de televisión que estaba de moda.

La compañía inmejorable y la comida simple y contundente. Me tomé la velada como una celebración de que Ámbar, por fin, había elegido bien un plan. Desde nuestra mesa se podía ver a Leo y Gonzalo, quien acababa de llegar.

Terminamos de comer y nos alejamos de las mesas para ir a bailar. Tenía que controlar a mi amiga para que no diese mucho la nota y nos ficharan de catetas. Entre todos los invitados, me costaba visualizar a Leo. Mientras tanto, lo dimos todo aun intentando mantener la compostura.

Capítulo 3: 16 de Octubre.

Estaba ya cansada de bailar y quería ir a sentarme. Algo me impidió hacerlo.

—¡Ey! No te encontraba.

Parece ser que Sergio había estado buscándome.

—Veo que sigues queriendo intentar que nos llevemos bien —le guiñé un ojo.

—Por supuesto, sé que merecerá la pena —me devolvió el guiño. —Temía que te hubieras ido a las doce como suelen hacer las princesas.

—Ese tipo de frases me gustan más que en las que me llamas vieja —le dije con timidez.

—¡Agnes! Necesito que me ayudes —Leo apareció de la nada y me cogió de la mano tirando hacia él.

—¿Ayuda? ¿Dónde vamos?

—Tú confía en mí —siguió sacándose de la zona de donde todos bailaban.

—No puedo confiar en personas a las que apenas conozco —le aclaré y paré en seco.

Al parar de esa manera, Leo perdió en equilibrio y se cayó de rodillas al suelo. Fuimos a socorrerlo todos los que lo vimos caer.

—Me duele el tobillo, creo que me lo he roto —se quejaba. —Llamad a mi médico, está en la sala.

—Yo voy, señor Ferrer —dijo una chica muy joven, la cual se apresuró a buscar ayuda.

Estaba sintiéndome muy mal por lo ocurrido porque por mi culpa Leo estaba lastimado en el suelo. Me agaché y le acaricié la cabeza intentando calmarlo. No tardó mucho en llegar un hombre de unos cincuenta años quien nos pidió que nos apartásemos, era su médico. Después de un buen rato examinando su tobillo, le dijo que se trataba de un esguince.

—Es mejor que vayamos a la clínica a vendarte el pie —le aconsejó el

doctor.

—¿Puedo ir con él? —me ofrecí a acompañarlo.

—¿Quién es usted?

—Deja que venga conmigo. Me vendrá bien tener a alguien al lado —le sugirió Leo.

—Está bien.

—Elena, busca a Gonzalo y dile que se haga cargo de todo —le ordenó a la chica que fue a buscar al médico.

—No se preocupe, nos encargaremos de todo.

Salimos del local y nos montamos en el coche del doctor. Yo me senté sola en la parte trasera y avisé a Ámbar de que estaba abandonando la fiesta.

“Leo se ha hecho un esguince y estoy acompañándolo a una clínica, no me esperes. Siento no haberme despedido”

“¡No pasa nada! Me avisas con lo que sea. Ya me contarás por qué estás tú con él”

El camino me resultó bastante incómodo, había sido la culpable y, encima, nadie hablaba. No quería que me acabase cogiendo manía por lo sucedido ya que me gustaba bastante. Por el momento, ha conocido a la Agnes exotérica y causante de esguinces; ¿cómo se iba a fijar en mí? Al menos había tenido el detalle de acompañarlo.

El doctor aparcó el coche y salió a por una silla de ruedas para que Leo no anduviese. Mientras, nos quedamos solos en el coche esperando. Leo empezó a reírse solo.

—¿Estás bien? —no me pareció lógica esa risa repentina y pensé que lo mismo se había golpeado también la cabeza.

—Al final va a ser verdad que eres una brujita.

—Según el cartel de mi mesa sí y ahora estoy segura de que esa palabra la mandaste a poner tú —me puse seria. —Pero ¿qué tiene que ver eso ahora?

—Cuando me echaste las cartas me dijiste que tuviera cuidado porque me podía hacer un esguince. ¿No lo recuerdas?

—¡Es verdad! ¿Ves? Las cartas no se equivocan.

—Teniendo en cuenta que lo has provocado tú, no sé qué creerme —su tono era burlón.

—Te juro que ha sido sin querer. No me ha dado tiempo a decírtelo, pero lo siento muchísimo, de verdad. Perdóname —le rogué muy nerviosa.

—Me lo pensaré. En un rato te digo si te perdono o no.

—¡No seas malo!

—¿La chica que me ha caído me acusa de ser malo?

—¡Para! Bastante mal me siento ya por lo sucedido.

Él seguía a lo suyo, no hacía más que reírse de mí. Yo, por mi parte, me sentía tan culpable que ni sus burlas podían quitarme los nervios de encima.

Abrieron la puerta de Leo para sentarlo en la silla de ruedas. Salí del coche para acompañarlo al interior de la clínica. Me alivió bastante ver que ya no se quejaba tanto de dolor como al principio. Una vez dentro, me quedé en la sala de espera mirando en el móvil cómo se cura un esguince. Parecía que no iba a ser nada grave.

Pasaron unos 15 minutos cuando Leo terminó de ser atendido por el médico. Su pie estaba vendado y llevaba unas recetas médicas en la mano.

—Que detalle que me hayas esperado.

—No podía hacer menos después de todo.

—Pues ya es hora de que nos vayamos a casa a descansar. ¿Compartimos taxi?

—Vale. ¿Vas a irte en silla de ruedas?

—Jajaja. No, el doctor ha ido a buscar unas muletas para mí. El problema es que nunca las he necesitado y no sé cómo usarlas.

—Seguro que ahora te enseñan cómo van.

Se escuchaban unos pasos al final del pasillo y ambos giramos la cabeza para ver quién se acercaba. Eran las una y media de la mañana, la clínica a esas horas estaba tan vacía que se escuchaba hasta una mosca. Era el doctor con las dos muletas agarradas con su brazo.

—Leonardo, aquí están sus muletas. ¿Sabe cómo llevarlas?

—Lo desconozco, doctor.

Le hizo una demostración de cómo tenía que andar con ellas. Tras un par de indicaciones, ayudamos a Leo a levantarse para que practicara. Dijo que no sabía usarlas, pero le pilló el truco demasiado rápido. Cuando el doctor vio que las llevaba bien del todo, se despidió de ambos y nos dejó marchar.

Al salir, nuestro taxi ya nos estaba esperando. El taxista fue muy amable al ayudarlo a montarse en el auto y recogerle las muletas.

—Agnes, te dejamos a ti primero. Yo tengo que ir a la farmacia antes de ir a casa.

—Ni hablar. Primero vamos a la farmacia a comprar tus medicinas, tú sólo no vas a poder bajarte para pedir las.

—Está bien, como quieras.

El taxista arrancó y se dirigió rumbo a la farmacia que Leo le había indicado.

—Agnes, toma. Coge las recetas.

Me alargó el brazo hacia atrás para que las cogiese. Junto a estas, había una tarjeta de crédito.

—Toma tu tarjeta —se la quise regresar. —Yo te he dañado así que yo te pago.

—No digas eso, no me has dañado tú. Sabes de sobra que ha sido un accidente así que deja las tonterías y deja que me pague mis medicamentos —lo dijo tan molesto que me acabé quedando con la tarjeta.

—¿Cuál es el pin?

—No tiene pin, es una tarjeta contacless. Sólo tienes que acercarla al terminal de cobro sin introducirla en este ni meter pin.

—¿Cómo las tarjetas del bono-bús? —casi ni usaba mi tarjeta de crédito normal, no conocía mucho más del tema.

—Sí, exactamente.

Llegamos a la farmacia y me bajé a por sus medicinas. La compra fue

rápida y simple. Le habían mandado unas pastillas para el dolor y un antiinflamatorio. No tardé en montarme en el taxi. Le dije al taxista dónde me tenía que llevar.

—Ahora que sé tu dirección, me puedo vengar. Wajajaja.

—Tranquilo que mientras que me da tiempo a buscarme otra casa antes de que te cures.

—Veo que sabes defenderte muy bien.

—Mejor de lo que te puedas imaginas así que cuidado con lo que dices.

—Iba a perdonarte, pero si te pones así, paso —levantó su cabeza con orgullo y bromeando.

—Sí sé que en el fondo ya me has perdonado.

—No, no lo he hecho. Tendrás que rogarme mucho para que te perdone.

—A mí eso de rogar... No es que me vaya mucho.

—Pues entonces tendrás que buscar otra forma de compensarme por tu ataque a mi preciado pie.

—¡Que no he atacado a nadie!

—¿No te da pena ver a un inocente hombre sufriendo de esta manera? —puso pucheritos.

—Bueeeeno, ¿qué puedo hacer por ti? No te pases tampoco porque te mando bien lejos.

—Jajaja. Con un almuerzo me vale. Eso sí, invitas tú.

—Si invito yo, no te esperes gran cosa. Algunos no podemos montar eventos como el tuyo de anoche.

—¿No lo ganas bien? Pensé que con la bola de cristal habrías adivinado alguna combinación de la lotería.

—¿¡Qué bola!?! Cómo sigas así te echo un mal de ojo —se notaba que no sabía muy bien cuando parar una broma.

—Vale, vale. Me voy a conformar con lo que puedas darme, pero no me dejes pasar hambre, eh.

—Cuando te recuperes me llamas para demostrarte lo bien que se puede

comer sin gastar demasiado —busqué mi lápiz de ojo en el bolso. —¿Tienes papel?

—Escribe aquí mismo.

Me ofreció el resguardo de la compra de la receta. Lo cogí y le escribí mi número de móvil.

—Toma, no lo vayas a perder porque, si lo haces, te quedas sin cena.

—Si lo pierdo, lo recuperaré. Tengo mis contactos —me guiñó un ojo.

—No te hagas el interesante que tu contacto es el lío de mi mejor amiga.

—Jajaja. Déjame creerme un hombre con detectives privados.

—Créete lo que quieras, pero asume lo que eres.

—Qué profunda eres. Jajaja.

—¿Tengo que aguantar tu risa mientras comemos? Porque de ser así, prefiero que no me perdones —me burlé de él.

—¡Haré lo que pueda!

El taxi llegó a mi calle. Era hora de irme.

—¿Cuánto es? —le pregunté al taxista.

—No, no y no —saltó Leo. —Déjame a mí pagar el taxi que ya pagarás tú la comida que tengamos.

—Vale, gracias.

Le di dos besos a Leo y las gracias al taxista. Anduve lentamente hacia el portal para que se fueran antes de que yo llegase a este. Hice eso porque no había dicho el número de portal correcto, le dije al taxista el número de al lado. No soy tan tonta como para fiarme del primer chico guapo que conozco en una noche.

En casa, me limpié la cara con toallitas desmaquillantes y me puse el pijama. No me duché porque era muy tarde. Me acosté pensando que el accidente de Leo podría haber sido una maniobra del destino para que nuestros caminos se cruzasen. Un chico guapo y de negocios quería comer conmigo, ¿quién me lo iba a decir?

Capítulo 4: 20 de Noviembre.

Los Domingo me suelo despertar hiper tarde y ese no iba a ser menos. Era el único día de la semana que no trabajaba, ni siquiera hacía nada de vida. Un Domingo cualquiera se podía resumir en pijama, series y palomitas; pero ese día me surgió un plan. Me levanté a las doce y media con nueve llamadas perdidas. ¿Quién osaba molestarme en mi día de vagancia?

No conocía el número, aun así, decidí devolver las llamadas ya que parecía haber insistido bastante en hablar conmigo.

—¿Sí? —era la voz de un hombre.

—Buenas, soy Agnes y tengo unas cuantas llamadas perdidas de su móvil.

—¡Ah, Agnes! ¿Cómo estás? —se le escuchaba feliz.

—Bien. ¿Con quién hablo?

—¿No reconoces mi voz? ¡Soy Leo! —su voz era muy diferente en persona.

—¡Leo, menos mal que te acuerdas de mí! ¿Cómo sigues con el pie?

—Pues si quieres puedes responderte tú sola quedando a comer conmigo.

—Es verdad, te debía una comida. ¿Qué día te viene bien?

—Mi idea era quedar hoy, ¿te viene muy mal? —en ese momento me encontraba eligiendo entre mi relax y un chico. Lo segundo era lo más complicado de conseguir.

—Mmm... Vale. Quedamos hoy pero todavía tengo que arreglarme y todo.

—No tengo prisa, hambre sí. Jajaja.

—Pues picas algo. A una dama no se le mete prisa cuando tiene que arreglarse —le regañé de broma.

—Jajaja. A sus órdenes, jefa. ¿Dónde nos vemos?

—Espérame dónde me dejó el taxi la otra vez, si es que te acuerdas. No te voy a llevar muy lejos de casa.

—Sí, lo recuerdo. ¿Te da tiempo a estar lista en una hora?

—Creo que sí.

—Entonces, a las dos menos cuarto estoy por allí.

Realmente me daba tiempo a vestirme veinte veces en una hora, pero quise hacerme la interesante. Me aliviaba saber que íbamos a comer en un restaurante chino del barrio, el glamour no iba a ser necesario. Sin embargo, quería causarle buena impresión así que fui más bien arreglada. Ámbar me dejó hace un par de meses una falda tulipán blanca que me hace un culo de escándalo y me la pienso poner hoy.

Eran las dos menos veinte cuando ya estaba llamando al ascensor. Al abrirse las puertas de este, me encontré con la cotilla de mi vecina que llevaba, como siempre, su bolso en la axila.

—Buenas, Carmen —le sonreí mientras entraba en el ascensor.

—¿Qué pasa, hija? ¿Cómo estamos?

—Pues muy bien. Aquí lista para salir a dar una vuelta.

—¿Con quién vas tú tan guapa?

—Con un amigo al que hace tiempo que no veo.

—¿El mismo del que te despediste en el taxi? —¿cómo se enteró esta mujer de todo?

—Sí, ese mismo —el ascensor se paró.

—Bueno maja, ten cuidado de que ese tenía cara de mujeriego —me dijo mientras golpeaba mi hombro con la palma de la mano.

Cogió carrerilla y salió del portal con la cabeza bien alta.

Era imposible que le hubiese visto la cara. Mi vecina era la típica jubilada aburrida que se sabía la vida de todo el bloque. Una vez me dijo un vecino que cómo seguía con la espalda y le pregunté que cómo se había enterado. El vecino me dijo que Carmen había escuchado que me resbalé en el trabajo y que cogí un par de días de baja por el golpe que me di. ¿Acaso contrataba detectives privados?

Cuando salí a la calle, vi a Leo sentado en un banco y le silbé.

—¡Leeeooo! —le grité.

—¡Ey! —me acerqué a saludarlo.

Leo se levantó a darme dos besos y me fijé en que caminaba bien.

—Veo que tu pie ya está curado.

—Sí, tomé mucho reposo estas últimas semanas, el no querer usar las muletas ayudó mucho.

—Has hecho muy bien —le di una palmada en la espalda. —venga, andemos que estoy hambrienta.

—Oye, si no recuerdo mal, ese no era el portal en el que ibas a entrar cuando te acompañé en el taxi.

—Sí, era ese —le dije muy convencida. —Ha pasado tanto tiempo que no te acordarás bien.

—Puede ser —se convenció de ello. —Será mejor que vayamos a comer antes de que me desmaye del hambre.

—A ver si no te desmayas al ver el lugar, señor pijo.

—Jajaja. Desmayarme no sé, pero salir corriendo, seguro.

Le guie hacia el restaurante de comida china de mi barrio mientras él me contaba lo complicado que había sido dirigir su trabajo desde la cama. Ahí fue cuando me enteré de que dirigía una cadena de hoteles de cinco estrellas. Todo lo que me estaba contando me hizo ver que, aunque ganaba mucho más que yo, también tenía que hartarse de trabajar.

—Ya hemos llegado, es aquí.

Entramos en el establecimiento y le miré, su cara era un poema.

—No sé si algún día podré acostumbrarme a semejante lujo —soltó una risita irónica.

—La próxima vez, coges y me invitas a un sitio más elegante. No está una para malgastar.

—Si hay próxima, vas a conocer lo que es comer de verdad —esa risa de presumido me desquició, preferí no responder.

Pedimos una mesa para dos. Nos sentamos a ojear la cartas, parecía no tener ni idea de que llevarían los platos. Al final pidió lo mismo que yo.

—O te gusta justo lo mismo que a mí o no tienes personalidad —tuve que vacilarle por lo de antes.

—Ninguna de las dos, lista. Simplemente, no frecuento estos lugares.

—Te puedo asegurar que te va a encantar.

—Si no me gusta, te abandono y me voy a comer sólo —arqueó sus cejas.

—De ser así, mejor comer sola que mal acompañada —le dije con expresión divertida.

—Sabes que es mejor mi compañía —clavó su mirada en mí.

—No mejor que la mía —intentaba que mi respuesta fuera tentadora.

—Sí, para qué negarlo. Eres mejor compañía que la de anoche —¿me iba a hablar sobre otro ligue? Qué manera de cortarme el rollo.

—¿Con quién estabas anoche? —le pregunté desganada.

—Anoche fue el cumpleaños de Elena, mi secretaria. ¿Te acuerdas de ella?

—Ahora no caigo.

—Es la chica que fue a buscar al doctor la noche que me caíste. Jajaja.

—¿Me vas a echar eso en cara toda tu vida? —le pregunté sorprendida.

—Jajaja. Era broma.

—Ya, broma... Mejor no recordemos más aquello, sigue contando —me enojé un poco.

—Vale, perdona —suspiró. —Te sigo contando. Esa chica hizo una cena con sus amigos más cercanos y me invitó a mí también. La cena fue bien hasta que se molestó porque una amiga suya se llevó toda la noche hablando conmigo. ¿Te parece normal esas actitudes de celos con tu jefe?

—Es normal si es su cumple y el chico que le gusta tiene otro entretenimiento. Al menos es la única explicación lógica que le encuentro.

—Entiendo perfectamente que le guste, lo raro sería lo contrario —este chico se quiere. —Lo que no entiendo es que se crea ya que me posee y se tome a lo personal mi vida privada.

—¿Le has dado motivos o algo?

—¿Yo? No, yo no tengo nada que ver con esa chica como para que se

piense esas cosas —no sabía si estaba siendo del todo sincero pues era la primera vez, ese día, que me decía algo sin mirarme a la cara.

—Deberías hablarlo con ella, puede que esté un poco confundida.

—Agnes, créeme que no tiene motivos. No tengo nada que aclararle.

—De lo poco que conozco a los escorpio te digo yo que, aunque parezca que tienen una coraza, son de corazón débil y muy sentimentales. Ten una conversación con ella sólo para no acabar dañándola.

—Aún ni termino de creerme lo del tarot y ya me hablas del horóscopo. Necesitarás algo más que un esguince para convencerme —me sacó la lengua y me reí tontamente.

—No intento convencerte, simplemente te analizo la situación desde mi punto de vista. El fin es el mismo así que espero que te portes bien con ella explicándole tus verdaderas intenciones.

—Está bien, lo haré, pero mejor hablemos de ti. No quiero pasarme nuestra comida hablando de temas relacionados con mi trabajo.

—Me parece correcto. ¿Qué quieres saber de mí?

—¿En qué trabajas?

—Soy guía de museos. Ahora trabajo en el museo local, pero estoy estudiando para poder hacerlo en uno de más prestigio.

—Suena interesante, también me gusta el arte. Me pasaré algún día a ver qué me puedes enseñar —acompañó su sonrisa pícara con un guiño leve de ojos, no sé dónde veía lo sexy a lo que acababa de decir.

—Con suerte, te pasarás cuando yo ya no esté —solté una risita.

—Tengo demasiados contactos, no correrás esa suerte.

—Huiré si hace falta.

—Si huyes, yo te atraparé para que no puedas escapar de mí —la conversación fluía subiendo de tono.

—¿Me estás amenazando? Porque ese no sería un castigo muy cruel —mientras le hablaba con voz suave, intenté acariciar su pierna con mi pie, pero no llegaba.

—¿Te gustaría que fuese más cruel? — seguí acercando mi pie a su pierna, mi cuerpo cada vez estaba más debajo de la mesa.

Me avergüenza contarle, pero me caí de la silla. La camarera que venía ya con nuestros platos los soltó y vino a ayudarme junto con Leo.

—Señora, ¿está usted bien? —preguntó la camarera preocupada.

—Sí, no se preocupe —dije avergonzada.

Me reincorporé a la mesa. Cuando la camarera se fue, Leo echó a reír.

—Ahora entiendo por qué estabas tan callado —dije molesta.

—Jajaja. Lo siento, ha sido muy gracioso. ¿Cómo te has caído?

—No sé, me estaba resbalando de la silla.

—Qué raro, las sillas de madera no suelen ser resbaladizas —su incrédula cara me estaba poniendo muy nerviosa.

—Pues ha sucedido, pero ya no importa, ya pasó.

Comenzamos a comer y el silencio se apoderó del momento. Me alegró que no me hiciese más preguntas porque se me da muy mal decir mentiras. ¿Cómo iba a decirle que me caí al intentar tocarlo con mi pie? Menos mal que no se percataron de que uno de mis pies no tenía zapato.

Durante la comida, me limité a preguntarle qué tal le estaba pareciendo lo que probaba. Estaba encantado porque todo le parecía delicioso, llegó incluso a decir que teníamos que repetir la comida. Sin duda, había sido un acierto por mi parte. Estaba feliz de almorzar en ese lugar en compañía de un chico. Sí, soy pesada diciendo que estoy con un hombre, pero no es algo que suceda muy a menudo y, la verdad, me gusta repetirlo para creérmelo.

No habíamos pedido aún el postre cuando el móvil de Leo empezó a sonar. Salió del local para atender la llamada.

Volvió como diez minutos después y se quedó de pie frente a mí.

—Lo siento, Agnes, debo de ir urgentemente a la oficina.

—¿Ha pasado algo malo?

—Si no voy ya, puede que lo sea. Perdóname, te lo compensaré

—No te preocupes. Ya hablamos.

—Sí, te llamaré cuanto antes.

Besó mi mejilla y salió escopetado de allí. No me lo tomé a mal pero no me gustaría que su trabajo siempre fuese lo primero. En ese momento, no le di importancia ya que estábamos comenzando una amistad, pero me gustaba tanto que deseaba que un día fuese a más. Estaba impaciente por tener más citas con él para que me conociese mejor y, de esa manera, llegar a enamorarlo. Aunque suena precipitado, cuando lo miraba a los ojos sabía que había magia entre nosotros dos. Sólo esperaba que no tardase mucho en llamarme.

Capítulo 5: 2 de Diciembre.

Me pasaba los días mirando el móvil por si había llamadas perdidas de él. En los descansos, al despertarme, antes de dormir, entre deberes... casi todo el rato. Me estaba obsesionando mucho con él, pero se me revolvía el estómago sólo de visualizarlo en mi mente. Me negaba a creer que Cupido sólo me hubiese lanzado la flecha a mí, es un profesional de tantos años que un fallo como ese era imperdonable.

Me llegué a plantear el llamarlo yo, pero temía escuchar excusas o negativas de su parte. No quería empezar a desconfiar de él. Soy una persona a la que le gusta la libertad en el amor, aunque eso no quita que luche mucho por conseguir tener a mi lado a quien quiero. Una vez que consigo estar con esa persona, hay pocas cosas que me hagan desconfiar de él y, mucho menos, estar todo el día encima. Después de mucho pensarlo, preferí dejar de rayarme y confiar en el destino.

El viernes llegó y tenía más posibilidades de despejarme junto con Ámbar. Así que no dudé en contactar con ella.

“Salimos un rato, ¿no?”

“¡Te ha dado por salir mucho más que antes!”

“Quiero aprovechar que ahora tengo menos trabajos que hacer, los profesores se han relajado un poco”

“Jajaja. Vale. ¿Quién soy yo para no contribuir en que una amiga se lo pase bien?”

“No te hagas la sacrificada que, seguramente, también estabas deseando salir de casa”

“Bueeeeno, admito que tienes un poco de razón. Vayamos a merendar y ya después vemos qué hacemos”

“Vale, te espero en casa. Ven cuando quieras”

¿Creéis que tardó mucho en venir? Esta estaría aburrida en su casa y vio la

oportunidad perfecta para salir de allí. Si pensáis que no hace nada de la vida y que se aburre por ello, os equivocáis. Como buena Aries, no puede vivir sin un proyecto en mente ya que es muy trabajadora. Se organiza tan bien que saca tiempo tanto para disfrutar de la tranquilidad de su hogar como para explotar su gran dinamismo. La palabra energía es la que mejor la define. Siempre está con nuevas aventuras y retos en su cabeza que, a veces, son demasiado para alguien tan aventurero como yo.

—¡Qué bien lo vamos a pasar! —gritó entusiasmada cuando entré en el coche.

—Relájate, loca, sólo vamos a merendar.

—Eso ya lo veremos.

A saber dónde me iba a llevar... Yo ya ni me lo preguntaba, me limitaba a sentarme a su lado y empezar a cantar como si fuésemos el dúo más famoso de la historia. Suerte tienen aquellos que sólo ven el espectáculo a través de la ventanilla del coche y no alcanzan a oír cómo suenan nuestras voces.

Cuando me quise dar cuenta, habíamos salido de la ciudad. Estaría cansada de ir a los mismos sitios de siempre o, al menos, eso supuse.

—Ámbar, ¿¡qué hacemos aquí!?

Nos encontrábamos frente a un club perdido en medio de la carretera. La había oído hablar de este sitio más de una vez, pero, cuando decía de ir, pensaba que bromeaba. En el club donde estábamos, había camareros en calzoncillos sirviendo las mesas. No es que sea una mojigata, simplemente que una no está acostumbrada a semejantes vistas mientras merienda.

—Te he traído aquí porque dicen que se merienda muy bien. Jajaja.

—Me muero de la vergüenza como me vea alguien que me conozca...

—De ser así, a esa otra persona le daría la misma vergüenza así que ni te preocupes por eso.

—¿No había un sitio más discreto?

—Jajaja. Te he traído para que, aparte de merendar, veamos el espectáculo que hay por la noche y nos tomemos unas copas.

—En fin, veo que no me va a quedar otra que entrar. No me voy a ir andando a casa y dudo que quieras volverte.

—¡Cómo me conoces! Venga, no me seas tonta y disfruta.

—Caprichosa...

Entramos y la mayoría de los clientes eran mujeres. Me sorprendió ver cómo muchos hombres estaban allí acompañando a sus mujeres, se nota que el mundo va avanzando a mejor.

Un chico morenito y musculado nos acompañó a una mesa. Ámbar pidió por las dos, no sé cuándo, pero se notaba que ya había pisado esto antes.

—Qué bien te conoces la carta —la miré fijamente.

—¡Exagerada! Sólo vine a un cumpleaños hace ya mucho. No te dije que fue aquí para que pareciera más impredecible que pudiera pisar el lugar.

—Ya... Tendré que creérmelo, pillina —le dije con tono irónico.

—No se puede ser más boba —murmuró.

—¿Algo más? —preguntó el chico.

—No, gracias.

Empezamos a escuchar unas risitas en la mesa de al lado y a un chico diciéndole a otro que le pidiera el número del móvil.

—Chicas, no le miréis mucho que la semana pasada cayó en mis redes —nos dijo uno de ellos.

—Tranquilos, nosotras ya estamos pilladas. Es todo vuestro.

—¿Desde cuándo estamos pilladas?— le pregunté a lo bajini a mi amiga.

—Era para quitárnoslos de encima, pero es cierto, ¿no?

—No, yo no estoy con nadie.

—Lo estarás. Lo mío con Gonzalo se va consolidando y, por lo que sé, lo de Leo y tú puede tener futuro.

—Por mi parte lo intentaría, pero hablamos de algo de dos.

—A Gonzalo le habla muy bien de ti. Él dice que es una muy buena señal.

—Yo no estoy tan convencida. Si tuviese interés me llamaría o me escribiría.

—No seas tonta, Leo es un chico muy ocupado y ahora mismo tiene problemas con uno de sus socios. No digas que te he contado nada.

—Espero que no sea lo que estoy pensando... —recordé lo que le dijeron las cartas del tarot.

—¿Qué pasa, Agnes?

—Desde que le pasó lo del esguince, me quedé pensando en todo lo que le había dicho cuando le eché las cartas; en el trabajo decían que alguien le quería arrebatarse su puesto.

—¡Es verdad! Se lo comentaré a Gonzalo para que esté atento y le pueda ayudar a vérselo venir.

—Gracias, me tranquiliza saber que su mejor amigo estará ahí para protegerlo —suspiré.

—Bueno, deja ahora de pensar en Leo que aquí hay mucho maromo luciéndose. ¿No crees que es cruel que ni los miremos?

—Jajaja. Sí, será mejor que no les hagamos el feo.

Llegaron nuestros postres. Esta loquilla no tiene remedio.

—Un suso fálico... Y con cremita blanca, muy sutil —no sabía ni qué cara ponerle.

—Hija, parece que eres la madre superiora del convento. ¡Ni que nunca te hubieras comido uno de carne y hueso!

—¡Ámbar! —me indigné por sus palabras.

—Cómetelo ya y calla. Están deliciosos.

Nos estábamos terminando nuestros batidos de frutas cuando se apagaron las luces.

—¿Qué ocurre? ¿Se fue la luz? —pregunté extrañada.

—¡No! Son las ocho y es hora de disfrutar de un buen espectáculo.

Prendieron unos focos que apuntaban a los camareros, los cuales estaban distribuidos por todo el local. Estaban quietos, con los brazos cruzados y mirando para abajo. La música comenzó a sonar y se pusieron a bailar. El baile resultó muy gracioso porque hacían movimientos de pelvis muy sensuales que

iban al ritmo de la música; y del twerking... Mejor ni hablemos ya que los envidiaba por hacerlo tan bien. Ámbar les gritaba cosas tipo: ¡Qué ese culo no pase hambre!, a mí me pegaba más que eso se lo gritaran los chicos de al lado.

Y ahora viene lo importante de ese día, el por qué he elegido el dos de Diciembre como una fecha clave para contaros mi historia.

Al finalizar la actuación, un señor mayor se subió al escenario.

—Hoy es un día muy especial. ¡Tenemos el honor de informaros que abriremos un local en un nuevo hotel de la ciudad! —todos aplaudieron y algunos silbaron. —El dueño del hotel, el señor Ferrer, ha tenido la amabilidad de venir a dedicarnos unas palabras.

¿Señor Ferrer? En ese momento es lo que me preguntaba. ¿De qué me sonaba ese apellido? Ni siquiera pude aplaudir de lo rayada que estaba. A medida que ese misterioso señor subía al escenario, caí en que se trataba de Leo. Me entró un malestar enorme por el cuerpo. No podía ser cierto. ¡No podía verme allí! Tenía que huir a toda prisa.

Dicho y hecho, me levanté de la mesa tapándome la cara con mi bolso mientras me disculpaba con mi amiga por mi repentina huida. Al girarme y andar rápido, escuche el sonido de unos platos rompiéndose. Todos estaban mirándome y no entendía por qué.

—Agnes... Has agarrado un trozo de mantel al coger el bolso —me aclaró Ámbar en voz baja.

Miré la mano donde tenía el bolso y, efectivamente, me estaba llevando en mantel. No quería ni girarme para que Leo no me viera la cara. No me quedó de otra que soltarlo y salir a toda prisa de ese lugar.

Estaba atacada de los nervios, aunque fuera del local corría un agradable viento fresquito que me alivió un poco la ansiedad. Un empleado salió a hablar conmigo de lo sucedido.

—Buenas noches, señora —dijo con amabilidad.

—¡Ay! Lo siento mucho. Correré con los gastos del incidente en cuanto...

—Tranquila. Sabemos que usted es amiga del señor Ferrer —interrumpió el

muchacho.

—¿Cómo? ¿Cómo saben eso? —mi rostro se puso pálido.

—Nos lo ha dicho él. Teniendo en cuenta que tenemos un contrato en uno de sus hoteles, puede irse tranquila a casa.

—Gracias... —¿se lo dijo él? Me moría de la vergüenza.

—Déselas a su amigo —se empezó a alejar.— ¡Ah! Y tenga más cuidado la próxima vez.

Leo lo había visto todo... Me había reconocido. Me quería ir a casa cuanto antes pero no sabía por qué Ámbar no había salido aún a buscarme. Le hice una llamada, pero no me contestó y, como era lógico, no iba a entrar a por ella. No me quedó más que llamar a un taxi. Mientras, miraba a todos lados por si Leo salía del local.

Pasado un buen rato, el taxi estaba a punto de llegar cuando, por fin, vi salir a mi amiga.

—¡Agnes! —gritó mientras corría hacia mí.

—¡Shhh! No quiero que Leo escuche mi nombre y confirme mi identidad —mi instinto de espía se apoderó de mí.

—No te preocupes por eso, ya le he explicado lo que ha sucedido.

—¿¡Que has hecho qué!? —me puse histérica.

—Relájate y confía en mí. No podía dejar que Leo se hiciese una imagen equivocada de ti, así que esperé a que terminara su discurso para ir a hablar con él —acarició mi hombro.

—¡Estás loca! Tenía la esperanza de que pensara que la patosa, que había visto ahí dentro, sólo era alguien que se parecía a mí. Ahora ya sabe con certeza que era yo —le dije mientras sumergía mi cabeza en mis manos.

—Agnes, créeme que te reconoció desde el principio, o al menos eso me ha contado. ¿Qué persona parecida a ti iba a estar conmigo? —ahí me había pillado.

—Lo mismo te echas amigas muy parecidas.

—Jajaja. Esa lógica no es la normal. De verdad, está todo aclarado.

—¿Qué le has dicho exactamente?

—Le dije que te traje aquí a traición y ya pues te viste obligada a quedarte porque yo no iba a llevarte de nuevo a la ciudad.

—La verdad pura y dura.

—Sí. Bueno, ¿quieres que nos vayamos o prefieres entrar a saludarlo?

—En estos momentos estoy tan nerviosa que no lo quiero ver ni de casualidad.

—Entonces, vayámonos.

—Yo estoy esperando el taxi que he pedido, coge tú el coche y ya nos avisamos por el WhatsApp de que hemos llegado bien.

—¡No te lo crees ni tú! ¿Mi mejor amiga se va a montar en un taxi estando mi coche aquí? ¡Ni hablar! —replicó indignada.

—Ámbar, ya llamé al taxi y no le voy a hacer el feo de decirle al conductor que se dé media vuelta; además, no hay nada de malo en coger un taxi. ¡Ni que me viniese a buscar el quinqui del barrio!

—Jajaja. Tienes razón, aunque sabes que me gusta protegerte al máximo —dijo con una sonrisa cálida.

Se acercó a mí y me dio un abrazo muy fuerte, demasiado fuerte. Se despidió como si no me fuera a ver nunca más y eso me dio muy mal rollo. Pero, a pesar de su dramatismo, ambas llegamos bien a casa. Se sobreentiende que me refiero a bien físicamente porque mentalmente seguía un poco agobiada.

Capítulo 6: 6 de Diciembre.

Maldito día en el que cambié mi ruta del trabajo para volver a casa. ¿Cómo iba a imaginarme semejante escena? Siempre he pensado que las cosas suceden por algún motivo, pero podría haber seguido perfectamente con mi vida sin presenciar eso. Y yo que creía que lo del local de los otros días iba a ser lo que no me dejase mirar a Leo a la cara...

Mi día empezó algo torcido cuando en una de las salas, que me tocaba dirigir entonces, una niña se resbaló. Solamente se hizo un pequeño chichón, pero fue suficiente para los padres la liaran a base de bien. Resultó que el suelo estaba húmedo ya que la señora de la limpieza acababa de limpiar y se le olvidó poner el cartel; pero claro, yo era la responsable de aquella sala y la bronca me la llevé yo. No hubo día que más desease que acabara mi jornada.

De camino a casa, hice un cambio de mi ruta habitual porque me dio por ahí. Hacía tiempo que no rodeaba el parque y me apeteció hacerlo. Yo iba tan feliz sonriendo a los niños y perros que pasaban, hasta que vi algo que me cortó la respiración.

Leo y Elena, su secretaria, estaban paseando por allí. Lo primero que se me vino a la cabeza fue esconderme detrás del árbol más cercano, y eso hice. Parece un acto muy infantil, pero quería asegurarme de que no había malpensado en vano. ¿Estarían es una cita? Tenía que salir de dudas. Ahora que lo pienso, no da muy buena imagen que un adulto se esconda detrás de un árbol del parque; los padres pueden sentir que sus hijos no están seguros. Eso explica las malas caras de más de uno que pasaba por al lado de mi árbol.

Me relajaba ver que iban por separado, es decir, no tenían la mano dada ni nada. Me parecía un dato importante ya que es común que las parejas se sientan cercanos; aunque, por otro lado, podría haber sido el comienzo de una primera cita. A pesar de no tener nada con él, cuando me fijo en un chico, me convierto en su acosadora número uno.

Mi idea era irme nada más pasaran por delante mía, pero no fue así. Me picaba tanto la curiosidad que los seguí un poco más. No sé si es que en el fondo estaba esperando a que pasase algo o, simplemente, quería cubrirme las espaldas arruinando los posibles acercamientos. No iba a dejar que nadie me quitara a Leo.

Entraron en el parque y se sentaron en un banco. El banco estaba demasiado apartado de los demás, no me daba buena espina la situación. Empezaron a hablar de chorradas tipo: ¿viste el video que pasé al grupo ayer? ¿Te has enterado de lo que le ha pasado a la secretaria de Juan? Vamos, nada interesante a la vista. Estaba aburrida y ya me iba a ir, pero unas risas llamaron mi atención. ¿Se estaba iniciando una situación de tonto? Mi radar nunca falla en esas cosas.

—No me digas esas cosas, Leo... —tonito de idiota.

¿Qué le había dicho? Una se pone a jugar un rato al móvil y se lo pierde todo. Lo peor es que me di cuenta de que le había llamado Leo y no señor Ferrer... Aquí había algo raro. El día que almorzamos juntos, Leo me había dicho que no había nada entre ellos dos y, la verdad, esperaba que fuese cierto.

—¿No le puedo decir a una chica lo bonita que es? —esa voz de seductor, en esa situación, me dio hasta fatiga.

—¡Ay! Para...

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —¿¡gustar!? cada vez estaba más rabiosa.

—¿Lo qué?

—Esos labios tan bonitos que me traes todos los días a la oficina... Me vuelven loco —sus palabras me dejaron petrificada, no quería asimilar la situación.

Tras su risita nerviosa, Leo la besó. No podía aguantar más y me dispuse a marcharme. Tenía mil cosas en mi interior que quería soltar y tuve que hacerlo de algún modo.

—¡Leo es idiota! —grité con mucha fuerza.

Se giraron rápidamente, los miré y salí corriendo. No quería mirar atrás

pues me negaba a aceptar lo que vi. Fue correr un poco y empezar a escuchar unos pasos detrás de mí.

—¡Agnes, espera! —se trataba de Leo y se le escuchaba cerca.

Seguí corriendo con el corazón a mil por hora. Mientras huía, callejeaba para perderlo de vista ya que me negaba a mirarlo a la cara. Por supuesto, mi falta de forma física no me ayudó a llegar muy lejos y tuve que pararme a respirar.

No escuchaba sus pasos desde hace rato, ¿se habría cansado de perseguirme? No estaba segura de ello, pero no podía más con mi cuerpo.

Estuve sentada unos diez minutos respirando y mirando a la nada. Me encontraba en una plazoleta llena de niños jugando a la pelota, ni siquiera me apetecía moverme a un lugar más tranquilo. Seguía en mi mundo cuando noté una mano tocándome el hombro. Pegué un bote del susto.

—Aquí estás, te pillé —Leo...

No iba a responderle. ¿Acaso esperaba que le riese la gracia? Estaba muy equivocado si creía que todo lo iba a arreglar persiguiéndome. No tardó ni un segundo en tomar asiento como si le hubiese invitado.

—Agnes... ¿Estás bien? —me dijo mientras buscaba mi mirada.

El silencio hablaba por sí solo.

—Siento mucho si he hecho algo que te haya molestado —miré de reojo y estaba cabizbajo.

—Es mejor que me dejes sola. No tengo nada que hablar contigo.

—Lo siento de veras. No sé qué hice, pero, se lo que sea, no quería molestarte.

—¿Qué tienes que sentir? ¿Qué me has mentido? —mi tono cogió fuerza.

—No entiendo. ¿En qué te he mentido?

—Me dijiste que no tenías nada con ella y mira, te ha faltado el tiempo para meterle la lengua.

—No te he mentido pues cuando te dije que no tenía nada, era verdad —lo dijo muy convencido. —¿Sales huyendo cada vez que te sientes engañada?

—No, sólo si esa mentira me duele —respondí más relajada.

—Esto... ¿Te ha dolido más que te haya mentido o verme besando a alguien? Lo digo porque ha parecido más bien lo segundo.

—Todo, Leo, todo. Pensé que nos estábamos conociendo y, de buenas a primeras te veo disfrutando de un festín por detrás —no podía alzar la vista para mirarlo.

—¿Y me lo dice la que estaba alegrándose la vista hace unos días con camareros semidesnudos? —intentó poner tono serio, pero rompió a reír.

—¡Eres tonto! —le tuve que dar un tortazo en el brazo.

Siguió riendo hasta que lo miré fijamente. Su rostro se puso más serio.

—Me gustas mucho y, desde el principio, me has interesado, pero no te conozco lo suficiente como para dejar de disfrutar y de intentarlo con otras personas —agarró mi mano para que me relajara.

—Poco vas a saber ya de mí porque no voy a ser parte de tu harem hasta que creas que soy digna de ti —le aparté la mano rápidamente.

—Jajaja. Perdona que me ría, pero eres muy dramática. Si de verdad estás tan interesada en mí, podemos conocernos más. Sólo necesito asegurarme de que lo vamos a dar todo.

—Ahora mismo no sé ni qué creerme, ¿cómo voy a confirmarte nada ahora? —suspiré.

—Tienes todo el tiempo del mundo para pensártelo. Y no te preocupes si pierdo el interés porque siempre puedes lanzarme un hechizo de amor, brujilla.

—No si encima te vas a olvidar de mí en dos días —le reocriminé.

—¡Que no! Jajaja. Deja ya de montarte películas y vamos a tomarnos un helado, así te enfrías un poco —me guiñó un ojo.

—No voy porque me lo exijas, voy porque me da la gana y quiero un helado. Quiero y necesito comer chocolate. ¡Ah! Invitas tú por haberme dado un disgusto.

—Está bien, te compraré todo el chocolate que quieras para que me perdones —más le valía mimarme un poco.

—No he dicho nada de perdonarte.

—Lo harás —arqueó sus cejas y se puso en marcha.

Seguí a Leo, parecía conocerse muy bien esas calles. ¿A cuántos sitios de por aquí cerca habría ido con ella? No podía parar de pensar en aquel horripilante beso.

—Veo que te conoces muy bien esta zona. ¿Te traes aquí a todas tus churris? —lo pregunté directo y claro.

—Oh my god... La que me ha caído... Jajaja.

—¿Y ahora quién es el dramático? Es una pregunta normal como cualquier otra. Si no quieres, no conteste —en el fondo deseaba obtener una respuesta negativa.

—No, no suelo quedar con otras chicas por aquí. Me conozco muy bien el barrio porque es donde me crie. Me encanta pasear por aquí y recordar mi infancia —inspiró mientras sonreía.

—Entonces, no siempre dormiste entre algodones por lo que veo.

—No, me crie en un ambiente muy humilde y, ante todo, lleno de felicidad.

—No lo dudo, los ojos te brillan más que nunca. Tu vida ha pegado un vuelco, ¿te costó mucho adaptarte a tu nueva vida?

—Perdona que te interrumpa, ya hemos llegado y, aprovechando que no hay nadie, deberíamos de pedir ya nuestros helados —sonaba a excusa para no hablar del tema, aunque, ciertamente, habíamos llegado.

El helado que pidió Leo era de plátano con chocolate... Ni me atreví a pedirle un poco pues no tenía buena pinta. Sin embargo, yo opté por tomar uno de nata con nueces, un sabor más clásico. Aunque, a pesar de todo, los helados estaban menos frío que el ambiente. Fue sentarnos uno enfrente del otro y no oírse ni un mosca. ¿Debería de seguir con la conversación o hablar de otra cosa? No sabía qué hacer.

—Agnes —me giró la cara con delicadeza para que lo mirase.

—Dime.

—Desde que te conocí no he intentado nada con ninguna otra chica, pero,

cuando que te fuiste del local sin despedirte de mí, empecé a pensar que no querías verme; tampoco habías intentado contactar conmigo. —me ponía nerviosa que me mirara tan fijamente.

—¡No! Es que me dio mucho corte que me vieras en un lugar así y no habría sabido qué decir.

—No seas exagerada que no tiene nada de malo ir a esos locales, además, podrías haberme explicado la situación como lo hizo tu amiga. De todas maneras, yo no iba a juzgarte por ello.

—Discúlpame, me pudo la situación.

—Ahora ya lo sé, pero en ese momento no lo entendí así. En estos momentos me hace muy feliz saber que te intereso de verdad —su tono iba tomando calidez.

—Entonces, ahora que sabes lo que siento, ¿podría haber algo entre nosotros? —no me pude resistir a proponerlo.

—Por mi parte, sí. Sé que no hemos vivido mucho juntos, pero noto mucha química entre los dos —mis neuronas estaban drogadas con tanta felicidad.

—Yo también siento lo mismo. Es por ello por lo que me ha sentado mal verte besar a otra persona. Si no sintiese nada especial por ti, me habría dado igual.

—Si el haberme visto con otra ha desencadenado todo esto, me alegro mucho de que pasara.

—Se supone que ahora somos... —tenía que asegurarme.

—Pues una pareja de desequilibrados, supongo.

—Jajaja. Al menos yo lo soy, pero no veo mucha locura en ti.

—Tranquila. Tú no sabes dónde te has metido.

Me reí tomándome a broma lo que acababa de decirme, aunque me divirtió el pensarlo más alocado.

Al salir de la heladería, me tomó de la mano. Me entraban cosquillitas por todo el cuerpo sólo de pensar en lo que acababa de suceder. ¿Cómo habíamos llegado tan rápido a esta situación? Me parecería increíble que él no creyese aún

en el destino...

Le pedí que me acompañase a casa así que lo hizo, pero no me había parado a pensar en qué iba a pasar en la despedida. Llegaba el momento de decir adiós y no me apetecía besarlo como su pareja que ya era. Tenía que evitarlo como fuera.

—Bueno, Leo, debo subir rápidamente a hacer unas cosas —los nervios salieron a flote mientras intentaba abrir la puerta del portal.

—¿Estás bien? Te noto alterada.

—Está todo bien, sólo que tengo prisa. ¡Ya hablamos!

Salí corriendo escaleras arriba. No iba a darle un beso justo el día que acababa de besar a otra. No le guardaba rencor, pero prefería esperar que pasasen un par de días para besarlo a gusto.

Capítulo 7: 12 de Diciembre.

Sí, cerca de una semana sin tener nada interesante que contar. A penas había tenido la ocasión de ver a Leo, se centraba demasiado en su trabajo. No sabía cómo iba a avanzar nuestra relación si no cambiaba de actitud. Se supone que los primeros días son los más ñoños e intensos, pero, en este caso, no ha pasado eso. La única comunicación que habíamos tenido fue a través de Telegram y por qué es por ahí por dónde tiene creado los grupos de la empresa; si no es por eso, podría haberse ido a la Conchinchina sin yo enterarme.

Acabábamos de empezar y aún había que pulir detalles, pero no me iba a conformar con sus mensajes de amor. Si tenía tiempo para mandarme audios, ¿le costaba mucho llamarme? Estaba deseando verlo y comentárselo todo además de comerle a besos.

A pesar de que los Lunes no sean los días preferidos por la mayoría, cualquier día se convierte en maravilloso cuando lo tienes libre. Estaban remodelando un par de salas del museo y nos habíamos turnado para dirigir el resto. Como me habían informado el viernes, aproveché para invitar a mis padres a comer hoy y así ponernos al día sobre nuestras cosas. Si bien es cierto que mi madre solía llamarme, pero, entre estudios y trabajo, nuestras conversaciones se quedaban algo superficiales.

Aún no habían dado las doce cuando llamaron al portero. Mi “sorpresa” al abrir la puerta fue ver sola a mi madre, como no.

—¡Hola, mami! Como te he echado de menos —le abracé, bueno, más bien la estrujé.

—Y yo, mi niña, pero no aprietes tanto. Saliste igual de bruta que tu padre —se quejó.

—Gracias, mamá, muy bonitas palabras.

—Tampoco me seas sarcástica que no es nada malo parecerte a tu padre. Yo llevo años casada con él y aquí estoy, a punto de prepararle las maletas, pero he

resistido bien.

—¿Qué ha pasado ahora? ¿Dónde está? —ladeé la cabeza y suspiré.

—Se le ha metido en la cabeza que el coche está muy sucio y cualquiera le convence de lo contrario. Ya sabes cómo es, como le dé por algo...

—¿Ahora le ha dado por el coche? Pues prepárate para limpiarlo día sí y día también.

—Tú que estás tan sola, ¿no quieres traértelo unos días aquí contigo?

—No, no y no. Tú fuiste la que pronunciaste los votos y la que tiene que aguantar sus paranoias. Así que lo único que puedo hacer es desearte mucha suerte con la vejez que te va a dar.

—Nueve meses aguantando dolores y vómitos para esto —su tono era de broma.

—Y a veces me pregunto... ¿De dónde viene mi drama?

—Pues de la madre que te parió, así de claro.

—Jajaja. Anda, espera que sirvo un poco de café.

Aunque parezca lo contrario, a mi madre y a mí nos divierte mucho hablarnos así pues sabemos que es con cariño. Mi madre se llama Leticia y es una mujer encantadora. Siempre ha sido la envidia de mis amigas quienes deseaban que sus madres fueran como la mía. Ella siempre ha intentado que me criase en total armonía y equilibrio; además, el amor ha predominado en ella ya que es muy romántica y tierna. He de admitir que mi padre dio con un partidazo pues no todos consiguen estar con alguien así y, encima de todo, es guapísima e inteligente. Vale, sí, hablo desde el punto de vista de una hija, pero no miento. A pesar de eso, lo único que destacaría de sus defectos sería su indecisión. Pues aquí tenéis descrito a un libra, ¿alguien se identifica?

Tomamos el café tranquilamente mientras me contaba algunas anécdotas de mis tías. No es precisamente lo que más me apetece oír, pero, al fin y al cabo, a ella le hacía ilusión contarlas. Por suerte, mi padre llegó cortándole el parloteo.

—Ains, mi pequeño renacuajo —me besó la frente.

—¿Cuándo me verás ya como una rana? —me desespera que no se dé

cuenta de mi edad.

—Tú siempre serás un renacuajo, incluso cuando te vea arrugadita —me sacudió el pelo.

—Pues aún queda mucho para eso.

—Por suerte para ti, cariño.

En cuanto a mi padre, siempre ha sido muy protector y le cuesta entender que crezco. Lo que más he temido siempre es hablarle de mis relaciones pues se cree que me van a raptar para apartarme de su lado.

Él es una persona muy segura de lo que hace y el mayor guardián de secretos que he conocido nunca; aunque no me atreva a contarle secretos relacionados con mis novios. Desde pequeña, siempre ha sido el que me ha ayudado a tomar muchas de las decisiones pues es muy certero a la hora de elegir la mejor. Como sabéis, no puedo decirle a la indecisa de mi señora madre que me ayude en eso porque me hace un lío mayor en la cabeza.

—Carlos, ¿cómo quedó el coche? —le preguntó mi madre.

—Reluciente, como mi coronilla —soltó una sonrisa.

—Ya lo estaba. ¡Mira que eres terco!

—Leti, no podía sacar a nuestra pequeña en un coche sucio.

—¿Sacarme? ¿Dónde? —les encanta hacer planes sin avisar.

—¡Al acuario! Tú lugar favorito cual renacuajillo que eres —rebosaba felicidad en sus palabras, pero este hombre seguía sin enterarse de mi edad.

—A día de hoy, mi lugar favorito es la pastelería de la esquina, pero el acuario también me vale —lo mismo colaba y me compraban un donut.

—Déjate de tanta bollería que tienes un tipín estupendo —mi madre siempre mirando las calorías...

Realmente, no me valía lo de ir al acuario, pero les hace tanta ilusión que no quería arrebatarársela. No hay cosa en el mundo que más les chifle que llevarme a ver los peces.

La comida fue muy agradable. Hacía mucho tiempo que en mi casa no se palpaba tanto amor. Recuerdo con mucha ternura aquella comida, aunque con

menos lo que viví después con ellos... Ahora me río, pero aquella tarde no sabía dónde meterme.

Acabamos de comer y mi padre seguía insistiendo en ir al acuario; terco como un buen Capricornio que es. Así que ni remedio, cogimos camino para allá. En el coche, mis padres habían tenido el detalle de traer mi gorro en forma de aleta de tiburón, el cual me compraron allí cuando tenía 7 años.

—Muy limpito el coche, papá.

—No le digas eso que me lo veo limpiándolo a diario... —se quejó mi madre.

—Gracias, cariño. Pero lo mejor del coche es que hemos traído tu gorrito de tiburón —la sonrisa le ocupaba toda la cara a mi padre.

—Ains, amor, la niña está muy grande ya para ponerse eso en la cabeza. Seguro que ya ni le cabe.

—Mamá, la segunda frase sobraba. ¡Me has llamado cabezona! —dije indignada.

—Leti, corre hazle una foto a la niña. Está poniendo los mismos morritos amorosos que ponía siempre que se enfadaba.

Mi madre no tardó ni un segundo en hacerme una foto con el móvil. Cuando les conviene, ¡qué bien saben usar los móviles! Me salió reírme porque luchar con ellos por el tema de la edad, es un caso perdido.

Una vez en el acuario la cosa no hizo más que empeorar.

—¡Agnes, mira! —giré la cabeza y vi a un señor disfrazado de delfín.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es Splash! —si al final el niño chico va a ser él...

—¿No te acuerdas de él? Siempre decías que ibas a irte a su mundo marino a jugar con él —insistía mi madre.

—Claro que me acuerdo, me traéis casi todos los años —si, esta misma situación la vivo muy a menudo.

—Bueno, ya casi hace tres años que no has consentido venir.

—Mamá, sabes que he estado muy liada, no empieces.

—Calma, chicas. ¿Ya sabéis lo que toca no?

—¡Foto con Splash! Ponte el gorrito, cariño, vamos a quedar hermosos.

Le pidieron a una pareja, que también iban a entrar, que nos tomase una foto a los tres con el delfín. Imaginaros con el gorrito de aleta, mis padres felices y un delfín... Se notaba que los que tomaron la foto estaban aguantándose la risa. Si Leo me hubiese visto, no sé si hubiera continuado con lo nuestro pues yo misma me daba vergüenza ajena.

Entramos al interior y, a parte de las fotos, aquello es indudablemente precioso. Ibas paseando por lugares oscuros iluminados por el agua y el hermoso color de los peces; es una experiencia muy relajante. Mi parte favorita del acuario es el pasillo cubierto con un arco donde todo es de cristal. Me encanta porque parece que vas paseando debajo del agua y, además, puedes ver a los peces nadando sobre tu cabeza. Miraba para arriba y veía mantarrayas, delfines y otros peces de agua templada. No me extraña que de pequeña no quisiese seguir caminando cuando llegaba ahí.

Casi al terminar el pasillo, una mantarraya pegó su abdomen al cristal y ser vio muy gracioso. Esa fue la única foto que me hice por voluntad propia.

—¡Giraos! —gritó mi padre.

—¡Ala! ¡Han soltado al tiburón Slippery! —le siguió mi madre.

Ese momento era lo máximo para ellos, hacían lo posible para no perderselo. Tenía a cada uno a un lado abrazándome y señalando a Slippery. Escandalosamente se ponían a describirme todo lo que hacía y la gente se giraba a mirar nuestra estampa familiar. Hasta que escuché lo que siempre rezaba por no escuchar allí.

—¿Agnes?

Sergio estaba allí. ¿Os acordáis de Sergio? Era el chico de la cena de empresa que organizó Leo. No pude hablar mucho con él en aquel momento, pero, por lo que vi, se acordaba de mí. Me acerqué a hablar con él para que no lo hiciese él y mis padres siguieran con sus cosas.

—Buenas, Sergio —le saludé cordialmente y algo avergonzada.

—Veo que te gusta venir al acuario, te queda muy bien es gorrito tan mono —dijo en tono burlón. —Mis sobrinas también llevan uno puesto.

—Lo llevo obligada porque a mis padres les hace ilusión.

—No te sonrojes, mujer, estás muy guapa igualmente —acarició mi mejilla.

Mis padres, que no me quitaban el ojo de encima, se acercaron rápidamente al ver ese gesto.

—Buenas tardes. Soy Carlos, el padre de Agnes. ¿Usted es? —le preguntó con mucha seriedad.

—Encantado, señor, yo soy Sergio.

—Sergio es sólo un amigo, papá —interrumpí para evitar malentendidos.

—¿Es este el chico del que me ha hablado tu vecina en el ascensor? —¿esa chismosa vive en el ascensor o qué?

—No, papá. Ambos son sólo mis amigos así que deja de escuchar los chismes de esa señora —me enojé mucho.

—Agnes, habla con respeto a tu padre —me regañó mi madre.

—Lo siento, Sergio. Vamos a continuar visitando el acuario a ver si a este renacuajo gruñón se le pasa el mosqueo. Hasta pronto, ha sido un placer—. mi ese día me estaba por dar algo.

—No se preocupe, continúen. Ya nos veremos, Agnes —se acercó y me dio besos.

—Algún día podremos hablar sin interrupciones, ya verás. Hasta pronto —Sergio rio y volvió junto sus sobrinas.

Le había dicho a mi padre que Leo era sólo un amigo ya que aún era pronto para darle la noticia. No le iba a dar disgustos por si acaso.

Ya íbamos a finalizar la visita y aún quedaba la peor parte. Al salir de allí, hay unos puestos con golosinas, recuerdos y actividades para niños relacionadas con el mar.

—Cariño, mira. ¡Puedes pintarte la cara como un pez!

—Mamá, por ahí sí que no paso. Sabéis que hace años que no lo hago.

—Bueno, al menos deja que papá te compre un globito.

—Está bien, me llevaré un globo.

Me compraron un globo de Nemo y un helado.

—Ha estado muy bien el paseo. Mejor vayámonos ya a otro lado —intenté forzar una sonrisa porque en el fondo temía volverme a encontrar con Sergio.

—¡Qué caprichosa que eres! Hasta que no vayamos a la pastelería que dijiste, no vas a parar —¿¡pero qué dice!?

—Sí, mamá... Cómo me conoces...

El resto del día fue mejor. En cuanto pasó el momento acuario, se volvieron adultos de nuevo. El día que me vaya a vivir fuera no sé qué van a hacer, pero me niego a que me lleven a un acuario y acaben con mi reputación.

Al menos, se fueron con una sonrisa bien grande para casa. Que, por cierto, bajé con ellos por el ascensor para evitar que mi vecina se montase y les soltara más rumores sobre mí.

Capítulo 8: 13 de Diciembre.

Quiero a todos aplaudiendo a Leo, me llamó para salir a dar una vuelta. Ese día iba a conocer otro aspecto de Leo.

—Qué honor recibir una llamada tuya, ¿no te parece? —le solté con resentimiento al descolgar el móvil.

—Tenía muchas ganas de hablar contigo, pero no quería llamarte para dos minutos. No te enfades conmigo —su tono victimista me ablanda el corazón.

—No, si no me enfado. Sólo es que necesitaba que hablásemos en condiciones.

—Pues no te preocupes, si puedes hoy me gustaría que nos viésemos.

—Bueeeeno, vale. ¡Qué remedio! —bromeé.

—¡Oye! ¿Ya va a empezar con los dramas? Ya te vale, ¡eh! —me siguió la corriente.

—Jajaja. Venga, tonto. ¿Dónde y cuándo quedamos?

—Te mando la dirección de mi nuevo hotel para que nos encontremos allí sobre las cinco—. yo que tenía la esperanza de que me viniese a recoger.

—Perfecto. Allí nos vemos. Besitos.

—Besitos, brujilla.

Se me olvidaron todos los días que estuve sin verlo de la emoción de poder besarle. Estaba deseando disfrutar del día con él como un pareja feliz y enamorada. Todos los días en los que ha estado ausente, no he dejado de pensar en él y de imaginar cómo sería mi vida a su lado.

Para no cometer el error que cometí el día de su cena, me había comprado hacía unos días un vestido caro y elegante. Sería la envidia de todos sus amigos con él puesto. La dependienta me tuvo que ayudar porque esa forma de vestir se salía totalmente de mi zona de confort. Además, tuve que invertir en calzado y cartera para que pareciera que tenía más clase.

Como de costumbre, fui a pillar el bus. No me sentí muy cómoda en él ya

que no me percaté de lo arreglada que iba. Al menos la gente me miraba por mi estilo y no por otra cosa.

Llegué a la dirección que me marcaba Google Maps y, ni por asomo, me esperaba un hotel tan grande. Según había buscado en Internet, la mayoría de los hoteles de Leo estaban fuera de la ciudad y ese sería el primero que abriría aquí. Leí un artículo en una revista en la que un socio explicaba que, al haber previsiones de un aumento del turismo en la ciudad, construirían un gran hotel con costes para todos los bolsillos.

Escuché mi nombre y me giré. No podía ser posible... Leo iba en bermudas y camiseta. ¿Qué estaba pasando? Lo iba a matar por no avisarme. Mi cara de enfado le hizo reír.

—Suéltalo, ¿qué hice ahora?

—¡Tu look es muy de calle! ¿Qué haces vestido así? —estaba boquiabierta.

—¿Voy mal vestido? A mi parecer, eres tú la que te has excedido un poco. Jajaja.

—¡Claro! Veníamos a tu nuevo hotel, ¿¡qué esperabas!? —seguía histérica.

—Teniendo en cuenta que vamos a celebrar una merienda solidaria con personas sin recursos... Un look más humilde pegaría más —me aclaró con pudor.

—Leo... No me comentaste nada de eso... Se van a pensar que les refriego mi dinero por la cara —me entristecí.

—No te enfades, pero supuse que vendrías menos arreglada, perdona.

—Es comprensible. Pienso que es mejor que vuelva a casa.

—No, no. Hagamos una cosa. Yo siempre dejo un traje nuevo de repuesto en cada hotel por si me veo sin nada. Podemos cambiarte de ropa y sortearlo junto con tu vestido. ¿Qué te parece? —su generosidad hizo que se ganara aún más mi corazón.

—Ciento cincuenta euros donados a una buena causa, me parece bien. ¿Qué me voy a poner yo?

—La merienda no es hasta las seis así que tenemos una hora para ir a

comprar algo de ropa. Déjame que te la compre yo para compensar el malentendido —fue acercando su boca a la mía.

¡Sí! Me besó, lo hizo. ¡Ahhh! Me besó. Aún me flipo cuando lo recuerdo. Fue mucho mejor que un primer beso. Muchísimo más inolvidable que cualquier otra cosa en la que pueda pensar. Fueron sólo unos segundos, pero sentía que todo pasaba a cámara lenta mientras saboreaba sus labios. No pude evitar ruborizarme y sonreír.

Yo no me conocía muy bien aquella zona por lo que fue él quien me guio a una tienda cercana. La ropa que había en esa tienda tampoco es que fuese muy barata, pero se veía más de calle que mi vestido. Leo me estuvo aconsejando sobre cuál sería la vestimenta más recomendable para esa situación. Nos acabamos decantando por un vestido bimateria con pasamanería, abalorios y serigrafía, el cual era de color azul.

Ir con Leo agarrados por la calle... Aún recuerdo cómo me temblaba todo el cuerpo.

—Ahora no seré el solterón de la empresa —se le veía orgulloso.

—¡Ahora me cuadra todo! —dije cuál detective.

—¿Qué te cuadra?

—Estás conmigo para presumir de que tienes novia —le acusé de broma.

—Por supuesto. ¿Crees que había una mejor candidata de a qué presumir? —dudé entre recordarle lo de Elena o seguir bromeando.

—¡Claro que no! Tú lo que tienes ahora es que cuidarme e intentar que otro galán no me robe el corazón —se paró frente a mí y me miró a los ojos.

—Tu corazón ya es mío y pienso cuidarlo como si fuera lo más valioso del mundo porque para mí, lo es —me incliné para besarlo de golpe.

Nos sonreímos. Iba caminando por la calle como si paseara por un mundo de esponjitas y nubes de gominolas. Sí, a veces soy bastante ñoña pero jamás me he sentido así con nadie.

Al llegar al hotel vimos una gran cola de personas, unas treinta, esperando para entrar. Ni por asomo me podría imaginar que en esta ciudad hubiese tantas

personas con necesidades alimenticias. El corazón se me encogió de golpe ante la situación. ¿Cómo se debían de sentir los que, como Leo, estaban nadando en dinero? Me negaba a creer que no les pudiese ni afectar lo más mínimo. Leo me vio la cara descompuesta.

—¿Agnes? —no reaccionaba, estaba como en trance. —Agnes, respóndeme por favor.

—¿Eh? —volví en sí.

—¿Qué te ha ocurrido? Estabas como fuera de ti —preguntó preocupado.

—Ah. Es sólo que me ha impactado la cantidad de personas a las que les cuesta conseguir un trocito de pan.

—Tranquila, hoy se van a ir bien alimentados —me agarró del hombro y me abrazó.

—¿Sólo vais a darles de comer hoy? —me parecía insuficiente.

—No, vamos a ofrecerlo una vez en semana y todos los días festivos.

—Me parece genial —dije un poco descontenta.

A mi parecer, poner todos los días una olla grande de comida tampoco sale tan cara. Bueno, me refiero para personas con el dineral que, por lo que sé, maneja él. No creo que con lo que cogerá en ese hotel, no se pueda permitir invertir algo en los más necesitados. Me quedé más bien callada porque tengo la intención de ir convenciéndolo para que lo haga más a menudo.

Leo me llevó a la parte trasera del hotel ya que él intentaba siempre entrar sin ser visto. Tampoco es que sea Brad Pitt, pero él sabría porque hizo eso. Si algunos al leer “Leo me llevó a la parte trasera del hotel” ha malpensado, os confesaré que no hubiese estado de más porque me moría de las ganas de hacerle de todo.

En cuanto entramos, fuimos directos a su habitación a recoger el traje que íbamos a subastar junto con mi vestido. Pude ir fijándome mientras en la estética del hotel, la cual era muy simple. Predominaban los tonos beige y rosados, las paredes lisas, los grandes ventanales, el aroma a nuevo... No era gran cosa por dentro, pero te daba la sensación de estar en un sitio tranquilo y confortable.

Muy a mi pesar, me dijo que me quedase fuera mientras él entraba por el traje. Sin embargo, mi deseo era entrar y jugar un rato con él. ¿Qué hombre no hubiese aprovechado la oportunidad? Ya mi cabeza estaba intentando convencerme de que ahí había algo raro. ¿Tendría restos de ropa interior de chica tirados por la cama? Una cosa tenía clara: no me iba a quedar con la duda. Es por ello por lo que intenté abrir la puerta para ver la habitación, pero, justo en ese momento, Leo salía.

—¡Mira que ha tardado! Ya iba a entrar a buscarte —puse el mejor tono de broma que pude.

—Sí, estaba mirando una cosa en el móvil y me entretuve —dijo calmado.

—Podría haberlo buscado yo mientras tú mirabas el móvil —le dije como quien no quería la cosa.

—No, no te iba a hacer entrar a un cuarto tan desordenado para que te espantaras de mí —soltó una risita.

—¿Y por qué lo tienes tan desordenado? —Sherlock Holmes al ataque.

—Pues porque llegué y la verdad es que lo tiré todo con la intención de guardar cada cosa en su sitio. Pero ya ves, no he tenido ni tiempo hacer eso.

—Pero ¿sólo hay cosas tuyas?

—Claro. ¿De quién más iba a haber?

—No, nada. Yo sólo pregunto —le miré con cara de inocente.

No siguió más con el tema y, la verdad, ese día había cosas más importantes que pelear; decidí olvidar de mis paranoias por el momento.

Arreglados, vestidos y siendo casi la hora de la comida, fuimos al comedor a esperar la entrada de nuestros invitados. La idea era ponerse en la puerta para ir saludándolo uno por uno, Leo tenía que dar un pequeño discurso y los camareros servirían la comida. Como de costumbre, las cosas no salen todo lo bien que uno espera.

El recibimiento fue perfecto, ya que la gente entraba con una sonrisa a tomar asiento, pero el discurso no tuvo nada de pequeño. Me parece de lógica que lo que querían los invitados era comer y no escuchar todo lo que a Leo le

apetecía decir. La verdad es que le pudo su rol de líder sumado con su ego, aunque a nadie le interesara lo más mínimo su discurso. Yo, por mi parte, le intentaba avisar sólo que él no se daba cuenta. Quizás parece que exagero, pero me niego a escribiros todo su discurso porque me llevaría mucho tiempo.

El caso es que después de esperar a que se callara, todos tenía muchas ganas de llenar sus estómagos. ¿Y sabéis qué? Anunciaron que a la comida le faltaba unos quince minutillos más. La lástima más grande era ver cómo ninguno de ellos se atrevía a quejarse puesto que necesitaban comer y temían que los echasen. Ante semejante situación, me levanté y, sin mirar atrás fui a la cocina por el pan. Tomé todo el que pude con rapidez y volví al comedor. Una vez allí, me puse a repartir pan para que fuesen picando algo.

Un cocinero, que venía tras de mí, me volteó tirando de mi hombro y me pidió que abandonase el hotel. Leo, quien sonrió al ver lo que hice con el pan, se levantó enfurecido para “hablar” con el cocinero.

—¿Quién te crees tú para echar a la gente de mi comedor? —nunca lo vi tan imponente.

—Seseseñor Ferrrrrrer, esta chica nos ha robado el pan de la cocina —la voz le temblaba.

—¿Disculpe? Siento decirle que ese pan y toda la comida de hoy son propiedad de mis invitados. Nadie os ha podido robar nada si lo que ha cogido es suyo. Lo que no me parece lógico es que no tengáis vuestro trabajo hecho a tiempo y, encima, no hagáis nada por hacerles la espera menos pesada.

—Lo siento mucho, señor. Le pido también disculpa a su invitada —no se atrevía ni a levantar la cabeza y yo menos a hablar.

—Esta invitada es mi novia y espero que la próxima vez ninguno le pongáis la mano encima. ¿Queda claro? —eso lo dijo más enfurecido aún.

—Sí, no volverá a pasar.

—Eso espero porque el próximo que trate así a alguien en mi comedor, ya se puede ir buscando otro empleo.

Tras el acto heroico de Leo, todos aplaudieron. Leo estaba en su salsa. Yo le

guiñé el ojo al cocinero en señal de victoria.

He de admitir que la espera mereció la pena porque la comida estaba de escándalo. Todos disfrutaron mucho de ella y le rogaron a mi amor que hiciese más días así. Este asentía feliz como si de un político se tratase.

El sorteo de mi vestido y su traje fue toda una sorpresa inesperada. En la parte trasera de cada plato habían puesto pegatinas con números. El plan era decir dos números al azar y que los afortunados se llevasen lo que les había tocado. Yo dije el número ciento tres, haciendo así que le tocase mi vestido a una mujer sólo un poco mayor que yo; mientras que Leo dijo el ochenta y siete. El traje de Leo le tocó a una señora que fue feliz a dárselo a su marido. Sus caras de felicidad valieron más que su precio en dinero.

Terminó la cena y le dije a Leo que me tenía que volver ya.

—Quédate aquí conmigo, hay habitaciones de sobra —me rogó.

—No puedo, mañana madrugo porque tengo que ir a trabajar. Además, no veo la necesidad de dormir en una habitación separada de la tuya —estaba algo molesta.

—En serio, confía en mí. No quiero que veas el estado en el que está mi habitación —no apartó su mirada de mis ojos.

—Bueno, en ese caso hubiera preferido que me ofrecieras irnos a otra los dos juntos.

—Me parece precipitado. Quiero que lo nuestro salga bien y, por ello, es mejor ir despacio.

—¿Es precipitado dormir en una misma cama? En fin, Leo, yo no puedo quedarme de todas maneras así que voy a tomar un taxi para volver a casa —evitar las discusiones nada más empezar a estar juntos es lo mejor que se puede hacer.

—Con el tiempo lo entenderás todo, pero no te enfades tan pronto.

Lo besé y me fui sin decir palabra.

No es que estuviera enfadada si no que no me valían unas explicaciones tan poco claras. Soy consciente de lo infantil que parezco a veces, pero la

experiencia me ha hecho desconfiar mucho. Debido a eso, me gusta saber cuanto antes a lo que me enfrento.

Capítulo 9: 17 de Diciembre.

No pasaron tantos días esta vez cuando decidimos hacer un plan más “íntimo”; o al menos fue lo que me dijo cuando me llamó. Al pedírmelo me mostré algo cerrada ya que estaba moscas por la última vez que nos despedimos.

Ya os podéis imaginar lo que entendí por íntimo... Parecía ser que iba a dejar su lado gatito a un lado, valga la redundancia, e iba a convertirse en el león que esperaba que fuera.

Se supone que iba a venir a buscarme después de comer, pero llegó a las dos de la tarde.

—Brujilla, ya estoy abajo —me dijo tras descolgar el móvil.

—¿Cómo que ya estás aquí? ¡Yo aún no he comido! —me irritó un poco.

—Anda, discúlpame. No sabía que comieras tan tarde.

—Como a la hora normal no a la de los viejos.

—Jajaja. ¡No empieces con las puitas! —ni con esas lo conseguía alterar.

—Espérame que no tardo, abuelele.

—¿Por qué no me dejas subir? Hace mucho calor aquí abajo —tonito de pena.

En ese momento intuí una indirecta. ¿Habría hecho a posta lo de venir antes para subir y empotrarme? Tenía que decirle que sí.

—Sí, sube —los cosquilleos invadían mi zona íntima.

—Gracias. ¿A qué piso tengo que llamar?

—Al tercero A.

Cuando colgué, me puse como una loca a recoger la casa. Con suerte tardaría en encontrar aparcamiento, aunque ya sabéis que la suerte me suele abandonar. A penas me dio tiempo de recoger la habitación y el comedor. Empecé por ahí porque me parecen las zonas más importantes puesto que es dónde creía que estaríamos.

Le abrí el portero y me asomé por las escaleras. Quería asegurarme de que

mi vecina Carmen no se montaba con él en el ascensor. ¿Os imagináis la que puede liar esta señora contándole todos mis chismes? Ni por asomo podía permitirme eso.

Leo salió del ascensor.

—Hola, amor —le di un piquito.

—¡Qué honor que salgas a recibirme al portal! —sonrió.

—Vienes solo, ¿no? —miré para todos lados.

—¿Qué pregunta es esa? Jajaja —se quedó extrañado.

—Es por si mi vecina Carmen iba contigo en el ascensor.

—¿Por qué iba venir tu vecina Carmen conmigo en el ascensor?

—Esa mujer es la cotilla del bloque. Se conoce todos los chismorreos del edificio y es capaz de contarte cosas tergiversadas.

—Bueno, si no tuvieras nada que ocultar, no estarías así de nerviosa —Arqueó sus cejas.

—No tengo nada que ocultar —me miró con incredulidad. —Entra, anda. Que seguro que de nombrarla aparece.

—¿Hay alguien más en la casa? —parecía que mis sospechas eran ciertas, me sonaba a que necesita intimidad.

—No hay nadie más en la casa. Cuando me independicé tenía claro que quería vivir sola.

—Entonces, descarto la posibilidad de que vivamos juntos.

—Para eso queda un largo camino.

—Lo sé, tonta —me dio un abrazo.

Le invité a sentarse en el sofá y fui directa a la cocina a por mi plato de comida. Me parecía de mala educación comer delante suya sin ofrecerle algo de picar, pero no quiso pues decía que venía lleno. Así que nada, tuve que comerme mis macarrones con “espectador” que, realmente, estaba pasando de mí.

Mientras comía, estaba muy atento a su móvil y no dejaba de teclear. No le quise preguntar con quién estaba hablando ya que no teníamos esas confianzas. Me limité a comer y si él quería que me contase porque estaba tan concentrado

en sus conversaciones. Aprovechando que no me miraba, más que comer devoré; estaba ansiosa por disfrutar de nuestra intimidad.

—Le aviso al señor ocupado que ya he terminado de comer —Leo me miró.

—Menos mal, nuestros amigos nos están esperando.

—¿Cómo? ¿Qué amigos? —se me quedó cara de tonta.

—Pues Ámbar y Gonzalo. Hemos quedado con ellos para ir a la bolera.

—Habrás quedado tú porque yo no sabía nada.

—¡No te angusties! Ya he quedado yo por los dos —me acarició la mano.

—Espera, espera ¿ese era nuestro plan más íntimo? Porque yo no entiendo eso por intimidad.

—A ver, íntimo es. Nuestros mejores amigos y nosotros disfrutando de una tarde juntos es algo muy personal —yo la estaba flipando.

—Ya que hemos quedado con ellos no puedo negarme a ir, pero, sinceramente, esperaba que hiciésemos cosas más íntimas.

—Créeme que yo también tengo ganas. En estos momentos no puede ser y tienes que confiar en mí.

Me estaba cansando el confiar, prefería que me dijese lo que pasaba de una vez. Me levanté y fui a por mi bolso. Quería a toda costa creerme las palabras que me decía, aunque para mí no tuvieran sentido. Le dije que si nos estaba esperando era mejor salir cuanto antes, así que eso hicimos.

¿A qué no sabéis quién nos acompañó en el ascensor? ¡Premio! La que faltaba por aparecer ese día. La verdad es que ya me había empezado a preocupar pues lo mismo había tenido un accidente imprevisto. No me juzgues, es sólo que a veces me tenía muy harta.

—Buenas tardes, Agnes ¿Quién es este apuesto caballero que te acompaña hoy?

—Él es Leo, el chico con el que me viste salir del taxi.

—Encantada, Leo. Estás con una chica maravillosa —sus palabras me sorprendieron. —Espero que contigo tenga mucha más suerte que con los otros varones —esta mujer siempre tiene que sembrar la duda.

—Yo también me alegro de conocerla señora. Carmen, ¿verdad?

—Sí, esa soy yo —dijo con la cabeza alta.

—Le puedo asegurar que Agnes va a estar en muy buena compañía —se veía que mi niño no se iba a dejar mal influir por nadie y eso me tranquiliza mucho.

—Me alegra oír eso —dijo entre dientes.

Al ver que Leo no se inmutó al escucharla, cerró el pico durante el resto del trayecto. Por fin, iba a apuntarme un tanto contra esa chismosa.

—Hasta pronto, Carmen —Leo se despidió de ella.

—Venga, hijo, vaya con Dios —seguro que cruzó los dedos al decir eso.

Fuimos hacia el coche, el cual estaba aparcado a dos edificios del mío.

Era la primera vez que me montar en el coche de Leo. Cuando vi el coche recuerde que estaba con una persona con mucho dinero. El coche de Leo no era otro que un Cadillac CT6 de color plateado. ¿Cómo me iba imaginar montada en semejante máquina? Quizás ese mismo día era precipitado pedírselo, pero algún día me tenía que dejar conducirlo. Eso sí, el coche estaba impecable y por dentro parecía recién comprado. Pensé en que, si mi padre se montara en este coche, se llevaría una muy buena impresión de Leo; puede que se lo presente así. También recordé que Ámbar me había dicho por el WhatsApp que Gonzalo era mucho más presumido que Leo, ¿qué coche tendría entonces ese hombre? Todo mis mosqueos con Leo se me pasaron sólo de imaginarme siendo la dueña de algo así.

Me sorprendió que hubiera una bolera en la ciudad pues nunca había oído que abrieran una. Debía ser muy nueva porque me extrañaba que a Ámbar nunca se le hubiese ocurrido ir allí. Por suerte, tenía entendido que ella tampoco sabía jugar así que no iba ser la única en quedar en ridículo.

Llegamos y Ámbar nos estaba esperando en la puerta.

—¡Hoooola! ¡Sí que habéis tardado en venir!

—Sí, yo aún no había comido cuando Leo llegó. Resulta que no sabía ni que habíamos quedado.

—Jajaja. No quise decirte nada porque sé que te dan pereza las quedadas de parejitas.

—Cómo me conoces. Por cierto, ¿dónde está Gonzalo?

—Gonzalo estaba hablando con un empleado. Unas chavalas se han quejado de que no les deja de pedir su número de teléfono

—¿Acaso Gonzalo es el dueño de esto?

—Claro que sí. Él siempre me decía que a esta ciudad le hacía falta un poco de vida y yo le di esta idea —recalcó orgullosa.

—Si es que últimamente no me cuentas nada —le reproché su repentino abandono.

—Anda, anda, deja los dramas. Sabes que ambas hemos estado muy ocupadas.

—Siento interrumpir la conversación, pero creo que es mejor que vayamos tomando asiento —sé que Leo interrumpió porque estaba viendo como me entristecía ante la excusa de Ámbar.

Madre mía, si Ámbar le dio esta idea, seguro que ha venido más de un día a jugar. No me puedo creer que vaya a ser la única que no sabe coger ni la bola.

Entramos y el lugar se veía muy acogedor. Eso sí, me sentía vieja debido a que aquello estaba lleno de adolescentes. Al fondo en una esquina, Gonzalo estaba hablando con su empleado, pero eso a Ámbar le dio igual; ella fue en su busca sin importar lo que estuviera haciendo.

Gonzalo vino enseguida y, con mucha amabilidad, nos indicó dónde debíamos esperar. Rápidamente se nos acercó otro de los empleados para ofrecernos tomar algo.

—A mí ponme un café por favor —le pedí al muchacho.

—¿Un café? No seas boba —dijo Ámbar. —Hemos venido a pasarlo bien, así que hazme el favor de pedirte una copa. A mi póngame un vino rosado, el más caro que tenga —como se notaba que no iba a pagar su copa.

—Póngame a mí un Gin tonic, por favor —Leo pidió su bebida.

—Yo también quiero otro —yo me copié de él.

—Póngale al jefe lo de siempre —Ámbar...

Ámbar me estaba dejando boquiabierta. ¿Tan rápido se acostumbra uno al lujo? Para ser sincera, no me estaba gustando nada su actitud. Esa no era mi amiga, solo parecía una creída. En esos momentos no iba a decirle nada, pero tampoco me lo iba a callar para siempre. Pensé que lo mejor era esperar para hablarlo en privado.

Gonzalo apareció a la par que las bebidas.

—Bueno, chicos, ¿estáis preparados para pasarlo bien?

—Claro que sí, cariño —respondió mi amiga mientras Leo y yo asentimos.

Me alegraba saber que Gonzalo iba a estar para, así, ver qué tal le iba a mi amiga en su nueva relación. Desde que estaba con Gonzalo, Ámbar estaba muy cambiada y ni siquiera me contaba cómo le iba. Eso me preocupaba porque ella siempre solía contarme todo lo positivo que vivía con su pareja. ¿Acaso no estaba pasándoselo bien con Gonzalo? Quería fijarme muy minuciosamente en su comportamiento estando juntos.

Nos pasamos como hora y media escuchando las batallitas de Gonzalo. Se veía que le encantaba presumir y eso acaba aburriendo a cualquiera. Como no me gusta mal pensar, me lo tomé como que estaba nervioso y no sabía de lo que hablar.

No vi a nadie con interés de jugar a los bolos, pero, aún sin yo tener ni idea, me parecía un plan más divertido que el que ya habíamos creado.

—Chicos, ¿por qué no echamos unas partidas? —propuse.

—Genial, yo estaba por proponerlo —Leo suspiró aliviado.

—Os voy a pegar una paliza —la paliza se la iba a pegar yo a él si veía comportamientos raros con mi amiga.

Sorprendentemente tenía mucha mejor puntería de lo que esperaba. Les estaba ganando, lo que hizo que se picaran muchísimo. Entre pique y pique pudimos reírnos mucho y pasarlo estupendamente. No caí hasta que terminamos en que ni me paré a vigilar la actitud de Gonzalo y Ámbar. Aun así, quise preguntárselo en el momento en el que iba al baño.

—Espera, Ámbar. Te acompaño.

Cada una hizo lo que tenía que hacer en el váter y que no creo oportuno contar. Cuando Ámbar se acercó al espejo a retocarse el maquillaje, la acorralé para sacarle información.

—He visto que estás muy cariñosa con Gonzalo. ¿Tan pillada estás? —no sé si fui muy sutil, pero lo intenté.

—Lo normal —respondió directa y seca.

—Bueno, lo normal en ti no es. Yo nunca te había visto así con nadie —le aclaré.

—La gente cambia, Agnes. No todos nos quedamos estancados, asúmelo —cogió sus cosas y salió del baño.

Me quedé temblando y con los ojos repletos de lágrimas. Estas iban poco a poco cayendo por mis mejillas mientras intentaba reaccionar. Nada más que me calmé un poco, llamé a Leo para que viniera a buscarme al servicio. Por supuesto, vino rápido y no dudó en entrar a socorrerme.

—¿Qué te pasa, preciosa mía? —me abrazó cálidamente.

—Necesito volver a casa. No me encuentro bien —empezó a abrazarme cada vez más fuerte y rompí a llorar.

—Ya está, relájate que yo estoy aquí contigo.

—Llévame a casa, por favor —le rogué.

—Está bien, nos vamos.

Fui directa a la salida sin hablar con nadie. Leo se encargó de disculparnos y despedirse de ellos dos.

El aire de la calle me ayudó a relajarme y respirar mejor. ¿Qué le había hecho a Ámbar? ¿Por qué me trataba así? Prefería no pensar en esas cosas... Lo estaba pasando realmente mal. Si llegaba a perder a mi mejor amiga, sabía que una parte de mí se iría muriendo lentamente.

Leo salió y me llevó a casa inmediatamente. Puso música en el coche para ver si me animaba, pero no tenía la cabeza ni para escucharla.

—No me gusta verte así. ¿Quieres que me quede contigo en casa? Así

aprovechar y me cuentas, si quieres, lo que te ocurre.

—Sí, quédate conmigo.

Ese día me demostró que estaba dispuesto a mucho por estar conmigo. Me animó muchísimo su actitud y ganas de que me recompusiera, aún sin saber ni lo qué me había ocurrido.

Subimos a casa y me recomendó que me tumbase en el sofá mientras él preparaba un café calentito. Cerré un rato los ojos e intenté recomponerme.

El olor de café me atrapó, me dio fuerzas para sentarme.

—No tengas prisa en levantarte. Si el café se te enfría, yo iré a calentarte más —estaba siendo muy protector.

—Necesito desahogarme cuanto antes para que esta angustia no me coma por dentro.

—Ven —acercó mi cuerpo al suyo. —Suelta todo eso que te está torturando.

Le conté lo sucedido en el baño y el por qué quise preguntarle a Ámbar por su relación. él me entendió enseguida.

—Seguramente, Ámbar está pasándolo mal por algún motivo y no sabe cómo pedir ayuda —podría tener razón. —Pero, si te quedas más tranquila, puedo intentar sacarle algo a Gonzalo.

—Sí, por favor. A pesar de lo que me ha dicho, me preocupa mucho lo que le pase.

Seguimos hablando de nuestros amigos, de cosas del pasado. Lo hicimos por si eso nos ayudaba a sacar algo en claro en un futuro. Por lo visto, Gonzalo es un hombre muy carismático e ingenioso; es por ello por lo que había conseguido tener tanto éxito en los negocios. Quizás pecaba un poco de superficial ya que de pequeño pasó muchas penurias y, como buen géminis, era muy indeciso y ambiguo. También me comentó que Gonzalo era tan entusiasta que vivía la vida muy intensamente, esa es una bonita virtud. Todo eso no me decía gran cosa sobre lo que había ocurrido, pero me hizo ver a Gonzalo como alguien mejor de lo que imaginaba.

Fueron pasando las horas y se hizo de noche.

—Amor, ¿estás mejor o quieres que me quede a dormir? —que tentadora pregunta.

—Por mí, quédate —le miré con los ojos llenos de ilusión.

—Esos ojos me gustan más que los de antes —me besó dulcemente.

—¿Pero te queda o no?

—Que sí, brujilla mía.

—¡Yupiii! —me lancé encima suya para comérmelo a besos.

Aproveché la situación para intentar jugar un ratito, el problema es que se dio cuenta rápido. Tan rápido que no pude palpar lo que tiene en la entrepierna.

—¿Por qué eres tan mala? —se reía mientras me aguantaba las manos.

—Porque quiero todo de ti —me mordí el labio.

—Y yo, pero deberías de respetar cuando se te dice que no —suspiró mientras me regañaba de broma. —Dejando las bromas a un lado, dormiré muy abrazadito a ti si me haces caso.

—Está bien, pero te aseguro que un día lo conseguiré —mi tono era amenazante.

—Yo sé que lo harás porque te ayudaré —me guiñó un ojo.

—Si quieres que te respete, no me provoques.

Nos miramos riéndonos y estuvimos disfrutando de un rato de amor lleno de besos y caricias.

—Tengo los ojos muy cargados, vayamos a dormir ya.

—Yo también estoy muy cansado.

Él se quitó la ropa y se acostó en mi cama mientras yo me quitaba la mía. No me giré a mirarlo porque estaba muy pesado con lo del respeto, pero sé que él sí me vio a mí. Ambos nos quedamos en ropa interior.

Me empezó a dar igual no haber visualizado su cuerpo en el momento en el que me acosté y su cuerpo semidesnudo estaba pegado al mío. Dormimos haciendo la cucharita, una cucharita plana y sin sorpresa, pero muy calentita; digo esto porque no se le endureció ni un poquito el tema. Pero bueno, guardo un

bonito y agradable recuerdo no sexual de aquella noche.

Capítulo 10: 24 de Diciembre.

Desde la última noche, estuvimos viéndonos a ratitos. Él venía cuando podía a casa y veíamos pelis o jugábamos a juegos de mesa. Nuestra relación a viento en popa y nos lo pasamos muy bien juntos. Todo eran besos, risas y caricias. El miércoles por la tarde estuvimos hablando de lo que íbamos a hacer en navidad y ambos queríamos estar con nuestras familias. Lo que me sorprendió fue que me propuso pasarse por casa a saludar a los míos. ¿Debería yo de hacer lo mismo? Me daba miedo pensar en la reacción de mi familia y, aún más, en cómo me acogerían los suyos.

Nuestra cena familiar es muy íntima. Somos una familia más bien pequeña, pero nos queremos con locura. Voy a tener el honor en este capítulo de presentaros a mi maravillosa abuela paterna, quien se merecería que le escribiera un libro para ella solita. Para quién sepa un poco le tengo que adelantar que se va a enfrentar a una piscis.

Como todos los años, tengo la costumbre de irme a vestir y arreglar a casa de mis padres ya que, si no es por mí, mi madre ni se pintaría. De casa de mis padres, vamos en coche a buscar a mi abuela y a mi tía Simona. Viven juntas ya que Simona está divorciada y mi abuela es viuda; se hacen compañía entre ellas y se ayudan con los gastos. Por último, vamos a casa de mi tío Luís para cenar con él, su mujer y sus dos hijos. Como habéis podido calcular, somos tan solo nueve personas.

Mi tío Luís y su familia se encargan de prepararlo todo pues se enfada si llevamos cosas. Lo único que ha permitido siempre es que mi abuela lleve su famosa carne estofada. Nuestro menú consta de cosas para picar (queso, tortilla de patatas, gambas, huevos rellenos...), el estofado de la abuela y un postre que intentamos variar todos los años.

De camino a casa de mis tíos, les dije a mis padres que quizás se iba a pasar un amigo a saludar.

—Os quería comentar una cosa —dije con algo de cague.

—Dinos, renacuajillo —contestó de inmediato mi padre.

—Lo mismo se pasa un amigo mío a saludarnos después de la cena.

—¿Un amigo? ¿Es el chico del acuario?

—No, ese era más bien un conocido. Este es un amigo más íntimo —me costó mucho soltar eso.

—Agnes, a mí no me vengas con rodeos —mi padre se puso más serio. — Eso de más íntimo suena a que es tu no...no...

—Novio —terminó mi abuela. —Carlos, si la niña dice que es su amigo será por algo. No empieces ya a agobiarla, que tenga lo que quiera tener —creo que nunca dejará de regañarle.

—Mamá, no seas así que yo solo quiero lo mejor para ella.

—Soy así porque eres muy pesado. La niña no es tonta. Además, tú te hiciste novio de Leticia siendo mucho más joven.

—Mejor me callo porque contigo no se puede.

—Haces bien. Cállate y respeta a la madre que te parió.

Mi abuela me miró riéndose. Mi padre me protegerá de los chicos, pero ella siempre me protege de él. Es mi cómplice desde que era pequeña. Ciertamente, se aferró mucho a mí cuando, a mis cinco años, mi abuelo nos abandonó. Su relación era ejemplar y nunca puso superar su pérdida. Abuelo, si me estás leyendo desde algún sitio, dejarte dicho que te amo.

Al otro lado del coche, mi tía estaba sentada sin decir ni mu. Ella es una mujer muy poco habladora en familia, sin embargo, le encanta salir de fiesta y charlar con las amigas. Ella tan sólo me lleva diez años y, desde el divorcio, va por la vida como un alma joven. A mi abuela no le gusta su nuevo estilo de vida por lo que es mejor no decirle mucho y evitar regañinas.

La casa de mi tío se encuentra en las afueras de la ciudad. Es una casa de dos planta más ático, con un jardín muy colorido y piscina. Les encanta descocar el jardín con adornos navideños y luces.

Los llamamos cinco minutos antes de llegar para avisarles y que nos

abrieran la puerta del garaje. A ellos, además, les gusta recibirnos con besos y abrazos en la puerta de su casa. Viven la navidad como la época más mágica del año.

Salimos del coche y fuimos a saludarlos. Esta vez habían puesto un trineo hecho a mano al lado del garaje. Me hizo gracia ver que papá Noel hubiese aparcado allí junto a los coches.

La casa, como siempre, estaba impecable. Nos mostraron su nueva cocina, la cual parecía de película americana con su isla en medio. Allí estaban todos los platos preparados para ser servidos, sólo tuvimos que añadir el estofado.

Veníamos con tanta hambre que nos dispusimos a poner la mesa enseguida. La cena se tomaba en el comedor junto al árbol de navidad y la chimenea. Cada detalle estaba pensado y ejecutado, se notaba que la mujer de mi tío, Edurne, es decoradora de eventos. En cambio, mi tío Luís posee una cadena de restaurantes que están distribuidos por la parte sur del país; en esa parte es en la que vivimos.

Mis primos aún no estaban allí, tuvimos que esperarlos un rato. Su llegada fue una sorpresa pues venían los dos con novias. Mis primos son mellizos y tienen veinte años. A los dos les va estupendamente en la Universidad y nunca han consentido separarse. Han sido uña y carne desde que nacieron e incluso estudian la misma carrera. Me veo a estos dos sicólogos volviendo loco a todo cuerdo que entre en la consulta. Mis tíos le pusieron Cristian y Cristina para poder llamarles Cris, pues se esperaban uno y le querían poner uno de esos nombres. Me impactó ver a mi prima con una chica ya que desconocía su orientación sexual, pero me alegro mucho de ver que no lo oculta; es algo tan respetable como cualquier otra relación.

—Ains, mis niños. ¡Que ganitas tenía de veros! —mi abuela se acercó a besar a mis primos.

—Normal que tengas ganas. Nosotros apenas los vemos y somos sus padres. Sólo quieres estudios y novias. Qué pena que su carrera no se pueda estudiar aquí en la ciudad —les lanzó mi tía a mis primos.

—No es para tanto, mamá. Estamos a hora y media de aquí —Cristina puso

los ojos en blanco.

—¿Y eso qué? Cuando queremos ir a veros siempre que si exámenes, trabajos, planes... No hay diferencia entre vivir a hora y media o vivir a un día —mi tío se apuntó a la conversación.

—Que haya paz. Vamos a sentarnos todos a comer que la manda está acostumbrada a cenar temprano —mi abuela siempre poniendo armonía.

Mis padres no dejaban de mirar a mis primos. Para ellos, el ver a su hija o sobrinos con pareja es algo muy impactante. No me imagino sus caras cuando venga Leo después y lo presente oficialmente.

Nos sentamos todos juntos a comer. Entre picoteo y picoteo, fuimos alternando anécdotas del pasado con el estado de nuestras vidas actualmente.

—Primos, ¿no nos vais a decir cómo se llaman vuestras chicas?

—Ah sí. Disculpa, pero como papá y mamá ya lo saben, se nos ha pasado por completo —Cristian siempre tan educado. —esta es Verónica, mi novia, y aquella es Tamara, la novia de Cristina.

—¿Novia? No me habías dicho nada, Luís —mi abuela estaba un poco atónita. —Yo pensé que era su amiga.

—Eso no me corresponde a mí decirlo, mami. Cristina es lo suficientemente mayor para contar sus cosas por ella misma.

—Yo no tengo que contar nada, los hechos hablan por sí solos —recalcó Cristina.

—Haces muy bien, cariño. Mejor una chica buena y guapa como ella que seguro que os entendéis mejor —sí, mi abuela es muy tolerante.

—Gracias, señora —dijo Tamara con los cachetes colorados.

—Encima es educada. Esta niña es un amor —añadió mi abuela.

—Ejem ejem —Cristian no quería que su novia fuera menos.

—Perdona, hija. Es obvio que tú también eres muy preciosa.

—Muchas gracias —respondió Verónica.

Seguimos comiendo y, antes de llegar el postre, Leo me escribió un mensaje diciendo que venía de camino.

—¿Os importaría esperar a que venga un amigo para comer el postre juntos? —pregunté.

—Uiuiui. Nuestros niños están ya todos emparejados —mi tío le dio unos golpecitos en el codo a mi padre.

—Ha dicho que es un amigo —mi padre suspiró.

—Esos decimos todos al principio. Jajaja —Cristina intentaba picarlo.

—¿Qué amigo iría a la cena de Navidad de una amiga? Mira que eres ingenuo, tito —el que faltaba por opinar.

—Lo mismo no tiene familia —mi madre intentaba auto convencerse.

—Sí, sí tiene. Después iré yo a visitarlos a ellos.

—¡Qué ganas de veros a todos al lado de vuestros novios! —mi tía Edurne estaba emocionada. —Luís, está viniendo. Sal a hacerle hueco en el garaje.

—No caben más coches, Edu —aclaró mi tío.

—No os preocupéis. Él aparca fuera. Además, somos los que nos vamos a ir antes.

Empezamos a recoger la mesa para dejarla libre y poner el postre. Leo llegó muy puntual. Salí sola a recibirlo, aunque todos estaban detrás de la puerta espiando. Aproveché la situación para saludarlo con un beso y, así, ahorrarme las explicaciones.

Le invité a pasar. Nos acercamos a la puerta agarrados de la mano mostrando lo que somos. Mis tías, mi tío, mis primos y mi abuela tenían una sonrisa enorme en la cara, mientras que mis padres no sabían dónde meterse. Todos entraron para poder darle la bienvenida más cómodamente. Se fue presentando uno a uno, menos a las novias de mis primos que estaban tímidamente sentadas en la mesa.

—Buenas noches, usted debe ser el padre de Agnes. Soy Leonardo Ferrer —Leo le tendió la mano a mi padre.

—Sí, encantado Leo —que falso... Le estrechó la mano.—. mí puedes llamarme Carlos. Esta es mi esposa Leticia.

Leo se acercó a darle dos besos a mi madre.

—Encantado. Su hija y usted sois muy bellas —sonrojó a mi madre y esta soltó una risita nerviosa.

—Pues que sepa que mi hija tiene toda mi cara —mi padre cortó el ambiente.

—Usted también es muy bello pues —bromeó Leo.

Todos empezaron a reírse. No sé qué pretendía, pero no se estaba ganando a mi padre. Fue raro que no le saltara con algo.

Le quedaba por saludar a mi abuela, quien ya parecía haberse enamorado. Mientras saludaba al resto, ella no paraba de decirme lo guapo que era.

—¿Y quién es esta dama que tenemos aquí? —desde luego que sabe camelarse a las mujeres.

—Soy Pepa, la abuela de Agnes —dijo ella con mucho desparpajo.

—Lo de abuela no le sienta muy bien, parece muy joven para tener nietos —eso ya no colaba.

—Oioioi. A estas alturas vas a conseguir sonrojar a una vieja. Jijiji.

Este chico... Al menos ha sabido ganarse a la matriarca. Eso es bueno porque ya se encargará mi abuela de metérselo por los ojos a mi padre.

Nos sentamos alrededor del postre. El silencio fue el rey de la fiesta mientras nos servimos hasta que Leo lo rompió.

—¿Quién ha hecho este postre? Está delicioso —dijo agradecidamente mientras saboreaba la tarta de manzana.

—Lo he hecho yo, tengo bastante experiencia en la cocina —presumió mi tío.

—Ya veo. Su sabor me recuerda mucha a la que comí un día en un restaurante llamado Obtrus; os recomiendo que, si podéis, vayáis allí a comer algún día.

—Jajaja. ¿Eso te lo has preparado? —preguntó incrédulo mi tío.

—¿Cómo?

—Supongo que Agnes te habrá hablado de mi cadena de restaurantes y por eso lo dirás.

—No, yo no le he dicho nada. Lo juro —me defendí.

—Es cierto, Agnes no me ha hablado de su trabajo. ¿Acaso eres el dueño de Obtrus?

—Por supuesto, esa maravilla es mía —qué orgulloso estaba de decirlo...

—¿En serio? No me lo puedo creer. ¿Trabajáis para hoteles?—. Leo se le pusieron los ojos como platos.

—Tuvimos una mala experiencia con un hotel y, la verdad, no me he atrevido a probarlo más. ¿Por qué lo preguntas?

—Yo dirijo una gran cadena de hoteles y acabamos de abrir uno en la ciudad. Aunque el resto de mis hoteles son de cinco estrellas y bastante caros, este último ofrece las mismas calidades, pero a un precio inferior. El caso es que me gustaría incluir vuestra cocina en uno de mis restaurantes desde que comí en Obtrus —cuando habla de negocios cambia hasta el tono de voz.

—¡No sé cómo no me he dado cuenta, eres tú! Cuando abriste el hotel, busqué información sobre ti y diriges un gran imperio. La verdad es que no me paré a mirar tus fotos, pero, en el fondo, me resultabas familiar. Si quieres podemos estar en contacto y llegar a un acuerdo —genial, se había ganado a mi tío antes que a mi padre.

—Claro que sí, cuenta con ello.

Se pasaron los números de teléfono y siguieron hablando de sus cosas. Los demás seguimos tomando el postre sin enterarnos muy bien de lo que estaban hablando.

La noche estaba saliendo a pedir de boca. En general, Leo se estaba ganando a mi familia y yo estaba muy contenta por ello. De los tres nuevos que se habían incorporado a la cena, él era el que mejor se estaba integrando; Verónica y Tamara estaban tan cortadas que apenas se atrevían a hablar.

Ayudé a recoger la mesa antes de irnos. Se estaba haciendo tarde y debíamos ir a casa de Leo.

—Amor, ¿no crees que deberíamos de ir a saludar a tu familia?

—No va a ser posible. Mi prima se ha puesto de parto y están todos en el

hospital esperando a ver qué pasa.

—Ains... No sabía nada...

—Me lo ha dicho hace un rato por el WhatsApp, pero no te preocupes, dicen que todo está saliendo bien.

—Me da cosa tenerte aquí conmigo —bajé la cabeza.

—¡Eh! No podría estar en mejor sitio —me agarró la barbilla y elevó mi cabeza.

—¿Seguro?

—Seguro —me besó. —Si me voy antes es por ese motivo, pero no tengo prisas.

Mis padres estaban en la cocina y no pudieron presenciar el beso; aunque me hubiese gustado que lo vieran para que se les metiera en la cabeza que ya tengo edad de hacer mi vida.

Mis primos terminaron de recogerlo todo para poner la música y empezar a bailar. Leo se ponía a hacer pasos de bailes tan divertidos que me recordaban a Ámbar. Suerte que estaba tan feliz que no me entristeció recordarla.

No pasó mucho más de media hora cuando llamaron a Leo. Su sobrina ya había nacido y su familia le reclamaba allí.

—Brujilla, me tengo que ir. No te digo que vengas porque no me parece el ambiente más adecuado para que los conozcas —se excusó.

—No, está bien. Ve con tu familia y disfruta de un momento tan mágico —le sonreí.

—¿Ya te vas? —preguntó mi tía Simona.

—Sí, tengo que irme.

—¿Vas por casualidad a la ciudad? Me gustaría quedarme por allí —cuando se trata de salir de fiesta, esta mujer no es nada vergonzosa para pedir favores.

—Yo te llevo, no hay problema.

—¡Muchas gracias! —pasó de ser una seca a sonreír.

Acompañamos a Leo hasta su coche. Mi padre se quedó alucinado al ver el

coche, esperaba que eso se lo camelara un poco. Se creó un momento muy bonito cuando mi familia lo despidió, incluso, mi padre le dio un buen apretón de manos. Y, bueno, llegó el momento de plantarle otro buen beso y dejar claras las cosas con mis padres. No les dejé con buena cara, pero creo que captaron muy bien el mensaje ya que, después de eso, no me volvieron a decir nada más acerca de lo pequeña que soy.

No recuerdo una nochebuena más especial que esa, firmaría lo que hiciese falta si todos los años se repitiese. Además, mi abuela se quedó a dormir en mi casa conmigo porque mi tía estaba por ahí y no quería dejarla sola.

Tras lo vivido ese día, deseaba que su familia fuera al menos la mitad de amable conmigo de lo que lo había sido la mía con él. Me quedé pensando mucho en ello.

¡Ah! Quiero deciros que no os preocupéis, ya os iré hablando de mi abuela poco a poco. La llegaréis a conocer a la perfección y la amaréis tanto como lo hago yo.

Capítulo 11: 30 de Diciembre.

Sentía que iba a acabar el año espléndidamente con buenas notas, un novio de ensueño, mi familia feliz, el trabajo se me hacía muy entretenido... Pero aún me quedaba un asunto pendiente: arreglar las cosas con Ámbar.

Desde la tarde de la bolera, no habíamos establecido ningún tipo de contacto. Ni siquiera llamó a preguntarme cómo me sentía después de lo sucedido en el baño. ¿Qué le pasaba a esta chica? Me negaba a culpar a Gonzalo por los actos de ella. No podía permitir que nuestro año acabase de tal manera así que la llamé por el mediodía.

—¿Qué pasa? Por fin te acuerdas de mí —ese fue su saludo al cogerme la llamada.

—Claro que me acuerdo de ti, no seas tonta. Te llamaba para proponerte salir después a algún lado a tomar un refresco.

—Hoy no puedo quedar. Voy a ir con Gonzalo a merendar a la crepería.

—Ah, bueno —dije desilusionada. —Me avisas el día que podamos vernos.

—Sí, ya te llamaré —ni por escucharme mal iba ella a dejar de estar saboría.

Me había puesto como propósito no dejar asuntos pendientes ese año y lo iba a conseguir pasara lo que pasara. Como sabía dónde estaba la crepería, pensaba acercarme a toda costa. ¡Se creería esta que se iba a librar de mí!

Como no sabía la hora, me senté en un bar al frente de la crepería a tomar un refresco sobre las cuatro de la tarde. Me parecía obvio que no iban a ir más temprano a comer algo. Estaba atenta a todo el que entrase allí. Evidentemente disimulé mucho para no quedar de rarita y sospechosa. La gorra negra que llevaba, mis gafas de sol, los pantalones militares, las botas en pleno verano... Algo en mí cantaba un poco.

¡Bingo! A las seis menos cuarto pude visualizarla a ella y a... Ese no era Gonzalo. ¿Quién era ese chico que estaba con mi amiga? Tenía que ir a

investigar...

Pagué mis bebidas. Crucé la calle con mucho sigilo como si eso ayudara en el plan. Estaba llegando a mi objetivo y no tenía ni idea de lo cómo iba a entrar. Se me ocurrió recogerme una cola porque casi nunca me las cogía y Ámbar no iba a relacionarla conmigo. Había que salir de dudas.

Era hora de entrar en acción. Primero me asomé por el cristal del ventanal del local para ver en qué lado estaba sentada. Ui... Al lado derecho, muy al fondo, demasiada intimidad. Tuve que entrar rascándome el lado derecho de la cara para mi mano tapase mi rostro. Pedí mi batido en la barra para no meter la pata pidiéndolo en la mesa.

Me senté a dos mesas a la izquierda de ellos, posé el codo derecho en la mesa y apoyé mi cara en la mano del mismo lado. Con mis dedos creaba un especie de persiana que me permitía mirar sin ser vista. Me dio mucho coraje no poderme pedir un crepe, pero, si ya soy patosa, a saber, que pasaría usando la mano izquierda para comer; siendo diestra para todo.

Pasaba el tiempo y sólo escuchaba risas y risas, pero no conseguía enterarme de que estaban hablando. Nunca había visto a su acompañante. El chico era normalillo, no era gran cosa ni tampoco era feo. Supuse que se trataría de un amigo o familiar que no me había presentado, aunque la actitud de júbilo de Ámbar no me lo terminaba de dejar claro.

Poco a poco iba viendo gestos muy cariñosos. Ahora te pongo bien el flequillo bien, que si te aprieto la mano, que si acaricio tus dedos... Ámbar, ¿por qué te dejas tocar tanto? La cosa se estaba yendo por un camino que no me gustaba nada de nada. Me estaba sintiendo muy incómoda ante la situación ya que, según tenía entendido, Ámbar seguía con Gonzalo.

En una de las veces que abrí mis dedos para observar, vi lo que menos me apetecía. Su labios estaban pegados y besándose... Esperaba en el fondo enterarme de que había cortado antes con Gonzalo. Me sentía un poco agobiada y me levanté irme. Ya pasaba de taparme e incluso no dejé de mirarla para forzar que me viese.

Estaba tan atenta a los ojos de su nuevo amado que no miraba a otra parte. Necesitaba que me viera, por lo que cogí el móvil y me puse a “hablar con Leo” en alto mientras pagaba el batido. ¿Adivináis con qué palabras me miró? Pues con nada más y nada menos que “Ámbar y Gonzalo podrían venirse al cine con nosotros”. Se descompuso al verme.

Salí de la crepería con mucha rabia por lo que había descubierto. La cara de mi amiga me lo había aclarado todo, ella seguía con Gonzalo. Esperé fuera a ver si tenía lo que había que tener para salir a hablar conmigo. Tardó un poco, pero lo hizo.

—Agnes, ¿qué haces aquí? —se le notaba molesta.

—Dijiste que ibas a venir a la crepería y me quise pasar a saludar —no le iba a contar la verdad.

—¿Por qué ibas a querer venir a saludarme?

—Porque llevo mucho sin saber de ti y quería asegurarme de que todo estaba bien —nada de suavidad en mis palabras.

—Si no te he hablado ha sido porque no he podido hacerlo. No tengo que estar todo el día encima de ti.

—Ay, no. A mí no me vengas con esas. Tú no has hablado conmigo para no tener que contarme cosas como la que acabo de ver.

—Lo que acabas de ver es mi vida. ¿Te enteras? No eres nadie para venir a juzgarme.

—Mira, tenía la intención de acabar bien el año contigo, pero es mejor que te vayas un poco a la mierda.

—No, si encima me vas a venir aquí a vacilar. Vete tú a la mierda con tu noviecito estirado.

—La has cagado mucho conmigo. Paga con quién quieras tus porquerías de movidas, pero a mí me dejas en paz. Estoy cansada de que me hables mal de gratis —me di media vuelta para irme.

—Vete. Venga, vete. Yo también estoy cansada de ti.

Los ojos se me hicieron un mar de lágrimas. Quizás me pasara mandándola

a la mierda, pero no podía más con el trato que me estaba dando.

No aguanté mucho andando de esa manera, tuve que sentarme en un banco. Me sentía sin ganas de nada y no sabía muy bien dónde ir. Se me ocurrió llamar a Leo. Justo cuando me descolgó, le corté la llamada. No me había parado a pensar en que no era la persona indicada contarle lo que había sucedido, por ser el mejor amigo de la víctima. Al momento me devolvió la llamada y le dije que, al dejar el móvil en el bolsillo, le habría dado sin querer con la pierna. Mentirle me parecía la mejor opción.

Que presión sentía dentro de mí y qué dolor tan grande la pelea con mi mejor amiga. ¿Qué hago? ¿Dónde debería ir? No me decidía a nada.

Pasó por delante mía un señor que estaba fumando. Mi pasado con el tabaco era más bien fugaz y por presión social en las discotecas. A pesar de eso, se me apeteció relajarme y fumarme uno. Paré a señor.

—Disculpe, ¿me vendería un cigarro? —contándolo ahora, suena ridículo.

—¡Qué te voy a vender! No se me ocurriría a mi cobrarle a una chica tan bonita por pedirme algo tan insignificante —suena mal pero sólo quiso ser amable.

Sacó su paquete de tabaco y me ofreció coger uno. Luego, me sonrió.

—Espero que lo disfrutes. Buenas tardes.

—Muchas gracias. Vaya usted con Dios —se merecía eso y más por ser tan buena gente.

Me volví al banco donde estaba sentada. Esto... ¿Cómo se me ocurre pedir un cigarro sin llevar un mechero encima? Pues, otra vez, tuve que parar a alguien para pedirle fuego. Menos mal que no iba mal vestida como para hacer huir a los demás.

Casi todos me decían que no tenían, que ellos no fumaban. Estaba por tirar el cigarro cuando vi a Sergio paseando por allí. Me acerqué a él.

—Sergio, parece ser que siempre nos vamos a ir encontrando de casualidad.

—Pero bueno, ¡qué alegría verte de nuevo! ¿Qué haces por aquí?

—Nada importante, la verdad. He ido a merendar a la crepería y me había

sentado a fumarme un cigarro tranquila. El problema es que no tengo fuego y me parece que, de fumar, más bien poco.

—No sabía que fumases. Yo siempre llevo fuego encima porque algunos de mis amigos lo hacen y son un desastre con los mecheros —hizo gestos como compadeciéndose de ellos.

—No, si no fumo, pero estoy algo agobiada y necesito algo que me relaje.

Sacó un mini mecherito muy mono de su cartera y lo prendió.

—No quiero ser entrometido, pero si necesitas desahogarte, puedo hacerte compañía un rato —me puso la mano en el hombro. —Eso sí, no puedo quedarme más de veinte minutos.

—Si te quedas conmigo me haces un grato favor. Prometo no entretenerte mucho. Sólo necesito soltar un poco el agobio que tengo dentro —estaba un poco temblorosa.

—Si quieres, vamos nos sentamos un rato y ya te desahogas un poco cuando te sientas segura.

Lo guie hasta el banco en donde me senté antes. Estuve unos minutos en silencio dándole vueltas a las cosas. La compañía de Sergio me hacía mucho bien, aunque no estuviéramos interactuando mucho.

—¿Me juras que no contarás nada de nada a nadie de lo que te voy a contar? —me quería asegurar que me daba su palabra para ir contándolo.

—Por supuesto. No soy un chismoso, tranquila —soltó una risita.

—No me malinterpretes. Lo que te voy a contar es muy fuerte y no quiero que vaya a peor.

—No te excuses tanto y aprovecha el tiempo que voy a estar aquí para aliviarte un poco —se veía un hombre muy sensato.

Estuve contándole todo lo sucedido con Ámbar últimamente.

—Entiendo. Lo único que te puedo aconsejar es que te mantengas al margen de todo ese tema. Si ella le es infiel al novio, el problema es suyo. No tienes por qué agobiarte.

—No, si a mí lo que más me preocupa es su actitud conmigo. No le he

hecho nada, de verdad.

—Te creo. Seguramente ella ha actuado así contigo porque no quería que te enteraras de todo y la juzgaras. Por muy amiga suya que seas, ella siempre va a tener sus secretos.

—Lo sé, pero podría haber sido menos dura conmigo.

—Ahí te doy la razón. Tú ahora lo que deberías hacer es dejar que el tiempo pase para que ella se dé cuenta de cómo se ha comportado contigo. Tiene que ver que sus miedos por hacer lo que estaba haciendo, no te los debería de haber echado encima.

—Eso es lo que haré. Ojalá no se olvide de los buenos momentos que hemos vivido por una peleilla de nada. Yo le sigo queriendo mucho y la querré.

—Te aseguro que ya lo sabe. Quizás le cueste un poco más admitir su error, no obstante, ella no va a olvidar lo buena amiga que eres.

- Gracias por tus palabras, me estás ayudando un montón.

—No me las des. Al menos he conseguido una oportunidad para pasar un rato contigo.

Sus palabras me descolocaron un poco. A ver, sabía que en la fiesta se acercó a mí para ligar, pero, desde que estaba con Leo, no pensaba ni en la posibilidad de que otro chico se me acercase.

Lo siguiente que tenía pensado era pedirle consejo sobre si debería contárselo a Leo, cosa que no hice. Después de decirme directamente que me escuchaba para pasar tiempo conmigo, pensé que era un poco cruel romperle el corazón hablándole de mi novio. No tengo tan malas ideas.

—Te debo una Sergio, te has comportado como un gran amigo—. ver si hablando tipo friendzone pillaba algo.

—No me debes nada, ni siquiera las gracias. Es más, te voy a dar mi número del móvil por si cualquier día necesitas algo de mí —arqueó sus cejas.

Apunté su número en la agenda. Nunca se sabe si estás conociendo al mejor

amigo del mundo o, simplemente, una persona más que pasa por tu vida.

—Me voy a ir ya. Quedo en llamarte, ¿vale? —le ofrecí amablemente.

—Me alegra oírlo. Esperaré impaciente —dijo sin quitar su mirada de mis ojos.

—Pues hasta pronto —le di dos besos en la cara.

—¡Que te vaya bien! —respondió mientras se alejaba.

Me fui a casa algo más tranquila, aún preocupada por lo de Leo, pero mucho más relajada. Por el momento, iba a mantenerme al margen y a no contarle nada a mi amor. No era ni problema mío ni de él así que no tenía por qué sentirme culpable.

Capítulo 12: 2 de Enero.

Disfruté los días anteriores sin pensar en ningún tipo de problema. Esta vez, no había podido disfrutar de Leo en nochevieja porque tuvo que atender asuntos laborales. El pobre hizo lo que pudo para poderme ver el dos de Enero que, siendo lunes, lo tenía bastante complicado.

Nos merecíamos una cena juntos. Era demasiado pedirle un día entero por lo que me conformé con unas horas por la noche. No sabía dónde me iba a llevar, pero me dijo que iba a ser un noche espectacular. Le pregunté por mensaje lo que más me preocupaba.

“Amor, ¿va a ser una noche formal o informal?”

“Puedes venir como quieras porque no vamos a estar en un sitio público.”

¡Privacidad! Me encanta como suena esa palabra. En todo este tiempo, aunque privacidad y sexo no venían de la mano, no me iba a dar por vencida. Para mí es muy importante conocer a tu pareja en la cama. Antiguamente era normal el no hacerlo hasta el matrimonio, pero no estábamos en esos tiempos. ¿Qué le impedía a Leo tener relaciones conmigo? Tenía que romper esa barrera.

Aproveché la salida del trabajo para comprarme un picardías Elegí uno con ligeros, encajes de color negro y algunos bordados de color blanco. Me quedaba estupendo y me elevaba mucho los pechos. ¿Quién se iba a resistir a este cuerpo serrano? Estaba para chuparse los dedos.

Me llevé el resto de la tarde cantando y bailando. La escoba era mi fiel compañera de danzas durante el ensayo de mi baile de princesas. De paso aproveché para ir limpiando. Teniendo en cuenta que el año anterior terminó, en su mayoría muy feliz; este año no iba a ser menos y no hice más que intentar llenarme de energías positivas.

Me pidió a través de un mensaje que me acercase al hotel sobre las nueve de la noche. ¿Su sitio privado iba a ser un hotel? No quería fliparme para no llevarme más chascos, pero es que lo deseaba con todas mis fuerzas.

Fui al hotel. Le mandé un mensaje al llegar.

“Ya he llegado Te espero en la recepción”

“Mejor dile a Julia que eres la novia de Leo y que te dé la llave de mi suite”

Busqué en la recepción a la persona con la etiqueta de Julia. No la vi. Fui a enviarle un mensaje a Leo cuando una señorita muy amable se acercó a mí.

—Buenas, le he visto dar muchas vueltas. ¿Desea algo? —me preguntó cordialmente.

—Sí, gracias. Estoy buscando a Julia. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Julia ha salido a hacer unos recados. Puede esperarla aquí o, si puede ser, le echo una mano yo misma.

—El señor Ferrer me ha dicho que se lo pida a ella directamente. No sé si usted pueda.

—¿Eres su novia?

—Sí, soy yo —me encantaba afirmarlo.

—Acompáñeme. Julia me dejó las llaves de su suite por si ella seguía fuera cuando viniese.

—Genial. Gracias por su preocupación.

La señorita me dio las llaves y me indicó cómo llegar. Por las indicaciones que me dio, su suite iba a ser aquella tan misteriosa a la que no me dejó pasar aquella tarde. Sí, aquella que se supone que estaba hecha un desastre.

Llamé a su puerta.

—¿Contraseña? —cuando le daba por bromear, le daba.

—¿Qué dices, payaso?

—Contraseña incorrecta. Le quedan dos intentos —madre mía... Si le hacía ilusión, lo mejor era seguirle el juego.

—Brujilla —no es que tuviésemos muchas más palabras en común.

—No es esa, pero le voy a dejar pasar igualmente. Me da mucha lástima dejarte ahí sola.

—¿¡Qué dices!?! ¿Cuál era la contraseña? —abrió la puerta y se empezó a reír.

—La contraseña era te quiero —su tono romántico me endulzó.

—¡Oh! ¿Por qué eres tan mono?

—Porque me tienes loquito —sacó un ramo de flores de la espalda.

—Para... Vas a hacer que me emocione.

—Te dije que iba a ser una gran noche —me besó.

Cogió mi mano y me llevó a la terraza. Tenía montada una mesa preciosa con sus velas y todo.

—Hoy vamos a disfrutar de una cena bajo la luz de las estrellas. Voy a mimarte para que nunca quieras irte de mi lado.

—Ni dejando de hacer estas cosas voy a irme de tu lado.

Todo era tan romántico... Sin duda, nos merecíamos esa cena. Su vida tan ocupada apenas nos dejaba margen para hacer planes tan detallados como ese.

Esperamos a que trajeran la comida mientras disfrutábamos de un momento tierno. No había duda de que no era la única de los dos que sentía cosas fuertes por el otro. Nos estábamos entendiendo como nunca imaginé entenderme con un leo.

Si ya me había sorprendido con la decoración, la elección de la cena fue todo un acierto. ¿Cómo sabía mis comidas favoritas? Ni le pregunté porque seguro que había sido cosa de mi abuela... Ya sabía de lo que habían estado hablando mientras ayudaba a recoger la mesa. Mi abuela no iba a desaprovechar la oportunidad de meter a semejante galán en la familia.

Entre la deliciosa cena, el champán y las estrellas, me imaginaba noche tras noche viviendo eso en una casita en el campo.

—¿Por qué no pasamos dentro? —¡Oh Dios! ¿Se acababa de morder el labio?

—¿Y por qué sí? —le seguí el juego.

—Porque está haciendo frío y necesito calor.

—¿Crees que haga falta poner la calefacción?

—En la cama no, así estaremos más cómodos.

—Pues dejemos de pasar frío cuánto antes.

Se levantó de la silla y me extendió la mano mientras me miraba de arriba a abajo. Le di la mano. Tiró hacia él. Me tenía agarrada por la cintura. Sus manos no tardaron en bajar hacia mi trasero y apretarlo bien. Yo estaba inmóvil mirándolo a los ojos.

Rio pícaramente y me llevó dentro de la habitación.

—Voy a hacer que no te puedas dormir sin pensar en mí cada noche —posó su mano en mi cara.

—¿Estás seguro? Necesito pruebas.

Me empezó a besar intensamente. El cosquilleo que estaba provocando en mí hizo que lo tirara contra la cama. No sabéis las ganas que tenía de desnudarlo. Es por ello por lo que me puse como una posesa a quitarle todo lo que llevaba puesto. ¿Qué tendría ahí abajo? Tenía que averiguarlo.

—¡Leo! ¿Qué es esto? —los ojos se abrieron más allá de su límite.

—¿El qué? —se quedó confundido.

—Esa morcillaca que me traes —era demasiado para mi vagina.

—¿No te gusta la morcilla? —elevó sus cejas mientras me miraba.

—Me encanta la morcilla, es sólo que no me imaginaba que tuvieras tanto material —en el fondo me asustaba que me doliese.

Se levantó y me tiró en la cama él a mí.

—Siempre me han enseñado que es mejor que falte a que sobre. ¿Estás preparada para que te llene enterita?

—Ufff. Estoy preparada y deseando.

Se agachó a los pies de la cama para empezar a besarme las piernas. Desde los tobillos, recorrió lentamente mis piernas hasta llegar a mi vagina. Me quitó las braguitas. Llegó entonces el momento en el que nuestras partes íntimas se fundieron en una.

Los dos desnudos en la cama mientras compartíamos nuestro amor. Nuestros cuerpos nos pertenecían a ambos. Todo lo podíamos tener y tocar, todo nos pertenecía.

La ferocidad del León estaba de su lado aquella noche, pues nadie me había empotrado con tanto énfasis nunca. Fue toda una sorpresa que se le diera tan bien satisfacerme en la cama. ¿Qué sería aquello que le impediría hacerlo antes? No era momento de preguntar por eso.

Aquel miembro era lo que me faltaba por conocer en esta vida para terminar de ser feliz. Estaba tan grueso que hacía mucha fricción con mis paredes vaginales. Ese pene debe ser primo hermano del de Nacho Vidal.

Unas horas de locuras y pasión desenfrenadas me dejaron sin aliento. Mi cuerpo quedó abatido después de tanto trote, necesitaba parar un rato. Si descansaba bien lo mismo podríamos hasta repetir.

Como siempre en mi vida, después de la calma llega la tormenta. La llamada que iba a recibir Leo a esas horas de la noche iba a estropearlo todo. Mi noche no acabó precisamente bien.

Como os estaba diciendo, el móvil de Leo empezó a temblar ya que lo estaban llamando. No pude ver quién era, pero se fue a la terraza a responder. Al principio me acerqué a escuchar a ver si me enteraba de quién era, pero no hubo suerte. Leo sólo decía “sí”, “¿en serio?”, “qué mal, tío” y poco más.

Cuando Leo volvió a la cama, se quedó mirándome.

—Gonzalo me acaba de llamar llorando —me comunico preocupado.

—¿Llorando? ¿Qué pasó?

—Ámbar le ha sido infiel.

—¡OMG! Pobrecito, debe estar fatal —me compadecí.

—Quiero saber algo y necesito que seas sincera conmigo —se puso serio.

—Sí, claro. ¿De qué se trata? —miedito...

—¿Sabías algo sobre el tema?

—A ver, déjame explicarte.

—¿¡Eso es un sí!? —me interrumpió. —¿Estabas cubriendo a tu amiga? —se levantó de golpe de la cama.

—Leo, por favor, escúchame. Lo supe porque perseguí a Ámbar, pero fue

hace sólo un par de días —le agarré la mano. —De verdad que no sabía nada de antes ni por boca de ella.

—Cómo has podido ocultarme una cosa así... —Apartó su mano de la mía. —Pensé que teníamos confianza para estas cosas... —Se giró para un lado.

—Leo, te lo iba a contar, pero no quería cargarme el día de hoy —me estaba poniendo muy nerviosa.

—Para mí, la confianza es lo primero. Siento ponerme así contigo —seguía girado mirando hacia la terraza. —Ya me han hecho mucho daño con mentiras en mis otras relaciones como para querer vivir lo mismo de nuevo.

—No pretendía ocultarte nada. Me enteré de todo esto el viernes pasado y no sabía de qué manera contártelo —sentía un nudo en mi estómago al no saber qué iba a pasar.

—¿Te enteraste el viernes? Gonzalo dice que lleva un mes con el otro chico —me miró desconfiado.

—Me enteré el viernes, sí. Y lo supe porque la estuve espiando.

—¿Por qué ibas a querer espiarla? —seguía desconfiando...

—Porque quería saber qué le pasaba... Pregúntale, por favor —no sabía ya de que manera rogarle que me creyese.

—Está bien, voy a creerte. Tus ojos parecen muy sinceros en estos momentos, pero no quiero que me ocultes cosas de esa índole —se acercó a abrazarme.

—Te prometo que así será —le dije mientras estaba entre sus brazos.

Me sentía bastante aliviada ya que todo se había arreglado. Creo que debió pasarlo muy mal con sus antiguas relaciones como para ponerse así por no contarle algo. También es verdad que ese algo afecta a su mejor amigo, pero eso no me quita el derecho de guardar los secretos de mi amiga.

Preferimos ver una película para cambiar de aires. Lo mejor era no pensar en nada de lo sucedido y pasar la noche abrazaditos en la cama. Ni ganas de sexo teníamos. La verdad es que agradezco mucho que Gonzalo llamase después de disfrutar con Leo; no sé lo que hubiese aguantado si me hacía esperar más para

hacerlo con él.

No le estuve echando mucha cuenta a la película, pues no dejaba de darle vueltas a lo que había sucedido. Nuestra primera pelea acababa de suceder. No dejaba de rayarme pensando en la actitud que había tenido conmigo, ¿fue para tanto? Supuse que poco a poco iría conociendo los motivos que le habían llevado a ponerse como un fiero.

Me metí en la cabeza que había sido una fase que debíamos pasar juntos y que fue un éxito; la pelea no fue a mayores si no que la superamos sin dudar mucho el uno del otro. A ver, suena a que veo normal que haya habido una pelea y no es así. Lo que pienso es que, de haber una pelea, prefiero que sea cuanto antes para conocer cómo enfrenta mi pareja ese tipo de situaciones. Por el momento, Leo se había montado un poco temperamental, pero supo mantener la calma y confiar en mis palabras.

Intenté, a toda costa, darle muchos mimos y hacerlo reír. Él, por su parte, no me dejaba despegarme ni un milímetro de su cuerpo. Ambos disfrutamos del resto de la noche lo mejor que pudimos.

Fue un día muy especial para mí. Cada vez que lo recuerdo, se me vienen muchas más imágenes de la cama que de la discusión. Ya os podéis imaginar lo bien que lo hizo todo.

Capítulo 13: 9 de Enero.

Una semana desde nuestra gran y magnífica noche. Una semana, además, en la que no había podido ver a Leo. Estaba tan acostumbrada a su poca disponibilidad que no le di ni importancia. Lo único que me tenía alerta era lo soso que estaba siendo en sus mensajes:

“No puedo quedar. Ya hablamos.”

“Estoy muy cansado, ya te llamaré otro día.”

“No, Agnes. No tengo tiempo para escribirte mensajes todo el día.”

Me parecía que algo fallaba. No es que fuera la persona más expresiva a través de los mensajes, pero, al menos, me solía poner caritas.

A veces mi mente me hacía malpensar sobre el motivo de su aparente sequedad.

—¡Uy! Ten cuidado de que este, una vez que te ha catado, ya no quiere saber nada de ti.

—¡Cállate! De ser así no habría esperado tanto tiempo para hacerlo conmigo —me aclaraba a mi misma.

—¿Y si no le ha gustado la química que ha habido entre vosotros?

—¡Ay! ¡No sé! Seguro que habría venido a decírmelo.

—Pues ya ves lo que le gusta hablar las cosas...

Estaba hecha un lío. Me intentaba autoconvencer de que estaba todo bien, pero era obvio que pasaba algo. Tenía que verlo para conocer la verdad.

“Amor, ¿cuándo vas a tener un ratito para verme?”

“Sabes que estoy bastante liado ahora.”

“¿No tienes ni diez minutos para venir y darme un abrazo?”

“Aunque parezca increíble, no tengo ni cinco.”

“Si quieres me puedo acercar a la oficina a la hora de comer”

“No, no hace falta. No estoy cogiendo descansos.”

Nada. No había manera. ¿Acaso no cagaba? ¿No se duchaba? ¿No respiraba?

O estaba muy obsesionado con el trabajo o me estaba mintiendo. Ahora, os digo una cosa, sí Ámbar no pudo huir de mí, él tampoco. Yo sabía de sobra dónde estaba su oficina para pasarme a hacerle una visitilla.

Esta vez no fui tan de incógnito como con Ámbar sino, más bien, todo lo contrario. Era el momento de deslumbrar entre todos los trabajadores de esa oficina, de que Leo pudiese vacilar de la pedazo de novia que se había echado y de que le entraran ganas de volverse conmigo a casa sin importar el trabajo que tuviese. Me tomé tan en serio lo de ir arreglada que no iba a coger el autobús. No tenía para una limusina, pero un taxi pegaba más. Iba decidida a arrasar.

Llegué a su edificio y pregunté por él. Había ido sin saber si estaba allí.

—Disculpe, ¿trabaja aquí? —le pregunté a una chica guapa y trajeada que iba a entrar en el edificio.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Sabe si se encuentra el señor Ferrer en su oficina?

—Venga conmigo a ver. Salió antes pero no sé si ha regresado.

Seguí a la chica, la cual me llevó a la quinta planta.

—Es por aquí. Vamos a preguntarle a Elena.

¡Oh, no! ¿Elena seguía siendo su secretaria? Me sentó como una patada en el culo. Nunca más volvimos a hablar sobre ella, pero supuse que la despediría o algo. No me juzguéis por ese comentario, es tan solo que no me agradaba que se siguieran viendo. Me quedé parada antes de cruzar la esquina para no verla.

—Buenos días, Elena. ¿Sabe dónde está el señor Ferrer?

—Sí. Me dijo que se iba a llevar todo el día en el hotel arreglando asuntos. ¿Lo llamo?

—No, no. Una chica ha venido preguntando por él. Ahora mismo no la veo, se habrá quedado detrás. Voy a buscarla y se lo digo.

—¿Una chica? ¿Por qué iba a venir una chica a la oficina preguntando por él? —¿qué hacía esa tipa preguntando eso como si estuviera celosa?

—No lo sé. Venía muy elegante. Seguramente quiera proponerle algún negocio.

—Entonces dígle que se pase mañana que, seguramente, él no se mueva de aquí.

Si había tomado esa actitud al saber que una chica se iba a reunir con Leo, ¿qué habría dicho al verme a mí? No quería ni saberlo.

La chica que me guio cruzó la esquina y me vio. Me dijo lo que estuvieron hablando, aunque yo ya lo sabía. Tenía entonces un nuevo destino: el hotel.

El hotel estaba cerca de donde él trabajaba así que me di un paseo a pie. Ahí me pude arrepentir lo más grande de llevar taconazos. Aun estando al lado, el camino se me hizo eterno. Menos mal que llevaba en el bolso tiritas porque mejor ni hablo de las rozaduras que me estaban haciendo al ser nuevos.

En el hotel no tuve ni que preguntar por él. Lo vi enseguida de espaldas hablando con un par de personas. Decidí esperar un poco para no interrumpir la conversación, pero alguien apareció ante mí.

—Hola, Agnes. ¿Qué haces tú por aquí? —la cara de Gonzalo no era precisamente amistosa.

—Buenas, Gonzalo. He venido a ver a Leo y hablar de unas cosas con él —no quería darle muchos detalles. —¿Cómo estás? No sabía nada de ti.

—¿Y qué ibas a querer saber? ¿Que estoy hecho una mierda por culpa de tu amiga?

—Siento mucho lo que te pasó con ella. No me esperaba que te fuese a hacer eso.

—No me vengas con tonitos de penas ni excusas. Entre amigas os conocéis y os lo contáis todo —le echaban humo las orejas.—. si sois tan amigas, seréis iguales.

—No, Gonzalo. No vayas por ahí porque no estás pensando lo que dices. Yo no sabía nada de boca de ella ni le jamás le he sido infiel a nadie. Me da mucha pena que te haya afectado tanto lo que ha pasado, pero yo ahí no tengo nada que ver —me tuve que poner firme con él.

—De ser verdad, le das la gracias a Ámbar de que ni yo ni Leo te creamos —¿por qué decía eso de Leo? No me pareció justo por su parte meterlo.

—Leo si me cree. Le conté como me enteré de todo y él acabó confiando en mi palabra.

—No, te confundes y mucho. Leo en estos momentos no confía nada en ti. ¿Crees que te ha estado ignorando por gusto? Porque por eso estarás aquí —sabía que Leo no estaba bien conmigo y eso me hizo dudar un poco.

—Estoy aquí para darle un gran beso delante de tu cara. Él se va a alegrar mucho de verme por aquí.

—Allí lo tienes. Prueba suerte. Yo estaré aquí viendo que pasa.

Después de la charla con Gonzalo, me daba igual con quién estuviera hablando Leo. Levanté bien la cabeza y me acerqué decidida hacia él. Nadie iba a decirme que mi amado me iba a dejar por las cosas que hacían mis amigas.

En ningún momento pretendí interrumpir directamente la conversación, por lo que pasé por detrás de las personas que tenía de frente. Estaba tan sumergido en la conversación que ni alzaba la vista más allá de sus receptores. Me tenía que mirar pasara lo que pasase. En parte pensé que podía estar hablando de algo muy importante y me daba lástima estropearlo; aunque tampoco pasaba nada malo si me veía paseando por su hotel.

Recordé que cuando estornudo, todos se me quedan mirando siempre ya que soy muy escandalosa. Esta acción contaba con el efecto esperado al querer llamar su atención, así que tenía que probar suerte. ¿Qué me podía hacer estornudar? Leí una vez en un artículo que las causas más habituales de estornudos eran el polvo, el aire frío y la pimienta. Ya tenía una nueva misión: conseguir alguno de esos elementos.

Pensando, pensando y volviendo a pensar di con la forma de conseguir uno de los elementos: la pimienta. Por un lado, descarté el aire frío porque dentro del hotel se estaba calentito y, por otro lado, la limpiadora me podría haber tachado de loca si le hubiese pedido un poco de polvo de su plumero. No descarté la pimienta porque, debido a lo sucedido en la cena para personas sin recursos, el cocinero me debía un favor.

Antes de irme, se me vino a la cabeza que Leo se podría ir mientras buscaba

la pimienta. Aún con esa idea debía tomar riesgos e ir a por todas. Pero antes, me tenía que librar de Gonzalo para que no se me adelantara. Tuve que salir en su busca.

—Gonzalo, veo que sigues por aquí —le dije con desinterés.

—Sí, estoy a la espera de que salgas llorando y me des la razón —se notaba que estaba demasiado dolido como para decirle esas cosas a alguien.

—No he llorado, pero tenías razón. Leo me ha mirado y me ha dicho que no me quería ver más. No puedo luchar ahora mismo por él, me ha roto el corazón —he de decir que mis dotes dramáticas fueron espectaculares.

—¿En serio? Qué pena habérmelo perdido por contestar unos correos —menos mal que no había estado atento porque ni me acerqué a Leo. —Pero, en fin, es un hecho que la desconfianza os dificultará la relación así que ha sido lo mejor que habéis podido hacer. Ya nos veremos por la ciudad. Espero que te vaya bien.

—A ti también. Hasta pronto.

Hice el papel de que me iba por el otro lado, contrario al que cogió él para irse, hasta que no me miró más.

No os voy a decir que fui falsa al desearle lo mejor porque no es así. Yo sabía que Gonzalo era un buen chico, aunque estuviese muy dolido por lo de Ámbar. Al menos lo que le dije fue suficiente para que se largara de allí y quedarme con un obstáculo menos.

Me tocó volver a entrar en el hotel, esta vez llevándome la sorpresa de no ver a Leo. Me iba a volver loca ese día. Y os diré algo, la empresa de Leo puede presumir de tener las mejores recepcionistas del mundo; me dijeron enseguida que Leo se encontraba en una comida de empresa que se estaba haciendo en el mismo hotel. Así que perfecto, primero me pasaría por la cocina y después por el comedor.

Esas amables empleadas también me dijeron como llegar a la cocina desde donde me encontraba. Mi misión iba viento en popa. No me acordaba de la cara del cocinero, pero, nada más al verlo, seguro que le reconocía.

En la cocina, a la primera persona que vi fue al cocinero que estaba buscando. No pude ver a nadie más porque no lo había, básicamente.

—¡Hola, amigo mío! —irrumpí en la cocina como si fuera parte del equipo.

—¿¡Tú!? Esto... ¿¡Usted!? —se le veía algo asustado.

—Sí, yo. Jajaja. ¿Cómo está mi cocinero favorito? —saqué toda la amabilidad que llevaba dentro.

—Muy bien, señora Ferrer —jopetas, que bien que sonó eso. —¿Va a inspeccionar la comida que le estoy preparando a su pareja?

—No, de ninguna manera. Sólo quería pedirle un pequeñísimo favor.

—Estoy a su servicio. ¿Qué desea?

—¿Me podrías dar un poquito de pimienta?

—¿Pimienta? ¿Es esto una especie de prueba o algo?

—Tranquilo, esto no tiene que ver con usted. Solamente que necesito pimienta y sé que mi gran amigo... —esperaba a que me dijese su nombre.

—Mario.

—Eso, Mario. Me diese un poquito.

—Claro que sí, ¿de qué tipo la quiere?

—Me da igual mientras sea pimienta.

Fue en busca de la pimienta. Estaba tan nervioso de tenerme allí que derramó medio bote empezó a disculparse.

—No se preocupe por eso. Deme a mí la pimienta que ha caído y use la que no para cocina —me metió la pimienta en una bolsita.

—Tome, aquí tiene. ¿Desea algo más?

—Sí, que esto quede entre nosotros.

—Así se hará.

Me fui de la cocina despidiéndome con una sonrisa del cocinero, quién aún seguía algo asustado.

La siguiente base era el comedor. Me asomé por una de las puertas de este y localicé a Leo. Estaba sentado con las mismas personas de antes en una mesa más bien pequeña. Antes de usar la pimienta, debía probar de nuevo el pasar

cerca de su campo visual. Lo intenté dos veces y pasé de hacerlo más.

Efectivamente, la pimienta entraba en acción. Me senté en una silla para no dar el cante. Abrí un poquito la bolsa. Luego, metí mi nariz e inhalé un poco de pimienta. No me había imaginado nunca hiciese un efecto tan rápido. Rápido y efectivo. Me puse malísima mientras el estornudo iba llegando. Cuando parecía que se me iba a sobrecargar la nariz... ¡AAAACHIIIIIS! No hubo persona en el comedor que no se enterase.

—Disculpad. Intentaré controlarme más —le pedí disculpas a todos los que me miraban.

Cuando Leo me miró se le quedó la cara blanca. Nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos. Tras esto, siguió con su conversación como si nada.

No me pensaba mover de allí hasta que viniese a hablar conmigo. Me quedé sentada en el mismo sitio esperando a que terminara su comida y tuviera el valor de hablarme. Tuve que aguardar mucho tiempo allí, pero la espera mereció la pena. Cuando Leo despidió a sus invitados, se sentó en la silla de al lado mía.

—Agnes, ¿qué haces por aquí? —me dio la sensación de estar desanimado.

—Pues no mucho. Esperaba poder verte y estar un rato contigo —no me salió expresarlo muy alegremente.

—Te dije que estaba muy ocupado. Ahora me pones en el compromiso de atenderte.

—¿Atenderme? No soy una más de tus inversores —me indigné un poco.

—Sabes que nunca te veo así, es sólo que no sé de qué manera decirte que no me molestes hoy sin que te ofendas.

—Me gustaría creer que me quieres echar por motivos laborales, pero sé que no es así.

—No te quiero echar, lo que quiero es que me des espacio unos días para ir cerrando asuntos de la empresa. Así que no pienses cosas que no son, por favor.

—Leo, Gonzalo me ha contado toda la verdad. No disimules más.

—¿Toda la verdad? ¿De qué verdad hablas?

—Me encontré a Gonzalo fuera y me contó que me ibas a dejar porque no confiabas en mí.

—Agnes, esa acusación es muy fuerte. ¿Estás segura de que te dijo eso? —su sorpresa me hizo dudar de las palabras de su amigo.

—Sí, me dijo eso.

—¿Y por qué iba a desconfiar yo de ti?

—Porque dijo que pensabas que te iba a hacer lo mismo que le ha hecho Ámbar.

—Ains... No eches cuenta a esas cosas, Agnes. Gonzalo está tan dolido que no sabe ya ni lo que hacer para no volver a escuchar hablar de ella nunca más —me tocó el hombro y me miró a los ojos. —Voy a hablar con él para aclarar el tema. Por el momento, necesito que confíes y creas en mí. No puedo prometerte que estaré a tu disposición en dos días, pero sí que no tardaré mucho en estarlo. Así que, por favor te lo pido, no dudes tanto de mí porque sabes que no te dejaría ir tan fácilmente. ¿Me prometes que vas a darme tu voto de confianza?

—Bueno, está bien. Te prometo que intentaré poner todo de mi parte para ser paciente y creer en todo lo que me dices —pude sonreírle un poco.

Me besó y abrazó muy fuerte. No pude conseguir que se quedase un rato conmigo, pero sí que me dio su palabra de que me iba a llamar en un par de días por Skype para cenar juntos. Mi cuerpo pudo relajarse muchísimo después de aclarar la situación entre nosotros.

Capítulo 14: 15 de Enero.

Casi otra semana sin poder disfrutar con mi hombre. Yo estaba ya de los nervios con él y no le podía permitir ni una mentira más después de todo. ¿No sabéis en qué me ha mentido? Pues es muy sencillo: no hubo llamada de Skype. Llevaba días conectada a todas horas esperándolo, pero no lo vi en línea ni una sola. ¿De qué iba? A mí me puedes contar una milonga un día que, a la segunda, no cuela.

Le mensajeé varias veces, pero no obtuve respuesta. ¿Encima iba de pasota? No sabe este a quién le estaba buscando las cosquillas.

“Tú, ser desaparecido. ¿No vas a conectarte a Skype o qué?”

“¿Qué pasa? ¿Ahora voy a ser la última papita de tu paquete?”

“Uy, Leo. Contesta ahora porque si no mi ira se va a ir acumulando más y más.”

“Créeme que se acosar mejor de lo que lo hice el otro día. No me pongas a prueba.”

“Contesta o te hago contestar a las malas.”

“No vas a tener hotel para correr como no des señales de vida.”

“Más te vale que te haya pasado algo. Créeme que pocas excusas te van a servir ya conmigo.”

“¿Leo? Ahora en serio, ¿estás bien?”

“¡Ay, Leo! Respóndeme que me estoy asustando mucho porque no sé si estás bien.”

“¡Leeeeeeeeoooo! Por favor, dime que estás vivo. Me estoy imaginando lo peor.”

Todos esos mensajes no obtuvieron respuesta alguna, menos el último. La contestación de Leo era digna de un Oscar, Además, contenía tantas palabras que seguramente llenarían un libro y sería, sin duda, best seller.

“Estoy bien.”

Yo alucinaba con él. Lo peor es que tuvo la cara de decirme que todo estaba bien. ¿Bien? y una mier...coles que se comiese. Una que no dejaba de sufrir por la situación y él tan tranquilo leyendo mis mensajes. Esa respuesta era lo menos empático del mundo.

Las horas en casa me iban a volver loca si seguía pensando en mi queridísimo amor del demonio. Entre una cosa y otra, necesitaba tomar el aire. Me puse a pensar y me di cuenta de que me había quedado sin muchas personas con quienes salir. Antes, mi principal motivo de salida era Ámbar que ya no estaba. En la ausencia de Ámbar podía apoyarme en Leo, quien ya ni me respondía los mensajes. ¿Con podía salir a despejarme? Al no ocurrírseme nadie, me puse a revisar todos los contactos de la agenda de móvil.

Conforme iba pasando los contactos me di cuenta de por qué no quedaba nunca con ninguno. El principal motivo es que se muchos de ellos eran ex compañeros de estudios con los que, si quedaba, me tocaba intercambiar historias de cómo habían cambiado nuestras vidas. Eso me daba mucha pereza, la verdad y tampoco me apetecía ponerme a recordar anécdotas del pasado. Además, a saber, de qué manera habría cambiado la personalidad de cada uno de ellos como para aventurarme a que no sean un verdadero coñazo hoy en día.

A parte de los excompañeros, nos encontramos a la familia. Mi familia no cuenta porque me hubiesen calado enseguida y, por si fuera poco, me hubieran culpado de todo debido a que me conocen más. Saben demasiados defectos míos como para que se posicionasen a mi lado en alguna discusión. No existían muchos motivos a mi favor. También es verdad que los que conocieron a Leo lo adoran y eso era algo contra lo que me iba a ser difícil luchar.

De los exnovios mejor ni hablamos... La lista iba avanzando y no daba con nadie en condiciones... M, N, O, P, Q, R, S... ¿S?;Bingo! Sergio me pareció una muy buena opción. Él se había ofrecido hace poco para que contase con él. Iba a hacer uso de su propuesta ese día para así despejarme un poco y no desesperarme esperando a Leo.

Imaginaros lo desesperada que estaba para querer salir de casa un Domingo.

—¿Aló?

—¿Sergio? Soy Agnes. ¿Qué tal estás?

—¡Agnes! Ahora que me has llamado, estoy de maravilla. ¿A qué se debe esta estupenda llamada?

—Pues me preguntaba si te apetecía salir a algún lado a tomar algo. Si quieres y puedes claro.

—¿Cuándo? ¿Hoy?

—Sí, hoy.

—¡Por supuesto que me apetece salir a dar una vuelta contigo!

—Ay, genial. No sabes la alegría que me das. ¿Te parece si quedamos la puerta del centro comercial nuevo a eso de las seis?

—Me viene super bien. Te voy a dejar para que me dé tiempo a terminar unas cosillas antes de ir contigo. Nos vemos allí, ¿vale?

—Vale.

¿Era mucho pedir que Leo hubiese tenido últimamente esa misma emoción al quedar conmigo? Ah, no. Cómo iba a tenerla si no respondía ni a mis mensajes ni a mis llamadas.

Fui al centro comercial a mi encuentro con Sergio a la hora que fijamos. Ahí me di cuenta de que su interés por mí era grande ya que estaba sentado en una mesa de una cafetería con un café recién acabado. Seguramente llevase un buen rato haciendo tiempo hasta que diera la hora de verme. Me agrada mucho quedar con una persona tan puntual.

Me acerqué a saludarlo, además de darle las gracias por haberme hecho un hueco en su agenda. Sergio se mostró más agradecido aún por haber aceptado quedar con él y no haber tardado mucho tiempo en llamarlo. Ambos estábamos muy contentos por tener la compañía del otro. Tenía pinta de que iba a ser una tarde muy agradable.

Nos pedimos un par de refrescos con unas tapas de patatas bravas y ensaladilla. Empezamos la conversación hablando de nuestros encuentros, el del

acuario encabezaba las risas. El tema del acuario nos llevó a hablar de nuestros padres, de estos pasamos a la cabezonería de algunas personas (sí, salió por mi padre), de ahí a los viajes por el mundo, las películas de thriller psicológico... No sé la cantidad de temas que tocamos en dos horas. Aun así, lo más divertido era que no sabía mucho sobre él en sí.

—Bueno, Sergio, voy a saber más de tus gustos que de tu vida. Jajaja.

—¡Es que ese tema aún no había salido! Pero tranquila, yo estoy encantado de contarte lo que quieras saber de mí —todo lo que le decía le parecía bien.

—¿A qué te dedicas?

—Soy el director de una empresa que suministra muebles y decoración. Por ejemplo, somos los que hemos amueblado y decorado el nuevo hotel de la ciudad.

—Ahora entiendo qué hacías en la cena de Leo aquella noche.

—¿El señor Ferrer es amigo tuyo? Llamarle Leo suena bastante cercano.

—Ciertamente es más que mi amigo. Es mi pareja —la noticia le hizo tragar saliva.

—¡Wow! Ni en mil años te hubiera relacionado de esa manera con ese hombre.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Leo es el típico galán y seductor que busca chicas de alta sociedad con las que comparte el mismo estilo de vida —su respuesta me sorprendió bastante.

—¿Su mismo estilo de vida? Llevamos estilos de vidas muy parecidos sin necesidad de ser del mismo rango social.

—No te ofendas. Ninguna de esas chicas tiene ni tu belleza ni la chispa que desprendes —¿aprovechaba para piropo? —Lo que sí tienen son propiedades, vidas muy ocupadas, muy buenos contactos, gente que les solucione todo... Cosas que acomodan mucho a una persona.

—Yo estoy segura de que le doy cosas mejores que esas y que él valora más. Leo viene de una familia humilde y tiene inculcado otros valores.

—Mira, yo no soy nadie para meterme en tu relación con esa persona. Sólo te digo las cosas que veo desde mi trabajo para que después no te lleves una decepción y acabes pasándolo mal. Que sigues adelante con lo tuyo y te va bien, pues perfecto.

—Primero voy a ver yo que tal me va yendo a relación. Si en algún momento tengo alguna duda relacionada con lo que me acabas de decir, te llamaré sin dudarlo.

—Me parece genial tu decisión.

Le había callado con algo que no tenía pensado hacer. La conversación que estábamos teniendo no me estaba gustando un pelo. No era por malpensar de él, pero me daba la sensación de que me estaba diciendo cosas inciertas de Leo para que dudase de él. ¿Qué haría si no un chico al que le gustas y ve que estás con otro? Aun así, eso no le daba derecho a ensuciar la imagen de nadie.

Desde que me dijo esas palabras, estaba deseando buscar a manera de escaparme de allí. Mientras, le seguí toda la conversación como si nada para que no parecieran obvias mis ganas de huir. Necesitaba una escapatoria.

Dicha escapatoria medía metro setenta y estaba a unos minutos de cruzar la esquina. Elena, de enemiga a salvadora.

—No me lo puedo creer, ¡Elena! —me levanté a darle dos besos. —Hay que ver que ambas vemos a Leo muchas horas, pero entre nosotras no hay manera de encontrarnos.

—Ya ves. Leo no suele mezclar trabajo con amor.

—No, por supuesto que no. Me alegra saber que eso lo tienes claro —si no le soltaba esa púa no iba a ser feliz.

—¿Y tú qué? ¿Qué haces por aquí? —la chica, a pesar de la situación, es muy cumplida y educada.

—Pues he venido a tomar algo con mi amigo Sergio —se lo señalé. — Seguro que lo conoces porque trabaja con vosotros.

—Sí, sí. Lo conozco —me agarró del brazo y acercó su cabeza a la mía. — Agnes, ¿qué narices haces de colegueo con ese hombre? —me susurró.

—Es sólo un amigo que se ha portado bien conmigo.

—No, ese no es tu amigo. Ese tipo será muy bueno en su trabajo, pero, desde que su mujer lo dejó por el hermano de Leo, siempre intenta meterse en todas las relaciones de ellos.

—¿En serio? Ayúdame a salir de aquí, te lo ruego.

—¿Pretendes que ayude a la persona que me ha quitado al chico de mis sueños?

—No exageres. Eres preciosa y seguro que los chicos de los sueños de todas las demás, quieren contigo —vale, me pasé de pelota. —Te lo pido si quieres de rodillas o, al menos, hazlo por Leo.

—Es la primera y última vez que te saco de tus cagadas.

Elena fingió que le dolía mucho la barriga. Para dar credibilidad, se puso a decir que estaba embarazada. Se agarró a mí y me rogó que fuera con ella al hospital. Yo acepté fingiendo la preocupación suprema por Elena y su “bebé.

—¡Dime que sabes conducir! ¡Ahhh! —Elena era mejor actriz que yo.

—Yo puedo llevaros —Sergio quiso entrometerse en la huida.

—No, Sergio. Muchas gracias, pero yo sé conducir. Además, tú no ibas a pintar nada en el hospital.

Nos largamos de allí haciendo el papelón de nuestras vidas. No son temas con los que a nadie le guste bromear, pero, a veces, es lo primero que se te viene a la cabeza.

Nos tomamos tan en serio nuestro plan que saqué yo el coche del centro comercial y conduje camino del hospital. Nos percatamos de que no había nadie siguiéndonos para pararnos en un aparcamiento y hablar tranquilamente de lo que acababa de suceder.

—Ahora ya me puedes contar tranquilamente lo que está sucediendo con Sergio —no le pega mucha a Elena eso de ponerse seria.

—Sergio me intentó ligar en la cena de Leo, pero no pasó nada. Ahí él ni sabía de mis intenciones con Leo. Luego, me lo encontré de casualidad en el acuario. Más adelante me lo encontré cuando estaba en problemas y me ayudó a

desahogarme. Debido a su buen gesto, quise quedar con él hoy para despejarme de los problemas.

—¿Crees que es normal que siempre te lo encuentres de casualidad...

—Elena... ¡No me asustes! —los pelos se me pusieron de punta.

—Ese chico debió de ver en algún momento que lo tuyo con Leo iba a más. No es la primera vez que acosa a una de sus novias con los mismos encuentros aleatorios y de imprevisto. Ese hombre resulta algo peligroso desde que lo dejaron, ten mucho cuidado —Elena estaba igual de asustada que yo sólo con contármelo.

—Elena, gracias por haberme salvado de eso. Eres una gran chica.

—Créeme que si he hecho eso es porque no iba a permitir que le hiciese daño a nadie más.

Le di un abrazo a Elena. Acababa de salvarme el pellejo y no existen palabras para agradecer su gran gesto.

Se quedó a mi lado hasta que pude tranquilizarme un poco. Luego me llevó en coche hasta la puerta de mi casa, donde se quedó esperando hasta que vio que entré en el portal y cerré la puerta.

Apenas pude conciliar el sueño esa noche. Cerré la puerta con llaves, le eché el candado a la puerta, cerré también todas las ventanas... Lo que estaba viviendo en esos momentos era puro terror. Cada dos por tres me levantaba del pánico que había invadido mi cuerpo. Eso sí, la luz de mi habitación estuvo toda la noche encendida. Sí Ámbar no estuviese enfadada conmigo, me habría ido directamente a su casa a dormir; fue una pena que estuviéramos en una situación tan delicada.

Capítulo 15: 20 de Enero.

Después de la espeluznante quedada con Sergio, la actitud de Leo conmigo volvió a cambiar. Había pasado de ser un pasota obseso con el trabajo a estar llamándome cada dos por tres. Por lógica pensé que Elena le tenía que haber dicho algo de lo sucedido. De ser así, gracias a ella podía disfrutar más de mi hombre y eso la convertía en una posible gran amiga.

Yo creo que casi tres semanas después, ya era más que hora de vernos. No me hacía especial ilusión el motivo, pero, estando su trabajo de por medio, seguramente iba a pasar mucho tiempo en aparecer otra oportunidad.

Me pidió que quedáramos en el hotel para así aprovechar cada minuto conmigo pudiendo así atender cualquier imprevisto. Yo, encantada, le dije que sí. ¿Cómo me iba a negar o ponerme digna después de todo el tiempo que llevaba esperando? Estaba claro que lo mejor era olvidar todo lo anterior e ir a la cita con ganas de disfrutar.

Una vez allí, la cosa empezó regular. Leo había tenido que irse a la oficina y yo me tuve que quedar como tonta esperando su regreso. Todos los ejercicios de relajación que había hecho en casa antes de ir fueron en balde. Una cosa es que se ausentase unos minutos en el mismo hotel y otra que lo hiciese fuera; y por su fuera poco, no estuvo a la hora apalabrada. Sabía que no era lo común en él, pero necesitaba ya un tiempo para los dos.

Apareció a la hora y tres cuartos de lo acordado. Hice un último esfuerzo por sonreírle.

—Perdóname, no podía dejar ese asunto sin atender —fue lo primero que me dijo antes de plantarme un beso.

—Estaba un poco moscas con el tema, pero voy a dejarlo pasar.

—Gracias, mi brujilla hermosa. Eres genial —¿abracito? después de lo soso que estuvo cuando vine a verlo, eso era otro mundo.

—¿Dónde me vas a llevar para compensarme?

—Me gustaría que fuésemos a una cafetería que hay en la zona alta de la ciudad. Es un ambiente muy agradable y tiene unas vistas maravillosas. Podemos comernos algo rico para desayunar. ¿Te apetece?

—Sí, me parece estupendo. Las tripas están que me rugen porque no me he tomado ni un café.

—Agnes... No sé si sabes que aquí también servimos café —¿me estaba hablando como si fuera tonta? —Si te has quedado esperando en la entrada pasando hambre, ha sido tú elección.

—Mira, Leonardo. Lo que dices es muy cierto y lógico, pero hoy no estoy para que nadie me venga de enterado—. ver si con amenazas aprendía.

—Jajaja. Déjate de tonterías y pasemos un buen rato juntos.

Leo lucía sonriente y deslumbrante. El nueve de Enero no se le veía tan bien, sus ojos parecían agotados. Tantas horas de trabajo pueden hasta con el más currante.

Me llevó en su pedazo de carro hasta el lugar. ¡Y menos mal porque qué cuestecita que había que subir! Entendí entonces por qué no conocía aquel lugar, ¿quién se iba a poner a subir esa cuesta? Había que querer estar muy apartado de la ciudad para acercarse por allí.

El local era una pasada. Era un ambiente muy chill out y, a la vez, se notaba a legua que tomarte un vasito de agua allí era gastarte un doloroso dinerito. No era por ser agarrada, pero era su idea así que iba a pagar él, que lo hizo.

—Buenos días, Alejandro. ¿Qué tal estás? —Leo saludó a un camarero que estaba sacando unas cajas de un camión repartidor.

—Leonardo, un placer tenerte por aquí. Me alegra mucho que te hayas animado a venir —soltó una caja y le extendió la mano para saludarlo. —¿Quién es esta bella mujer? —me sonrojé.

—Es mi novia, Agnes —me extendió la mano a mí también. —Él es Alejandro, un antiguo camarero de uno de mis hoteles.

—Encantado, señora —menos mal que me acostumbré al señora ya hace tiempo.

—Igualmente, caballero.

Alejandro nos llevó hasta el rincón más bonito y mejor situado. Los asientos eran muy cómodos y tenían muchos cojines de color blanco. Además, el espacio contaba con una mesita muy cuqui llena de velas. Las velas a esa hora no nos iban a servir de mucho, pero estaban ahí. Estaba bien eso de tener tantos contactos por todos lados.

Nos pedimos una croissants con jamón york y queso y unos batidos de piña y coco.

—Este lugar es muy bonito, pero no es precisamente el lugar idóneo para desayunar —le dije confundida.

—Lo sé. Mi propósito trayéndote aquí no era otro que la búsqueda de intimidad. Como puedes ver, nadie viene antes de la noche; más que nada porque no está abierto.

—Ah, bueno. ¿Y eso que decías de quedarnos cerca del hotel?

—¡Para que fuera una sorpresa aún mayor el venir! —me miró orgulloso de haber hecho que me tragara su mentira.

—¿De verdad? ¿Voy a tener que aguantar para siempre estas chorradas tuyas? —bromeé.

—¡Uy! Para siempre dice, ¡ni que estuviéramos casados! Jajaja.

—¡Ni por asomo me ibas a ver caer tan bajo!

Pasamos un buen rato riendo y divirtiéndonos como antes. Por fin, mi Leo de siempre.

—Agnes, tenemos un par de temas más serios que deberíamos de tratar cuanto antes. ¿No crees? —me lo dijo suavemente.

—Si, tienes razón. ¿Por dónde quieres empezar?

—Quería contarte que he hablado con Gonzalo. Está muy arrepentido por el comportamiento que tuvo contigo.

—¿Lo que me contó era totalmente falso? Siento dudar así pero no entiendo a qué vino todo eso justo cuando estabas distante.

—Puedes culparme a mí de la mayoría. Si yo no le hubiese contado que no

estaba viéndote mucho por el trabajo, él no hubiera aprovechado la situación para confundirte.

—No es tu culpa. Él no tuvo ningún escrúpulo sabiendo que podía haberme dañado.

—Gonzalo sólo pretendía no tener que ver nunca más a Ámbar.

—Ámbar tampoco es ahora un monstruo. A saber, si tenía motivos o no.

—Para nada, estoy de acuerdo contigo. Por lo visto Gonzalo quiso probar nuevas experiencias con ella y una noche hicieron intercambio de parejas. Él, a pesar de ser idea suya, se empezó a mostrar muy celoso con Ámbar y esta no podía más con la situación. Al final empezó a quedar con el repartidor de su empresa para desahogarse. El final ya lo sabes.

—No justifico la manera que ha tenido de hacer las cosas, pero mi amiga también lo estaba pasando mal, según me cuentas.

—Es por eso por lo que a él se le hace aún más difícil verla. Sabe que ha metido la pata, pero necesita culparla de todo lo sucedido para sentirse mejor consigo mismo.

—Y también nos quiso separar a nosotros. El tema se le fue de las manos.

—Lo sabe. Yo le he estado contando lo maravillosa que eres y lo bien que te portas conmigo. Dice que le gustaría disculparse en persona contigo.

—Aceptaré encantada sus disculpas y lo olvidaré todo —sonreí a Leo.

Por fin sabía que había ocurrido realmente con esos dos. Me alivió mucho conocer la verdad porque eso me facilitaba más el acercarme a Ámbar y hablar con ella.

—Me he quitado un gran peso de encima contándote eso —suspiró Leo.

—¿Por qué iba a ser un peso eso para ti?

—Porque así sabes que nunca he pensado en dejarte. Me agobiaba mucho pensar en la posibilidad de perderte por lo que te habían dicho. Sé que hay veces que estoy muy ausente y no puedo echarte mucha cuenta. Yo soy consciente de todo eso, pero me has pillado en pleno comienzo de año que es cuando más contratos tengo que cerrar. Sólo te pido que tengas mucha paciencia y confianza

en mí ya que no sería capaz de mentirte —se veía adorable cuando abría su corazón.

—Leo, creo en ti. Puedo llegar a emparanoiarme mucho con tus ausencias, pero sé que no es porque me estés engañando ni nada parecido. Soy muy consciente de que te reclamo más de lo que puedas darme, no por ello voy a malpensar de ti todo el rato.

—Me pone muy feliz escucharte decir eso. Tenía la necesidad de aclarar este tema contigo porque te quiero. No haría nada para perderte.

—¡Ahhh! Pero qué mono que eres cuando quieres. Yo sé que me quieres mucho y yo también lo hago. Ahora lo que tenemos que pensar es que nuestro amor puede con todo. El hablar del tema nos brindará a ambos mucha más tranquilidad sin tener motivos ni para rayarnos.

—Todo irá a mejor a partir de ahora, yo lo sé —cerramos el tema con un tierno beso.—. propósito, tenemos que hablar de lo que te pasó hace unos días con Sergio.

—A ver, pasar no me pasó nada malo. Sólo tomamos un refresco.

—¿Y por qué fuiste a tomar un refresco con ese hombre?

—Porque me lo había encontrada varias veces y vi en él un futuro buen amigo. Además, no tenía con quien desquitarme de mis agobios cuando decidí ir a tomar algo con él.

—Mírame a los ojos, Agnes —lo hice. —¿Te llegó a hacer algo?

—¡No! No permitiría que nadie se me acercase mucho estando contigo. No pienses cosas que no son porque no hubo intención de más.

—No me refiero a eso. Sé que quedaste con él sin maldad ninguna pero no pienso lo mismo de la maldad suya.

—No... No nos dio tiempo ni a levantarnos del local donde estábamos.

—Menos mal. Ese hombre está muy tocado desde que lo dejaron.

—Ya me contó Elena. Me asustó mucho saber que es un acosador.

—¿Por qué crees que la noche del esguince te quería apartar de él?

—Tienes razón. Me intentaste apartar de la cena justo cuando hablaba con

él. Que miedo si me hubiese hecho algo aquella noche...

—Por el momento, no ha llegado a mucho más con nadie. Aun así, no hay que fiarse de lo que sea capaz de hacer. Te iba a proponer acercarnos a la policía y ver si podíamos asegurarnos de alguna manera de que no se te va a acercar.

—La verdad es que eso estaría muy bien. Nos quedamos así más tranquilos. Pero ¿la policía pondrá medidas tan a la ligera y sin pruebas?

—No eres la primera a la que acosa. Tu testimonio dará fuerza a los de las demás y podrán actuar más rápidamente. Contigo sólo ha tomado un refresco, pero a mi última exnovia la forzó a besarlo. No sé hasta dónde podría haber llegado si no llega a aparecer un señor que pasaba por allí cerca. La chica quedó aterrorizada y...

—Vale, ya he escuchado suficiente y no quiero saber más —el miedo me estaba empezando a invadir el cuerpo. —No perdamos más tiempo. Vayamos a protegernos de ese hombre. Una pregunta que quería hacerte, antes de nada, ¿por qué sigues trabajando con él?

—Porque me interesan mucho sus productos y, en el fondo, me da mucha pena. Después de lo del beso dejé de trabajar con él, pero vi poco a poco como iba cayendo en la ruina. Aunque ahora viendo que no es capaz de dejar tranquilas a mis novias ni teniéndole compasión, es mejor que deje de hacer negocios con él cuanto antes. Por mi parte, creo haber encontrado a la chica idónea para pasar muchos años a su lado y no me da la gana de que lo eche todo a perder —era lo más romántico que me habían dicho nunca.

—Pienso exactamente igual que tú. Eres mi hombre ideal.

Antes de irnos a comisaría, disfrutamos de nuestro pequeño momento romántico. Había que aprovechar el ambiente en el que nos encontrábamos para relajarnos y disfrutar el uno de la compañía del otro.

No pudimos poner una orden de alejamiento contra Sergio pues no había pruebas. Me dio mucha pena el simple hecho de ir a hacerlo, pero creí en lo que me contó Leo sobre él. No me iba a arriesgar a que una persona me acosara y me pudiera hacer algo peor. Por mucho miedo que tuviese, sólo pude alegar los

encuentros casuales y el intento de venderme a Leo negativamente.

La policía tuvo que ponerse al día sobre las denuncias anteriores para poder decirme algo.

—Siento comunicarle que por el momento no podemos hacer gran cosa por usted.

—¿Por qué no, señor agente?

—Porque ese hombre no ha intentado hacerle nada malo. No le podemos asegurar que esas no fueran sus intenciones, pero nosotros nos basamos en hechos y pruebas.

—Entiendo.

—Lo único que podemos hacer es conservar su acusación por si la acosa más a menudo o la cosa va a más. Si algo de eso empeorara, tendríamos donde apoyarnos al haberlo venido a denunciar de antemano. De todas maneras, si ese señor vio a Elena seguramente sepa que ella ya le ha informado de todo.

—Les agradezco mucho que me brindéis esa oportunidad. Esperemos que no pase nada malo y no tenga que volver por comisaría por dicho tema.

—Aquí estamos a su disposición en todo lo que necesite. Ojalá no tengamos que verla nunca más por aquí y sea muy feliz al margen de ese señor.

Puede que parezca que el hecho de ir a comisaría no tuvo mucho sentido, pero me tranquilizó bastante. Sabía que, con cualquier intento de acercamiento malintencionado por parte de Sergio, podría ir a comisaría y estar totalmente a salvo. No salir sola a sitios poco transitados era lo mejor que podía hacer ya que, suponiendo que creería que Elena me había puesto al día sobre sus actos, lo más lógico era que cualquier ataque que planease no fuera acercándose a mí como un amigo. Debía pues tomar medidas contra ataques sorpresas.

Olvidándonos un poco del tema Sergio, nos pasamos toda la tarde jugando en un salón recreativo. Nunca había jugado a tantas partidas de hockey de mesa. Me di cuenta de que cualquier plan era divertido siempre y cuando lo hiciera con Leo; incluso el ir a comisaría fue una experiencia nueva para ambos. Teníamos más motivos para no aburrirnos juntos que para hacerlo.

Capítulo 16: 25 de Enero.

¿Os pensabais que os ibais a librar de mi abuela? Pues no, ese día tocaba comida familiar en su casa. No fue una comida como la de nochevieja porque no estábamos todos, sólo mis padres, ella y yo.

La noche anterior al 25 de Enero, me quedé a dormir en su casa. De pequeña, solía pasar allí muchas noches y me trae bastantes recuerdos bonitos dormir en aquel lugar. La casa de mi abuela es la típica casa de mujer mayor llena de cachivaches y cosas antiguas. Como es una mujer muy imaginativa y artística, tiene muchas cosas pintadas a mano como cuadros, jarrones y figuritas. Desde luego que su casa no tiene nada que envidiar al museo donde trabajo.

Si os tuviese que destacar algún defecto de mi abuela, sería que prefiere ayudar a los demás antes que a ella misma. Quizás diréis que es un muy bonito gesto por su parte, pero eso le hace comerse la cabeza con los problemas de los demás. Ella es una mujer que se quita su trozo de pan de la boca para que tú comas, aunque se esté desmayando del hambre. A veces me da pena verla pasando malas rachas por querer arreglar todas las cosas.

Todo lo que os estoy contando son los gestos más habituales de una abuela, pero creedme que en una piscis eso se acentúa muchísimo. Las piscis, además, son personas que se adaptan a cualquier situación, muy comprensivos, empáticos y muy flexibles. Esto último se refiere a que no les cuesta para nada cambiar de opinión ni corregir sus ideas erróneas.

Un rasgo que destacar que personalmente he vivido y que nunca he leído sobre ellos es la “sutilidad” con la que te dicen las cosas. Su miedo a hacer daño a los demás les hace decir las cosas de manera indirecta. El problema es que el resto de las personas no son tontas y, en su gran mayoría, pillan las púas que lanzan en forma de broma y sus sarcasmos.

Dejando el discurso zodiacal a un lado, seguiré narrando lo que pasó ese miércoles.

El día empezó como esperaba. Yo tan ricamente soñando que viajaba con Leo hasta que mi abuela levantó todas las persianas de golpe al grito de: ¡arriba, niña, que es muy tarde ya! Él muy tarde iba referido a las 9 y media de la mañana. Tras esto, fue a la cocina guiada por el olor a tostadas, mi abuela me había preparado el desayuno.

—¡Anda que no te gusta una cama!

—Abuela, por Dios. No es ni media mañana.

—Niña, esa boquita. No nombres a Dios para estas cosas —se santiguó.

Seguí desayunando sin rechistar. Es mejor no meterse mucho con mi abuela porque sabe de sobra como callarte.

Aproveché la mañana para ayudarla a hacer los recados y con la limpieza de la casa. Realmente, mi tía siempre le tenía todo como los chorros del oro, pero llevaba unos días fuera y el polvo no entiende de vacaciones. Después de hacer todo eso, vino a darme un billete como la que me estaba pasando una bolsa de cocaína. Me llevé un rato huyendo de ella, pero, como se las conoce todas, metió el billete en mi bolso y me lo escondió.

—No te doy el bolso hasta que te vayas.

—Abuela, no hace falta que me des nada, de verdad.

—¿Tú vas a venir decirme a estas alturas que le tengo yo que dar o no a mi familia? Tú déjame a mí que yo sé lo que hago.

Como os he dicho, ni caso.

Me viene muy bien quedarme en su casa de vez en cuando parairme enterando de todo lo que sucedía en mi familia. Si bien me enteraba de la mayoría, aún había cosas que sólo me contaba ella. Por ejemplo, yo sabía que mi tía Simona había perdido mucho peso, pero desconocía que se había sometido a una operación de reducción de estómago. También me enteré de que el principal motivo por el que mi tía estaba fuera era porque había encontrado de nuevo el amor. Me hace gracia como cuenta las cosas al estilo pueblerino, como quien no quiere la cosa.

Entre medio de los chismes familiares, ella me contaba cosas de los vecinos

y sus amigas de la iglesia. Se nota que le encanta contar esas cosas porque, a pesar de ponerle dramatismo, sus ojos van recuperando brillo e ilusión. La pobre mujer pasa tantas horas sola que el que alguien escuche sus cosas le hace muy feliz. La verdad es que yo disfruto mucho tanto escuchándola como viéndola sonreír.

Entre las dos nos pusimos a hacer el almuerzo. La comida de ese día consistió en un rico arroz con pollo. Se trata de una receta familiar pero que a ninguno nos sale igual que a ella. Da igual que compres los mismos ingredientes, que elijas las mismas marcas, que pongas las mismas cantidades... Nada de eso hace que el sabor se le parezca. ¿Será verdad eso de que la comida sabe diferente dependiendo de la cantidad de amor con la que la hagas? Visto lo visto, creo que es totalmente cierto.

Aprovechamos el rato que hubo entre que se terminaba la comida y llegaban mis padres para hablar de Leo.

—¿Cómo te va con el muchacho?

—Muy bien. Leo es una gran persona —dije orgullosa.

—Eso, León, que no me salía el nombre.

—Jajaja Abuela, se llama Leonardo y por eso le digo Leo, no León.

—Perdona, hija, para mí ese nombre es muy moderno. Bastante que me he acostumbrado a decir el tuyo. Antes te llamaba Anes porque no era capaz de pronunciar la g.

—Es verdad, aún recuerdo eso. Por cierto, ¿sabes por qué me llamaron así? Nunca me lo han contado.

—Pues sí, sí que lo sé. En un principio tu madre quería llamarte Inés y tu padre estaba de acuerdo. Un día de los que vinieron a comer me dijeron cómo te iban a llamar y yo me negué. El nombre de Inés es muy bonito pero mi niña tenía que seguir la tradición de la familia. Así que te pusieron Agnes que es una variante de Inés.

—¿Qué tradición, abuela?

—En nuestra familia el nombre del hijo tiene que empezar por la misma

inicial que su signo del horóscopo. Mis padres me llamaron Pepa por piscis. ¿Cómo iba yo a permitir que después de tantos años no la siguieran? No podía permitirlo.

Como muchos habéis podido deducir, mis genes esotéricos vienen por parte de ella. Cuando eres un niño y escuchas sus historias parece que te sumerges en un mundo de fantasía. Todas las experiencias paranormales que me contaba eran para mí como un cuento de hadas. Con el paso del tiempo, vas mamando poco a poco de este mundo y acabas teniendo las tuyas propias.

Al contrario de lo que muchos piensan, se puede ser muy religiosa y creer en todo este mundo. Hay una oración que me encanta usar en estos casos: una cosa no quita la otra. Mi abuela es un gran ejemplo de eso pues no he visto persona más creyente en ambos temas que ella.

—Precisamente, una de las cosas que más me gustó de tu chico fue esa —continuó contándome. —Que se llamase justo igual que su signo. Además, ese chico es un leo de pura cepa.

—¡No lo sabes tú bien! Demasiado, diría yo.

Mi abuela empezó a relatarme sus experiencias con los leos, todas ellas muy buenas. A mí se me caía la baba nada más de pensar en todas las similitudes que tenían con mi amor.

Mis padres llegaron interrumpiendo la conversación. Mientras subían por las escaleras, mi abuela y yo aprovechamos para empezar a poner la mesa; con tanto charloteo ni nos acordamos de ella.

—¡Mi hermosa mujercita! —qué saludo tan extraño viniendo de mi padre.

—¿Mujercita? ¿Dónde dejaste lo de renacuajo? —aluciné con su forma de llamarme.

—Pues... Aún me cuesta mucho admitirlo, pero has crecido... —El pobre tragó hasta saliva.

—¡No he crecido tanto! No quiero que te pongas melancólico, eh. Yo siempre voy a ser tu renacuajo ya sea en tamaño S o XXL —abracé a mi padre con ternura.

—Lo sé, cariño. Sólo quiero que sepas que seas una niña o una viejecita, yo te voy a amar igualmente. No quiero que nunca olvides que estoy para todo lo que necesites.

—Aún te queda bastante que aguantarme así que guarda fuerzas, papá...

Mi madre estaba en un lado observando todo lo que pasaba. Se le empezaron a caer las lagrimillas en poco y se tuvo que unir a nuestro abrazo familiar.

—Me encanta la familia tan hermosa que formamos juntos —añadió mi madre.

—¿Y yo qué? ¿A mí nadie me va a abrazar?

—¡No seas boba, mamá! Ven a que te achuchemos como nunca lo han hecho.

Ese fue uno de los momentos más tiernos que hemos vivido en familia. Ese abrazo fue pura magia.

—No es por estropear nada, pero si no nos despegamos se nos va a enfriar mucho el arroz —mi abuela tiene siempre la cabeza en todo.

Terminamos de poner lo que nos quedaba y nos sentamos a comer.

Una de las normas de la casa de mi abuela es la de bendecir la mesa. A ella no le importaba comer en una casa sin bendecir la mesa, era muy tolerante con los demás; eso sí, en su casa pedía el mismo respeto en hacerlo. Hay que aclarar que su forma de bendecir la mesa no es que sea muy tradicional:

“Bendito seas Señor, Dios del universo, por estos alimentos, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que hemos recibido de tu bondad y ahora vamos a compartir. Haz que estos momentos en familia nos llenen de energía positiva y, junto con el poder de los astros, nuestra vida esté en equilibrio y armonía. Amén.”

Una vez recitamos nuestra oración, le echamos mano al arroz y empezamos a charlar un poco.

—Bueno, mi niña. ¿Cuándo nos vas a llevar a tu novio a casa? —mi madre

parecía haberlo asimilado mejor.

—Pues no sé, mamá. Anda muy ocupado últimamente, de todas maneras, se lo preguntaré.

—Agnes, ¿te estará tratando bien, no? —mi padre se preocupa mucho por mi integridad.

—Sí, papá. Sé que aún os choca un poco este tema, pero os aseguro que estoy al lado de una persona que me quiere y me respeta. No os pido que confiéis en él, solamente os pido que creáis en mí —tuve que decirlo dulcemente para cautivarlos con mis palabras.

—No dudamos de ti, cariño, lo que pasa es que el amor es ciego y a veces nos la podemos pegar —mi madre siempre ha sido una buena consejera.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a hablar con Leo para que me diga cuando va a estar más desocupado. Una vez sepa eso, vamos a hacer muchos planes juntos con los que vais a poderlo interrogar al nivel de una autopsia. Ahora, no cometáis el error de quedaros callados como en nochebuena —les advertí.

—¡Agnes, me parece una idea fantástica! —mi madre se puso feliz al escuchar mi plan. —En cuanto a nuestra actitud de la última vez, no se repetirá puesto que ya no nos va a coger el tema de sorpresa.

—Hija mía, yo me apunto a todos los planes familiares si nuestro Leo viene —la fan número uno, mi abuela, no iba a perder la oportunidad de verlo.

Seguimos hablando del tema y mi madre se mostraba muy convencida.

No tenía duda de que Leo iba a sentirse muy integrado con ellos, pero antes debía ver a mi padre más convencido. No es que estuviere poniendo mala cara ni nada de eso si no que no terminaba de vérselo entusiasmado. Tenía que animarlo.

—Papá, ¿viste el coche que tiene Leo?

—Sí, es toda una maravilla. ¡Qué suerte tienen algunos!

—Podrías pedírselo un día. ¿No te parece un buen plan?

—¿Crees que me lo dejaría?

—Claro que sí. Leo no es nada egoísta y... ¡lo tiene a todo riesgo! —me

metí con él a ver si lo veía reírse.

—Muy chistosa, Agnes —me intentó mirar molesto, pero, en el fondo, estaba aguantando una sonrisa.

Sé que, contando las cosas de estas maneras, parece que estoy poniendo a mi padre de clasista o materialista. Sabía de sobra que el hecho de que Leo tuviese un coche caro no iba a acabar con las preocupaciones de mi padre; debía pues buscar puntos en común entre ellos dos o cosas que facilitaran un acercamiento. Si llegaba a conseguir que fueran haciendo migas, ya todo lo demás iría viniendo solo.

La comida fue estupenda. Me hubiese quedado todo el día con mi abuela si no hubiera tenido que ir a trabajar esa misma tarde.

Capítulo 17: 2 de Febrero.

¡OMG! ¡Llegó la hora de conocer a mis suegros! No podía estar más nerviosa. ¿Cómo debía ir? ¿Qué debía decir? ¿Tenía que llevar algo? ¿Y si les parezco poco para su hijo o una saboría? Todas las preguntas que me hacía me parecían pocas. Antes de saber cómo acabó todo, remontémonos a la llamada de Leo.

—¡Brujillaaa!

—¡Hiiiiis, mi amooooor! Te llamaba para saber cómo te fue en el médico.

—Muy bien. Dice el doctor que esas ronchitas salen por tener alergia a algo. Me harán pruebas para ver de qué se trata y listo. No hay nada de lo que preocuparse.

—¡Ah vale! Me pone muy feliz saber que estás bien.

—Pues tengo dos noticias que no sé si te van a quitar esa felicidad.

—¿Son malas? ¡No me asustes!

—Jajaja. ¡Pero si no he dicho nada! A ver, para mí son noticias muy buenas, pero no sé para ti.

—Suéltalas ya que me pongo muy nerviosa.

—¿Tienes ganas de verme más o te gusta tenerme poquito?

—¿Eh? Sabes que quiero pasar más horas contigo. Lo que no entiendo es a qué viene eso.

—¡Me he quitado lo más gordo y me voy a tener más tiempo libre!

—¡Siii! ¡Ahhh! Estoy hiper feliz por saber eso. ¡Ya era hora!

—Jajaja. Y bueno, ¿estás preparada para oír la segunda?

—Sisisisisi.

—¡Mis padres han preparado una cena esta noche en casa porque están deseando conocerte!

—¿¡Qué!? —oh Dios...

—¡Pues eso! ¿A qué es genial?

—Leo, la idea me entusiasma, pero no sé si me va a dar tiempo a asimilarlo todo en unas horas.

—Tranquila, no necesitas tiempo para nada. Tú sé tú misma y les encantarás. ¡Te lo aseguro!

—Está bien, pero necesito que me estés leyendo los mensajes del móvil para dudas tipo vestimenta, detalle que llevar y más. ¿Vale?

—¡Qué sí! Relájate y disfruta de lo bien que nos están yendo las cosas.

—No sabes lo feliz que estoy ahora mismo. Te quiero.

—Yo te quiero más.

Ambos estábamos felices de tenernos el uno al otro, creo que ese era uno de los motivos por los que tenía tanto miedo de conocer a sus padres. Nos sentíamos tan plenos que temía que cualquier cosa pudiese salir más y estropearlo todo. Leo a penas me había hablado de sus padres y no sabía muy bien a lo que iba a enfrentarme.

Le pregunté todo tipo de cosas a Leo mientras me arreglaba:

“¿Tus padres son clásicos o modernos? Es que no sé qué vestido elegir.”

“¿Les gusta más el rojo o el azul? Aún no me decidí por un vestido.”

“¿Tu madre suele recogerse el pelo o le gusta más el pelo suelto?”

“¿Te gusto más con el pelo liso o con rizos? Espera que te paso una foto de ambos.”

“¿Te parece bien que vaya en zapatos planos? Con lo patosa que soy no quiero caerme en su casa.”

“¿Crees que es poco original llevar un vino? Tengo aquí uno buenísimo que me regalaron en mi cumpleaños pasado.”

“¿Que signos son tus padres? Quizás así me haga una idea de adónde voy”

Sí, Leo estaba desesperado con mis mensajes. Aun así, me respondió a todos y pude decidirme gracias a su ayuda. Me puse un vestido chifón elegante hasta los tobillos, de media manga y de color azul. Me recomendó que me dejase el pelo suelto y liso para ir a juego con su madre. El calzado plano y el vino fueron un elecciones excelentes según me dijo mi niño. Y, por último, me iba a

enfrentar a una pareja de tauro, padre, y virgo, madre. Ahí ya pude acojonarme a base de bien.

No voy a decir que los tauro tengan algo malo, pero sí que es verdad que siempre me ha costado congeniar con ellos. No se puede ser compatible con todo el horóscopo y me había tocado de suegro al que más temía. También os digo que me llevo mejor con los capricornio porque he practicado con mi padre que si no...

Los tauro son signos muy pacientes, fiables, responsables, cuidadosos, persistentes y, además, con un corazón gigante. Me encantan todas esas virtudes de tauro, pero, al igual que capricornio, nuestros queridos toros son también bastante inflexibles y cabezotas. En ese sentido son todo lo contrario a mí y es un punto en el que llegamos a chocar. También he de admitir que una de las mejores personas con las que me he cruzado en mi vida ha sido un tauro porque de buen corazón andan sobrados.

Aunque parezca mentira, nunca me he topado con un virgo. A ver, sí que he conocido gente con ese signo, pero no he profundizado mucho con ellos. El problema viene en que, según conozco, hablamos de otro signo cabezotilla y yo soy todo lo contrario a eso. También sé que son convencionales, meticulosos y perfeccionistas, así que más me vale comportarme como es debido para ganarme a mi suegra. Por último, son personas de fiar, muy obedientes y trabajadoras.

Podríamos resumir todo en que me tenía que encontrar con dos suegros en los que podía confiar pero que podrían tener la inflexibilidad de mi señor padre. Pero, como siempre digo, en el carácter de cada uno influyen más factores que el horóscopo.

Tuve toda la tarde para arreglarme e intentar asimilar la situación. Al menos tenía claro que Leo iba a hacer todo lo posible para que me sintiera a gusto y supiera que hacer y decir en cada instante. A su lado el miedo disminuye mucho.

Leo quedó en venirme a buscar en taxi para no llevarse el coche. Según me contó por teléfono, sus padres seguían viviendo en la zona humilde donde se crio y no se atrevía a dejar el coche por allí aparcado. Lo mejor era coger otro

transporte y que se quedara en el garaje sano y salvo.

De camino en el taxi, Leo me dijo por fin los nombres de sus padres: Tadeo y Virginia.

—¿Les llamo así o señor y señora Ferrer?

—Llámales por sus nombres. Agnes, son personas como tú, no quieras darles tanta formalidad.

—¿Acaso yo no soy formal?

—Sí, sí lo eres, pero nosotros nos hemos criado en otro clima al de la gente con la que trabajo. Por eso sé que les vas a gustar más siendo natural que comportándote como ellos.

Me agradaba mucho la idea de tener una cena con personas tan de barrio como yo. Leo tenía razón y me estaba comiendo la cabeza con detalles insignificantes que ni yo miraría. Además, el caerle mejor o peor no se iba a interponer entre lo que sentíamos en uno por el otro.

Al fin nos bajamos y el momento se iba acercando cada vez más. Leo me dio la mano y me guio hasta un edificio muy simplón de cuatro plantas.

—¿Estás preparada? —Leo puso sus manos en mis hombros y me miró a los ojos.

—Lo estoy —respiré hondo.

—Bien, voy a llamar. ¡Allá vamos!

Los segundos entre que abrían y llegábamos a su puerta se me hicieron eternísimos. Me dio tiempo a hacerme mil preguntas que ya no tenía sentido hacerse: ¿cómo serán?, ¿a quién se parece Leo?, ¿son muy mayores o jóvenes?... En fin, preguntas que iban a ser respondidas nada más los tuviera delante.

Ahí estaban, abrazando ya felices a sus hijos mientras a mí me costaba levantar la cabeza y mirarlos.

—¡Mira, Tadeo, nuestro muchachote es cada día más parecido a ti! —la madre le besuqueaba todos los mofletes.

—¡Se quejará de genes! Ha salido igual de guapo que yo —bromeaba el padre.

—Jajaja. Papá, la guapura la tengo por parte de mi madre. ¿Qué opinas tú, Agnes?

—Buenas tardes, señores Ferrer. Su hijo ha salido tan guapo porque ha sacado un poco de ambos y ha sido criado con amor —dije con mucha timidez.

—¡Qué mona! ¿Esta es la chica de la que tanto nos has presumido? —según su madre, Leo fardaba de mí.

—Leo, es una chica preciosa. Esperemos que no la canses pronto.

—¡Papá! Tienes unas cosas... ¡Qué te gusta avergonzarme!

—Muchas gracias por sus halagos —sonreí a sus padres. —Les he traído un vino que seguro que les va a encantar.

—¡Qué bonito detalle! —la madre de Leo cogió la botella de vino.

Me hizo mucha gracia ver a Leo interactuar con sus padres, nunca lo había visto tan adolescente hablando. Sus padres me saludaron muy acaloradamente con un abrazo y besos. Los nervios se me iban reduciendo poquito a poquito.

Entramos en la casa y la decoración me gustó mucho. Aunque era una casa antigua y con una distribución muy clásica, los muebles que tenían puestos eran muy modernos. Usan casi todas las últimas tendencias en decoración que solía ver en la revistas. No creo que nadie que entre en el edificio se imagine que hay una casa así dentro. Son personas con muy buen gusto.

—Tomad asiento —el padre de Leo nos invitaba a sentarnos en la mesa. —Vais a quedaros boquiabiertos cuando probéis lo que os he cocinado.

—¿Lo has hecho tú? —Leo se quedó boquiabierto.

—Jajaja. Te has quedado justo como he dicho y sin ni siquiera probar nada.

—Es que esto es nuevo en ti. ¿Dónde me dejas al hombre que salía corriendo de la cocina porque el aceite saltaba?

—Leo, no me dejes en ridículo delante de la muchacha que te castigo y no sales hoy —Tadeo estaba indignado con su hijo.

—Jajaja. Nunca dejas de sorprenderme papá.

—¡Leo! Deja ya en paz a tu padre que se ha pasado toda la tarde cocinando para ustedes.

—Está bien. Jajaja.

Pronto todo estaba servido. Menos mal que pude relajarme del todo al ver un ambiente tan familiar y bonito en aquella casa.

—Ahora que te tenemos aquí, háganos un poquito sobre ti —mi suegra quería conocerme.

—Mmm... A ver, lo más destacable de mi vida es que vivo en esta ciudad, trabajo de guía en el museo local, estoy independizada, sigo estudiando para crecer dentro de mi trabajo... —Estaba siendo muy poco explícita y rápida.

—Tranquila, cariño. Te veo un poco nerviosa y ninguno queremos hacerte sentir incómoda.

—No, no. Me estáis haciendo sentir muy bien., es sólo que no sé muy bien qué decir.

—Dices que trabajas en el museo local y sigues estudiando. ¿Tienes alguna meta?

—Mi meta es acabar en un museo reconocido como el Louvre. Sé que me queda un largo recorrido, pero sé que llegaré.

—¡Caramba! Me gusta la actitud que tienes. Sigue así y llegarás muy lejos.

—Y tus padres, ¿viven cerca de aquí? —mi suegro también se interesó por saber de mí.

—Sí, mis padres viven en esta ciudad e incluso más cerca de ustedes que yo.

—¿Y por qué no vives con ellos?

—Por nada en especial. Me considero autosuficiente y lo bastante mayor como para no estar metida en casa por siempre.

—Desde luego que por ahora estás siendo como queremos que sea la chica que esté con nuestro hijo —las palabras de su padre me sonrojaron un poco.

—¿Y cómo conociste al bebé de su mami? —Leo se puso la mano en la cara.

—Pues en una fiesta hace unos cuatro meses. Su hijo llegaba justo cuando me pidieron echar el tarot y le hice la lectura a él porque me vaciló.

—Jajaja. Él siempre ha sido algo escéptico, algo raro porque nosotros no somos así. Tendrás que venirte un día y hacernos una tiradita a ver cómo se nos van viniendo las cosas —al final iba a tener muchas cosas en común con Virginia.

—¡Por mí encantada! Mira, Leo, ya tenemos otro plan en familia —le dije entusiasmada.

Se les veía muy contentos con todo lo que les contábamos. Tenían especial interés en cada detalle de nuestra relación, se les veía muy buenos padres. Estaba super feliz de poder hablar con ellos tan campechanamente y bromear sin que se tomasen nada a lo personal. Esas personas a las que tanto temía eran maravillosas.

Gran parte de la cena se la pasaron interesándose por el trabajo de Leo. Era normal ya que les preocupaba su situación dado que son sus padres. Además, de nuestra relación poco más había que decir porque no es que llevásemos mucho tiempo. El caso es que descorchamos la botella de vino y disfrutamos de una velada muy agradable.

Rica cena, buena compañía, buen ambiente... ¿Qué más se podía pedir?

Por el momento sólo conocía a los padres de Leo como tales. Me quedaba mucho aún para llegar a conocer a Tadeo o Virginia más allá de ser mamá y papá. No podía predecir entonces mi relación futura con ellos, pero sí que tuvo, al menos, un muy buen comienzo.

No nos quedamos mucho tiempo después de la cena porque Leo insistió mucho en que tenía que madrugar. Yo creo que lo que pretendía era irse rápido de allí para así poder librarse de cualquier cosa vergonzosa que pudieran decir sobre él. Lo que no se imaginaba es que en la próxima visita tenía pensado pedirle a mi suegra que me contase cosas de Leo de cuando era pequeño y que me enseñase fotos. No podía volver a esa casa sin llevarme esa información conmigo.

Capítulo 18: 10 de Febrero.

Me queda un día importante en el transcurso de mi relación con Leo. Un día que marcaría mi futuro llevándolo a un punto que nunca imaginé. Esa vez no hizo falta que soplara las velas de cumpleaños para que mis deseos se hiciesen realidad.

Esa mañana me levanté más vieja. En el trabajo ya había pedido permiso para este día nada más que me dejaron. Mi super plan de cumpleaños consistía en pasar el día en el campo con Leo, quien aceptó hace unos días dejar su viernes libre para disfrutar conmigo.

Me levanté muy temprano para prepararlo todo. Aunque Leo insistió en que era un día en el que no debía mover ni un dedo, sólo me fiaba de mí misma para que fuera perfecto hasta el último detalle. Iba a hacer que Leo quisiera que mi cumpleaños fuera todos los días. Llevaba un mantel de flores donde sentarnos, una cestita con sándwiches y un pastel de manzana, jugo de piña y coco natural... Todo lo que necesitábamos para pasar un día de cuento.

Leo se llevó un coche de alquiler para no depender de taxis durante todo el día que pasáramos fuera. ¿Quién se a arriesgar a llenar o arañar el Cadillac? Era obvio que nosotros no. Por lo que pude ver, mucho coche de lujo a veces puede no servir para cosas tan simples como esta o ir a cenar a casa de los padre.

Dejé a Leo elegir el lugar pues me prometió que conocía uno muy inusual. Era lo único que le había dejado planear en mi gran día, así que más el valía dar la talla.

Estábamos rumbo al campo cuando vi el coche de Ámbar pasar.

—¡Leo, mira! Ahí va Ámbar.

—¿Ámbar? ¿Qué iba a hacer ella por aquí? —estaba hablando un poco raro ¿Seguro que no te has confundido?

—Amor, me conozco ese coche al milímetro. Créeme que es el suyo. Además, ¿qué tiene de raro que también vaya a campo?

—No, nada. Será casualidad. Jejeje —se rio nervioso.

—A veces te pones de una forma más raras...

—Ya entenderás por qué.

Siguió conduciendo unos veinte minutos hasta meterse en un camino señalado a través del campo.

—Nos queda ya muy poco para llegar. El lugar está un poco escondido, pero te va a encantar.

Leo dejó el coche a un lado del camino y abrió el maletero para que cogiéramos las cosas. Empezamos a caminar entre la arboleda.

—¿Queda mucho? Me cansa andar tanto por el campo —me quejé.

—Puede quedar unos diez minutos máximo. Coge toda la energía que te quede para seguir caminando con una sonrisa.

Intenté hacerle caso, pero mis pies no estaban acostumbrados a tanto desnivel. Al menos me esperaba encontrarme algo digno de la princesa que me tocaba ser ese día.

—Ahora, antes de que veas más nada, quiero que cierres los ojos y te dejes guiar por mí.

—Uy, uy, uy. Eso me suena a asesinato... No soy tan tonta de caer —le miré extrañada.

—Jajaja. Demuéstrame que confías en mí, sólo tienes que dejarte llevar —intentaba cautivar me con su sonrisa.

—Bueno, está bien. Eso sí, en cuanto escuche lo más mínimo salgo corriendo y me pongo a chillar —no lo decía en broma.

—Jajaja. Vale, lo tendré en cuenta para matarte antes de puedas liarla.

—¡Leooo!

—¡Que es broma, tonta!

Hice el esfuerzo de andar cogida de su mano con los ojos cerrados. Me entraba la tentación cada dos por tres de abrirlos, pero no quería cargarme la sorpresa de Leo.

—¿Estás preparada? —me paró y puso su mano delante de sus ojos.

—Claro. ¡Déjame ver ya!

Me quitó la mano de los ojos. Los abrí. Me quedé alucinada con la que había montado.

—¿¡Qué!? Oh Dios mío... Esto es más de lo que podía pedir.

Ante mis ojos tenía un pequeño lago con una mini cascada. La luz se reflejaba en su agua cristalina dándole un brillo mágico al ambiente. A un lado, se encontraba lo mejor de todo el paisaje: una gran mesa llena de adornos cumpleaños y de comida. ¿Por qué iba a ser una mesa mejor que una cascada? Porque alrededor de esta estaban todos mis seres más querido y cercanos, los cuales habéis estado conociendo a lo largo de mi historia con Leo.

El hombre de mi sueños estaba consiguiendo que tuviera el mejor cumpleaños del mundo. Todo en mí era felicidad.

—Agnes —Leo se puso frente a mí. —Me apuesto lo que sea a que uno de tus deseos de cumpleaños es tener de vuelta a tu amiga.

—Sí... —bajé la cabeza entristecida.

—Yo estoy aquí para cumplir todos tus deseo —me levantó la cabeza. —Ámbar ha venido a arreglar las cosas contigo.

—¡Eso es genial! ¿Dónde está?

Leo se apartó de delante mía. Ámbar estaba esperándome sentada junto a la casada. Por fin, iba a tener la oportunidad de retomar mi loca amistad con ella. Me acerqué a ella.

—¡Ámbar! —me lancé a sus brazos como una loca.

—Buenas, querida amiga —su abrazo derrochaba mucha ternura. —Siento mucho lo idiota que he sido contigo.

—Eso ahora no importa. Sé por qué hiciste las cosas, Leo ya me explicó. De todas maneras, quiero pedirte disculpa por haberte juzgado. Necesitabas mi apoyo y yo no supe dártelo.

—No es así, Agnes. Tú no sabías lo que yo necesitaba, ni siquiera sabías si necesitaba algo. Yo fui la tonta que no supo buscar el hombro de su mejor amiga.

—Ains... ¿Y si dejamos de buscar culpables e intentamos disfrutar del día

de hoy? Sabes que las cosas entre nosotras siempre se van aclarando poquito a poco.

—Tienes razón, no es momento ahora de ponernos a auto culparnos de lo sucedido. Estamos en el ambiente idóneo de olvidarlo todo y empezar donde lo dejamos.

—¡Vamos a arrasar en esta fiesta como solamente tú y yo sabemos! —me puse a saltar de alegría.

—¡Así se habla! ¡A por todas! —mi inquieta amiga siempre iba a ser mi mayor aliada.

Nos reunimos con el resto de las personas. Toda mi familia estaba muy unida riéndose mucho y comiendo sin parar. La fiesta no podía ir mejor pues no le faltaba nada ya que estábamos en un bonito paisaje, teníamos mucha comida, estábamos disfrutando de la familia, habían traído música... ¡No podía pedir más!

Después de todo el festejo, llegó el momento de abrir los regalos. Sólo vi tres regalos sobre la mesa y me parecieron más que suficientes dada la situación. El primer regalo estaba envuelto en una caja muy pequeña y estaba firmado a nombre de todos mis familiares; era muy raro que se hubiesen puesto de acuerdo en comprarme algo. Lo abrí y vi una llave de coche.

—¿Qué significa esto? —los miré dudosa sobre lo que debía pensar.

—¡Te hemos regalado un coche! —estaba perpleja ante la noticia. —Ahora mismo no lo puedes ver porque no está aquí, pero sabemos que te va a encantar.

—Ya sea una chatarra sobre ruedas que será perfecto para mí —dije muy ilusionada y agradecida.

—Venga, ahora abre el regalo de Ámbar —mi padre me dio un golpecito con el brazo.

Mi amiga me acercó su regalo. Cuando rompí el papel de regalo pude ver que me había regalado un bañador.

—¡Gracias, amiga! El estampado es hermoso —le di dos besos.

—Si te animas, puedes estrenarlo ahora para bañarnos en el lago. Ese era el

motivo principal de haberte comprado uno —me aclaró ya que no estábamos en fechas calurosas.

—¡Por supuesto! En cuanto abra el último, ¡nos tiramos de cabeza al agua!

Ya sólo quedaba el último regalo, el regalo de Leo. ¿Por qué son todos tan pequeños? Hasta el momento me habían gustado mucho, pero las cosas grande impresionan más.

Leo me acercó el sobre donde se encontraba su regalo. ¿Sería un cheque? No se me ocurría que podría regalarme, era nuestro primer cumpleaños juntos. Sin más pausas, lo abrí.

—¿Cómo sabías que...?— no me salían las palabras.

—Tu madre me dijo que te encantaba viajar y que estabas dejando París para una ocasión muy especial. Creo que ha llegado el momento de que vayas y te aventures a buscar una nueva vida.

—¿Una nueva vida? No te entiendo.

—Agnes, nos vamos a ir juntos a París porque te van a hacer una entrevista de trabajo —llegué a pensar que estaba dentro de un sueño. —Sé qué harás la mejor entrevista del mundo y que vas a poder empezar a cumplir tus sueños más grandes.

—Creo que voy a llorar.

Efectivamente, me puse a llorar de felicidad como una magdalena. Leo me abrazó fuerte e intentó calmarme.

—¡Deja de soltar agua por tus ojos y metámonos todos en el lago! —su entusiasmo me hizo reír. —Pepa, ¿usted se apuntará también al baño, no?

—Yo voy a ser la primera que se meta que para eso ya he venido preparada —mi abuela tan participativa como siempre.

Todos nos metimos en el lago a disfrutar. Pasamos un poquito de frío porque no era época de bañarse al aire libre, pero tampoco fue para tanto. Seguramente disfrutaríamos de más baños así de fresquitos a partir de ese momento.

Mi cumpleaños de entonces fue el mejor que podía desear y recuerdo ese

día como el mejor de todos los que os he contado.

Capítulo 19: hasta la actualidad.

He vivido muchísimas cosas con Leo, pero esas, sin duda, fueron marcando un antes y un después en nuestra relación. Esos días se encargaron de unirnos y afianzar la unión más hermosa del mundo. En esos maravillosos días estaba conociendo al que sería, a día de hoy, el padre de mis hijos.

Nada más cogimos rumbo para París, Leo preparó una pedida de mano en el avión. Pasé mucha vergüenza, pero aluciné en colores. Su genial plan consistió en hacer que mi mascarilla cayese con un anillo de compromiso pegado en su interior. Pegué tal grito que todos se quedaron mirando para ver qué pasaba.

—¿¡Qué está pasando aquí, Leo!? —tenía las manos sobre mi boca y los ojos super abiertos.

—Jajaja. Me preguntaba si mi hermosa brujilla querría aventurarse a aguantarme el resto de su vida —despegó el anillo de la mascarilla y cogió mi mano. —Aún sin poderme poner de rodillas delante tuya... Agnes, ¿quieres ser la mujer que me acompañe hasta la tumba?

—¡Sí sí sí! ¡SI! ¡Sí quierooo! —estaba tan nerviosa que le costó hasta ponerme el anillo en el dedo.

Al llegar a París, estuvimos instalados en un hotel de un amigo de Leo hasta saber lo que pasaría con la entrevista. La hice dos días después de la llegada y no obtuve respuesta hasta una semana más tarde. El puesto por el que optaba se lo habían dado a otra persona, pero me ofrecieron uno muy similar en otro museo. Acepté el empleo, por algo debía empezar.

Al medio año, renové mi contrato. Mi jefe está tan contento conmigo que me ha apuntado a unos cursos que seguían al que acabo de terminar de cursar, aquel del que os hablaba al principio. Su intención es subirme cuanto antes de categoría.

Leo, por su parte, ha empezado la construcción de un hotel en la ciudad. De vez en cuando viaja a la oficina de nuestra antigua ciudad a arreglar asuntillos,

pero no está tan obsesionado como antes. Dejó a Gonzalo al mando de aquello y tiene planes de abrir en un futuro una oficina en esta ciudad. Por ahora, se ha conformado con trabajar desde casa.

Ambos solemos hacer muchas cosas juntos y nos entendemos a la perfección. Hemos hecho mil y una actividad, pero ninguna supera nuestra última creación: ¡vamos a ser papás! No teníamos la intención de serlo tan pronto pero así han surgido las cosas. Nosotros hemos acogido la noticia como una bendición de nuestro gran y mágico amor.

Por si estáis interesados, os diré que los que penséis que va a ser niño habéis acertado tanto que los que hayan apostado por la niña. Sí, vamos a tener una hermosa parejita a la que darle todo el amor del mundo. Voy a tener dos toritos, como su abuelo, a los que vamos a llamar Tessa y Tidian. Seguro que mi abuela está muy orgullosa de que siga con la tradición familiar.

Espero que la vida nos siga yendo de maravilla a partir de ahora. Mi mayor y próximo deseo es criar a unos niños felices, buenos y sanos. No tengo duda de que este deseo también se nos cumplirá.

¡Ah, por cierto! La historia os la ha estado narrando una acuario, ¿No se notaba? Estáis ante una acosadora nata en el amor, soñadora, aventurera, curiosa e innovadora. Todo eso juntado a un Leo apasionado, detallista, galán, leal, influyente y dominante. ¿Os podéis imaginar un amor más pasional que ese?